

YOLANDA REVUELTA

CORAZÓN & CORAJE

Culpa
Dolor
y traición



C O R A J E I



CORAZÓN & CORAJE

C O R A J E I

YOLANDA REVUELTA

CORAZÓN Y CORAJE

Copyright © 2023 YOLANDA REVUELTA

Corrección: @romanticascorreccion

Portada: Carla Ruiz

Maquetación: Valerie Miller

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal).

Esta es una obra de ficción. Los nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizadas ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright.

All Rights reserved

1ª Edición: Octubre 2023

Sello: Independently published

«Lo que crea familias no es la sangre,
sino la lealtad».

INDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

Toc145601643

Toc145601644

YOLANDA REVUELTA

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

CAPÍTULO 1

La puerta de la librería se abrió de repente y el carillón de viento que colgaba del techo tintineó suavemente, saludando así a los recién llegados. Dos niños entraron a la velocidad de la luz y se dirigieron a la estantería de novedades. Elsie, la más pequeña, corrió hasta la segunda balda, que era donde dormitaban los cuentos clásicos y las princesas bailarinas, como a ella le gustaba llamarlas. Y Wesley alargó el brazo por encima de la cabeza de su hermana al primer estante, donde se hallaban los libros de terror, aventuras y fantasía. Estaban ordenados de forma alfabética, así que a Jules no le extrañó que el chico se detuviera en la V, de Julio Verne.

—Hola, Elsie. Hola, Wesley —saludó Jules a sus primeros clientes de la mañana.

—Hola, Jules —canturrearon al unísono los dos niños, abstraídos, al tiempo que acariciaban con la yema de los dedos cada lomo que encontraban a su paso.

Jules sonrió y volvió a su tarea: clasificar los ejemplares de segunda mano que habían llegado el día anterior. Anotó un par de ellos en la agenda semanal y se recordó a sí misma que tenía que hacer un inventario a final de semana. La puerta se abrió de nuevo y el carillón de viento se impulsó una vez más con su característica melodía, dando la bienvenida a una nueva clienta. Jules levantó la cabeza. Sonrió una vez más, a modo de saludo.

—Buenos días, señora Killmer.

—Buenos días, Jules. Espero que mis nietos estén aquí. Han salido del coche corriendo como alma que lleva el diablo, tras aparcar enfrente de la librería.

Jules miró a través del escaparate y descubrió aparcado el viejo y azulado Chevrolet de Vilma Killmer. Aún no podía creerse que aquella tartana de cuatro ruedas estuviera rodando por las carreteras de Midway. Volvió a la mujer en cuestión y señaló con el dedo la estantería donde se encontraban los niños.

Vilma Killmer le mostró un gesto de agradecimiento al ver a sus dos nietos.

Jules se percató de su aspecto apocado y cansado. Cuidar de los niños de Matt le estaba pasando factura.

—Esta mañana se han levantado con un único propósito: venir a tu librería.

—Me alegro mucho. Siempre sois bienvenidos, ya lo sabéis.

Vilma Killmer lo sabía, aun así, se quedó un momento cerca de la puerta. Como era costumbre, la librería olía a primavera porque Jules se ocupaba de que siempre hubiera flores frescas en el mostrador. Era difícil creer que tres años antes el establecimiento estuviera lleno de telarañas, polvo y humedad. En ese momento todo relucía, y los libros ponían esa nota de color que tanta personalidad le daba al local.

El suelo estaba impoluto, no había una mota de polvo en las estanterías y la escalinata que accedía al piso superior era magnífica. La mayoría de los habitantes de Midway estaban al tanto de que Jules vivía en un pequeño apartamento en el altillo de la librería.

—Son maravillosos —comentó Jules, con la mirada puesta en los niños.

Vilma se acercó al banco de lectura que Jules había dispuesto en un rincón. Esa mañana se encontraba más cansada que de costumbre, pero hizo caso omiso a sus síntomas y gastó las

pocas energías que le quedaban en admirar a la mujer que seguía tras el mostrador. Era ordenada y muy eficiente. Vestía una camisa *beige* de raso, pantalones vaqueros y una chaqueta de punto en tonos tierra. Era soltera y, que ella supiera, sin ningún compromiso a la vista. Respiró hondo; sin embargo, el aire no llegó a sus pulmones.

También recordaba el día exacto en el que su hijo y Jules habían dejado de dirigirse la palabra. Sintió su propia frustración y el dolor que reinaba en la familia desde ese fatídico día.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Jules.

—Un poco cansada, eso es todo —respondió Vilma. Hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

Jules asintió lentamente y dirigió la mirada a los niños.

Elsie se parecía tanto a Sarah, su madre, que Jules tuvo que tomar una respiración profunda para echar a un lado los recuerdos. Era una niña preciosa, de ojos verdes y almendrados. En ellos se podía percibir el mundo desde la inocencia. Sus rubios y salvajes rizos apenas le llegaban a los hombros, tenían el mismo tono que un campo de trigo maduro.

Se percató de que Wesley había crecido varios centímetros en los últimos meses y a sus nueve años era un niño alto, más alto que la media. Se parecía mucho a su padre. Tanto era así que era un Matt a pequeña escala. Era moreno y con ojos claros, grandes e inquietos. Observó su serio rostro y Jules pensó que el niño merecía una buena dosis de entusiasmo. Tragó saliva. Quiso preguntar por Matt, pero en el último momento se abstuvo de hacerlo. Matt y ella no tenían lo que se podría llamar una relación muy cordial, en ese momento. Lo mejor era no insistir, dejar que el tiempo pusiera las cosas en su sitio y borrara las huellas del pasado.

Tras la muerte de Sarah, su mejor amiga y madre de los niños, todo había cambiado y no para bien.

Matt Killmer era teniente en las fuerzas especiales del Ejército y sus ausencias eran más que notables. Una vida que Jules no entendía ni compartía como hija de militar que era.

Ella se había pasado su infancia y adolescencia de un lugar para otro. Había crecido en medio de tantas mudanzas que a duras penas recordaba todas. Tras varios años de idas y venidas, su padre aceptó un cargo en Fort Stewart y agradeció a la providencia no tener que volver a llenar cajas de cartón con sus pertenencias.

Tras terminar sus estudios, graduarse en Literatura Inglesa y haber dado algunos tumbos por el mundo, decidió cumplir uno de sus sueños y abrir una librería. De eso hacía tres años y aún no se había arrepentido. Nunca pensó que fuera en Midway, pero el destino tenía designios muy caprichosos que escapaban a su razón. Así que, allí estaba, a escasos veinticinco minutos en coche de Fort Stewart. No lejos de la base militar que la vio crecer y convertirse en mujer.

Fue allí mismo donde conoció a Sarah.

Pensar en su amiga siempre le traía recuerdos contradictorios. Se alegraba de haber compartido con ella sus anhelos de la adolescencia y las preocupaciones de la madurez. Y a la vez le resultaba doloroso que ella no pudiese ver crecer a sus hijos.

El accidente de Sarah había marcado un antes y un después para muchas vidas, incluida la suya. Eran muchas las personas que la querían y la recordaban con cariño.

La puerta del almacén se abrió y se cerró de nuevo. Harper, su empleada, se le acercó por la espalda y la saludó. Llevaba trabajando en la librería casi tres meses y, aunque compartían muchos momentos y anécdotas, poco sabía de su pasado.

Pero Jules ya hacía semanas que había dejado de indagar y Harper de dar evasivas. Era muy competente, trabajadora y agradable con los clientes y eso era lo importante.

Eso bastaba, al menos por ahora.

Jules le dio la bienvenida con una sonrisa.

—Hola, señora Killmer —saludó Harper.

—¿Qué tal, Harper?

—Todo bien. Gracias. ¿Dónde están mis pequeños lectores?

La cantarina voz de Elsie se escuchó por encima de la de su hermano:

—¡Aquí!

Las tres mujeres sonrieron ante el desparpajo de la pequeña de apenas seis años. Las palabras se le medio escapaban por el hueco que habían dejado la ausencia de los paletos y su habla era de lo más enternecedor.

—¡Es preciosa! —comentó Harper.

—Sí que lo es —corroboró Jules, sin apartar la mirada de la niña.

—Y un trasto también.

Tanto Harper como Jules miraron a la orgullosa abuela, cuando la pequeña habló:

—Abuela, quiero este —dijo Elsie levantando uno de los cuentos por encima de su cabeza.

—Yo creo que ese ya lo tienes en casa.

La pequeña bajó la mirada a la portada e inmediatamente negó con la cabeza.

—No, no lo tengo.

—¡Sí, lo tienes! —exclamó Wesley a su lado.

—¡No, no es verdad! —inquirió Elsie con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Aún no sabes leer! —le informó su hermano—. ¡¿Cómo puedes saberlo?!

Jules supo que se había desatado una guerra entre hermanos. Conocía bien los indicadores de una batalla campal. Su hermano Dave y ella eran unos expertos en la materia. Cuando se enredaban en una pelea ninguno de los dos quería dar el brazo a torcer.

—¡Wesley, deja a tu hermana! —le reprendió su abuela—. ¿No ves que es pequeña?

—¡Siempre es pequeña! Parece que nunca crece —se quejó el niño, hastiado.

Elsie volvió a sollozar.

—Quiero que venga papá...

Jules decidió tomar cartas en el asunto. Salió de detrás del mostrador con la única intención de poner un poco de paz.

Harper vio como Jules se acuclillaba ante la niña y la consolaba. En ese gesto había mucho amor, y Jules parecía no darse cuenta de ello. Agarró con delicadeza la mano de Wesley y la atrajo hacia Elsie.

—Elsie, tienes mucha suerte de tener un hermano como Wesley.

Aquellas palabras eran las últimas que el niño esperaba escuchar. Levantó la cabeza con brusquedad.

—Estoy segura de que Wesley te lee los cuentos, ¿es así?

La pequeña miró a su hermano y luego a Jules. Enérgicamente asintió con la cabeza, al tiempo que sus rizos se movieron con cierta tosquedad.

—De acuerdo. Entonces, es posible que Wesley recuerde el título. —Jules señaló la portada con el índice.

Elsie se ruborizó y sonrió.

—Sí.

—Bien, ¿por qué no eliges otro cuento? —Jules miró a Wesley—. ¿Te parece bien?

El niño se encogió de hombros.

—Estupendo, parece que Wesley está de acuerdo. —Jules tomó a la niña de los hombros y la giró con delicadeza hasta que sus ojos quedaron de nuevo a la altura de sus cuentos—. ¿Qué te parece este cuento de princesas y bailarinas?

—No me gusta.

—De acuerdo. —Jules se armó de paciencia—. Y ¿este otro?

Elsie estudió la portada con curiosidad.

—Tampoco me gusta.

—Bien. —Jules recorrió con la mirada la estantería—. Probemos de nuevo.

—No quiero un cuento, quiero a papá.

—Lo sé, cariño. —Jules dejó caer el brazo e intentó consolarla mientras besaba sus mejillas húmedas—. Tu padre es un héroe, ¿lo sabes?

—Eso dice la abuela.

—Tu abuela tiene razón. Tu papá está en una misión muy importante, pero estoy segura de que ahora mismo está pensando en vosotros.

—¿Sí? —preguntó la pequeña, ilusionada.

Jules se fijó en aquellos ojos verdes, brillantes por las lágrimas. Comprendía muy bien esa sensación de abandono. La había sentido demasiadas veces. Tantas, que era capaz de reconocerla en la preciosa carita de la niña.

—Estoy segura.

La pequeña, complacida, sonrió satisfecha. Agrandó los ojos y parpadeó risueña.

Jules se percató de que Wesley comenzaba a relajarse. Contuvo las ganas de abrazarlos, suspiró y se obligó a tomar distancia.

Seguramente Matt no aprobaría su intromisión.

Al pasar por al lado de Vilma Killmer vio que la mujer, conmovida, se llevó la mano al pecho y esbozó una melancólica sonrisa. Jules dedujo que la sonrisa en sí era el resumen de demasiadas situaciones incómodas en el pasado. Cuando llegó al mostrador, Harper le dio un suave golpe de cadera.

—Bien hecho —susurró.

Jules observó a los niños y recordó que, por mucho que los quisiera, nunca tendría una participación en sus vidas.

Un golpe seco llamó la atención de los presentes.

—¡Señora Killmer!

Jules vio como Harper salía corriendo de detrás del mostrador. Escuchó a los niños ahogar una exclamación y su mirada voló al lugar exacto donde había dejado a la madre de Matt.

—¡Llama a emergencias! —Oyó decir a Harper.

Jules ahogó una exclamación y se puso rígida al ver a Vilma Killmer tendida en el suelo, inconsciente.

—¡Jules, llama a emergencias! —insistió Harper con premura.

Jules buscó su móvil y cuando lo encontró entre el montón de papeles que había en el mostrador, se sintió aliviada. Los dedos le temblaban; aun así, consiguió marcar y pedir ayuda.

CAPÍTULO 2

«Todo esto es una locura», pensó Jules.

Sentada en la sala de urgencias del hospital se armó de paciencia. Llevaba allí más de una hora y aún no había tenido noticias de la madre de Matt. Seguía con las manos fuertemente apretadas en el regazo. Se asustaba al pensar en las malas noticias que podía recibir por parte de los médicos.

Solo esperaba que no fuese demasiado grave.

Aquel lugar le produjo vibraciones negativas, le traía a la memoria malas sensaciones y tristeza. Le recordó que la muerte siempre estaba al acecho, demasiado cerca. Pero nadie parecía percatarse de ello. Resignada, separó las manos y, luego, sin poder remediarlo, volvió a entrelazarlas.

«Sarah».

En una de esas salas había fallecido su mejor amiga, sin que ninguno de los presentes pudiese hacer nada al respecto. En aquel fatídico día habían cambiado tantas cosas que aún le dolía pensar en las consecuencias del estúpido y devastador choque mortal.

¿Y si hubiese hablado con ella?, ¿Y si la hubiera llamado por teléfono? Si hubiera sentido su desazón...

«Demasiados “y si” no llevan a ninguna parte», pensó.

El tiempo se lo había hecho saber de sobra. Apretó con fuerza las manos y respiró profundamente para darse valor a sí misma.

—Deja de culparte. No tiene sentido alguno que te fustigues —dijo en voz baja.

Suspiró y cerró los ojos.

Odiaba los hospitales, sus paredes pintadas de color blanco y el olor que desprendían los desinfectantes y los medicamentos. Se le revolvió el estómago y colocó la mano debajo del pecho, con la única intención de tranquilizar aquel saco de nervios, que comenzaba a angustiarla y le impedía respirar con normalidad. A su alrededor escuchó el fragor de la jornada: teléfonos, voces, dedos rápidos sobre el teclado... y las idas y venidas de médicos, enfermeras y carritos de limpieza.

«Matt».

No podía localizarlo porque estaba en una misión. Eso complicaba aún más la situación. Wesley y Elsie estaban ahora en casa de sus padres, y eso le dio cierta tranquilidad.

Su madre haría todo lo posible para que los niños estuviesen distraídos y no pensarán demasiado en lo ocurrido. La conocía lo suficiente para saber que hornearía galletas y prepararía un delicioso y espeso chocolate con nubes.

Según su madre, el chocolate hacía olvidar todos los males.

Un asomo de sonrisa apareció en sus labios, intentando recordar todas las veces que le había preparado un chocolate a ella con la única intención de espantar la tristeza.

«Dave».

Pensó en su hermano. Le había llamado y dejado varios mensajes en el buzón de voz,

pero sabía que tardaría en contactar con ella. Seguramente estaría inmerso de lleno en el entrenamiento o en alguna reunión.

Ser entrenador de uno de los mejores equipos de *hockey* de la zona llevaba consigo muchas cargas y Dave se tomaba muy en serio las responsabilidades y las victorias.

La llegada de Harper la arrancó de sus pensamientos y le hizo abrir los ojos. Aceptó el café que ella le ofrecía.

—No es el mejor café del mundo, pero está caliente y te sentará bien.

Jules no lo dudó. Con las manos rodeó el vaso de papel y comprobó que Harper tenía razón, estaba caliente. Eso ya la reconfortó.

—Gracias. Harper, si quieres irte...

—No, me quedaré contigo. A no ser que quieras que vaya a abrir la librería.

Jules negó con la cabeza.

—La librería puede esperar —dijo ella, mientras se calentaba las manos—. Midway es un pueblo pequeño y ya se habrá corrido la voz.

Harper apartó los abrigos y se sentó a su lado. Eso es lo que más le gustaba de Midway, que era un pueblo pequeño donde todos se conocían y se cuidaban. Se llevó el vaso de papel a los labios con la mirada fija en la puerta por la que debía salir el médico en cuestión para darles a conocer la situación de la señora Killmer.

—¿Crees que ha sido un infarto?

Jules lo único que pudo hacer fue asentir débilmente.

—Es posible, pero no lo sabremos con certeza hasta que hablemos con el médico.

—¿No tiene más familia?

La imagen de Sarah se instaló en la mente de Jules.

—No, solo son Matt, ella y los niños. —Hizo girar el contenido del vaso que sostenía entre las manos.

—Entiendo.

Jules dudaba que fuese así, pero tampoco le dio ninguna explicación al respecto.

Pasaron veinte minutos sin tener noticias. Harper se removió inquieta y bebió un sorbo de su café, lamentando que se estuviera quedando frío.

—¿Puedo preguntar qué le pasó a la madre de los niños? —Captar la atención de Jules no le costó demasiado—. Si no puedes darme detalles, lo comprenderé.

—No es eso, es que... —Jules titubeó unos segundos y, después, contuvo la respiración—. Es complicado y doloroso. Sarah murió hace tres años en un accidente de coche. Wesley tenía seis años y Elsie, poco más de tres. Matt se volvió loco de dolor, y a la señora Killmer, ya lo ves, da la impresión de que se le rompió el corazón.

Harper llegó a la conclusión de que no solo sufría la familia Killmer, Jules también lo hacía. Llevaba poco tiempo trabajando en la librería, pero el suficiente para darse cuenta del cariño que le prodigaba Jules a los niños y a la abuela.

Al menos iban una vez por semana a comprar o tomar prestado algún libro de segunda mano. Jules era muy permisiva con ellos; que ella supiera, no se tomaba tantas concesiones con otros clientes. Lo de prestar libros era un servicio único y exclusivo para la familia Killmer.

Pensó que había mucho más detrás de aquella escueta explicación, pero estaba claro que Jules no deseaba hablar de ello. Fue por eso por lo que respetó su decisión.

Al fin y al cabo, lo entendía. Ella tampoco quería hablar de su vida ni de los motivos que la habían llevado hasta Midway.

—¿Han podido avisar a Matt?

Jules se encogió de hombros.

—Mi padre está en ello, pero no creo que sea tan fácil. Cuando van a una misión no hay vuelta atrás. Tienen que terminarla, pase lo que pase.

Harper se percató de que Jules hablaba desde el dolor.

—Pero esta es una situación especial. Wesley y Elsie solo tienen a su padre.

—En el Ejército no hay situaciones especiales. Solo órdenes.

Harper se fijó en que los ojos de Jules estaban teñidos de cansancio y de algo más que no supo reconocer.

—Eso debe de ser duro.

—Más de lo que crees —comentó Jules con la mirada perdida en alguna parte de aquel inmenso pasillo que no parecía tener fin.

Jules pensó en su propia experiencia. Su padre jamás había interrumpido ninguna misión, por muy mal que fueran las cosas en casa. Había sido su madre la que había tenido que capear el temporal y solucionar sobre la marcha cualquier complicación que perturbara a la familia.

Harper empezaba a comprender por qué Jules era tan estricta con sus sentimientos. Ya había pasado por lo mismo que los hijos de Matt.

—¿Tu madre podrá hacerse cargo de la situación?

Jules sonrió más para sí misma que para Harper.

—Mi madre podría detener un huracán si se lo propusiera —exageró—. No te preocupes por los niños, Wesley y Elsie están en buenas manos.

—No quería ser insensible, Jules. Solo pretendo ayudar.

—Lo sé, Harper.

Jules observó a la mujer que tenía a su lado. Apenas la conocía, pero le dio la impresión de que siempre había estado ahí. Llevaba el pelo corto con un cómodo y favorecedor flequillo, que seguramente no requeriría ningún esfuerzo para peinarse. Era morena, delgada y de piel pálida. Tenía unos enormes ojos del color de la noche y sonreía lo necesario, pero, cuando lo hacía, se le iluminaban la cara y la mirada.

—Entonces, ¿por qué tengo la impresión de que no lo estoy haciendo? —quiso saber Harper.

—Lo haces, te lo aseguro. —Jules contuvo un suspiro—. Pero toda esta situación en sí es complicada. He llamado a mi hermano, es el mejor amigo de Matt. Él sabrá cómo gestionar todo esto.

Harper no habló. Durante un momento se limitó a contemplar las idas y venidas de las enfermeras por los pasillos brillantes e impolutos del hospital. Conocía a Dave, el hermano de Jules, y, a decir verdad, no le caía demasiado bien. Para ella, era un hombre demasiado engreído y arrogante. La miraba de una forma que le hacía sentir incómoda, aunque nunca había cruzado más de dos palabras con él.

Había sido una celebridad en el *hockey* sobre hielo y actualmente entrenador de uno de los mejores equipos locales que aspiraba alcanzar el Frozen Four, lo cual tampoco ayudaba demasiado.

—¿Dave podrá contactar con Matt?

—Lo dudo, pero sabrá salvar la situación. Siempre lo hace.

Harper se llevó el vaso a los labios y bebió otro sorbo de café, sumida en sus propios pensamientos.

Odiaba las pistas de hielo.

En ese momento, la puerta se abrió y tanto Harper como Jules se levantaron de sus respectivos asientos. Miraron al médico que se acercaba a ellas con interés.

—No trae buena cara. Eso significa que no hay buenas noticias.

Harper no podía estar más de acuerdo.

Jules se esforzó por mantener los nervios a raya y tragar el nudo que tenía en la garganta.

—No son buenas noticias.

—No, no lo son, mamá —dijo Jules—. ¿Dónde están los niños?

—Con tu padre, en la habitación de invitados.

Jules alzó las cejas, sorprendida. Aquella habitación era como el santo grial para su padre. Allí se pasaba horas y horas creando y dando forma a sus maquetas de barcos.

—¿En serio? —preguntó, deteniéndose para mirar a su madre mientras caminaba hacia la cocina.

—Wesley parece muy interesado en el trabajo de tu padre y Elsie... bueno, ella se siente segura al lado de su hermano —comentó Agnes, a grandes rasgos—. Háblame de Vilma, por favor.

—Está estable, pero no fuera de peligro. El infarto dañó su corazón y necesita un *bypass* coronario.

—¡Madre mía! Cuánto lo siento —farfulló Agnes mientras abría un armario—. Pobre Vilma. Al parecer la desgracia se está apoderando de esa familia.

Jules no podía estar más de acuerdo. Se quitó el abrigo y lo dejó junto a su bolso, en la silla contigua a la suya.

—¿Papá puede hacer algo?

—Ha hecho algunas llamadas, pero ya sabes cómo funciona el protocolo militar de actuación en estos casos.

Jules lo sabía de sobra. Se sentó y dejó escapar un largo y cansino suspiro. Su madre venía a decir que poco se podía hacer al respecto.

—Aunque siendo una situación tan particular, quizás pongan a Matt al corriente de lo sucedido. ¿Quién sabe?

—Parece poco probable.

Su madre asintió, como si estuviera de acuerdo.

—¿Te apetece un chocolate caliente?

—Sí, mamá. Gracias.

Tal vez fuera el tiempo, el olor a lluvia que impregnaba el ambiente, lo que la hacía pensar en él. Escuchó el viento de abril golpear contra los cristales de la ventana de la cocina y se percató de cómo las flores del jardín, que había plantado recientemente su madre, se mecían en la dirección de las fuertes rachas de aire. Jules se preguntó por enésima vez ese día: dónde estaría Matt.

Sintió una punzada de melancolía tan familiar que a duras penas reparó en ella.

La voz de su madre la sacó de su ensimismamiento y la hizo aterrizar en el presente:

—¿Dónde está Harper?

—Ha ido a la librería, alguien debe defender el fuerte mientras capeamos el temporal.

Agnes soltó un profundo suspiro.

—Tienes razón, alguien debe hacerlo. Tengo que reconocer que es una muchacha encantadora.

Jules estuvo de acuerdo.

—Sí que lo es. —Torció el gesto y aspiró con fuerza el aire—. Aunque me gustaría que no fuera tan introvertida.

Agnes cerró la puerta del armario y observó a su hija.

—Cuando esté preparada, hablará contigo. Lo importante es la confianza mutua, ¿no te parece?

—Como de costumbre, tienes razón.

—Lo sé —sonrió a Jules—, las madres siempre tenemos razón, lo que ocurre es que no queréis verlo.

—Mamá, no es buen momento para mostrarse sarcástica.

—Todo momento es bueno, Jules. Algún día, cuando seas madre, lo entenderás.

Jules esbozó una media sonrisa que se le borró al instante. Ese era el mantra que soltaba su madre cada vez que tenía oportunidad; así que no la pilló de sorpresa. Pero no por eso dejó de molestarla. Su madre dudaba que algún día se casase y le hiciese abuela.

Por el contrario, había llegado a la conclusión de que prefería no rendir cuentas a nadie y malcriar a los hijos de Dave, si algún día se convertía en padre. Ser la tía guay también tendría sus cosas buenas.

—¿Quieres nubes?

—No. Gracias, mamá.

—De acuerdo, pero te recuerdo que es lo mínimo que puedo hacer en estos casos, ofrecerte una cantidad ingente de azúcar. —Se giró y le sonrió. Se volvió hacia la cazuela y con ayuda de un cucharón, llenó la taza que sostenía con una mano—. He llamado a Dave, pero no responde.

—Eso tampoco es nuevo.

Agnes suspiró, al tiempo que dejaba la taza frente a Jules.

—No. Por desgracia, no lo es.

Jules observó a la mujer que tenía ante sí. No pudo menos que admirar la serena belleza de su madre. Su pelo gris, las facciones marcadas por las líneas y pliegues del tiempo y sus ojos audaces, tan parecidos a los de Dave. Agnes Suvári era una de las mujeres más adorables que conocía. Bebió un sorbo de chocolate caliente y le supo a gloria.

—Está delicioso.

—Me alegra saberlo. Ahora, dime, Jules. Hablemos claro, ¿qué vas a hacer al respecto?

Jules clavó la mirada en su madre. Solo podía angustiarse y extrañarse de la rapidez con la que podía cambiar todo. Sabía muy bien a lo que estaba haciendo referencia su madre. Si Dave no aparecía, solo quedaba ella para hacerse cargo de la situación. Por un momento, olvidó todos sus problemas y se dijo a sí misma que debía tomar una decisión que beneficiara a los niños.

—Matt no está y Vilma está convaleciente en una cama...

—Sé muy bien cuál es la situación, mamá.

Agnes no se dio por vencida:

—Ya sabes que...

Jules adivinó las palabras que su madre estaba a punto de pronunciar.

—No. —Fue la taxativa respuesta de Jules.

No la culpó, solo quería brindarle otra salida. Evadirla de su responsabilidad. Pero, de hacerlo, estaría fallando otra vez a Sarah. No, no podía hacer eso.

—Otra familia de la base podría hacerse cargo de los niños —dijo Agnes, antes de que Jules volviera a interrumpirla.

Jules sabía que el Ejército nunca dejaba atrás a ninguno de los suyos. Se haría cargo de los niños en cuanto estuvieran al tanto del problema.

—No creo que sea buena idea.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó Agnes.

A Matt no le gustaría que ella se hiciera cargo de la situación, pero estaba segura de que tampoco la juzgaría por hacerlo. Solo esperaba, en lo más hondo de su ser, que él comprendiese sus razones.

—Yo cuidaré de ellos —soltó de repente.

Agnes fue plenamente consciente de la decisión que acababa de tomar su hija. A decir verdad, no esperaba otra respuesta.

—¿Los llevarás a tu apartamento?

Jules pensó que su pequeño apartamento no tenía cabida para tres personas. Solo había una cama y un pequeño armario donde guardaba su ropa y sus escasas pertenencias.

Otra de las cosas que había aprendido de la vida militar era a no acumular demasiadas pertenencias inservibles. Solo las que pudiesen entrar en un par de cajas de cartón.

—Los niños necesitan su hogar; ya han tenido demasiados cambios durante estos últimos años.

—¿Estás segura? —preguntó su madre con recelo.

—Sí, me mudaré a casa de Matt hasta que él regrese.

La respuesta de Jules había sido breve y concisa. Agnes observó con evidente cariño a su hija y supo que nada de lo que dijera le haría cambiar de opinión. Había heredado los rasgos de su padre, al igual que su deber de la responsabilidad. A Jules no le gustaba la vida militar, pero, en el fondo, aunque ella no lo supiera, lo añoraba más de lo que imaginaba.

Esa era la razón por la que había abierto una librería tan cerca de la base, cerca de los suyos. De la única vida que había conocido.

—Es muy loable por tu parte hacerte cargo de los niños.

Jules abrió la boca para decir algo, pero la cerró de inmediato. Escuchó las voces de los niños y la de su padre, y el corazón se le desbocó.

Si la madre de Matt moría, ¿qué iba a pasar con Wesley y Elsie?

—No tienes por qué hacerlo, Jules. Dave podría...

Jules miró fijamente a su madre, mientras escuchaba en la otra punta de la casa las voces de los niños. Seguramente se reían por alguna broma de su padre. Aspiró profundamente y dejó escapar poco a poco el aire. En realidad, eran del todo ajenos a la situación. Jules estranguló la taza con los dedos; no pudo más que sentir lástima por ellos. Ya habían perdido demasiado a lo largo de su corta vida.

—Sí, claro que tengo que hacerlo. Es mi deber como amiga de Sarah. Además, Dave no tiene tiempo ni para sí mismo. —Dejó la taza sobre la mesa y se levantó de la silla—. Voy a ver a los niños, alguien tiene que decirles lo que está sucediendo.

—Jules... —la llamó su madre—. ¿Qué pasará con la librería?

—Hablaré con Harper. Ella podrá hacerse cargo.

—¿Estás segura de todo esto?

Jules no se giró. Tensó los hombros y se tragó las lágrimas. Se negó a pensar en Matt.

—Sí, mamá. Estoy segura —mintió—. No quiero que te preocupes.

Sin más dilación, salió de la cocina sumida en sus propios pensamientos y los problemas que podía acarrear su decisión.

Matt no la quería en su vida y ella no podía culparle por ello.

CAPÍTULO 3

Sabía exactamente cuál era su deber, pero estaba asustada. Se sentía mareada, todo le daba vueltas y tuvo que respirar profundamente para lograr algo de estabilidad. El espejo que había al otro lado del apartamento le devolvió su propia imagen.

«¿Qué estás haciendo, Jules?».

Desanduvo varios pasos hasta que sus piernas tocaron la cama y se dejó caer sobre el colchón. A su lado descansaba una maleta abierta y aún vacía. Dejó escapar un quejido antes de colocarse tocando con su espalda la pared y poner la cabeza entre las rodillas.

En un abrir y cerrar de ojos, Wesley y Elsie se habían convertido en una prioridad y una obligación. Apretó los ojos y se dijo que la vida tenía una manera curiosa de enfrentarla con la realidad.

Se maldijo por aquella absurda y ridícula situación. Se preguntó qué pensaría Sarah de todo aquello, pero en lugar de hallar una respuesta sintió que se mareaba y que el cuerpo le temblaba con escalofríos.

Los niños necesitaban a su madre, no a ella.

Levantó la cabeza tratando de respirar lentamente. Cuando escuchó que alguien golpeaba suavemente la puerta del apartamento, cerró los ojos unos segundos y apretó los labios con fuerza.

«Seas quien seas, es mejor que te vayas —gritó dentro de su cabeza—, necesito estar sola, necesito un momento de paz».

Los golpes en la puerta se sucedieron, esta vez con un poco más de intensidad. Enojada consigo misma y con el mundo, suspiró. Escuchó la amortiguada voz de Harper:

—Jules, ¿puedo entrar?

Se llevó las manos a las mejillas y limpió cualquier rastro de lágrimas que pudiera haber quedado de su propia estupidez. Quería estar sola. Pero sobre todo quería creer que la tristeza que la había invadido de repente se debía a su propia fragilidad humana, no a Matt.

—Sí, pasa. —Jules se resignó al hecho de que dando largas a Harper no conseguiría más que agravar la situación. Podía tratarse de algo importante, como un proveedor o un cliente. Luchó para que su voz no sonara demasiado brusca, pero sonó como un sollozo—: ¿Qué sucede?

La puerta se abrió y una corriente de aire barrió el pequeño apartamento.

—Tu hermano está abajo y quiere subir a hablar contigo.

Jules hinchó el pecho para respirar hondo.

—Dile que ya le llamaré más tarde y que deje de enviarme wasaps, me está volviendo loca.

Cuando Harper la vio hecha un ovillo, cerró la puerta a su espalda. El apartamento olía a humedad, quizás por eso Jules tenía algunas velas aromáticas encendidas que refrescaban el hogar y brindaban una iluminación muy especial.

—¡Oh, Jules! —Sin pensar, Harper dio varios pasos apresurados hasta llegar a ella, se sentó en la cama y le pasó un brazo sobre los hombros—. ¿Se trata de la señora Killmer?

—No tengo noticias de la madre de Matt. —Jules se dejó abrazar y recostó la cabeza sobre el hombro de Harper—. Espero que siga estable. Dave me dijo que se pasaría por el hospital. ¿Lo ha hecho?

—No lo sé —respondió Harper con sinceridad—. Ya le conoces, es muy reservado y parco en palabras.

Harper tenía razón, Dave era demasiado seco.

—Sí, soy consciente.

—Quería subir, pero le convencí de hacerlo yo primero. Cuando has entrado a la librería, hace unos minutos, no tenías buen aspecto. ¿Estás enferma?

—Estoy cansada, eso es todo —mintió.

—Te conozco hace poco tiempo, Jules, y, si te soy sincera, mientes fatal.

Jules se apartó. Resopló y dejó caer la cabeza sobre las rodillas una vez más. Pensó que Harper era una mujer muy observadora. Aún seguían siendo dos desconocidas que compartían algunas aficiones como la lectura. Era absurdo no poner las cartas sobre la mesa y compartir sus historias. Pero en ese momento no se veía con fuerzas para hacerlo. Matt invadió de nuevo sus pensamientos, lo que le hizo cerrar los ojos.

Una sombra de tristeza se volvió a apoderar de ella y se preguntó por enésima vez a lo largo de aquel angustioso día por qué el destino se había confabulado contra ella.

Ella era feliz, a su manera. No necesitaba demasiado: solo su trabajo, su familia y algunos amigos.

Poco más.

«No necesito a Matt, ni a los niños».

Otra mentira.

—De acuerdo. —Harper le puso el índice en la barbilla y le obligó a levantar la cabeza. La estudió unos segundos, mirándola a los ojos—. Entonces, ¿qué sucede?

Jules le devolvió la mirada. Los nervios bullían dentro de su estómago, preguntándose si estaba haciendo lo correcto con respecto a Wesley y Elsie.

—Estoy pensando que quizás Dave debería hacerse cargo de los niños —murmuró Jules—. Al fin y al cabo, mi hermano es el mejor amigo de Matt.

Harper se preguntó por qué Jules tenía tantas dudas al respecto. Nunca la había visto así, tan preocupada.

—Esos niños te adoran, yo lo he visto con mis propios ojos —comentó Harper tomando las manos heladas de Jules entre las suyas—. ¿Por qué dudas?

—Mi madre tiene razón, no tengo por qué hacerlo. No son mi obligación —soltó Jules, de repente—. He tenido tiempo para pensarlo detenidamente y puede que Matt se enfade si me hago cargo de la situación.

Harper ladeó la cabeza, sin llegar a comprender del todo lo que estaba ocurriendo.

—¿Por qué Matt se iba a enfadar?

Jules apretó los labios y aspiró con fuerza. Después soltó el aire, despacio. Pasearse por el pasado, nunca traía nada bueno.

—Es una larga historia.

—Comprendo —adujo Harper, sin querer presionarla.

Jules dudaba de que fuese así.

—Desde la muerte de Sarah, Matt y yo nos hemos mantenido distanciados. —Jules dejó a un lado su orgullo o dolor, no tenía muy claro cómo definir aquel sinsentido—. Cuando Matt y

los niños coincidimos, él y yo mantenemos las apariencias por el bien de todos. Pero nada más.

—Eso debe de ser duro.

—Ni te lo imaginas. —Jules intentó sonreír, pero no lo consiguió—. Cuando nos vemos en casa de mis padres, es más complicado aún. No es terreno neutral, ¿comprendes?

Harper ahogó un suspiro. No conocía demasiado a Jules, pero los tres meses que llevaba trabajando para ella nunca le había dado la impresión de ser una mujer insegura. Tampoco conocía al tal Matt, pero sí a su madre y a sus hijos. Llegó a la conclusión de que un hombre que tenía una familia como aquella, no podía ser un mal tipo.

—¿Qué sucedió entre vosotros? —preguntó Harper.

Aquel momento hizo que Jules se sintiera incómoda. Pero hizo caso omiso a su inseguridad, respirando profundamente.

—Le dije la verdad y él no supo encajarla bien, eso es todo.

—Jules, necesito hablar contigo.

Ambas dieron un pequeño respingo ante la intromisión. La impaciente voz de Dave se escuchó detrás de la puerta.

Jules miró a Harper e hizo una mueca con los labios.

—Estaré bien.

—¿Estás segura?

—Es mi hermano y sé muy bien cómo hacer que muerda el polvo.

Imaginarse a Dave Suvari en el suelo e indefenso hizo sonreír a Harper.

—Eso me gustaría verlo.

—¡Jules, estoy perdiendo la paciencia! —exclamó Dave con signos de cansancio en la voz.

—Será mejor que le deje entrar, antes de que tire la puerta abajo —dispuso Harper, levantándose de la cama—. ¿Algún día terminarás de contarme esa historia?

—Es muy posible. Sí, supongo que lo haré —respondió Jules, mirándola a los ojos—. Me caes bien, Harper. Me alegro de que estés aquí.

—Te aseguro que el sentimiento es mutuo.

—Jules, ¡por Dios santo!, ¡sabes cómo cabrear a un hombre!

Jules estiró las piernas y suspiró al escuchar la impaciente voz de su hermano. Al parecer su «tiempo muerto» había finalizado.

—Gracias por todo, Harper.

Harper asintió y le sonrió, como si quisiera insuflarle ánimos. Después se dirigió a la puerta y la abrió. Allí encontró a Dave, le dio la impresión de que estaba a punto de echar humo por las orejas. Era un hombre atractivo, pero demasiado arrogante para su gusto. Alto, fornido y con cara de pocos amigos. El pelo oscuro le brillaba, como si hubiera salido hacía poco de la ducha, y estaba un poco desordenado. Harper supuso que se había pasado la mano impacientemente mientras esperaba.

Se sintió aliviada cuando Dave se echó a un lado y la dejó pasar.

—No seas demasiado duro con ella.

Dave tuvo que aclararse la garganta. Aquella mujer le desconcertaba y cabreaba a partes iguales. Olía a flores, a jardín... y eso le irritó y gustó al mismo tiempo. Le dejó espacio para pasar, el suficiente para que sus brazos no se rozasen.

—Harper, los Suvari hacemos las cosas a nuestra manera.

Ella bajó la cabeza. Dave Suvari era demasiado intenso para su gusto, demasiado idiota.

No articuló respuesta alguna. Se giró, dándole la espalda y desapareció escaleras abajo.

—¿Estás bien?

—Lo bien que se puede estar en estos casos. No me gustan los hospitales, me traen malos recuerdos —respondió Jules.

Dave no podía estar más de acuerdo con su hermana. Atravesó el pequeño apartamento en pocas zancadas.

—¿Puedo abrir la ventana?

—Adelante —dijo Jules.

Dave se fijó en el rastro de humedad que había en el techo. Era evidente que su hermana había limpiado las manchas, pero no había logrado hacerlas desaparecer.

—Deberías irte de aquí y alquilar una casa más caldeada y luminosa.

Jules se apartó el pelo de la cara.

—Dave, te quiero, pero métete en tus asuntos.

Él gruñó.

—Si es por dinero...

—Vete a la mierda, Dave. No quiero ni tu dinero ni tus sermones.

Su hermano levantó las manos en alto, en señal de paz.

—De acuerdo, no quiero meterme en tus asuntos. Vengo del hospital y Vilma está estable. El doctor me ha comentado que aún no está fuera de peligro, pero que se recuperará.

Jules sabía que su hermano estaba haciendo todo lo posible para cumplir la promesa que le hizo a Matt después de la muerte de Sarah: cuidar de su madre y sus hijos cuando él estuviera en una misión.

—Dave...

La examinó y se encontró con los ojos de Jules. Estaba claro que había llorado. Tenía el pelo revuelto y la ropa arrugada, como si hubiera estado dando vueltas sobre la cama. La conocía lo suficiente para saber que estaba lidiando de nuevo con los demonios del pasado, y se increpó por ello. Allí sentada en la cama, con las piernas estiradas, los brazos cruzados bajo el pecho y los ojos llorosos, le dio la impresión de que estaba esperando la pena de muerte.

—He hablado con mamá —le dijo Dave.

Jules estaba segura de que así había sido. Su madre estaba preocupada; no podía culparla por ello.

—No debería inquietarse —dijo Jules, encogiendo las rodillas y dejando caer los brazos sobre ellas—. ¿Wesley y Elsie siguen con ella?

—Sí. Le gusta más el papel de abuela de lo que reconoce.

Jules sonrió. Dave tenía razón, su madre deseaba tener la casa llena de nietos para malcriarlos y hornear montañas de galletas.

—Será una abuela estupenda. Deberías ponerte a ello, antes de que la artrosis le impida coger a sus nietos en brazos.

Dave no comentó nada al respecto; sobre todo porque no se imaginaba a Gigi, la chica con la que salía en ese momento, arruinando su figura por un embarazo. Se limitó a girar la silla que encontró a su lado. Se sentó, dejando las piernas abiertas y los brazos apoyados en el respaldo. Jules reconocía aquella pose de autoridad, la había visto demasiadas veces en su casa.

Su padre solía sentarse así cuando tenía algo importante que decir.

—He hablado con mamá.

—Eso ya lo has dicho.

—Bien, porque me ha comentado que te quieres hacer cargo de Wesley y Elsie.

—Lo he pensado, sí. Pero...

—¿Pero? —preguntó Dave.

—Nada, solo pensaba. —Jules se pasó una mano temblorosa por el pelo—. Que quizás deberías hacerte cargo tú de ellos; al fin y al cabo, Matt es amigo tuyo.

Dave ni siquiera parpadeó.

—¿Es lo que quieres?

—Sí... no —titubeó—. La verdad, no lo sé, Dave.

Su hermano hizo una mueca de fastidio que ella no pudo ignorar.

—Necesito que te aclares, Jules. Entreno seis horas al día a un equipo que promete y, en honor a la verdad, no me sobra el tiempo. Mi vida es complicada y tengo una agenda de lo más apretada —explicó—, pero Matt es mi amigo y le debo algo más que dudas. Así que, por mí, no hay problema. Yo cuidaré de Wesley y Elsie.

Jules no podía haber estado más sorprendida al ver a su entrañable y ocupado hermano ofrecerse voluntario para ejercer de niño.

Dave no pasó por alto el gesto contrariado de su hermana.

—¿Algo que objetar al respecto?

A Jules no le desconcertó el tono desafiante de su hermano. Al fin y al cabo, había sido uno de los mejores jugadores de *hockey* de la NHL, pero hasta que una lesión de rodilla había acabado con su carrera deportiva en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, antes de que su mundo se desmoronara, se había medido con hombres que no tenían piedad en la pista y él aún seguía conservando ese aire de prepotencia, adquirido a lo largo de los años de experiencia entre rivales.

—Matt no querría que yo cuidase de los niños.

—Eso no es cierto, y lo sabes —le contradijo Dave.

—Ni siquiera me habla cuando estamos en la misma habitación. —Dave chasqueó la lengua y miró a otro punto de la estancia—. Sé que es una actitud muy recurrente, pero yo sé que no es lo mismo. Desde que murió Sarah...

—¡Tú lo has dicho! ¡Sarah está muerta! —exclamó su hermano, interrumpiéndola y mirándola fijamente a los ojos—. Por el amor de Dios, Jules. Ella ya no está aquí. No puede tomar decisiones, no puede opinar ni sentir, porque perdió la vida en aquel estúpido accidente. Y, al parecer, eres tú la que se niega a pasar página.

Jules no pudo evitar dar un respingo. Parpadeó para impedir que las lágrimas salieran a la luz. Las duras y certeras palabras de Dave la atravesaron como lo haría un afilado cuchillo.

Apartó la mirada un instante, tiempo suficiente para tomar aire.

¿Dave no se daba cuenta de que, desde la muerte de Sarah, las cosas entre Matt y ella eran diferentes?

—No estoy anclada en el pasado —se obligó a decir, aun sabiendo que estaba mintiendo. Se interrumpió de repente, sin saber muy bien cuáles iban a ser sus siguientes palabras. Sus emociones, aterradoras y contradictorias, se abrieron paso en ella. Respiró hondo y se esforzó por concentrarse en la conversación—: Solo digo que a Matt no le gustaría que yo me hiciese cargo de los niños. Lo que sucedió en el funeral...

—Y ¿dices que no estás anclada en el pasado? —Dave, malhumorado, golpeó con la palma de la mano el respaldo de la silla—. ¿A quién quieres engañar, Jules?

Jules sentía que no podía reprimir las lágrimas. Estaba segura de que, si no salía de su apartamento pronto, su garganta y pulmones se colapsarían. En su desesperación, posó los pies en el suelo, se levantó de la cama y caminó hacia la estantería, que estaba repleta de libros.

—¡No lo entiendes! —gritó ella.

—No, no lo entiendo, Jules. —Dave se levantó de la silla con cierta celeridad. Tal fue así, que estuvo a punto de volcarla, de no haber sido por sus rápidos reflejos—. No comprendo cómo se te ocurrió decirle a Matt que Sarah se suicidó.

Jules miró el lugar donde descansaba la última foto de ella y Sarah juntas algunas horas antes de su muerte. No sonreían, porque no había motivo para hacerlo. Los ojos de su amiga parecían vacíos de emociones. Tras el nacimiento de Elsie la melancolía se había adueñado de ella.

Los médicos tenían un nombre para definir esos síntomas: depresión postparto.

Jules no sabía que Sarah vivía en una constante amenaza para ella misma. Que habitaba en un túnel donde la ansiedad y el estrés estaban muy presentes. Su amiga había paseado por ese angosto y triste pasillo a lo largo de los últimos tres años. Y durante ese tiempo había perdido la esperanza y todo contacto con la realidad, era como si el mundo de su alrededor hubiera dejado de existir.

Eso fue lo que le dijo la psicóloga a la que acudió pocos días después del entierro.

Sarah no vio otras alternativas.

No vio otras puertas, porque era incapaz de mirar hacia los lados.

Los destinos y las largas ausencias de Matt tampoco ayudaban. Y, aunque su suegra le echaba una mano con los niños, Jules llegó a la conclusión de que el vacío y el dolor que sentía su amiga no podía llenarse con nada. Ni siquiera sus hijos pudieron sacarla de aquel angosto túnel: solitario y desolador.

Jules dedujo que esa tristeza venía de muy adentro. Donde, al parecer, nadie podía llegar.

Y, en un momento dado e inesperado, Sarah se rindió y perdió la batalla.

Y ella, que se culpaba por no haber estado a la altura de las circunstancias, seguía llorándola en privado. Siempre se decía que se le pasaría, que sería algo pasajero. Pero no era así. Lo cierto, es que la consumía ser responsable de su muerte. Se enfadaba con ella cada día por no compartir aquellos pensamientos autodestructivos que la llevaron a su final.

Se reprendía a sí misma por no haber sabido llegar hasta Sarah.

Cada noche rezaba por el alma de su amiga. Su abuela materna, Margaret, se habría sentido orgullosa al saber que ella aún recordaba la oración que le había enseñado cuando era tan solo una niña.

Aún con la visión borrosa y difusa, Jules no dejó de mirar la foto. Recordaba cada palabra, cada gesto de la conversación que habían mantenido aquella fatídica tarde que desembocaría en tragedia. Había sido una charla distendida y poco profunda, que no olvidaría nunca.

Aunque Sarah no habló de la muerte, ni de suicidio, los indicadores estaban allí, y ella no supo verlos.

Nunca se lo perdonaría.

—Jules...

La voz de su hermano la arrancó de sus pensamientos. Lo miró y reprimió el impulso de

echar a correr y dejar atrás todo aquello, pero la realidad era apremiante y ella debía tomar una decisión.

—Lo siento, Dave.

—Lo sé. —Su hermano acortó la distancia que los separaba y la rodeó con sus fornidos brazos. A su lado se sintió pequeña y demasiado vulnerable—. Lamento haberte hablado de esa manera. Quien debe sentirlo soy yo.

—Solo has sido sincero.

Él fracasó en el intento de sonreír. Jules parecía querer tener siempre la última palabra.

—Debí mantener la boca cerrada y dejar que fuera la Policía quien hablase con Matt y le explicase lo ocurrido. —Cerró los ojos y se dejó abrazar y consolar por Dave. Suspiró—. Me siento tan culpable. Pero estaba asustada y no sabía qué hacer.

—Hiciste lo correcto —dijo en un tono sereno.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto que sí.

Había desilusionado a tantas personas a lo largo de estos últimos tres años, que no estaba dispuesta a decepcionar a su hermano. Así que, decidió ser sincera:

—La carta que encontré en mi mesilla de noche, pocas horas después del accidente, fue lo peor que me ha pasado en mi vida. —Nada más dejar salir esas palabras, se sintió liberada—. Debí habérsela enseñado a Matt, en realidad no sé por qué no lo hice. Deliberé conmigo misma y llegué a la conclusión de que debía llevarla a la Policía, porque supuse que formaría parte de la investigación.

Recordó aquel instante como un castigo divino. Aún podía sentir la angustia al leer cada frase, cada párrafo. Era una despedida en toda regla, un adiós para siempre.

Resignada, se separó y se vio reflejada en los ojos de su hermano.

—Ocasione más daño del que ya había.

Dave negó con la cabeza.

—Matt estaba sufriendo, estaba perdido, Jules. ¿Lo entiendes?

—Sí, claro —se obligó a decir, aunque no era cierto. No entendía absolutamente nada.

—Aún, hoy en día, no comprende cómo Sarah pudo hacer algo así, abandonarle a él y a sus hijos de esa manera tan terrible.

Jules observó a su hermano. Los segundos se dilataron, como si esperase que añadiese algo más, pero eso no sucedió.

—Yo era su mejor amiga y tampoco lo entiendo.

Su hermano arrugó el ceño. Detectó un aire de preocupación en su voz y esperó pacientemente una respuesta, que nunca llegó.

Los labios de Jules se arquearon en un amago de sonrisa.

—No es cuestión de comprender, Jules, sino de aceptar lo inevitable. Sarah tomó una decisión y todos nos sentimos culpables por ello, no supimos ayudarla o ella no supo pedir ayuda. Pero, en este punto de la historia, nunca lo sabremos.

Dave tenía razón.

—Te agradezco que estés aquí.

—Es lo menos que puedo hacer con una hermana tan terca como tú.

Jules pensó que, por sus venas, por la parte de su familia paterna, corría sangre eslovena. Y siempre se había sentido orgullosa de ello, al igual que de su apellido. Dave y ella tenían más en común de lo que a ambos les gustaría.

Su piel no era excesivamente blanca. Ambos tenían el pelo castaño oscuro, con ciertos reflejos rojizos y sus ojos eran negros como una noche sin luna. Su nariz era más respingona que la de su hermano, él la tenía ligeramente torcida por una pelea que tuvo en un vestuario con un jugador del equipo contrario cuando aún jugaba al *hockey*. Además, Dave tenía músculos de acero y medía veinticinco centímetros más que ella. Ahí estaba la gran diferencia.

Dave fue a decir algo, pero un sonido proveniente de su móvil le hizo desistir. Lo sacó del bolsillo y Jules vio cómo se fijaba en la pantalla y arrugaba el ceño.

—Es Matt.

A ella se le aceleró el corazón y estuvo a punto de salirse del pecho cuando escuchó su nombre.

—¿Está bien?

—Eso parece. En setenta y dos horas estará en casa. Al parecer, papá ha podido mover algunos hilos. —Dave guardó el móvil de nuevo en el bolsillo y tomó a su hermana de la mano—. No te preocupes, ¿de acuerdo? Yo me quedaré con los niños.

Los dedos de Jules apretaron con fuerza los de Dave. De repente, dudó y sintió las piernas más cansadas que de costumbre. Pensó en la carta de Sarah y comprendió que no podía fallarle otra vez.

No podía fallarse a sí misma.

—No, seré yo quien se mude a la casa de Matt hasta que él regrese. Harper y mamá pueden ocuparse de visitar a la señora Killmer en el hospital.

—¿Estás segura? —Le dio una suave palmada en el dorso de la mano—. Yo podría...

—Soy muy consciente de que lo dejarías todo por Matt y por los niños, Dave. Pero también sé que tu equipo te necesita más que nunca. No sería justo dejar que tú cargues con toda la responsabilidad. Por otra parte, papá nos educó para servir. Es lo que tiene educarse en un ambiente militar —dijo, echándose para atrás—. Además, tienes razón. Ha llegado el momento de pasar página.

CAPÍTULO 4

Matt se llevó la mano a la pierna izquierda y la acarició con cuidado. Le dolía horrores, pero quejarse no serviría de nada. La bomba había estallado demasiado cerca de donde él se encontraba y la metralla había penetrado en la parte posterior del muslo y el gemelo, rasgando a su paso piel y músculos. Apoyó la cabeza en la pared del avión y cerró los ojos. En su mente aparecieron las imágenes del suelo y las paredes rociados e impregnados de sangre y sesos. Tragó saliva e intentó alejarse de aquellos recuerdos que podían diezmar el alma de un hombre. Luchó por conservar en el estómago la barrita de cereales y el par de analgésicos que había metido a la boca hacía escasos veinte minutos.

Si los opiáceos no hacían efecto de una puta vez, podía darse por jodido.

El aire era apenas respirable, pareció de pronto cargado de sudor, grasa y algo más que no reconoció. Supuso que era la tensión y testosterona de sus hombres, después de una misión complicada que había estado a punto de acabar con ellos. Exhaló de manera audible y cerró los ojos. Era muy consciente de que había seis pares de ojos observándole. Podía escuchar los murmullos y los improperios. Las palabras no llegaban a él de forma clara, pero sabía con certeza cuál era el tema de conversación.

Él.

Estaba empapado en sudor porque la fiebre había subido sin darle tregua. En ese momento habría dado cualquier cosa por una ducha de agua templada. Estiró la pierna despacio y todo su cuerpo se contrajo ante el molesto aguijonazo que le atravesó y estuvo a punto de hacerle aullar de dolor. Cerró la mano alrededor de su muslo, como si de esa manera pudiera detener aquel calvario. Pero no fue así. Aspiró con fuerza y apretó la mandíbula hasta que el incómodo ramalazo se fue disipando, poco a poco.

Acto seguido, cuando el dolor le dio un poco de tregua, bajó la cabeza y soltó un breve bufido.

Aquel martirio estaba acabando con él.

Recordó la dura y extenuante misión que había estado a punto de acabar con su vida. Pero no había dudado ni un segundo, y no se arrepentía de haber salido el último del edificio, poniendo a salvo a todos sus hombres. Habían corrido como alma que lleva el diablo mientras el punto rojo de mira de aquellos hijos de puta había bailado entre sus omóplatos.

Habían estado tan cerca de la muerte que aún podían oler su presencia.

El avión se sacudió entre las nubes, a causa de una corriente de aire. Soltó un juramento en voz baja y su mente voló al mensaje que Dave le había enviado. No era para nada alentador, más bien todo lo contrario. Abrió la boca y respiró hondo, esforzándose por mantener el control y el dolor a raya.

Su mundo se desmoronaba ante él y no podía hacer nada para remediarlo. Emitió un sonido estrangulado y se obligó a no pensar en el dolor que le hacía palpar la pierna. Abrió los ojos cuando sintió una presencia a su lado.

—Matt, ¿estás bien?

—He tenido momentos mejores.

Phil, su sargento al mando, le ofreció una botella de agua.

—Deberías beber si no quieres morir deshidratado.

Matt no dudó. Estaba sediento, la aceptó y se la llevó a los labios reseca y agrietados. Bebió un buen trago de agua. Retiró la botella de la boca y exhaló de alivio cuando el líquido pasó y refrescó su garganta seca.

—Gracias.

—Es lo menos que podemos hacer después de que nos hayas salvado la vida. —Phil, sentado a su lado, miró a su teniente y sintió lástima por él. Estaba seguro de que el dolor que estaba soportando sería muy parecido a tener un hierro candente atravesándole la pierna—. ¿Puedo hacer algo?

Matt negó con la cabeza y acto seguido bebió otro largo trago de agua.

—¿Cómo están? —preguntó, haciendo referencia al resto de los hombres.

—Intentando no pensar demasiado en lo sucedido.

Matt no podía culparlos por ello. Observó al hombre que tenía a su lado. Tenía el pelo claro y los ojos más azules que él había visto en su vida. Su fama de «Valentino» era más que conocida por todos ellos, y las bromas estaban a la orden del día. En ese momento, Phil mostraba una mirada profunda y preocupada.

—¿Tan mal aspecto tengo? —preguntó, temiendo la respuesta.

—Has tenido días mejores.

De haber podido, Matt se habría echado a reír.

—En cuanto lleguemos, deberías ir a un hospital.

—Ya me ha visto un médico.

Phil no comentó nada al respecto. Aquel matasanos que habían secuestrado había desinfectado y suturado la herida de Matt a punta de pistola. Dudaba mucho de que hubiera hecho un buen trabajo. Maldijo en voz baja al médico ruso y la misión que los había llevado hasta la frontera con Rusia.

En las guerras siempre salían perdiendo los mismos. Se decía que, en época de crisis, unos lloraban y otros vendían pañuelos. Y sí. Así era la cruda realidad.

Maldijo en voz baja por la avaricia de algunos políticos.

Matt dirigió su mirada a Phil. Era una mirada clara y preocupada. Se dijo a sí mismo que le volvería a confiar su propia vida, pero esperaba que no hiciese falta. Llevaban juntos tanto tiempo compartiendo misiones que conocía cada gesto y mueca.

—Preocuparte no te servirá de nada.

Phil sonrió por primera vez en mucho tiempo.

—¿Eso lo dices como amigo o como teniente?

Matt inclinó la cabeza y cerró los ojos. No estaba para chacharas. Así que se limitó a preguntar:

—¿Cuánto falta para llegar?

Phil levantó el brazo y comprobó la hora en su reloj.

—Más de lo que te gustaría.

—Joder.

—Tenemos que hacer algunas escalas.

Matt soltó un juramento en voz baja.

Phil contempló a su superior durante unos segundos y pensó que su aspecto era

lamentable. Estaba pálido, impregnado en sudor y la barba desaliñada de varios días no ayudaba a verlo mejor. Pero poco o nada podía hacer al respecto hasta que llegasen a suelo estadounidense.

—¿Sabes algo de tu madre?

Matt tardó unos segundos en responder. Escuchó un pequeño chasquido metálico y levantó la cabeza como un resorte, en alerta. Cuando se percató de que era de uno de los hombres tirando de una anilla de una lata de cerveza se relajó.

Llenó los pulmones de aire y se obligó a responder:

—Dave me ha comentado que no es tan grave como suponían en un principio.

Phil sabía que Dave Suvari, uno de los mejores jugadores de la NHL de todos los tiempos, era el mejor amigo del teniente.

—Eso es un alivio.

—Sí que lo es.

—¿Los niños están bien?

Matt pensó en Wesley y Elsie, y se le contrajo el corazón. Se pasó la lengua por los labios resecaos y pensó que ya habían perdido demasiado a lo largo de su corta vida. Trató de controlar su autocompasión, pero no le fue del todo posible.

Pensó en Sarah y se amonestó a sí mismo por hacerlo. Ella no estaba y no volvería nunca más. Debía asumirlo y aceptarlo de una vez por todas.

—Sí, están bien. Al menos, eso me ha comentado Dave.

—De acuerdo —señaló Phil, reprimiendo su propio escepticismo—. ¿Por qué no descansas un poco? Te avisaré cuando estemos a punto de aterrizar.

Matt asintió despacio. Los analgésicos estaban surtiendo efecto y un sueño conciliador comenzaba a apoderarse de él.

Phil le quitó la botella de entre las manos antes de que cayera al suelo y se alejó para situarse junto al resto de los hombres.

—¿Cómo está? —preguntó uno de ellos, de origen senegalés al que apodaban Seagull «gaviota», por tratarse de un hombre ingenioso que se pasaba la mayor parte de sus permisos en su barca, disfrutando de la pesca.

—Sobreviviendo —respondió Phil, sin apartar los ojos del teniente.

—¿Aguantará?

—Tiene dos motivos muy poderosos para hacerlo. Así que, sí, lo hará.

CAPÍTULO 5

Jules no se preguntó por qué, después de haber elegido la soledad, ahora tenía tantas ganas de tener compañía. Llevaba dos días en casa de Matt al cuidado de los niños.

La casa estaba situada en el 106 de Wild Heron Dr, cerca del lago Trophy. Y a poco más de siete kilómetros de Midway. Un enclave idílico para alejarse del mundanal ruido.

Matt y Sarah habían elegido esa casa porque deseaban vivir en el extrarradio de la base militar, lejos de las órdenes y de los uniformes.

A ella le gustaba la casa y el enclave. Cuando el viento silbaba formaba ondas en el agua del lago, haciéndose notar en las ramas de los árboles que se agitaban a su paso. Y allí era donde las nubes plomizas se arremolinaban cuando amenazaban tormenta.

En aquel lugar se respiraba paz.

Una paz que ella necesitaba con todo su ser.

Ese mismo día había empezado a hacer planes de futuro. Había elegido un camino difícil, que no emocionaba a ninguno de los presentes. Pero pensó que no podía pasar la vida sufriendo y compadeciéndose de sí misma.

Después de todo, era su elección, ¿no?

Habría preferido no mudarse, no cuidar a los niños. Pero ya era tarde para arrepentirse.

Su vida había cambiado, Wesley y Elsie llenaban sus silencios. Hacía las veces de árbitro cuando discutían por nimiedades y les prestaba atención cuando parloteaban sin parar.

Comenzaron a sentirse cómodos con ella. Aunque apenas sonreían. Eso la preocupaba; pero, en el fondo, no les culpaba porque el caos de emociones que debía de bullir en su interior no podía ser fácil de gestionar para ninguno de los dos niños.

En un momento dado, Jules sacó el tema a colación y les explicó por qué se había mudado a su casa. Hablaron sobre lo sucedido, de su abuela, de su padre..., pero los niños no preguntaron nada en particular. Se limitaron a mirarla con los ojos muy abiertos, como si esperasen alguna otra mala noticia.

Jules se esforzó por sonreír, por convencerlos de que ella no se iría a ninguna parte, que no los abandonaría. Pero estaba claro que los niños no la creyeron ni por un momento. Como si se tratase de un acuerdo tácito, guardaron silencio. Los tres se quedaron pensativos y preocupados por un presente incierto y un futuro nada halagador. La cena se quedó fría y se fueron a la cama con el estómago vacío.

A la mañana siguiente, Jules se sentía culpable y percibía un dolor en el pecho que no podía explicar. Estaba cansada, con los nervios a flor de piel. Quería transmitirles a los niños algo de paz, pero dudó que pudiera hacerlo. Madrugó y a través de la ventana observó el paisaje. El campo era de un verde resplandeciente y solo era interrumpido por el reflejo del amanecer en el plateado lago. Volvió a los fogones, puso una sartén al fuego, la untó de mantequilla y se dispuso a hacer tortitas, que ofreció a los niños para desayunar.

Le resultó agradable ver su entusiasmo y sonrió satisfecha cuando vio el plato vacío. Al menos no morirían de inanición. Pensó.

Después los llevó al colegio y seguidamente se dirigió a la librería.

Y el dolor seguía ahí, como si se tratase de una mala premonición. Respiró profundamente y expulsó el aire, pero de poco sirvió. Apenas dormía y, cuando lo hacía, se despertaba sobresaltada y desorientada. Daba vueltas en una cama desconocida hasta que el sueño la volvía a vencer, rogando que ninguna pesadilla campase a sus anchas por su mente.

Sonaba con Sarah. La veía y le hablaba, intentando convencerla de que pisara el freno, que no hiciera ninguna locura. Se despertaba con el mismo extraño dolor en el pecho y, a continuación, se quedaba mirando el techo durante horas, hasta que amanecía. Y vuelta a empezar.

Pensó en Matt, como solía hacer a menudo. Tras su vuelta, su vida daría otro giro. Regresaría a su rutina, a su soledad y a su pequeño apartamento. La verdad es que no estaba segura de querer desandar el camino. Pero la decisión no dependía de ella.

Se dijo a sí misma que no debería desear lo imposible. Recogió algunos libros del mostrador y los colocó en sus respectivas estanterías. El trabajo la ayudaba a desconectar y a no pensar demasiado. En ese momento, la puerta se abrió y entró Harper con una bonita sonrisa en los labios.

—¡Buenos días! —saludó—. ¡Has madrugado! No me extraña, hace un día estupendo.

Jules estaba de acuerdo. Ese día el sol estaba brillante y se agradecía cada uno de los tenues y tibios rayos que se derramaban a través de los escaparates de la librería. Un día despejado era motivo para que los habitantes de Midway salieran de sus casas y fueran de compras.

—Llevo horas levantada, no podía dormir. He hecho tortitas, pero ni Wesley ni Elsie me han regalado una sonrisa.

—Es lógico. —Harper se quitó el abrigo y lo dejó junto al bolso, sobre una silla detrás del mostrador—. Con el paso de los días será más fácil.

—¿Tú crees?

—Sí, te están poniendo a prueba.

Jules, que estaba a punto de colocar un libro en la estantería, se detuvo y se volvió para mirarla.

—¿Cómo es que sabes tanto de niños? —preguntó extrañada.

Harper levantó la cabeza, sorprendida. Probablemente había hablado más de la cuenta. Sin embargo, ya era demasiado tarde para retractarse.

«Ajústate a la verdad todo lo que puedas», pensó.

—Mi hermana tiene dos hijos, más o menos de la edad de Wesley y Elsie —respondió sin más.

Jules tardó unos segundos en reaccionar, era la primera vez que Harper hablaba de su familia.

—¿Tienes más hermanos?

—No.

La breve y escueta respuesta no desanimó a Jules:

—¿Dónde vive?

—¿Mi hermana?

Harper sintió una oleada de simpatía por Jules, pero aún no estaba preparada para hablar de sí misma. Fue a poner una estúpida e insulsa disculpa, pero el teléfono vibró sobre el mostrador.

Salvada por la campana.

Jules dejó los libros sobre una mesa y corrió al mostrador. Al leer en la pantalla el nombre del colegio, tomó una bocanada de aire y descolgó.

Cuando entró al despacho del director y vio a Wesley, ahogó una exclamación.

—Oh, Wesley. ¿Qué ha pasado? —Se acercó al niño, con premura—. Deja que...

—Estoy bien —respondió Wesley furioso. Y se apartó antes de que Jules lo tocara.

Jules no insistió. Wesley tenía la mirada clavada en el suelo; cuando se palpó la nariz con los dedos, hizo un gesto airado. Debía de dolerle horrores.

Pero el niño no quería su compasión ni sus abrazos; así que, muy a su pesar, se limitó a hacer lo que él le pidió: mantenerse alejada.

Observó la cara seria del niño y percibió su tensión. Había sido una disputa muy desigual. Mientras Wesley tenía la nariz enrojecida, un buen moratón en el ojo izquierdo y el labio hinchado, su contrincante apenas tenía unos rasguños en la frente.

—Dave Suvari está en camino —Jules notó cierto orgullo en la voz del director—, pero me pidió que la llamase a usted porque se encontraba más cerca. Me ha explicado la situación, y la comprendo. Por esa razón, haré una excepción.

—¿En serio?

El director levantó una ceja ante la irónica pregunta de Jules.

—Comprendo la situación —repitió con autoridad—, pero si algo le ha de quedar claro es que no puedo consentir la violencia en el colegio. Espero que lo entienda.

Miró a Wesley. Sus miradas se cruzaron un instante, pero él no dijo nada. Al pobre le temblaban los labios y tenía los ojos brillosos. Jules intentó vencer las ganas de decir lo que pensaba al respecto, pero mantuvo la boca cerrada, porque le dio la impresión de que era eso lo que Wesley le suplicaba.

Una vez más, había fracasado.

Tomó aire y esperó pacientemente a que la madre del otro niño se atragantase con su propia saliva. Hablaba como si le hubieran dado cuerda y señalaba continuamente a Wesley con el índice, culpándolo de lo ocurrido.

Cuando escuchó un comentario de lo más grotesco, giró la cabeza con brusquedad. Pero una mirada de advertencia por parte de Wesley la hizo morderse la lengua y rechinar los dientes.

A Jules no le quedó otra opción que escuchar la extensa y aburrida diatriba del director sobre la violencia.

Fueron los veinte minutos más largos de su vida. Sin embargo, poco podía hacer al respecto, las pruebas hablaban por sí solas. Algunos testigos señalaron a Wesley como el incitador de la pelea. Según ellos, Lucas Farrell no le había dirigido la palabra ni movido un solo músculo antes de que Wesley se abalanzara contra él.

Una vez en el coche, el niño no despegó los labios. Y al llegar a casa se dirigió a su habitación.

—Wesley, ¿podemos hablar?

—¡No!

Lo siguiente que escuchó Jules fue un portazo. Bajó la mirada, sin poder deshacerse de ese sentimiento de culpabilidad que parecía haberse ya adueñado de ella.

Frustrada, se dirigió a la cocina y llamó a Harper para preguntarle si podía hacerse cargo de la librería. Como esperaba, no encontró ninguna queja. Dave llegó una hora más tarde, pero Wesley no quiso dejarle entrar a su habitación ni hablar con él. Se fue apesadumbrado y ella supo muy bien cómo se sentía su hermano.

A la hora de la cena Jules seguía desconociendo el detonante de la pelea.

Había intentado no preocuparse, pero le fue del todo imposible. Aquellos niños le importaban más de lo que imaginaba.

Se suponía que esa noche regresaba Matt. Estaba segura de que él sabría resolver esa situación con los ojos cerrados. Después, ella se iría y todo volvería a ser como antes.

O no.

Jules exhaló de manera audible cuando vio el estado de la habitación de Elsie; apenas se veía la alfombra porque la mayoría de sus juguetes estaban desperdigados por el suelo. Giró la cabeza y observó a la niña, que estaba a su lado con gesto compungido.

—Da la impresión de que por aquí ha pasado un huracán.

Elsie, sintiéndose culpable, bajó la cabeza y miró a la punta de sus bonitas y rosas zapatillas.

Jules sintió que se le rompía el corazón, pero se dijo que la niña tenía que aprender a ser responsable con sus cosas.

—¿Vas a recoger tus juguetes?

—Supongo que tendré que hacerlo.

Jules detectó un aire de preocupación en su voz y eso no la hizo sentirse bien. Aquel día no estaba siendo mejor que los anteriores. Estaba claro que echaban de menos a su abuela y a su padre.

—Wes no quiere salir de su habitación.

—Lo sé. —Fue la respuesta de Jules.

—¿Está enfadado? —preguntó Elsie.

—No lo sé, cielo. Pero hablar de tu hermano no te va a salvar de recoger tus juguetes.

Elsie puso las manos detrás de la espalda y las entrelazó. Movié los dedos de los pies y dio vida a sus zapatillas rosas.

Jules pensó que aquella postura era de lo más entrañable.

—¿Por qué has hecho esto, Elsie?

—No lo sé.

—No lo sabes —repitió ella, volviendo la mirada a aquel desastre y dejando escapar un largo suspiro. —Es tarde, hora de irse a la cama.

—Eso también lo sé —comentó la niña.

—También lo sabes, claro —Jules dejó escapar un cansino suspiro—, pero antes hay que ordenar esta habitación.

Sobre la mesilla de noche descansaba una foto de Sarah con Wesley y Elsie, de cuando eran más pequeños. Su amiga le devolvía la mirada y parecía decirle:

«Paciencia».

Era la única foto de Sarah en toda la casa.

Una leve sensación de tristeza se apoderó de ella, pero no pudo juzgar a Matt por ello.

Jules suspiró de nuevo y se dio por vencida.

Los niños intentaban deshacerse de su frustración a su manera. Mientras Wesley buscaba la cara de un compañero de clase para usarlo como saco de boxeo, Elsie había decidido que el desorden tendría protagonismo en su vida.

—Te ayudaré. —Entró en la habitación y recogió los patines que había en el suelo y los metió en el armario.

La niña levantó su preciosa carita, sorprendida.

—¿De verdad?

—Sí, pero será un hecho puntual.

—¿Qué significa eso?

—Que solo te ayudaré hoy. —Jules se acercó al baúl de los juguetes, lo arrastró al centro de la habitación y comenzó a llenarlo de peluches.

—¿La abuela se ha muerto?

—Oh, cariño... —Con instinto maternal, Jules dejó lo que estaba haciendo. La atrajo hacia sí y la rodeó con sus brazos—. No, cielo, no debes preocuparte. La abuela está mejorando y pronto estará en casa con vosotros.

—La echo de menos.

Jules pudo sentir cómo aquel pequeño cuerpo se adaptaba al de ella y la abrazaba.

—Es lógico que la echas de menos. Pero ya verás que pronto estará en casa.

—¿Por qué tarda tanto?

—Porque los médicos tienen que curarla.

—Los médicos no curaron a mamá.

Jules observó a la niña, sin saber muy bien qué decir a continuación.

—Fue diferente.

—¿Por qué?

«Dios mío, ayúdame».

Jules deshizo el abrazo y volvió a la tarea de llenar el baúl con los peluches.

—Tu mamá sufrió un accidente y pasaron muchas horas hasta que llegó al hospital.

—¿Por qué?

A Jules se le agotaban las respuestas.

—Porque en vez de frenar, pisó el acelerador. Y su coche salió volando, dando tumbos.

—Tanto Jules como Elsie se quedaron mirando a la puerta, donde estaba Wesley.

Jules se quedó lívida.

—Por Dios, Wesley.

—¿Acaso no es verdad?

—¿Qué quiere decir Wes? —preguntó Elsie, arrugando su preciosa naricita.

Jules no podía moverse, ni siquiera podía pensar con claridad. El niño tenía un gesto afligido y sus ojos estaban rojos e hinchados de haber estado llorando. Las señales de la pelea seguían ahí, y todo ello hizo que se le partiera el corazón.

—Ven aquí —lo llamó con suavidad. Para su sorpresa, el niño obedeció—. ¿Esa es la razón por la que te has peleado hoy en el colegio?

Wesley no respondió, pero tampoco hizo falta que lo hiciera. Jules podía leer la respuesta en su mirada.

—¿Quieres hablar de lo ocurrido o de Lucas Farrell?

—Lucas Farrell es un idiota.

—No puedes decir palabrotas, Wes, o papá se enfadará —dijo Elsie.

Jules acercó a la niña más a ella y apoyó la frente en su delicado hombro.

—Elsie, Wesley está enfadado.

—Más que enfadado...

—Ya veo —respondió Jules.

—¿Vas a decirme tú la verdad o me vas a mentir como hacen todos?

Jules se irguió y respiró hondo. Se preguntó en qué momento había crecido Wesley, dónde estaba ese niño despreocupado, inocente y risueño que sonreía a todas horas.

—Es complicado, Wesley. —Tomó su mano y observó sus nudillos enrojecidos y magullados. Debían de dolerle y mucho. Le pasó el dedo por los raspones e inspiró aire hasta llenarse los pulmones, después lo dejó escapar, poco a poco—. A veces, los adultos hacemos cosas incomprensibles e inesperadas.

—No puedes elegir el día que quieres morir.

—No se debería, no.

—Entonces, ¿por qué lo hizo ella?

No debería permitir que el niño sacara una conclusión errónea. Sarah se había suicidado porque estaba triste y deprimida, alejada de toda realidad. Porque no había sabido pedir ayuda, o ellos no habían sabido proporcionársela.

¿Cómo explicarle eso a Wesley?

El niño se quedó allí durante un momento, esperando que Jules le diese una respuesta diferente.

—Ella os quería muchísimo.

—Yo creo que no.

Jules se rindió al momento y escondió la cara en el pelo de Wesley.

—Cuando seas un poco mayor...

El niño no le dejó terminar la frase. Se dio la vuelta y tomó distancia.

—Wesley, por favor, escúchame. No te vayas.

—Estoy cansado de escuchar.

Con los hombros rígidos se volvió y se dirigió a la puerta, sin despedirse.

Jules le vio salir, pero no corrió tras él. Dijese lo que dijese, iba a caer en saco roto. Wesley no quería saber la verdad, deseaba una realidad diferente a la que vivía.

Rezó para que Matt no tardase demasiado en llegar a casa. Abrazó a Elsie y se quedaron en silencio durante un rato.

Para variar, la niña no habló, ni preguntó nada.

Demasiado dolor en unos cuerpos y mentes demasiado pequeños.

CAPÍTULO 6

Matt abrió la puerta de casa e inspiró el agradable olor que solo un hogar podía ofrecerle. Un remanso de paz le hizo abandonar la tensión de las últimas semanas. Cerró tras de sí y dejó caer el macuto de golpe, al lado del sofá.

Liberado de la carga —en el más amplio sentido de la palabra— contempló las escaleras que conducían a la planta superior y reflexionó sobre su actual situación. Dudaba mucho que pudiera subir hasta su dormitorio, y eso significaba que tendría que dormir en el sofá. Al menos en la planta baja disponía de un cuarto de baño completo. Pero se sintió reconfortado de estar cerca de sus hijos. Pensar en Wesley y Elsie hizo que se le partiese el corazón. Aún no habían salido al mundo y ya conocían el dolor y el sentimiento de pérdida. Habría dado todo lo que poseía por ahorrarles tanta desdicha. Caminó cojeando hacia el interruptor y encendió la luz de la lámpara del techo. Relajó lentamente la espalda y los hombros, observando a su alrededor. Se quedó allí paralizado, sin saber muy bien qué hacer.

Eran las dos de la madrugada y la casa estaba en el más absoluto de los silencios. Todo estaba limpio, impecablemente limpio. No parecía que hubiera dos niños viviendo bajo ese mismo techo. Eso le hizo sentirse bien y mal a partes iguales. Por alguna razón, que no llegaba a comprender, él nunca había conseguido tener la casa así de ordenada.

Se pasó la mano por la cara. Al agotamiento físico ahora se le unía el mental. Y tuvo la sensación de que el cansancio aumentaba a cada minuto que transcurría. Se había pasado por el hospital nada más pisar tierra y visitado a su madre. Hablaron varios minutos de lo acontecido y, de lo que estaba por llegar, hasta que la respiración de ella se aceleró y comenzó a agitarse por el esfuerzo. Le dolió no haber estado cuando su corazón se paró unos segundos; pero verla con vida era toda la recompensa que necesitaba por el momento. Según las enfermeras, estaba bien, estable y fuera de peligro. Solo era cuestión de tiempo, un cambio de hábitos y tranquilidad.

Tranquilidad, estaba claro que dos niños pequeños no podían proporcionársela. Se resignó a lo inevitable. Dejó caer la mano y, de inmediato, los músculos de su espalda y hombro protestaron. La angustia de las últimas semanas comenzaba a pasarle factura. Le hizo sentir demasiado vulnerable, le recordó que era de carne y hueso y que, quizás, algún día podría no regresar a casa, junto a sus hijos.

El infarto de su madre solo venía a confirmar lo que ya sabía: la muerte siempre estaba cerca, acechando. Se dio cuenta de que había depositado toda la carga de los niños en una mujer que sufría en silencio.

Resopló y se pasó la mano por la cara.

Estaba tan cansado como si hubiera corrido un maratón. Dejó las llaves sobre la mesa del comedor y al dar el siguiente paso se llevó la mano a la pierna. El dolor le atravesó el muslo y soltó un quejido. En su boca se dibujó una mueca amarga y se agarró con fuerza al respaldo de una silla hasta que fue remitiendo, poco a poco.

Vaciló un segundo y calculó los pasos que tendría que dar hasta llegar a la cocina. La respuesta hizo que los ojos le ardieran de lágrimas que se negaba a derramar. No era el momento

para llorar ni para lamentaciones.

Su recuperación dependía de él, de nadie más.

Y cuanto antes se lo metiera en su dura mollera, mejor que mejor.

Después de examinarle, el médico había sido optimista con respecto a su pierna. Unas semanas de reposo, y muchas horas de rehabilitación, era lo que necesitaba antes de volver a otra misión. Dejó la silla atrás y se tambaleó cuando el dolor le aguijoneó, pero no llegó a perder el equilibrio. Se quedó allí parado, maldiciendo en voz baja.

Cuando sus piernas se afianzaron dio un paso y luego otro, hasta que se sintió seguro. Se había negado a usar muletas, por cuestiones obvias. No era un inválido, tan solo un puñetero lisiado. De camino a la cocina se frotó la barba ya crecida, echó la cabeza para atrás y exhaló de manera audible. El paracetamol le había ayudado a bajar la fiebre y los analgésicos tenían controlado el dolor, el tiempo que duraba su efecto. Cayó en la cuenta de que estaba más cansado de lo que se imaginaba, pero por sus hijos tenía que recuperar el dominio de sí mismo lo antes posible. Para un hombre como él era vital recobrar la energía perdida y seguir la vida donde la había dejado.

Encendió la luz de la cocina y apagó la del salón. Su estómago vacío se revolvió y protestó cuando olió el estofado. Estaba famélico.

Se apoyó en el marco de la puerta e inspiró aire para recuperar algo de energía, pero fue en vano. El dolor seguía ahí, aferrado a sus músculos como un hierro candente. Sabía que no tenía derecho alguno a sentirse herido, estaba vivo y eso es lo que importaba en ese momento. Cojeó unos segundos hasta poder recuperar la estabilidad y aferrarse a la encimera. Se acercó al horno y lo abrió. El aroma proveniente del guiso le hizo salivar. El estofado aún estaba caliente y su aspecto era de lo más apetecible. Después de haber estado alimentándose con latas de conserva, aquello era un regalo de los dioses.

—Jules —susurró.

Con cierta torpeza logró alcanzar la mesa. Le costó lo suyo que, con su inestabilidad, la salsa no se desbordase por el borde del plato. Se dejó caer en uno de los taburetes, estiró la pierna y agradeció que el dolor aflojara. Aún estaba débil y tenía una sed de mil demonios. Metió la mano en el bolsillo derecho de su pantalón, extrajo un pequeño frasco de cristal, lo abrió y sobre la palma de la mano dejó caer un par de comprimidos. Agarró la botella de agua, llenó un vaso y bebió hasta que desapareció la sequedad de su garganta. Una vez tragados los analgésicos, abrió el cajón de los cubiertos y eligió un tenedor al azar.

Él era un hombre de acción y se percató de que todo este tiempo había estado guardando silencio, porque había dejado de sentir. Había estado tan ocupado en salvarse a sí mismo, que no había prestado atención a su alrededor.

«La peor batalla siempre está entre lo que sabemos y lo que sentimos», había leído en alguna parte.

Era cierto.

Él era un soldado y conocía bien esa lucha interna.

Experimentó un aguijonazo de culpabilidad, porque sabía que él también era responsable de la gente que quería.

Jules era la única persona que no había podido encajar en su nueva realidad. Y lo peor de todo era que él sabía precisamente cómo había ocurrido. Sentía cierto recelo hacia ella, quizás porque fue la última persona con la que habló Sarah, porque fue a la única a la que le dejó una carta de despedida.

Recordó la mirada de urgencia de Jules en el velatorio.

—Matt, tenemos que hablar.

—¿Ahora?

—Sí, es importante.

—Jules, tengo que atender a toda esta gente. No puedo desatenderlos.

—Dave puede ocuparse.

Aceptó.

Y, todavía seguía recriminándose a sí mismo haberlo hecho.

Lejos de todo y todos, Jules le confesó que había encontrado una carta, que en ese momento estaba ya en poder de la Policía científica. Fue en ese preciso instante cuando su mundo terminó de derrumbarse. Ni por asomo se le pasó por la cabeza que Sarah pudiese acabar con su vida voluntariamente. La idea de que había sido víctima de un accidente siempre fue su única hipótesis.

Echó a un lado los recuerdos y se preguntó por enésima vez por qué su esposa no había acudido a él. De haberlo hecho, quizás...

Maldijo en voz baja, a sabiendas de que ya no podía cambiar el pasado ni el dolor que ocasionaba su ausencia.

Permaneció inmóvil, mirando al vacío.

Su matrimonio no iba bien; sin embargo, nunca imaginó que Sarah lo rompiera de una forma tan abrupta. Apartó la vista de aquel punto en concreto e hinchó el pecho al respirar. Sentía a Jules allí, y aquel sentimiento lo golpeó como un puñetazo.

Lo más probable era que en ese momento ella estuviera durmiendo en la habitación de invitados. Pero tampoco estaba seguro de que eso fuera así. Podría estar durmiendo en su cama. El pensamiento en sí le hizo volver a la realidad y clavar el tenedor con más ahínco en el trozo de carne.

La idea de subir las escaleras y comprobarlo por sí mismo le resultó toda una hazaña. El dolor de la pierna seguía ahí, aunque con menos intensidad.

¿Qué le había dicho Dave en el hospital?

—No lo fastidies, tío. Recuerda que mi hermana es una víctima más.

Quizás su amigo tuviera razón.

Habían pasado tres años y aquella sensación devastadora aún seguía allí. No había conseguido deshacerse de ella.

Jules le recordaba lo que Sarah se estaba perdiendo y eso le dolió.

Maldijo a su mujer por el hecho de haber abandonado a sus hijos. Una mezcla de dolor y desesperanza creció dentro de él porque, de algún modo, sabía que ya nada volvería a ser igual.

Sus hijos sufrían.

Él también.

Estaba roto.

Cansado.

Perdido.

Examinó el plato que tenía ante sí y se dijo que tenía que comer si quería hacer frente a la situación. Hizo de tripas corazón y se esforzó por alejar sus pensamientos a una parte recóndita de su mente. Estiró el brazo, alcanzó un trozo de pan crujiente y lo desmenuzó con los dedos. Clavó de nuevo el tenedor en el estofado. Metió el trozo de carne en la boca y lo masticó despacio, pensativo.

El guiso estaba delicioso.

Percatándose de lo inútiles que eran los pensamientos negativos, llegó a la conclusión de que no le convenía presionar demasiado a Jules. Al fin y al cabo, era la hermana de su mejor amigo y había dejado todo para hacerse cargo de sus hijos.

Le debía algo más que su necesidad.

Poco antes del amanecer Jules bajó las escaleras. Contuvo el aliento cuando encontró a Matt durmiendo en el sofá. Una sensación de calidez se apoderó de ella mientras lo admiraba. Abrió las cortinas y lo observó dormir plácidamente con la cara apoyada sobre dos cojines. La descuidada barba de varios días endurecía aún más sus rasgos, pero seguía manteniendo el atractivo que le caracterizaba.

Se amonestó a sí misma por tal pensamiento.

Llevaba tiempo recriminándose sentir algo por él. La frustración, la fatiga de los últimos días y el estrés se apoderaron de ella.

Matt no era una opción, era el marido de Sarah.

Y punto.

Hizo acopio de valentía y mantuvo la mirada en aquel hombre que le quitaba el sueño. No se había desvestido, aún llevaba el uniforme puesto. Su respiración era regular y profunda, y su gesto transmitía serenidad, como si nada ni nadie le preocupase. Hacía tiempo que no le veía así: tranquilo, ajeno al dolor y al recuerdo de Sarah. Siempre que se encontraban él solía fruncir el ceño, o se mostraba tenso y distante ante su presencia.

Era lógico.

Incluso comprensible.

Ella sabía que era el precio que tenía que pagar por el hecho de que Sarah le hubiera dejado una carta de despedida solo a ella, y a nadie más. Cuando sintió el escozor de las lágrimas, tragó saliva y se dijo que lo más sensato era recoger sus pertenencias y desaparecer.

Matt agradecería que ella no estuviera allí cuando despertase.

Tenía que alejarse, poner distancia.

Cuando lo hiciera vería la situación con otra perspectiva. Vivir en su casa, encontrar su crema de afeitar, su cepillo de dientes u oler su fragancia en el aseo no ayudaban en absoluto.

Desaparecer se convirtió en una necesidad imperiosa.

Estaba a punto de girar sobre sus talones cuando él se removió inquieto, murmuró algo ininteligible e intentó apartar la manta con la mano. Preocupada, se acercó de puntillas para no despertarlo e hizo algo impropio en ella: pasó su mano por el pelo fuerte y oscuro. Como de costumbre, lo llevaba muy corto, tal y como marcaba la norma militar.

Matt pareció relajarse ante su contacto y comenzó a murmurar nombres y órdenes al azar. Ella supuso que hablaba con sus hombres en sueños.

—No pasa nada. Ya estás en casa —susurró, con la única intención de calmarlo.

Él farfulló algo que Jules no entendió. Su respiración se relajó y volvió a ser profunda. Bajó la mirada y se fijó en la manta que yacía arrugada en su cintura y en su pierna izquierda.

Sabía que llegaría el momento en el que él regresaría a casa. Pero en el fondo se percató de algo, y era de que no estaba preparada para hacerle frente ni a él ni a sus sentimientos. Ella era una mujer normal y él un hombre valiente y atractivo. Se extrañaba de que no hubiera rehecho su

vida, que no se hubiera vuelto a enamorar. Lo haría pronto, estaba segura. Y, entonces, ella desaparecería para siempre de su vida.

Reprimió las lágrimas.

Había promesas que dolían demasiado.

Volvió a notar la tensión de él y le pasó el dorso de la mano por la frente. Estaba caliente y eso la inquietó. Era muy posible que tuviera fiebre.

«Él no es tu responsabilidad. Déjalo marchar», pensó.

Pero no pudo.

Indecisa, se mordió el labio inferior, respiró profundamente y aguardó varios segundos para insuflarse valor. Al final, lo hizo. Se inclinó para hablarle en el oído:

—Ya estás en casa, sano y a salvo.

Él había elegido su vida y quizás no estaría de acuerdo con su preocupación y compasión. La gente que vivía en constante peligro lo hacía porque lo deseaba; ella lo había visto en su padre.

Los soldados entrenados nacían para la batalla.

Asombrada de sus propios pensamientos, decidió que era el momento de desandar sus pasos, regresar a la habitación y hacer la maleta. Llamaría a Dave para que la relevase y cuidase de él. Podría despedirse de los niños más tarde, estaba segura de que ellos no se lo tomarían en cuenta.

Debía dejarlos marchar, aunque, sabía que vivir sin ellos iba a ser un tormento. Se había acostumbrado tanto a los niños que ahora no podía concebir la vida sin su presencia.

Se dio cuenta de que eran una unidad familiar. Y, por mucho que le doliera, así debería seguir siendo. Sin embargo, aquel dolor que sentía no era nada comparado con ningún otro. Ni siquiera con la muerte de Sarah.

Toda aquella situación no podía ser más que una venganza mezquina del destino. Le costó un arduo esfuerzo seguir allí de pie, a sabiendas de lo que sentía por Matt.

Durante todo este tiempo se había estado mintiendo a sí misma, regañándose por desear algo para lo que no estaba predestinada.

Reconocer que estaba enamorada de Matt Killmer le resultó tan doloroso que dio un respingo.

No ser correspondida en el amor era un cruel castigo. Por su bien, por su salud mental, debía poner distancia. Una barrera emocional y defensiva que la rompería en mil pedazos.

Le costó un arduo esfuerzo respirar; sin embargo, la decisión ya estaba tomada. Pero antes de que pudiera hacer movimiento alguno, él la zafó del brazo y abrió los ojos.

—Hola, Jules.

CAPÍTULO 7

—Matt.

Él se removió incómodo en el sofá; no estaba preparado para la intensidad de su mirada, penetrante e inquieta. Bajó la cabeza con expresión seria, respiró profundamente, de manera instintiva y le soltó la mano. Había olvidado cómo era aquello de tener una mujer esperándole en casa.

Se recordó a sí mismo que Jules no era una mujer cualquiera, era la hermana de su mejor amigo y la hija de Agnes y Wallace Suvari. Razones más que suficientes para mantener la distancia. Se quedó en esa postura el tiempo necesario para insuflarse valor y activar su desapego emocional. Sirviéndose de su mano derecha apartó la manta y se movió con cuidado, incorporándose; el más ligero de los movimientos le hizo apretar los dientes para no aullar de dolor. Estranguló con los dedos el cojín del sofá hasta que el mareo se fue disipando. Visiblemente molesto por su falta de energía y porque alguien había abierto las cortinas para que la luz de un nuevo día irrumpiese en el salón. Se frotó la barba, ya crecida, y dejó caer la cabeza entre las manos.

Jules notó al instante los movimientos aletargados y el dolor reflejado en su rostro.

—¿Estás bien?! —preguntó inquieta.

—He tenido momentos mejores.

Le vio hacer una mueca de dolor y se acercó con premura.

El tono grave de él la hizo frenar en seco.

—No es nada grave, no tienes de qué preocuparte.

Sin embargo, ella sí se preocupaba; seguramente más de lo debido. Abrió mucho los ojos y se quedó paralizada ante su prepotencia. Estaba claro que Matt seguía odiándola.

—¿Puedo hacer algo?

Él negó con la cabeza.

—Estoy bien —mintió. Guardó silencio unos segundos y dejó que los pensamientos se organizaran en su cabeza—. Dave me ha comentado que te has hecho cargo de la situación en mi ausencia.

Ella trató en vano de que no le temblara la voz.

—Es lo menos que podía hacer, dado el caso.

No era cierto, él lo sabía mejor que nadie. Si Jules hubiese decidido ignorar a sus hijos, a su familia, no habría podido reprochárselo.

—Te lo agradezco.

Ella cruzó los brazos y luego los dejó caer, sin saber muy bien qué hacer. Intentó adoptar una expresión que no revelara su propia inseguridad. Matt la intimidaba y no deseaba por nada del mundo dar un paso en falso.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, señalando la pierna que él masajeaba.

—No puedo comentar nada al respecto, ya lo sabes.

Era cierto, lo sabía. Lo que ocurría en una misión se quedaba allí, entre los hombres. Otra

de las estúpidas reglas que odiaba del Ejército, su opacidad.

Lo miró y exhaló un profundo suspiro.

—De acuerdo, no pasa nada.

El irónico tono femenino hizo que Matt levantase la cabeza. La pierna le dolía horrores, tenía la boca y la garganta como un esparto y la jaqueca se acrecentaba a cada minuto que pasaba.

Ella se merecía algo mejor que su desdén, pero en ese momento no podía dárselo.

—Jules, ya te he dado las gracias, ¿qué más quieres de mí?

Se produjo una pausa en la que ambos guardaron silencio.

Ella asintió levemente, pero evitando mirarlo a los ojos. Sabía que no tenía derecho a sentirse herida; así que se esmeró por ignorar la tensión en la boca de su estómago y el frío recibimiento. En el fondo de su ser era muy consciente de que iba a ser así.

No había habido sorpresas.

Entonces, ¿por qué estaba tan afectada?

Matt se recostó en el sofá y examinó atentamente su cabello castaño. Lo llevaba recogido en una cola de caballo ligeramente despeinada, como si se la hubiera hecho a toda prisa. Se fijó también en el dolor que transmitían sus ojos oscuros y la tensión en sus labios, quizás por la airada respuesta que acababa de darle.

Se reprochó a sí mismo haber sido tan duro y reprimió el impulso de soltar una maldición en voz baja. En lugar de eso, le sostuvo la mirada. La verdad es que le gustaba su nariz respingona, esa que ella tanto detestaba. Le daba una personalidad propia incomparable.

Matt sintió una sacudida ante aquel pensamiento para nada inocente.

Jules vaciló, preguntándose si debía insistir, pero había algo en su mirada, tormentosa y tajante, que la hizo ceder.

—Bien, creo que ya está dicho todo. Será mejor que suba a recoger mis cosas.

—¡Jules!

Ella al escuchar su nombre se dio la vuelta bruscamente y se quedó allí, sin saber muy bien qué hacer. Respiró y lo miró tranquilamente. Aquello era ridículo, se conocían de toda la vida. Pero la distancia entre ellos ahora era abrumadora.

—Lo siento. Estoy cansado.

Ella tragó saliva durante unos momentos antes de poder hablar:

—No pasa nada —mintió.

Matt observó cómo la preocupación asomó en sus ojos y se reprendió por ello. No necesitaba más problemas en su vida.

—Es complicado, ya lo sabes.

Ella lo sabía mejor que nadie. No había sido soldado, pero había vivido bajo la disciplina militar toda una vida. Sus ojos se encontraron y ella supo que Matt no le daría más detalles. No era una mujer frágil; así que hizo todo lo posible para intentar tranquilizarse, tal vez porque él parecía afectado.

—Está bien. ¿Tienes hambre?

—Sí.

—Te prepararé el desayuno.

—No es necesario —respondió él demasiado rápido. Se reprendió a sí mismo en el instante en el que abrió la boca—. Lo lamento, no estoy acostumbrado a ser una carga.

—No lo eres, Matt.

Él lo dudó.

—Somos familia, ¿recuerdas? —preguntó Jules.

—Sí. —Controló el impulso de dejarse llevar por su amabilidad. No eran una familia al uso, por sus venas no corría la misma sangre. Pero eso era lo de menos. Les unía la amistad—. Por cierto, el estofado de anoche estaba delicioso.

Ella no dijo nada. Se limitó a asentir.

Matt, incómodo, carraspeó.

—¿Los niños están bien?

Ella seguía allí de pie, bajo su escrutinio; tenía la impresión de que podía atravesar su alma. Tragó saliva y se dijo que solo tenía que seguir el guion.

—Todo lo bien que pueden estar después de lo ocurrido —respondió. Cuando vio que él entrecerraba los ojos, se rindió a la evidencia y emitió un sonido de exasperación. Decidió ser algo más concisa—: Están preocupados. Wesley se ha peleado en la escuela y Elsie lleva el desorden hasta extremos insospechados.

—¿Se ha peleado?

—Sí. Con Lucas Farrell. —Separó las manos y luego, sin poder remediarlo, volvió a unir las—. El director me llamó y fui al colegio.

—¡Maldita sea! —Su mirada se entrelazó con la de ella—. ¿Ha sido grave?

—Labios hinchados, moratones... ya sabes...

Jules se fijó en cómo sus ojos se habían endurecido.

—¿Sabes la causa de la pelea?

—No ha sido muy hablador al respecto —comentó ella. Dejó escapar un suspiro—. Pero creo que tiene que ver con Sarah.

Matt emitió un sonido de exasperación.

—Te agradezco una vez más que hayas estado ahí, Jules.

Matt no supo cómo, pero en un alarde de dominio en sí mismo se levantó del sofá. El dolor que sintió le cortó la respiración, le hizo soltar un alarido y después un improperio. Se llevó la mano al muslo, donde el dolor era insoportable.

Jules corrió hacia Matt y lo rodeó con el brazo hasta que logró tenerse en pie.

—¿Quieres sentarte o prefieres caminar? —preguntó angustiada.

Matt levantó el pie del suelo y dobló la rodilla. El dolor fue cediendo hasta convertirse en un malestar residual. Llevaba tiempo sin que una mujer lo abrazara. La verdad es que desde la muerte de Sarah no había estado con nadie.

Era fácil intentar convencerse de que Jules no era importante para él. Llevaba repitiéndoselo el último año y casi se lo había creído. Había pagado con ella toda su frustración y rabia. Pero aquella mujer lo había dejado todo para ocuparse de sus hijos.

—Prefiero caminar.

—Bien.

Se distanció lo suficiente para dejarle espacio, pero no le soltó en ningún momento.

—Hablaré con él.

Ella asintió.

—¿Los niños duermen?

—Sí, es sábado; no hay colegio.

Él pareció caer de repente en qué día se encontraban.

—Hablaré con él más tarde, entonces.

Jules descubrió que tenerlo tan cerca le impedía concentrarse en sus propios pensamientos. Se centró en respirar rítmicamente y en ignorar el aroma que desprendía su piel.

—Te pido disculpas, Jules.

Ella asintió con la cabeza.

A él le hubiera gustado ver su rostro, pero su brusquedad la había asustado y mantenía la cabeza gacha. Se reprochó a sí mismo el haber sido tan desconsiderado.

—Jules...

—Está bien, Matt. No pasa nada. ¿Te duele mucho?

—Horrores.

Debería estar indignada, frustrada o enfadada. Pero no era así, solo podía sentir lástima por él.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—¿Has oído lo que te he dicho? —preguntó Matt.

Jules sabía bien que él se estaba refiriendo a la disculpa. Ignoró la punzada de dolor aún latente.

—Jules...

Ella cerró los ojos y se dijo que lo que realmente importaba ahora era Matt. Estaba herido y, por su expresión, debía de tratarse de una lesión grave. Alzó la cabeza y le dirigió una sonrisa ladeada.

—Sí, lo he oído.

Matt suspiró.

—Bien.

—¿El otro chico está malherido?

Jules supuso que Matt estaba haciendo referencia a Lucas Farrell. Desde luego, entendía su preocupación.

—No. Nada que no pueda arreglar con una bolsa de hielo y un par de días de descanso.

—Está bien —contestó irritado—. ¿Wes se ha disculpado?

—No exactamente.

Matt la miró y la confianza que transmitían sus ojos fue un factor determinante para no insistir.

—No deberías ser muy duro con él. Está librando su propia batalla interior.

Matt no podía estar más de acuerdo. Caminó un poco; sin embargo, el dolor le impidió dar otro paso.

—Aun así, no está bien lo que ha hecho.

—No, claro que no —contestó ella.

La respuesta en sí pareció zanjar la cuestión.

—Me gustaría darme una ducha, pero...

Jules pensó que Matt estaba calculando la distancia hasta el aseo. Se quedó muy quieta, con los ojos llenos de angustia, sin saber muy bien cómo actuar. Le dio la impresión de que él prefería cruzar el salón por su propio pie; así que bajó el brazo y resignada lo dejó ir. Observó con inquietud cada uno de sus tambaleantes e inseguros pasos.

Era un soldado; no estaba acostumbrado a que lo ayudaran ni a aceptar la ayuda de los demás.

—¿Quieres que vaya a por ropa limpia?

—No, lo haré yo.

Jules desvió la mirada a las escaleras. Si caminar ya era difícil para él; subir escalones sería un suplicio.

Ella asintió, a sabiendas de que llevarle la contraria no tendría sentido alguno, así que comenzó a acercarse a él. Se dijo que para evitar que se cayera, pero en el fondo sabía que no era cierto. Estaba preocupada.

Matt se detuvo y se apoyó en el aparador. La incapacidad física que sufría lo estaba volviendo loco. Resopló y dejó caer la cabeza entre los hombros. Jules notó que hasta un pequeño movimiento le producía un dolor intenso. Su respiración era arrítmica y tenía los ojos brillantes a causa de la fiebre.

—Estás ardiendo. —Él no hizo ningún comentario, lo cual le dio pie para continuar—: Cuanto antes te des esa ducha mejor. Evitará que la fiebre siga subiendo.

Matt la miró con un interés renovado.

Le vio procesar la información. Estaba claro que el dolor seguía ahí.

—Supongo que tienes razón.

Cerró los ojos cuando una descarga de dolor le recorrió la pierna de arriba abajo. Intentó controlar la dolencia y alejarla de sí. Para un militar como él el control lo era todo.

Necesitaba ayuda, esa era la verdad. Apretó los dientes y, con un esfuerzo titánico, pasó el brazo alrededor de los hombros de Jules.

Ella levantó la cabeza y lo miró.

—¿Puedes caminar?

—No lo sé —contestó él conciso. Su aliento agitó el pelo de Jules—, pero lo intentaré.

—¿Preparado?

—Todo lo que puedo estar, dadas las circunstancias.

Jules no vaciló y comenzó a dar pequeños pasos, sin prestar demasiada atención al gesto doliente de Matt.

No era un hombre que se acomplejara por su desnudez, pero con Jules todo parecía diferente. Ella no había pronunciado una sola palabra ni hecho gesto alguno cuando vio su herida. Estaba seguro de que también había visto su tatuaje en la espalda, pero tampoco comentó nada al respecto. Se limitó a ayudarlo a desvestirse y a entrar a la ducha, pero había conseguido enjabonarse y aclararse solo. Otro de sus logros había sido secarse y anudarse una toalla a las caderas. Ahora esperaba, sentado en la tapa del retrete, a que ella llegara con la ropa.

Subir las dichas escaleras iba a ser todo un reto.

Maldijo por su impaciencia y por su incapacidad física.

Ahora, más que nunca, se alegraba de que hubiera un aseo en la planta baja de la casa.

Permaneció quieto y pensativo. De no haber sido por Jules, no habría podido moverse del sofá. Era fácil convencerse de que aquello era un mal trago, que pasaría rápido; sin embargo, él sabía que no sería así. Estiró la pierna y observó su muslo con evidente malestar, en su boca se dibujó una amarga mueca. Había estado otras veces convaleciente y sospechaba que la herida en sí iba a tardar en sanar. El dolor seguía ahí, persistente, aunque era menos intenso y eso hizo que se sintiera un poco mejor. El agua caliente había surtido efecto y había relajado sus músculos tensos. Se pasó la mano por el pelo húmedo y apuntaló el codo derecho en la pierna que no estaba malherida.

Como teniente de las fuerzas especiales del Ejército estaba diestramente entrenado para soportar un calvario fuera de su hogar. Pero su familia era harina de otro costal. Sus hijos le necesitaban y, por lo que le había comentado Jules, ahora más que nunca. Elsie apenas recordaba a su madre y Wesley comenzaba a olvidarla. Conocía esa devastadora sensación, porque él la sufría en su propia piel.

Había días que pasaban sin acordarse de Sarah y la culpabilidad le aguijoneaba con fuerza. Buscaba una foto y se paseaba por el pasado; sin embargo, nunca regresaba ileso. Y eso le estaba matando por dentro.

Jules le encontró en esa pose y se le cayó el alma a los pies. Tres años atrás Matt tenía el mismo aspecto derrotado. Entró y él levantó la cabeza.

Se vio obligada a decir algo:

—He encontrado unos pantalones de deporte, una camiseta —levantó el brazo— y esta sudadera.

Él asintió con la cabeza.

Era la ropa con la que solía ir a la pista de hielo cuando jugaba contra Dave al *hockey*.

—Está bien. Gracias.

El pulso de Jules se aceleró cuando se percató de que se había afeitado, dejando al descubierto una mandíbula más definida y marcada. Vaciló un segundo y respiró hondo. Por su bien, debía dejar las emociones a un lado.

Verlo carente de ropa, con su porte vigoroso y tan viril, había sido una experiencia que no olvidaría jamás. Al contrario que ella, Matt no había vacilado en ningún momento ni se había sentido violento por su desnudez ante su presencia. El tatuaje de las impresionantes alas de águila desplegadas en su espalda quedaría para siempre grabado en su memoria.

No pudo apartar la vista de su espalda ni de su cuerpo atlético y musculoso. Lo notó relajarse cuando él sintió correr por su cuerpo el agua caliente. Lo vio cerrar los ojos, apoyar las palmas de las manos en la pared de la ducha, aspirar con fuerza el aire, al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás con cierto gesto doliente. Luego, una nube de vaho empañó la mampara y una densa neblina se adueñó del aseo. Jules eligió ese momento para escapar de lo absurdo y ridículo de la situación. Recordó que aquella no era su familia y que ella solo estaba de paso.

Cuanto antes aceptara eso, menos sufriría.

Sus ojos reflejaban dolor, pero él no emitió queja alguna. Le tendió el pantalón y la camiseta y él se limitó a aceptar las prendas.

Durante estos últimos tres años, Matt le había demostrado que era un hombre solitario. Que no le gustaba aceptar ayuda de nadie, a excepción de su madre. Los niños necesitaban a su abuela y él parecía saberlo.

Si ella estaba allí era porque Matt lo permitía.

—Los niños ya están despiertos —comentó, sin saber qué hacer a continuación.

—De acuerdo. ¿Saben que estoy aquí?

—No. Será una gran sorpresa para ellos.

Él ni siquiera sonrió. Estaba claro que de saber que estaba en casa, sus hijos ya habrían invadido el aseo con sus gritos de alegría y exagerados gestos.

—Me parece bien —dijo sin más.

Hasta su voz sonaba debilitada.

Jules lo miró y se preguntó cuántos secretos ocultaban aquellos ojos grises. Si esperaba alguna respuesta, esta nunca llegó.

—¿Necesitas ayuda? —quiso saber.

—No, puedo arreglármelas solo.

La respuesta en sí no fue ninguna sorpresa. Le dolía que rechazara su ayuda después de haber cuidado a sus hijos, del pasado que tenían en común, de la tensión mental que había representado pensar en él todo este tiempo. Intentó controlar el dolor y alejarlo de sí. Después de todo, Matt le había dejado muy claro cuál era su lugar en esa casa.

—Bien, iré a ver a los niños. —Dejó la sudadera en el lavabo y se dispuso a darse la vuelta, pero un gruñido de Matt la hizo volverse. Su semblante tenía una expresión doliente—. Déjame que te eche una mano.

Matt maldijo en silencio al verse traicionado por su propio cuerpo.

Sin mediar palabra, ella consiguió pasarle la camiseta por la cabeza.

—Mete el brazo por la otra manga.

En silencio, él hizo lo que Jules le pedía.

Ella se acuclilló y se dispuso a ayudarlo con los pantalones.

—Ahora la otra pierna. —Jules estiró la pernera todo lo que pudo para evitar que la tela rozase el muslo. No se demoró en la tarea, consciente de que a él le desagradaba depender de ella—. ¿Todo bien?

La respuesta fue una especie de gruñido que Jules se tomó como una advertencia. Así que se levantó y dio un paso atrás.

Matt se incorporó para ajustarse los pantalones a la cintura y maldijo otra vez cuando su muslo se resintió. Se apoyó en la pared de azulejo y luego la miró. Esperaba que la proximidad no le afectara, pero estaba claro que se equivocaba. Olía a flores, tal y como lo haría un jardín en primavera. No le gustó sentirse de esa manera, tan vulnerable.

Hacía tiempo que habían dejado de ser amigos.

Jules sintió su desagrado, aunque su expresión no cambió. Percibió la repentina tensión eléctrica que parecía cargar el aire cuando estaban juntos. Decidió que lo mejor era desaparecer. Llamaría a su hermano en cuanto saliera por la puerta. Estaba segura de que a partir de ahora él se haría cargo de la situación.

Eran amigos.

Eran hermanos, aunque no de sangre.

Pero eso no importaba. Al fin y al cabo, eran dos guerreros que luchaban en diferentes campos de batalla.

Se entendían y toleraban.

—Será mejor que vaya a hacer la maleta.

Dio media vuelta y se alejó.

Cuando estaba a punto de salir del aseo, Matt la llamó:

—Jules.

Ella volvió la cabeza.

—¿Sí?

—Tenemos que hablar.

CAPÍTULO 8

Jules quería huir muy lejos.

Muy lejos de él y de aquella intensa mirada.

Inspiró hondo, deseando que aquel momento no se demorase demasiado. En más ocasiones de las que quería recordar, Matt le había demostrado con creces que ella no era de su agrado, que la había dejado en el pasado.

—Quiero darte las gracias por ocuparte de los niños en mi ausencia.

—Wesley y Elsie me importan —contestó Jules con cierta sensación de incomodidad.

Él no lo dudó.

—Lo sé, pero...

—¿Pero? —le interrumpió ella.

Él bajó la cabeza y guardó silencio unos segundos, como si estuviera buscando las palabras más adecuadas. Jules tenía la costumbre de sacarlo de sus casillas, de su zona de confort, y eso no le gustaba lo más mínimo.

—Tú ya tienes la librería.

—Eso no es una novedad.

—Ya sabes a lo que me refiero, Jules. Te considero una mujer muy inteligente.

—Ese es un buen cumplido, Matt. Pero viniendo de ti, no lo parece tanto. Creo que ha quedado claro que Wesley y Elsie son mi prioridad —comentó ella ganándose una mirada reprobatoria.

—¡Maldita sea, Jules! Nuestra relación es ya de por sí complicada.

Ella parpadeó, sorprendida ante sus palabras.

—Y ¿eso es culpa mía? —preguntó, desandando los pasos y situándose frente a él—. Lo único que intento hacer es ayudarte, Matt. Hace un momento ni siquiera podías levantarte del sofá.

Él bufó a sabiendas de que eso era cierto.

—¡Por Dios, Jules! Cuando tienes hijos se vuelve todo más complicado. Tú no lo entiendes —insistió en un tono cortante—. No puede estar entrando y saliendo gente de la vida de Wesley y Elsie. Ya han sufrido demasiado, ¿no te parece?

Se quedó allí, de pie. Su boca se abrió en una expresión de espanto por la fuerza de la respuesta. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo y la dejó helada, sin habla. Se cruzó de brazos, clavó las uñas en la piel hasta que el dolor se hizo insoportable. Cuando se percató del daño, aflojó la presión.

Debería tener una respuesta preparada. Debería haber rebatido con prontitud, pero en algún momento, entre la pregunta y el vuelco que le dio el corazón, se perdió.

Inspiró y, sin pensar, escupió las palabras que tenía en la punta de la lengua:

—Sarah tenía razón.

Matt ahogó un juramento. Desvió la mirada del rostro de Jules a sus manos entrelazadas, que caían entre sus piernas. Durante un momento se quedó sin habla por el pasmo de sus

palabras.

—¿Qué intentas decirme?

Ella sintió un nudo en el estómago. Dejó escapar un suspiro mientras se retiraba un mechón que se había escapado de su coleta. La puñalada de culpabilidad se hizo sentir en el acto y se tomó unos segundos para recomponer sus pensamientos.

—No importa.

—Sí que importa, Jules. Termina lo que tienes que decir —dijo a la vez que levantaba la cabeza y la miraba fijamente a los ojos.

Estaba enfadada y cansada. Debería irse de allí y huir lejos con sus pensamientos antes de cometer otro error y después fustigarse por ello. Lo que había hecho por Matt momentos antes lo habría hecho por cualquiera. Solo fue un acto generoso, espontáneo, al cual no debía dar importancia alguna. Pero el tumulto de emociones le impedía calmarse.

—De verdad, Jules, ¿vas a sacar el tema de Sarah ahora? —le preguntó tenso.

A ella le resultó ridículo su tono. Era el hombre más exasperante que había conocido.

—Esa sí que es buena. —Sintió una oleada de aversión y entonces sus ojos comenzaron a ponerse vidriosos. No pensó, solo sintió y vomitó las palabras sin medir las consecuencias—: Puedo hablar de Sarah cuando yo quiera, Matt. ¡Era mi amiga! ¡Era como mi hermana! Dios, siempre has estado encerrado en tu propio mundo.

Jules se fijó en que la mirada gris de él seguía siendo inexpresiva, lo cual interrumpió el curso de sus pensamientos.

Matt sintió el dolor que había intentado enterrar sin demasiado éxito. Seguía ahí, oculto tras cientos de capas de disculpas y resentimiento. La rabia se apoderó de él. Y sin ni siquiera pensar, se levantó de donde estaba sentado, ignorando el agujonazo de dolor que le atravesó la pierna temblorosa.

—¿Qué significa lo que acabas de decir?! —vociferó, perdiendo la compostura. En ese momento una señal de alarma sonó dentro de la cabeza de Matt, pero la desoyó. Maldijo entre dientes—. ¡Joder, Jules! ¡Habla de una puta vez!

—No pertenezco a tu equipo. No eres mi teniente. ¡No puedes darme órdenes!

Matt no estaba preparado para algo así. Él era un hombre disciplinado, que amaba su profesión. Le encantaba el orden y odiaba el caos.

Y aquella conversación estaba siendo un caos absoluto.

—¡Te recuerdo que estás en mi casa! ¡Bajo mi techo! —exclamó fuera de sí, sin medir las consecuencias de sus palabras.

Los ojos negros de ella, ya grandes de por sí, se hicieron aún más grandes. Estudió su expresión incrédula unos segundos. Era una mujer hermosa, pero endemoniadamente enrevesada y testaruda. ¡Que Dios se apiadase del hombre que compartiese su vida!

No podía perdonarla. Vaya si lo había intentado, pero no había sido capaz. Sarah había elegido a Jules en vez de a él o a sus hijos para despedirse.

Había escogido la muerte y él no había podido evitarlo. Tenía un amargo resentimiento hacia las dos mujeres, que no podía controlar, aunque quisiera.

—Vete a la mierda, Matt. —Le dio la espalda a propósito, con la única intención de alejarse.

—¡Jules, estoy hablando contigo! —Dio un par de pasos torpes, pero se obligó a detenerse y tomar aire. La pierna le ardía y le dolía horrores.

Ella se tragó las lágrimas. No se amilanó por sus gritos, dejó de sollozar y enderezó los

hombros. Sin pensar en las consecuencias, se giró y descargó sobre él toda la frustración de los últimos años.

—Me decía que eras la persona perfecta ante una misión, pero para apoyo emocional no eras tan perfecto —dijo, sin darse tiempo para pensar.

—¿De qué coño estás hablando? —preguntó levantando una ceja ante la indirecta—. Todo lo que yo hago es para ayudar a mi país.

—Sí, para completos desconocidos.

—¡No, también hago lo que es mejor para mi familia! —rezongó.

—Y, dime, ¿cómo te está yendo?

Cuando lo vio enarcar las cejas supo que había ido demasiado lejos y que no había vuelta atrás.

Le había herido en el alma, pero ya no podía borrar sus palabras. Sintió una punzada en el pecho que le cortó la respiración.

Matt se detuvo y ahogó un suspiro. Aquellas palabras eran más peligrosas que una bala.

—¿Qué más te decía de mí? —preguntó en tono lastimero.

Jules abrió la boca y se ahogó en un mar de lágrimas.

—Lo... lo siento, Matt.

La idea de alejarse de nuevo fue aterradora. Expresar en voz alta lo que pensaba equivaldría a una declaración de guerra. Su mente se centró en la carta de Sarah. Cerró los ojos y sintió la calidez de sus lágrimas.

—Esto no tenía que haber pasado.

Se giró para ir a la puerta, pero Matt alargó la mano y la agarró del brazo.

—Jules, ¿qué más te decía? —insistió.

Ante su contacto se estremeció con un hondo suspiro.

Sarah se equivocaba con respecto a Matt.

Él era un buen padre, un hombre que amaba a su país y a sus amigos. Dave era el vivo ejemplo de ello.

Se apretó el vientre con la mano y respiró hondo.

—Lo siento, Matt. Tengo que irme. —Hizo una pausa. Levantó la mano del vientre y la posó sobre la suya, grande y áspera, tal y como siempre había sospechado. Tragó saliva y cerró los ojos. Reprimió el impulso de echarse a llorar—. Por favor, olvida lo que te he dicho. Discúlpame.

Cuando la vio desaparecer ante sus ojos, la reacción de Matt fue brutal y humana. Su dolor hizo que algo despertase en su interior. Sin poder controlarlo, gritó de rabia. Se apoyó en la pared y lloró, tal y como lo haría un niño perdido y abandonado.

Jules se tomó su tiempo para regresar a la librería. Decidió tomar el camino más largo en lugar de ir por el centro urbano. No deseaba encontrarse con gente conocida y, mucho menos, mantener conversaciones banales de ascensor. Había llamado a Dave y apenas pudo pronunciar dos frases seguidas, pero su hermano pareció comprender aquel dolor que se arraigaba en su interior.

Matt necesitaba ayuda, pero no la suya.

Lo había estropeado todo y ya no había marcha atrás. Lo cierto era que sus palabras le

habían herido.

Ambos habían perdido algo más que la compostura.

El resentimiento seguía ahí y a Jules le dio la impresión de que no desaparecería nunca. Ambos eran víctimas de una decisión fatal.

Cuando llegó a la librería, respiró profundamente. El aroma a *croissants* y pan recién hecho de la pastelería de Rosalind invadía toda la calle. Se dijo a sí misma que jamás debería haber abandonado su lugar. De haberlo hecho ella no estaría a punto de romperse en mil pedazos y Matt seguiría con su vida, tal y como debería ser.

Había sido una insensata al echar por tierra lo poco que les quedaba.

—Lo siento, Sarah —murmuró para sí—. Lo he intentado.

—Jules, ¿qué haces ahí?

El ruido de la puerta al abrirse y la voz de alarma de Harper, la hizo salir de su ensoñación.

—Es una librería bonita, ¿verdad? —preguntó lanzándole una breve y triste sonrisa.

Harper pudo ver el dolor en sus ojos y sintió lástima por ella. Al parecer las cosas entre Matt y Jules no habían salido bien. Cuando había sentimientos de por medio, generalmente, se complicaba la situación. Ella lo sabía mejor que nadie.

—Es una librería preciosa, tú le has dado vida —respondió.

Jules pensó que Harper tenía razón, había trabajado duro para dar vida a aquel local. Todas las estanterías estaban hechas en madera de pino, las había comprado de segunda mano en uno de los mercadillos de los domingos y habían sido una ganga. No había una sola mota de polvo. Todo estaba como a ella le gustaba, reluciente. Estaba claro que Harper se tomaba su trabajo en serio. Las butacas, las mesitas auxiliares y lámparas entonaban con la vieja alfombra y las cortinas de la señora Gladys. Jules había lamentado la muerte de la anciana como si fuese la de su propia abuela.

El corazón se le aceleró. Estuviera donde estuviera, Gladys sería feliz, ya fuera tejiendo o leyendo novelas del viejo Oeste.

La echaba tanto de menos...

—¿Se trata de Matt?

Jules salió del estupor y, con la visión borrosa, no pudo más que asentir. Sintió que no podía controlar el torbellino de emociones que bullía en su interior.

—Ven aquí. —Harper la abrazó y la guio al interior de la librería—. No te merece, Jules.

—¿Tú crees?

—Mírate, ¡por el amor de Dios!

—¿Tan mal estoy?

—Yo diría que peor. —Harper cerró la puerta tras de sí y giró el cartel.

Cerrado.

Corrió las cortinas y soltó a Jules.

—Voy a preparar una infusión. ¿Estarás bien?

—Sí —murmuró mientras dejaba caer el bolso en la butaca.

—¿Puedo preguntar qué ha pasado? —inquirió Harper.

—Claro que puedes. —Soltó un suspiro. Tenía los nervios a flor de piel y no tenía ni idea de qué hacer con todas esas emociones contradictorias que bullían en su interior—. ¿Por dónde

empiezo?

—Por el principio estaría bien —respondió Harper.

Jules se dejó caer en la butaca contigua a donde descansaba su bolso y se autocompadeció de sí misma.

—Voy de error en error.

Harper la miró desde la distancia y sintió verdadera pena por ella. Conocía bien lo que significaba eso. Era como entrar en un círculo vicioso del que no podías salir.

—Eso es algo muy característico de los humanos. —Harper colocó dos tazas sobre la encimera e introdujo las bolsitas de té correspondientes en su interior—. ¿Los niños están bien?

—Ni siquiera me he podido despedir de ellos.

Harper se volvió y observó a Jules un rato largo. No hacía falta tener un sexto sentido para saber que estaba rota por dentro. Ella misma reconocía muy bien ese sentimiento. Recomponerse llevaba su tiempo, y armarse de valor algo más. Esa era la razón por la que había decidido mudarse a Midway. Necesitaba alejarse de los orígenes y empezar de cero, a pesar de las consecuencias, las negativas o el rechazo.

Si algo había aprendido con el tiempo era que es necesario liberarse de las cargas emocionales para continuar el camino.

—Ya lo harás. Ellos no te lo tomarán en cuenta.

—Eso espero —comentó Jules—. He llamado a Dave para que se haga cargo de la situación.

—¿Lo hará?

Jules reprimió el impulso de echarse a reír.

—Sí, lo hará. Son como hermanos. No les une la sangre, pero sí la lealtad y el cariño. Dave sabe estar siempre a la altura de las circunstancias.

—Está muy ocupado entrenando al equipo.

Jules asintió.

—Le ha fallado el plan A, o sea yo. Así que, ahora pondrá en marcha el plan B.

—¿Que es...?

—Él mismo. Si algo se le da bien a Dave es salvar una situación.

Harper lo dudaba, pero no comentó nada al respecto. No creía que Dave pudiera salvarse ni a sí mismo. Vertió el agua hirviendo en las respectivas tazas y, acto seguido, colocó el hervidor eléctrico en su base.

—Toma. —Extendió la mano y le ofreció una taza a Jules. Cuando la aceptó, apartó el bolso que se hallaba en la butaca. Y, a continuación, se sentó en ella.

—Háblame de Sarah.

Jules tuvo que reprimir un sollozo. Apretó la taza con las manos, no le importó que estuviera muy caliente, eso significaba que aún podía sentir. Respiró hondo y repasó con la mirada las estanterías repletas de libros. La librería era muy espaciosa y luminosa, esa era la razón por la que había mostrado interés en ese local en concreto. Tenía una chimenea de ladrillo que solían encender en invierno. Echó una última mirada a su alrededor, se llevó la taza a los labios y sopló antes de beber.

—Está mal que la culpe de mis desdichas. Ella eligió su destino y yo el mío. —Bebió un pequeño sorbo y después dejó la taza en una mesita auxiliar que tenía al lado—. Sarah se suicidó y yo aún me pregunto cómo no pude impedirlo.

Harper ahogó un suspiro. Supuso que la muerte de Sarah Killmer había sido dramática,

por la forma que tenían de reaccionar su familia y sus más allegados, pero nunca imaginó que se había quitado la vida.

—Lo siento. ¿Puedo saber cómo sucedió?

Jules se levantó y comenzó a pasearse de la chimenea a la puerta y de vuelta a la butaca.

Cuando se acercó, Harper comprendió que Jules aún no había pasado página. Que el dolor seguía ahí, demasiado arraigado.

—Una tarde de julio, Sarah vino a verme —comenzó a decir Jules—. Hablamos, como solíamos a hacer, con confianza. Era cierto que Sarah no era del todo feliz, que estaba en tratamiento a causa de una grave depresión. Yo lo sabía y su familia también. Tras el parto de Elsie se había vuelto más taciturna, más suya; pero nunca imaginamos... —Hizo una pausa y suspiró. Observó a Harper que le devolvía una mirada con expresión angustiosa y triste. Continuó—: Nos despedimos, sin más. Se subió a su coche y se marchó. Esa fue la última vez que la vi. Según la Policía científica, no frenó, ni siquiera lo intentó. Pisó a fondo el acelerador y condujo a gran velocidad, hasta perder el control del coche...

—¡Dios mío! —exclamó Harper, acongojada.

—Le encantaba conducir, decía que la hacía sentirse libre y no pensar demasiado —explicó Jules—. El resto de la historia te lo puedes imaginar...

—¿Estáis seguros de que no fue un accidente?

—No, no fue un accidente. Me dejó una carta —dijo Jules mirando al vacío—. Una carta que tras leerla se la entregué a la Policía científica. Cuando me la devolvieron la guardé y no la he vuelto a leer. Ni siquiera he encontrado el momento de mostrársela a Matt. Aunque lo cierto es que él no me la ha pedido.

—¿No te la ha pedido? —preguntó Harper con extrañeza.

—No, y tampoco le culpo. Fui al velatorio de Sarah y hablé con Matt —dijo Jules resignada—. Deberías haber visto su expresión. Fue una mezcla de horror y de incredulidad. En ese instante me di cuenta de que había cometido un error.

—No podías saber cuál sería su reacción.

—Claro que sí. Pero no me paré a pensar. Matt no perdona a Sarah y a mí tampoco. La verdad es que no le culpo. —Se dio la vuelta y giró a la derecha; el sol derramaba tibios rayos sobre el escaparate. Le encantaba esa vista de la calle principal de Midway—. Cometí un error y ahora estoy cumpliendo cadena perpetua.

Harper la observó.

—Tarde o temprano Matt sabría lo de la carta.

—Soy muy consciente de ello. Pero debí dejar que la científica se ocupase del asunto. Culpar al mensajero siempre es más sencillo.

—Jules, sé que lo que te voy a decir puede sonar un poco duro, pero tienes que pasar página y no culparte de algo en lo que no tuviste ninguna responsabilidad.

—He creído volverme loca imaginando las otras versiones de esa fatídica tarde —admitió al fin—. Si la hubiera detenido, si hubiera sido más paciente, si...

—Las frases que comienzan por «si» no llegan a ninguna parte, Jules.

Harper lo sabía por experiencia propia.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. —Llenó los pulmones de aire y lo dejó escapar muy despacio—. Matt me odia y no se lo reprocho. Aunque también sé que se siente culpable.

—No debería ser así.

—Eso también lo sé —esbozó una tenue sonrisa—, pero supongo que es inevitable.

—¿Sabes, Jules? Tengo la impresión de que has sido tú quien se ha autoimpuesto el castigo. Matt puede sentirse fatal por no haber sido él el destinatario de la carta, pero no puede culparte de la muerte de Sarah. Fue una decisión de ella, de nadie más —comentó Harper.

—¿Tú crees?

—Por supuesto.

—Debimos darnos cuenta de que Sarah podía hacer una locura —declaró Jules.

—Ni tú ni nadie puede evitar las locuras de otras personas, Jules —manifestó Harper—. Y, ahora, bebe el té. Se va a quedar frío.

Jules se volvió y le lanzó una cálida mirada. Aquellas palabras le dieron algo de esperanza.

—¿Quién eres, Harper? —inquirió, mirándola fijamente.

La expresión de Harper debería haber sido de completa estupefacción, pero no fue así. Se levantó y le dio la espalda a Jules. Dejó la taza al lado del hervidor del agua. Más tarde la aclararía y la guardaría en el armario.

Comprendía la curiosidad y el tono que había empleado Jules para formular la pregunta; ella en su lugar también tendría sus reservas.

—Algún día te contaré mi historia. Pero ahora debemos ocuparnos de tu negocio. Si queremos comer deberíamos abrir la librería y vender muchos libros, ¿no te parece? —preguntó, zanjando así cualquier tipo de cuestión.

CAPÍTULO 9

Matt observó cómo Wesley se deslizaba por la pista de hielo con una gran destreza. Adoraba el *hockey* e idolatraba a Dave.

«No son celos», pensó Matt.

Pero, en el fondo de su ser, sabía que se mentía a sí mismo. La sensación que experimentó fue agri dulce y se sintió culpable por ello. Debía alegrarse de que su hijo tuviera un referente cuando él estuviera ausente en alguna de sus misiones. Wesley y Dave tenían una relación increíble fuera y dentro de la pista de hielo. Y, por el bien de todos, debía aceptarlo.

Elsie, sentada a su lado, tenía la mirada fija en la pantalla del móvil.

—Deberías dejar el teléfono, Elsie.

—Estoy aprendiendo algunos de los pasos para la actuación de fin de curso.

Matt se inclinó y se fijó en las pequeñas patinadoras que correteaban por la pista de hielo. Sonrió por la desincronización de las pequeñas. Era evidente que aún les faltaban muchas horas de ensayos por delante. Elsie no despegó los ojos de la pantalla cuando su padre le acarició el pelo.

—De mayor, ¿te gustaría ser patinadora? —preguntó alzando la vista para ver cómo Wesley manejaba con desenvoltura su *stick* y patinaba a una velocidad pasmosa hacia la portería.

Una oleada de orgullo le invadió durante unos segundos. Apretó los dientes cuando Dave le robó, con la maestría adquirida a través de los años, el *puck* a su hijo. Matt sabía que era una lección más, pero la desilusión en el rostro de Wesley fue más que notoria.

Observó cómo Dave se acercó a él patinando y le explicaba la jugada. Acto seguido, le abrazó y le ofreció consuelo. El gesto de Wesley cambió de forma radical y dejó entrever una sonrisa.

Como padre poco podía hacer al respecto, salvo ser un espectador más desde la grada.

—Me encantaría ser patinadora —respondió la pequeña con una bonita sonrisa en los labios.

Matt seguía con la mirada puesta en la pista de hielo. Aun así, respondió de forma distraída a su hija:

—Eso es estupendo, Elsie.

—Sí, y como la abuela no está, Jules arreglará mi traje.

Al escuchar el nombre de Jules, Matt giró la cabeza y centró toda la atención en su hija. Había pasado una semana desde la conversación que había mantenido con ella. Se habían herido. Habían intercambiado algo más que palabras y, a la larga, eso siempre pasaba factura. De no ser por Dave su vida se habría desmoronado todavía más.

Había intentado llamarla tantas veces que..., ya había perdido la cuenta. El dolor físico y el resentimiento del pasado habían hecho mella en él, y estaba claro que había tocado fondo. Se había comportado como un auténtico cabronazo. Y si Jules no le perdonaba lo tenía más que merecido.

—Jules está muy ocupada con la librería, Elsie.

Por primera vez en el tiempo que llevaban en la pista, la niña despegó los ojos de la pantalla del móvil y lanzó una mirada afligida a su padre.

—Me lo prometió.

Matt maldijo en voz baja.

El gesto compungido de su hija le desarmó.

Estaba claro que ser padre requería algo más que paciencia y dar buenos consejos.

—Quizás yo podría ayudarte.

—¿Tú? —preguntó estupefacta.

Matt vio el reflejo de alarma en los ojos de su pequeña. Sonrió y la tensión del momento pareció disiparse.

—Bueno, no soy bueno con la aguja y el hilo, pero lo puedo intentar.

—¡No! —Fue la resolutiva y taxativa respuesta de la niña—. Jules me ayudará. Ella nunca rompe sus promesas.

Antes de que él pudiera explicarse, Elsie enumeraba varias de las razones por las que no podía ni siquiera enhebrar una aguja.

¿En qué momento exacto sus hijos habían crecido tanto?

Intentó conservar la calma, algo que venía aprendiendo desde hacía tiempo. Imponer su voluntad solo servía para que sus hijos se rebelasen. Se removió inquieto en el banco de madera, estiró la pierna y agradeció que el dolor no fuera tan intenso como los días anteriores.

Sin embargo, Elsie tenía razón: Jules nunca rompía sus promesas; y eso, en cierta manera, le preocupó.

—¿Hablarás con ella?

Matt tuvo que hacer un esfuerzo aún mayor para no soltar la palabra malsonante que tenía en la punta de la lengua.

—Podría intentarlo —respondió con toda la calma que consiguió reunir.

A Elsie no pareció gustarle la respuesta.

—Papá, quiero a Jules.

Matt frunció el ceño. Era evidente que aquella conversación se le estaba yendo de las manos. Vaciló unos segundos.

—¡Papá! —insistió su hija.

—Cielo... —La vio contener el aliento y eso le partió el corazón. Se percató de que, al contrario que Wesley con Matt, Elsie no tenía ningún referente, una figura femenina en este caso, en la cual reflejarse. Su madre ya era mayor y tenía sus propias convicciones, algunas más del siglo anterior que del actual. A fin de cuentas, en algún momento debería disculparse con Jules; así que claudicó—: Está bien, hablaré con ella.

La niña sonrió de oreja a oreja. La falta de algunos dientes dio a entender a Matt lo pequeña que era.

—También me hará un bonito moño.

Matt no pudo resistirse a su encanto. Se inclinó, besó a su hija en el pelo y la abrazó suavemente.

¡Se parecía tanto a Sarah que dolía!

—Con moño o sin él, eres igual de bonita.

—¡Papá...!

—Lo digo en serio.

La niña sonrió de nuevo y aplastó su bonita carita en el pecho de su padre.

—Te quiero.

—Yo también a ti, princesa.

Dave se había quitado el equipaje de *hockey* y ahora vestía sus clásicos vaqueros, polo de marca y una chaqueta deportiva con el emblema de su antiguo equipo. Era un atuendo sencillo, pero Matt sabía que aquellas prendas costaban unos cuantos miles de dólares.

No era envidia lo que sentía por su amigo; eso era algo que tenía muy claro.

Solo orgullo.

Había logrado su sueño y se había convertido en un héroe nacional jugando al *hockey*. Ahora, ya retirado por causa de una lesión de rodilla, no se había dado por vencido y seguía en el mismo mundillo, ayudando a otros a que alcanzaran la fama. Y eso era digno de elogio.

Matt se frotó los ojos a causa de la fatiga. No dormía y las veces que lograba conciliar el sueño era para revivir una y otra vez el ataque.

Si le hubiera pasado algo, ¿qué habría sido de los niños?

Disipó cualquier tipo de respuesta, antes de que tomara forma en su mente.

No, no podía volver a ese callejón sin salida.

Miró al frente, al lugar del que provenían las risas. Eran sus hijos quienes patinaban en la pista, divirtiéndose. A Elsie le faltaba desenvoltura, pero no ganas de aprender. Y Wesley se deslizaba por la pista de hielo con una destreza impresionante. El orgullo ganó al temor de que alguno de los dos se pudiera hacer daño.

—Es bueno.

Matt asintió.

—Yo también lo pienso.

—Creo que llegará lejos, si le echa agallas —comentó Dave sin apartar los ojos de la pista—. Por cierto, parece encontrarse mejor; apenas tiene moratones. ¿Sabes lo que ocurrió?

Matt detectó en el tono de Dave cierto matiz de preocupación.

—Llamé al director y me contó lo que pasó.

—¿Wes no lo ha hecho?

—No. Y no porque no le haya preguntado. Solo me da evasivas y luego se va dando portazos o murmurando por lo bajo. —Alzó la vista y vio cómo su hijo explicaba algo a Elsie sobre el *stick*. La niña asentía y sonreía—. Está claro que no soy un padre modelo.

—No digas eso —comentó Dave—. Eres el mejor padre que conozco. Te desvives por ellos.

—Al parecer, no lo suficiente.

—Conmigo no te vale eso de hacerte la víctima.

—Solo digo lo que pienso e intento no preocuparme en exceso. Sin embargo, no siempre da resultado.

—Es un buen chico, Matt.

—Lo sé, pero necesito que no se desvíe del camino marcado.

—Pides demasiado. Solo tiene nueve años, y siento ser yo el portador de las malas noticias, pero habrá más peleas y discusiones en un futuro cercano.

Matt se pasó la mano por la nuca, que de repente sentía muy tensa.

—Odio hacer esto solo.

—No estás solo.

—Tú ya me entiendes.

Dave lo sabía. Quizás por esa razón decidió desviar el tema:

—¿Qué fue lo que te dijo el director?

—Que Wesley le había pegado porque Lucas Farrell había llamado a su madre «la loca del volante».

—Joder.

—Sí, eso fue exactamente lo que pensé yo —dijo Matt—. Aún estoy furioso y te juro que, si ese Lucas Farrell no fuese un chiquillo, yo mismo le partiría la cara.

—Tú, mejor que nadie, deberías saber que la violencia solo trae más violencia —comentó Dave con tono pacificador—. Sé muy bien que antes de disparar agotas todas las vías de diálogo. Me lo has comentado cientos de veces.

Dave tenía razón, tener un arma entre las manos no daba derecho alguno a arrebatarse a nadie la vida.

—Eso es lo que intento inculcarle a Wes.

—No es más que un niño, Matt. —Él conocía bien el sinsabor de la frustración, lo descubrió cuando el médico le dijo que no podría volver a jugar al *hockey* porque su rodilla no se había recuperado del todo. De no haber sido por Matt, se habría vuelto loco. Su amigo fue quien le dio esperanza, quien le dijo que el mundo no se había terminado ahí, que no podía pasearse por la vida como una víctima. Las cosas se terminaban solo cuando uno mismo las daba por zanjadas. Ahora era un hombre nuevo, diferente, incluso esperanzado. Y todo gracias a Matt—. Te recuerdo que le has ocultado cómo murió Sarah y la verdad siempre está ahí, dispuesta a salir a la luz.

—Llegado el momento, hablaré con ellos y les contaré lo que le ocurrió a su madre. Pero ahora necesito que crezcan sanos y felices, sin traumas de por medio.

—De acuerdo. Y, si tú quieres, ese día yo estaré a tu lado.

La lealtad que vio en los ojos de Dave fue toda la recompensa que necesitó Matt por el momento.

—Eres un buen amigo.

—Soy tu mejor amigo —le corrigió.

Matt sonrió.

—Eso es verdad.

—Te debo una, ¿recuerdas?

Matt lo miró, serio.

—No me debes nada, Dave.

Dave se encogió de hombros, a sabiendas de que eso no era del todo cierto.

—Si no llegas a estar ahí, después de la lesión de la rodilla, no sé qué habría sido de mí.

Matt medio sonrió.

—Ahora eres tú el que está conmigo, ¿no? —Acarició su pierna con pesar.

—Por supuesto, eso no lo dudes nunca.

—Es una tradición estupenda, ¿no te parece? —preguntó Matt, burlándose de la situación en sí.

—La mejor, te lo aseguro. —Dave se echó a reír, no pudo evitarlo. Al parecer estaban de nuevo en la casilla de salida. Ahora era Matt el que necesitaba su apoyo. Y no cabía duda alguna de que lo iba a tener—. De acuerdo, ahora, dime, ¿qué es eso que he oído de que tu madre se

muda a Savannah?

—Has oído bien.

—No puede venir a casa en su estado, Dave. Ya la conoces, su obstinación no la detendrá.

Dave sabía que lo que Matt le decía era cierto. En cuanto llegase a casa, Vilma se haría cargo de la comida, de sus nietos, de la colada e incluso de Matt. Y eso para una mujer que acababa de sufrir un infarto era de lo más contraproducente.

—Me hago cargo de la situación.

Matt se alegró de tener una vez más el apoyo de Dave.

—Mi tía Sue, la hermana de mi madre —explicó—, ya sabes que se quedó viuda hace unos meses. Decidí llamarla y comentarle lo que estaba ocurriendo.

Dave alzó la mirada hacia su amigo. Él sabía, mejor que nadie, lo que significaba todo aquello para Matt. Pensó que su amigo se desvivía por su familia y su preocupación era más que evidente. Tras el suicidio de Sarah todo había cambiado, y no para mejor. Y probablemente se complicaría aún más cuando los niños creciesen y se convirtieran en adolescentes.

Sacudió la cabeza, asintiendo.

—¿Tu tía está de acuerdo?

—La verdad es que está encantada con la idea de tener compañía durante unas semanas.

—¿Y tu madre qué piensa de todo esto? —quiso saber Dave.

—Al principio se negó. Pero, finalmente, lo aceptó —explicó Matt—. Su estancia no se alargará demasiado; solo el tiempo que deje de lado esta cosa.

Con *esta cosa* Matt se refería a su muleta.

—Parece que lo tienes todo bajo control —ironizó. Dave palmeó la espalda de su amigo y sonrió abiertamente—. Muy pronto cambiarás la muleta por el *stick*.

—Vete a la mierda, Dave. Sabes muy bien que la rehabilitación me llevará meses.

—No me iré a ninguna parte, ya lo sabes. Además, lo que más deseo en este mundo es machacarte en esa pista —señaló la pista en cuestión, donde los niños patinaban ajenos al dolor que vivía su padre— y ese día, después de que te hayas restregado bien por el hielo, beberemos hasta perder el sentido.

Matt observó a su amigo. Desde que tenía uso de razón, Dave siempre había estado ahí. Era cierto que ambos disfrutaban jugando al *hockey*. Quizás podría haber sido también un jugador estrella. Pero un día todo cambió. Fue un once de septiembre. A sus catorce años, y tras varias horas sin despegarse de la pantalla del televisor, tomó una decisión que con el paso de los años en vez de debilitarse se hizo más sólida. Cuando hubiera que defender a su país, él lo haría en primera persona.

Ahora, a sus treinta y seis años, tanto Dave como él vivían y trabajaban en dos mundos diferentes. Pero aún seguía existiendo ese nexo común e incuestionable que los unía.

Más que amigos eran familia.

—No quiero abusar de tu confianza —comentó Matt, acariciando su pierna malherida.

A Dave no le pasó inadvertido el gesto. Había sido una semana intensa, en la que había tenido que hacer malabares para ocuparse de su mejor amigo y de los niños. Pero no se quejaba.

Jules le llamó y expuso los hechos tras la discusión con Matt.

No les culpaba.

No les juzgaba.

Conocía lo suficiente a su hermana para saber que estaba dolida y confundida. Y él poco

o nada podía hacer al respecto. Sin pretenderlo, se encontraba en medio de una disputa. Una palabra fuera de lugar o una opinión desafortunada por su parte daría lugar a que aquella sensible estructura familiar acabase por derrumbarse.

—No abusas de mi confianza, ya lo sabes —le aseguró.

Matt sabía que eso no era del todo cierto. Dave era un hombre importante en el mundo del *hockey*. Trabajaba duro y tenía reuniones a las que no podía faltar. Y por ello debía desplazarse varias veces a la semana a otras ciudades.

Matt carraspeó.

—Con respecto a Jules...

Su amigo le dirigió una mirada conciliadora.

—¿Qué ocurre con ella? —preguntó Dave.

—Vamos, Dave. Lo sabes perfectamente, aunque no hemos hablado de ello. Sé que estás en contacto con ella.

—Es mi hermana.

—No es necesario que me des ningún tipo de aclaración. Yo mismo no dejo de repetírmelo —dijo Matt, manteniendo un momento la mirada al frente, donde estaban sus hijos, antes de volverse—. No fui muy cordial con ella, que digamos. ¿Qué tal está?

—Eso deberías preguntárselo a ella, no a mí.

—Vete a la mierda, Dave.

Dave rio con ganas.

—¿Tú qué sientes?

—Aún no lo sé. No tengo claro lo que tengo que sentir. La he odiado durante todo este tiempo y es extraño lo normal que me parece encontrarla en mi casa, en compañía de Wesley y Elsie. Si es que a algo de todo esto se le puede llamar normal —respondió Matt.

—Jules adora a tus hijos. —Sintió la necesidad de aclarar Dave.

—Lo sé.

—Haría cualquier cosa por ellos.

—Eso también lo sé —dijo Matt, sin apartar la mirada del rostro de su amigo. Su sonrisa se ensanchó por primera vez en varias semanas—. Lo cierto es que me siento culpable, y disculparme no estaría de más.

—Entonces, ¿por qué no la llamas?

—Lo he intentado, pero no estoy preparado para desenterrar el pasado.

Dave lo comprendía; aún hoy en día bullían las habladurías relacionadas con el suicidio de Sarah. Todo el mundo intercambiaba rumores y señalaba, sin pudor alguno, a Matt y a los niños cuando paseaban por el centro de Midway.

La pelea de Wesley había sido una prueba de ello.

Dave se repitió, una vez más, que en todo esto no había culpables. Solo víctimas.

—No tienes que desenterrar nada, Matt. Solo debes mirar al frente y disfrutar del presente, de lo que la vida te ofrece —Dave se vio en la necesidad de añadir—: debes continuar por ti y por el bien de tus hijos.

—Y dime, ¿cómo se hace eso?

—Yendo al pasado y regresando ileso de él —respondió su amigo.

Matt sabía lo que significaban aquellas palabras: debía pasar página. Olvidarse de aquella puñetera carta. No permitir que Sarah ocupase la mayor parte de su tiempo ni torturarse con preguntas que no tenían respuestas.

No lo quería reconocer, pero Dave tenía razón.

Asintió con la cabeza despacio.

—De acuerdo —claudicó.

—Bien, es un comienzo. ¡Vamos, llámala!

—No sé dónde tengo el móvil —dijo a modo de disculpa.

Se hizo un silencio, solo roto por las cuchillas de los patines al rozar el hielo.

—No te vas a librar tan fácilmente, amigo. Mira en tu bolsillo derecho.

Resignado, Matt bufó.

—Te odio.

—El sentimiento es mutuo —bromeó Dave.

—Ya... —Fue la vaga respuesta de su amigo.

—¡Venga! —le apremió.

—No creo que sea tan fácil.

—Al menos, debes intentarlo.

Matt estaba de acuerdo, debía dar el primer paso si no quería perder a más personas en su vida. Desbloqueó el móvil y buscó entre sus contactos, respiró hondo antes de pulsar sobre el nombre de Jules. Activó el altavoz y esperó.

Saltó el buzón de voz:

—*Hola. Probablemente estoy ocupada; así que, ya sabes lo que tienes que hacer. Si no te devuelvo la llamada, insiste de nuevo, por favor. Gracias por tu paciencia.*

Matt dudó una milésima de segundo.

—Habla —murmuró Dave. Al ver que Matt no reaccionaba, sus manos se movieron en el aire demostrando su frustración—. ¡Vamos, a qué esperas!

Matt cerró los ojos, presa de los nervios, y dijo lo primero que se le vino a la mente:

—Jules, nece... necesito hablar contigo —tartamudeó y cortó la llamada de inmediato.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Dave, incrédulo.

—No lo sé —confesó Matt.

Dave apoyó los codos en los muslos y, apesadumbrado, se llevó la cara a las manos.

—Tío, esto es surrealista.

CAPÍTULO 10

Todos los sábados, Jules iba a casa de sus padres y disfrutaba de una copiosa cena. Era una especie de ritual que se había afianzado con el paso de los años, y nunca buscaba disculpas para no asistir, a excepción de esa noche. Sopesó las opciones, pero salir corriendo complicaría más la situación e inquietaría a su madre.

Así que, inspiró y se armó de valor.

Olía de maravilla a puré de patata con cebollino y nuez moscada. El pastel de carne junto a la macedonia de frutas eran los platos estrellas.

Agnes abrió el horno e introdujo la fuente de cristal.

—En veinte minutos estará lista la cena.

Jules no lo dudaba. Su madre era una cocinera increíble.

—Estoy hambrienta.

—Eso está bien, porque te estás quedando en los huesos.

Jules quiso poner objeciones, pero decidió mantener la boca cerrada. Si algo había aprendido con el paso del tiempo, era que todo lo que dijera podría ser utilizado en su contra.

A Agnes no le pasó desapercibida la mirada de pesar de su hija. Había consumido toda su paciencia, a la espera de que fuera Jules la que le comentase qué había ocurrido entre ella y Matt. Pero aún seguía esperando. Se limpió las manos en el delantal y se armó de valor. Una madre sabía muy bien cómo finiquitar una situación desastrosa.

—¿Quieres decirme qué te tiene tan molesta?

Jules cerró los ojos, a sabiendas de que ya no tenía escapatoria.

—Mamá, no quiero hablar del tema.

—Soy tu madre y estoy preocupada por ti. Dave dice...

—Dave debería meterse en sus asuntos —la interrumpió Jules.

Una madre conocía bien a sus retoños. Notaba cada uno de sus gestos, la entonación de sus palabras y también podía percibir su tristeza. Y lo cierto es que Jules vivía en una melancolía permanente desde el suicidio de Sarah, pero con la vuelta de Matt se había pronunciado aún más.

No culpaba al teniente. El hombre tenía que sobrellevar su propia carga. Pero le dolía que tratase a su hija con esa frialdad, tan impropia de él. Suspiró ligeramente cuando se fijó en el abatimiento de Jules.

—Tu hermano llegará de un momento a otro. Está con Matt y los niños en la pista de hielo. —Hizo una pausa y miró de reojo a su hija. Esperó su reacción, que no tardó en llegar. La vio hundir los hombros ligeramente, mientras colocaba los respectivos platos y tenedores en la mesa—. Dave dice que Matt ya se encuentra mejor, que camina con ayuda de una muleta y que los médicos son optimistas.

La idea de huir se hizo apremiante, pero Jules se mantuvo firme. De nada serviría escapar de casa de sus padres cuando los problemas iban con ella. Respiró hondo y se dijo que ya se había llevado la peor parte: el rechazo de Matt.

Ser desvalorada dolía.

Ser objeto de lástima, en un pueblo tan pequeño, también dolía.

—Quiero que seas feliz.

—Soy feliz, mamá —mintió—. No tienes de qué preocuparte.

Agnes se quedó contemplándola, como si su hija fuera a añadir algo más, pero no fue así. Se giró, cogió el cuchillo y comenzó a cortar la piña sobre una tabla de madera.

—¿Has hablado con Harper?

—¿Sobre qué? —quiso saber Jules.

—Sobre Matt.

Jules resopló con fuerza.

—Mamá, por favor. Déjalo ya.

—De acuerdo, si es lo que quieres. Pero te recuerdo que en esta casa solucionamos los problemas hablando.

Jules enderezó la espalda. Ahora mismo no necesitaba solucionar nada; solo necesitaba que aquel dolor, que le estrujaba el corazón y la asfixiaba, la dejase en paz.

—¿Sabías que Vilma se va con su hermana a Savannah?

Aquella pregunta llamó su atención, porque dejó lo que estaba haciendo y se dio la vuelta.

—¿Ha empeorado?

—Oh, no. Más bien todo lo contrario. —Agnes hizo un aspaviento con la mano—. Según me ha comentado Vilma, Matt piensa que lo que necesita es un poco de paz y mucha calma para recuperarse del todo. ¿No te parece una decisión muy sabia?

—Sí, claro —contestó Jules cautelosamente—. Es una gran idea.

Se giró y volvió a su tarea.

—También hemos hablado de ti.

—¿De mí? —El ánimo de Jules se ensombreció. Apretó con los dedos el mango del tenedor—. No hay mucho que contar, ¿no te parece?

—Todo lo contrario. Esa mujer te adora y siente mucho el comportamiento de su hijo. ¿Cómo le ha llamado? —Divagó unos segundos—. Ah, sí, ya lo recuerdo: «Testarudo y sin remedio».

—Tenéis que dejar de chismorrear.

—Somos dos madres preocupadas; yo a eso no lo llamaría chismorrear.

Jules notó que su madre necesitaba que sonriera, de modo que lo hizo. Dejó también que se le relajaran los hombros.

—Deberíais dejarnos al margen y hablar de otras cosas.

—Ahora mismo no hay nada más interesante.

—¡Mamá, por favor! —exclamó Jules irritada.

—Es cierto. Hasta en el supermercado me han preguntado por ti.

Jules hizo un sonido con la lengua, que era en parte molestia.

—Y ¿qué les has dicho?

—Nada. Aunque supiera lo que está sucediendo, mis labios están sellados. Me conoces lo suficiente para saber que te defiende a capa y espada de las habladurías.

Jules sabía que eso era cierto; así que le lanzó a su madre una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias.

Agnes asintió complacida.

—No hay por qué darlas. Por cierto, Vilma, antes de irse, quiere hablar contigo.

La idea en sí no le gustó a Jules. Dejó a un lado el tenedor y carraspeó.

—¿Cuándo se va?

—Su hermana ya está aquí, así que supongo que lo hará en breve.

Jules deseó que la tierra la tragara y la escupiera en Nueva Zelanda.

—No creo que podamos vernos, tengo mucho que hacer.

—¡Jules! —protestó su madre—. ¿Dónde están tus modales?

Durante la última semana había tratado de no pensar en Matt, aunque no podía dejar de preocuparse por los niños.

—Tengo que ir a casa de la señora Busbee.

—¡Que Dios cuide de ella! —Agnes se santiguó y acto seguido se dio la vuelta hacia el horno—. Pobre mujer, sus últimos años han sido horribles.

Jules no podía estar más de acuerdo. La señora Busbee había sufrido una apoplejía que la había dejado postrada en cama, en estado vegetal. Sin hijos ni familia, los asistentes sociales habían movido los permisos necesarios para ingresarla en una residencia.

—¿Te interesa su biblioteca?

—Es una de las mejores del condado. Así que intentaré hacerme con el mayor número posible de libros.

—¿Crees que los venderán?

—No todos, pero sí la mayoría.

—Supongo que tienes razón —respondió su madre—. He oído decir que quieren hacer de la casa un museo.

—No lo sabía.

—Normal que no lo sepas, te pasas el día con la nariz metida en los libros —afirmó su madre. Cuando estaba a punto de darse la vuelta, la tomó del brazo—. Volviendo a Vilma, ya sabes que es una mujer amable y cordial. Y estoy segura de que podrás hacer un hueco en tu apretada agenda.

El tono irónico de su madre no afectó en absoluto a Jules. Estaba muy acostumbrada a sus pullas.

—Mamá, no insistas.

Agnes quitó la mano del brazo de su hija y, acto seguido, tocó su mejilla con un dedo y le apartó un rebelde mechón de la frente.

—Aunque huyas, ya sabes que ese resentimiento te va a seguir a donde vayas.

—Mamá, no quiero hablar del tema. —Se giró de forma precipitada con la única intención de abrir el cajón de los cubiertos. Se quedó mirando su interior, sin saber muy bien qué estaba buscando.

—Estás enamorada de él. ¿Crees que no lo veo?

Jules cerró los ojos con fuerza.

—Mamá...

—Lo sé, lo sé. —Levantó las manos en señal de rendición—. No quieres hablar de ello. Pero la cuestión, hija, es que él no lo sabe.

—No me interesa ser la esposa de un militar.

—¿Crees que puedes elegir a estas alturas?

—¡Claro que puedo! —exclamó Jules—. Lo estoy haciendo, ¿no?

—Lo que estás haciendo es ir contra tus sentimientos y eso, a la larga, te pasará factura.

—Y, según tú, ¿qué debo hacer?

—En primer lugar, ser sincera contigo misma y luego con él.

—Él me odia.

—Se odia a sí mismo, Jules. Necesita avanzar, romper la coraza y salir al mundo.

Jules negó con la cabeza, disgustada. Cerró el cajón de un empujón, lo que hizo que los cubiertos se movieran con brusquedad en su interior.

—Yo no puedo ayudarle.

—Tampoco puedes dejar de quererle, ¿me equivoco?

—Mamá, no quiero que te metas en esto. El asunto está zanjado, ¿lo entiendes?

Agnes ignoró las palabras de su hija. Una madre tenía todo el derecho a entrometerse si lo deseaba. Las duras y agónicas horas de parto le daban derecho a eso y más.

—Es un idiota si no te ama.

Jules sintió que el corazón se le encogía.

—Pues, entonces, es un idiota sin remedio. Soy feliz con mi vida, soy feliz sin Matt, ¿comprendes?

Agnes deseó que fuera así, pero sabía que eso no era cierto.

—No lo eres, Jules. Solo hay que mirarte para darse cuenta de que eres desdichada. Adoras a esos niños, los quieres con toda tu alma. —Preocupada, suspiró—. Podrías construir un hogar para él.

—Mamá, por favor. Matt ya tiene una familia, un hogar al que regresar cada vez que vuelve.

Agnes no estaba tan segura de eso. Fue a reprocharle su conducta cuando escuchó abrirse la puerta principal.

—Debe de ser Dave.

Jules nunca se había alegrado tanto de ver a su hermano.

—Iré a avisar a papá de que la cena ya está preparada.

Su madre fue a decir algo, pero Jules ya había desaparecido.

Suspiró larga y sentidamente, volviendo a los fogones.

—¿No vas a preguntarme por Matt?

¿Pero qué le pasaba a la gente? ¿Nadie podía proporcionarle un poco de paz?

Jules taladró a su hermano con la mirada.

—Dave, te aseguro que ya he tenido bastante esta noche con mamá.

—De acuerdo. —Chasqueó la lengua y cerró la puerta detrás de sí. La noche ya había caído dejando a su paso luces, sombras y el frío viento de abril—. Matt te ha llamado.

Jules tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no meter la mano en el bolso y sacar el móvil.

—He estado ocupada —dijo sin más.

—Lo sé. La cena estaba buenísima.

—Yo solo he puesto la mesa, el mérito es de mamá.

—Aun así, quiero darte las gracias. —Acercó a su hermana a él y le pasó el brazo por los hombros.

—¿Por qué?

—¿Un hermano no puede darle las gracias a su hermana?

Ella levantó la cabeza y no se dejó vencer por el frío ni por Dave.

—Lo que tú digas, Dave. Mi coche está allí. —Señaló en esa dirección en concreto—. Tengo que irme, es tarde.

—Estoy preocupado.

—Y ¿quién no?

—Vamos, Jules. Quítate la coraza de una vez por todas y hablemos.

¿Cómo había podido creer que su hermano había venido en son de paz?

Ladeó la cabeza y lo miró.

—Lo que teníamos que hablar... ya lo hemos hablado.

Hizo por deshacer el abrazo, pero su hermano se lo impidió.

—Tengo algunas reuniones esta semana.

—Bien por ti. —Finalmente se apartó de Dave—. ¿Gigi va contigo?

—No, no pararía de parlotear, y ya sabes lo que me molesta eso.

Se ordenó a sí misma dejar enterrado el asunto. Pero, como cabía esperar, no lo hizo:

—No entiendo por qué sigues con ella. —Metió las manos en el bolso y palpó el móvil. Se dijo que debía dejarlo ahí. De forma deliberada, lo apartó y en su lugar buscó las llaves del coche—. Deberías sincerarte con Gigi.

—Es posible. Pero al igual que tú, no lo hago. Debe tratarse de la maldición de los Suvari.

Jules sacó las llaves del bolso y ahogó un suspiro.

—No voy a seguirte el juego, hermano. Tú mismo.

Dave, a sabiendas de que estaba perdiendo la oportunidad, alzó la voz:

—Está arrepentido.

—Estupendo —respondió Jules tomando distancia. No deseaba mantener aquella conversación en plena calle, de noche. En casa de sus padres aún había luz, por lo que supuso que todavía no se habían ido a la cama—. Debo irme, Dave. Es tarde.

—Joder, Jules. ¡Es mi amigo!

—Eso está bien porque hacéis un gran equipo.

Cuando Dave vio que su hermana se alejaba, gritó:

—¡Necesito que me eches una mano el tiempo que yo esté fuera!

Jules se detuvo, pero no se volvió. Sintió que el estómago se le encogía y que el pastel de carne se revolvía en su interior.

—¡No hablarás en serio!

Dave metió las manos en los bolsillos y anduvo algunos pasos.

—Por favor, los niños...

—No juegues esa baza tan sucia conmigo, Dave. Hasta para ti es rastrero.

—Está arrepentido.

—¡No! —Fue la taxativa respuesta de Jules.

Dave resopló y dejó caer la cabeza con los hombros hundidos. Conocía lo suficiente a Jules para saber que no iba a dar su brazo a torcer.

—No le estoy defendiendo, ¿de acuerdo?

—Claro que sí.

—¡Maldita sea, Jules! —Sacó las manos de los bolsillos mientras una leve sensación de traición hacia Matt se apoderó de él—. Si pudiese quedarme, lo haría gustoso. Pero no puedo. Las reuniones son importantes.

—Mi vida también lo es, Dave —contestó Jules, suavemente—. Ya lo dejé todo en una ocasión por él, pero no volverá a suceder.

—Solo te pido que estés pendiente de los niños.

—Wesley y Elsie tienen un padre.

Dave exhaló de manera audible.

—Escondes bien tus sentimientos, Jules.

—¡Vete a la mierda!

—¡Está bien! Tú ganas —claudicó Dave, levantando las manos y dejándolas caer de nuevo.

Aquella respuesta no le gustó a Jules.

—No se trata de ganar o perder, Dave. Se trata de mi paz mental, de mi vida. —Jules respiró profundamente y luchó por calmarse—. Él no me quiere en su vida, lo dejó muy claro. Es algo que debo asumir y cuanto antes lo haga, mejor para mí. Ahora, tengo que irme. Disfruta de tu viaje o de tus reuniones o de lo que sea que vayas a hacer fuera de Midway.

Dave la vio alejarse, confundiéndose con la oscuridad de la noche mientras el viento jugaba con los bajos de su abrigo. Era evidente que no se había apuntado el tanto que esperaba. Chasqueó la lengua y se dio la vuelta en busca de su coche.

No culpaba a su hermana, en el fondo tenía razón. Matt no había obrado bien, pero tampoco le juzgaba. Su amigo luchaba con sus propios demonios y estos últimos le sacaban ventaja.

De poder haber anulado las reuniones, lo habría hecho. Pero era del todo imposible. Había demasiada gente implicada en el próximo proyecto como para echarlo todo en saco roto.

Introdujo la mano en el bolsillo y sacó su móvil. Lo desbloqueó y deslizó el pulgar por la pantalla hasta encontrar el nombre que buscaba.

—Hola, Matt...

—Era Dave. —Cojeó hasta el sofá y se sentó. Le costaba caminar, pero ya apenas perdía el equilibrio. Dejó el móvil sobre la mesa del salón y miró a su madre—. Todo va bien.

Vilma observó a su hijo con expresión de preocupación.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Dave vendrá mañana?

—Pues claro —mintió—. Todo está bien.

—Debería quedarme.

Dave le había comentado que Jules estaba enfadada y él asumía su culpa. La había llamado para disculparse, pero ella prefería guardar las distancias; no se lo reprochaba. Solo tenía la certeza de que era un estúpido.

Tomó la mano de su madre y le dio un apretón cariñoso.

—No, mamá. Tía Sue y tú os iréis a Savannah mañana a primera hora. Tal y como habíamos acordado. —Miró a su tía y agradeció su silencio—. Necesitas descansar.

—Estando lejos también me preocuparé. Además, tengo que arreglar el traje de Elsie, seguramente Jules no podrá hacerlo.

—Buscaremos la manera, no quiero que te inquietes por nada. Ya sabes lo que dijo el

doctor...

—Sé muy bien lo que dijo, Matt. Yo estaba también allí, ¿lo recuerdas?

Matt conocía lo suficiente a su madre para saber que se preocuparía de igual modo.

«Pero ojos que no ven, corazón que no siente», pensó.

—Estaremos bien —contestó con firmeza, retirando la mano—. Ahora deberías irte a la cama. Es importante que respetes tus horas de sueño.

Los ojos de su tía y los de él se encontraron.

Ambas mujeres no se parecían en nada físicamente. Su madre tenía el pelo gris y era menuda. Poseía una belleza serena y sus ojos eran del mismo tono que la miel. Sin embargo, su tía Sue era una rubia robusta, de mirada clara y picarona, que no aparentaba para nada su edad.

—Vamos, Vilma. Matt tiene razón, tu corazón está pidiendo a gritos unos minutos de tranquilidad.

Vilma se levantó y acto seguido acarició la mejilla de su hijo.

—Si algo fuese mal, me lo dirías, ¿verdad?

—Claro que sí —mintió de nuevo.

Sue tiró suavemente del brazo de su hermana y luego se giró hacia su sobrino:

—Espero que no juegues al póker —susurró para que Vilma no pudiera oírla—. Mientes fatal.

Cuando se quedó solo, se dejó caer contra el respaldo del sillón. Cerró los ojos y maldijo en voz baja.

No necesitaba más complicaciones en su vida, pero estaba claro que el karma tenía otros planes para él.

CAPÍTULO 11

—Wes, ¿dónde está tu hermana?

—En la cama, igual está mala... —respondió el niño, indiferente.

Matt dejó el plato de las tostadas sobre la encimera y miró a su hijo.

—¿Cómo que en la cama?!

Wesley se limitó a encogerse de hombros.

Matt miró al reloj que colgaba de la pared de la cocina y maldijo en silencio. Alcanzó la muleta, se apoyó en ella y se dirigió a las escaleras.

—Elsie Killmer, llegarás tarde al colegio. ¡Haz el favor de bajar!

Silencio.

A punto de perder la paciencia, Matt se agarró a la barandilla y dejó caer la cabeza. La desesperación comenzaba a apoderarse de él.

—Por favor, Elsie, baja a desayunar —dijo en un tono más conciliador.

El teléfono sonó en ese momento.

—Wes, ¿puedes contestar?

—Voy.

Matt escuchó el arrastre de las patas de la silla contra el suelo y luego los pasos de su hijo. Era evidente que la mañana estaba siendo un auténtico fracaso. Miró hacia las escaleras y supo que no le quedaba otra opción que subir.

—Era la señora Aston, dice que no puede llevarnos al colegio. Ha llamado para disculparse —gritó Wesley desde la cocina.

Matt, dolorido, intercambió su peso de una pierna a otra. Miró fijamente y apretó los dientes.

—Dios, si te estás vengando de mí, creo que ya he pillado la indirecta —comentó con acritud.

—Papá, ¿nos vas a llevar tú al colegio?

De repente tuvo la sensación de cargar todo el peso del mundo sobre los hombros. Desde su llegada a casa no se había puesto delante del volante, pero al parecer había llegado el momento de hacerlo.

—Sí, os llevaré yo. Desayuna y recoge la cocina, bajo enseguida.

Escuchó el sonido de fastidio de Wesley, pero lo ignoró de forma deliberada.

Subió el primer peldaño y luego otro. Se dijo a sí mismo que necesitaba poner a prueba la pierna y que subir y bajar escaleras formaba parte de su rehabilitación. Cuando alcanzó el último escalón, su corazón latía con fuerza contra las costillas y tenía la respiración agitada.

—Elsie, espero que tengas una razón de peso para no haber bajado a desayunar.

Se preocupó cuando la niña no respondió. Ignorando el dolor punzante aceleró el paso hasta la habitación de la pequeña.

—¡Elsie!

La niña murmuró algo que Matt no entendió. Soltó la muleta y esta se precipitó al suelo,

provocando un ruido resonante. La cama se hundió ligeramente cuando se sentó, apartó el edredón y procuró calmarse.

—Elsie, ¿qué pasa? —Tocó la frente de la niña y Matt comprobó que tenía fiebre.

—Papá, me duele la garganta.

Se tragó un suspiro de alivio cuando la escuchó hablar.

—De acuerdo, princesa. Tranquila. Llamaré al médico.

—Quiero que venga Jules. —La voz de la niña era apenas un susurro.

Matt alzó los ojos al cielo pidiendo clemencia.

—Elsie, ya lo hemos hablado. Jules está ocupada.

La niña se encogió y comenzó a toser. Matt, alarmado, la incorporó de la cama y la abrazó con fuerza.

—Vengo enseguida, voy a por un vaso de agua. —Cuando hubo pasado el ataque de tos, la dejó caer con cuidado sobre el colchón y la cubrió con el edredón—. No te muevas.

—Papá... —Elsie tosió de nuevo y, acto seguido, comenzó a respirar con dificultad—, quiero que venga Jules.

Matt respiró hondo y se pasó la mano por el pelo. La idea en sí hizo que se le retorcieran las entrañas.

—De acuerdo, la llamaré. Pero no te prometo nada.

—Ella vendrá, papá.

—Elsie...

—Vendrá, papá —insistió la niña segundos antes de que le asaltara otro ataque de tos.

Jules se dijo que tenía que armarse de paciencia. Sonrió a la señora Blason y la acompañó hasta la estantería donde descansaban las novelas policíacas.

—Aquí están.

—Oh, es estupendo, Jules. Te lo agradezco —adujo la mujer emocionada—. Últimamente me encantan los misterios y la trama alrededor de un crimen.

Jules miró a Harper, que estaba detrás del mostrador, y le devolvió una sonrisa cómplice.

—Eso es estupendo, señora Blason —dijo Jules.

—Sí, a mí también me lo parece. —Los regordetes dedos de Agatha Blason recorrieron los lomos de los libros—. He oído que has comprado buena parte de la librería de la señora Busbee.

Jules se dijo que por el bien del negocio debería mantener una conversación agradable.

—Sí. He comprado algunos de los libros.

—¿Los tienes aquí?

—Sí, pero están sin catalogar. ¿Busca alguno en especial?

—No, no —respondió la mujer, señalando uno de los volúmenes.

Este ya lo he leído y este otro también.

Jules pensó que Agatha Blason tenía una manera muy curiosa de conseguir información.

—Quizás pueda ayudarla.

—¡Oh!, no te preocupes. No tengo prisa alguna. —Miró de reojo a Jules—. Es una lástima lo que le ha ocurrido a Matt Killmer, ¿verdad?

Jules miró a Harper y esta le rogó calma con una mirada de advertencia.

—Sí, sí que lo es —respondió Jules con un nudo en la garganta.

—Una verdadera lástima lo de ese hombre. Primero, su esposa, luego, su madre enferma y fíjate en él. —La mujer suspiró—. Toda una tragedia.

Miles de pensamientos se agolparon en la cabeza de Jules, pero no dejó que la afectara ninguno. Matt ya había tomado una decisión respecto a ella y poco podía hacer frente a eso.

—Quizás no haya leído este. —Jules señaló una de las novelas de la segunda estantería, con la única intención de dar un giro a la conversación.

Agatha Blason apenas prestó atención al libro que le mostraba Jules.

—Sarah era tan linda, tan buena madre, ¿verdad?

Jules tragó saliva y las protestas murieron en su garganta, haciendo el nudo aún mayor. Se debía a sus clientes, así que, se sacudió los hombros y trató de ensanchar su sonrisa, aunque no lo consiguió del todo.

—Sarah era maravillosa, sí.

Agatha Blason no se dio por vencida.

—¿Sabes? Acabo de hablar con la madre de Melinda Aston, es ella quien lleva a los niños de Matt Killmer al colegio mientras tu hermano está fuera de la ciudad y su madre está descansando en Savannah —aclaró—. Wesley le ha dicho que Elsie tiene fiebre y la pobre no puede levantarse de la cama. Es más que evidente que esa familia sufre algún tipo de maldición.

Jules borró la sonrisa de sus labios, mientras un torrente de emociones y preocupación la invadió. Se llevó la mano a su estómago ya revuelto.

Agatha Blason, ante la reacción de Jules, sonrió satisfecha. Tal y como lo haría una hiena acorralando a su presa.

—Ese hombre no levanta cabeza, ¿no crees?

Jules vio acercarse a Harper a toda prisa.

—Señora Blason, yo seguiré atendiéndola.

—¡Oh, claro, querida! —Se llevó la mano dramáticamente al pecho, signo inequívoco de falsa preocupación—. Jules, estás pálida. ¿Te encuentras bien?

Jules salió de su ensimismamiento y sacudió la cabeza.

—Por supuesto —respondió a duras penas a la vieja arpía—. Si me disculpáis, acabo de recordar que tengo algo que hacer.

Harper le tocó el hombro en señal de apoyo.

—Claro, ve. Yo me quedo al cargo.

Jules fue al mostrador y recogió su bolso y abrigo. Se despidió y salió corriendo de la librería con un único pensamiento en la mente: Elsie.

—Pobre muchacha. Está enamorada de Matt Killmer desde sabe Dios cuándo.

—Señora Balson, yo creo que...

La robusta clienta interrumpió a Harper y comenzó a hablar, tal y como lo haría una cacatúa:

—Pero no es correspondida, no sé si lo sabías. Una lástima —parloteó la mujer con un exceso de drama.

Harper apretó los labios hasta que formaron una fina línea y miró a la susodicha entrecerrando los ojos.

—Lo único que sé, en este momento, es que usted podría ser la próxima protagonista de una de estas novelas.

La mujer volvió a llevarse la mano al pecho, esta vez entusiasmada.

—¿Como inspectora de Policía?

—No, señora. Como cadáver en la morgue.

Agatha Blason ahogó una exclamación y abrió los ojos como platos, sorprendida y, a la vez, herida por el comentario.

—¡Esto es intolerable!

—Me acaba de quitar las palabras de la boca —comentó Harper con una sonrisa poco amistosa.

Jules aparcó el coche. Recogió el abrigo, el bolso y, acto seguido, abrió la puerta con un brusco y rápido movimiento. La temperatura era baja y las ráfagas de aire frío la envolvieron, haciéndola apretar los labios. Los rayos de sol apenas caldeaban las calles, pero al menos no era uno de esos días grises y lluviosos que hacían que la gente se quedase en sus casas al lado de la chimenea o la estufa de gas.

—Un día perfecto. En un lugar no tan perfecto —susurró para sí misma.

Ignoró la punzada de rencor en su corazón. Su instinto le dictaba huir, alejarse de la casa y dejar marchar aquel sentimiento que rayaba la incoherencia.

—Esto es una locura. Entra en el coche y regresa a la librería.

Pero antes de que pudiera evitarlo se colgó el abrigo junto al bolso en el brazo, cerró el coche y sus ágiles pies se dirigieron a la casa. Pensó en Elsie y eso fue todo lo que necesitó para meterse de nuevo en la boca del lobo.

Llamó a la puerta y esperó lo que a ella le pareció una eternidad. Respiraba con dificultad y las rodillas le flaqueaban. Estaba temblando y el instinto le advirtió una vez más de que, tanto Matt como ella, podrían hacerse daño.

Fue Wesley quien abrió la puerta.

—¡Jules! —saludó el niño, sorprendido—. ¿Has venido a ver a Elsie?

El niño se parecía tanto a su padre que Jules intentó llenar sus pulmones de aire, como si eso fuera posible.

—Hola, Wes. Pues sí, y también a ti. —Solo el temor a la vergüenza hizo que no le temblara la voz—. Creo que te debo una disculpa.

Wesley la contempló durante unos segundos. Después se encogió de hombros y le ofreció una media sonrisa.

—No pasa nada.

«Sí que pasa», pensó Jules.

—Lo siento, Wes. Lo siento de verdad.

—Supongo que son cosas de mayores.

—Sí, algo así —contestó Jules. Se aclaró la garganta para formular la pregunta—: ¿Cómo estás?

—He tenido días mejores.

La respuesta en sí la hizo sonreír. Wesley era como un pequeño hombrecito en un cuerpo de niño. La ausencia de su madre le había hecho madurar demasiado rápido. Se fijó en que apenas quedaban señales en su cara de la pelea con Lucas Farrell.

Wesley se dio cuenta de que la mirada que le devolvió Jules estaba llena de preocupación.

—De verdad que lo siento. No estuvo bien por mi parte marcharme sin despedirme.

Wesley dio un paso atrás, como si necesitase tomar distancia.

Jules lo lamentó. Wesley era un niño muy inteligente, pero demasiado vulnerable.

—¿Podrás perdonarme?

Esperó un momento, por si Wesley le impedía el paso. Sin embargo, el niño se hizo a un lado y la dejó entrar.

—No te preocupes, pasa —murmuró.

Jules se esforzó por aguantar la compostura.

—¿Qué tal en el cole?

El niño volvió a encogerse de hombros, al tiempo que cerraba la puerta.

Jules se acuclilló y lo miró a los ojos.

—Recuerdo que a mí me pasó un incidente parecido cuando estaba en el instituto. Hubo un malentendido y comenzaron a llamar a mi padre cobarde. Fue duro, todos me conocían como «la hija del cobarde». Lo pasé mal y te aseguro que no tenía gracia alguna. Pero ¿tú ves que alguien me llame eso ahora?

—No.

—Claro, la gente olvida las cosas y pasa página. También lo harán contigo.

—Ahora mismo, no parece que vayan a hacerlo.

Jules le tocó el brazo.

—¿Qué es lo peor que puede pasar?

Wesley suspiró profundamente y dejó escapar todo el aire de una sola vez, desalentado.

—Que todo el colegio me señale, se burle y hable de mi madre y de mí sin parar.

—Mira, a veces con estas cosas lo mejor que puedes hacer es dar la cara. Ir de frente. Decirles cómo te hacen sentir y el daño que están ocasionándote —le dijo mirándole a los ojos, hablándole lentamente y con firmeza—. ¿Lo entiendes?, pero nada de peleas. Eso solo hará que la situación se complique más para ti.

Wesley asintió con la cabeza. Vio cómo la expresión de Jules se relajó y eso le animó.

—Vale.

—Puedes hablar conmigo cuando quieras, ya lo sabes. ¿Tienes mi número de teléfono?

—Sí, lo dejaste en un papel, en la puerta del frigorífico.

—De acuerdo, pues llámame cuando necesites hacerlo.

—Sí, lo haré.

—Bien.

—Siempre tendré tiempo para ti y tu hermana, Wes —dijo Jules.

El niño la miró a los ojos y supo que decía la verdad. La prueba estaba ahí. Ella había regresado.

—Papá y Elsie están arriba.

Jules se inclinó y besó al niño en el pelo.

—¿Cómo está tu hermana?

—Tiene la voz ronca y papá está preocupado.

Jules dejó su abrigo y bolso en la barandilla y miró hacia las escaleras. Se dijo que huir ya no tenía sentido alguno. Estaba allí por los niños, no por Matt. Era una mujer adulta, así que sabría llevar la situación.

—Voy a subir, ¿te parece bien?

—Claro —respondió el niño.

Jules le devolvió la sonrisa.

—Termina de arreglarte, yo te llevaré al colegio.

Los ojos de Wesley la miraron sin pestañear.

—¿En serio? —preguntó, sin demasiada emoción.

Le revolvió el pelo con los dedos una vez más.

—No tienes escapatoria. ¿Recuerdas lo que hemos hablado hace un segundo?

—Sí.

—Pues ha llegado el momento de ponerlo en práctica.

Wesley obedeció a Jules y regresó a la cocina, sin demasiadas ganas.

Cuando se aseguró de que Wes estaba haciendo lo que ella le había pedido, miró al frente. Respiró profundamente y comenzó a dejar atrás los escalones.

Se detuvo ante la puerta y escuchó la voz de Matt. Agarró el pomo y se insufló de valor.

Aún estaba a tiempo, solo tenía que darse la vuelta y regresar por donde había venido. Cerró los ojos y se dijo que todo aquello lo hacía por Elsie; por nadie más.

Acababa de darle un buen consejo a Wesley, y ella debía practicar con el ejemplo. Respiró profundamente. Dejó escapar el aire de los pulmones y, decidida, entró en la habitación. Se encontró con Elsie en la cama y Matt sentado a su lado.

Él se giró y se quedó allí, pasmado. Mirándola.

—¡Jules! —Él hizo ademán de levantarse.

Verlo de nuevo hizo que fuera presa de un sinfín de emociones contradictorias. Jules sabía que racionalmente no era buena idea, pero aun así avanzó hacia él. Era evidente que estaba preocupado, su aspecto desaliñado hablaba por sí solo. Reprimió todas sus emociones y se centró en lo que había venido a hacer.

—No te levantes. —Aún se sintió un poco temblorosa y, por el calor que desprendían sus mejillas, tenía la certeza de que se había ruborizado. Se aclaró la garganta y se dirigió a la cama, donde descansaba Elsie—. Hola, preciosa. ¿Cómo te encuentras?

—¡Jules, has venido!

La voz de la niña era apenas un susurro y a ella se le partió el corazón. Era tan pequeña e inocente.

—Me duele aquí. —La niña señaló un punto concreto de la garganta.

—Lo siento mucho, tesoro. —Inclinó la cabeza y le dio un beso en la frente. Quedó patente que la niña tenía fiebre. Pudo sentir la presencia de Matt a su espalda e intentó ignorarla, pero fue en vano.

—Por petición de Elsie, iba a llamarte ahora.

Jules no dijo nada, ni siquiera se giró para mirarlo. Pero Matt sabía que no tenía derecho a reprocharle que estuviera reconstruyendo un nuevo muro de defensa. Tampoco podía fingir lo que había ocurrido.

Sintió una sacudida. Jules había llenado sus sueños de un efusivo erotismo. Había colmado sus noches y removido su culpa por desear a la mejor amiga de Sarah.

Se preguntó en qué momento había ocurrido eso.

Y la respuesta lo dejó frío. De algún modo, que no llegaba a comprender, siempre se había sentido atraído por Jules. Sin embargo, por respeto a su matrimonio nunca había dado pie a ese frugal sentimiento.

Y así habría seguido, de haber vivido Sarah.

Pero ahora todo había cambiado, y no tenía ni idea de cómo hacer frente a la tensa

situación. Había tenido tiempo para pensar en la última conversación que había mantenido con Jules. Y no podía ignorar la verdad. Él había intentado llenar todos esos vacíos con su trabajo y no se había percatado de que Sarah sufría en silencio.

La culpabilidad seguía ahí, tan destructiva como siempre.

—He llamado al médico, supongo que no tardará en llegar —dijo en un intento vano de alejar aquellos horribles pensamientos de su mente.

Se preguntó si debía insistir, pero prefirió no tensar la situación. Jules estaba allí; y eso era lo que importaba, por el momento.

—Has hecho bien en llamar al médico —dijo ella, pasando la mano por la mejilla de la pequeña—. Pronto estarás bien y podremos ir a patinar.

—¿Juntas? —Los ojos de Elsie, vidriosos por la fiebre, apenas relampaguearon.

—Le diremos a Harper que nos acompañe. ¿Te gusta la idea?

La niña asintió, pero no con la efusividad de otras veces.

—Pero antes tienes que arreglar mi vestido de patinaje.

—Cierto —comentó Jules—. Lo haré.

—¿Ves, papá? Jules lo va a hacer.

—Ya lo veo, princesa —dijo Matt.

Sería una estupidez negarse a cuidar de los niños. Matt y ella eran dos personas adultas que sabrían convivir unos días, por el bien de Wesley y Elsie.

—Me duele.

—Lo sé, cielo —dijo Jules en un tono sereno—. Se te pasará pronto, te lo prometo.

Jules se incorporó y vaciló unos segundos. Inspiró todo el aire que sus pulmones podían soportar y, seguidamente, lo soltó de golpe:

—De acuerdo, yo llevaré a Wesley al colegio. Y, después, volveré. —Luchó por calmarse—. ¿Te parece bien?

Matt la miró directamente a los ojos y no le gustó lo que vio, pero estaba claro que se lo merecía.

Carraspeó y bajó la cabeza un segundo para recomponerse.

—Sí, de acuerdo.

Jules se giró de nuevo hacia Elsie.

—Enseguida vuelvo, preciosa. Antes de que te des cuenta, estaré aquí.

La niña se limitó a cerrar los ojos, vencida por la fiebre. Notó la mirada de Matt clavada en su espalda y durante una fracción de segundo se sintió tentada de echar a correr. Menos segura de lo que le gustaría, puso camino hacia la puerta y, solo cuando Matt la llamó, se dio la vuelta.

Jules tuvo la impresión de que sus ojos grises la atravesaban como si examinara su alma.

—¿Vas a quedarte?

—¿Quieres que me quede?

La respuesta fue un destello de dolor en los ojos de Jules que lo hizo sentirse como un gusano.

—Por favor...

—De hacerlo, lo haré por los niños —contestó con voz helada—. No eres muy hospitalario que digamos.

Se lo tenía bien merecido, así que, se pasó la mano por el pelo y suspiró. No era dueño de la situación. El cansancio y la dura convalecencia de los últimos días le habían hecho

replantearse seriamente la realidad.

La necesitaba si quería sobrevivir.

El hombre planea y Dios se ríe, solía decir su madre, y no le faltaba razón.

—Bien. Agradecería cualquier tipo de ayuda por tu parte.

Jules no respondió; la mirada lánguida de Matt era un fiel reflejo de su situación.

—Voy a llevar a Wesley al colegio.

—De acuerdo. Gracias.

Ella no comentó nada más. Se limitó a abrir la puerta y escapar.

Jules, apoyada en la puerta, se mordió el labio inferior, respiró profundamente y aguardó varios segundos para recuperar el control sobre sí misma.

Ya no había vuelta atrás.

CAPÍTULO 12

Había anochecido y estaba más cansada que otros días, pero eso era comprensible, ya que había salido una vez más de su zona de confort; había hecho frente a un niño que no quería ir al colegio y a su hermana enferma. Y también a un hombre preocupado y resignado por los nuevos acontecimientos. Su mano se cerró involuntariamente alrededor del mango de la cuchara que sostenía entre los dedos. Había un extraño silencio en la casa, un silencio que la envolvía y la hacía preguntarse si estaba haciendo lo correcto; después de todo, en esta ocasión tampoco había sido invitada. Aunque estaba acostumbrada a esa quietud por vivir sola, no era normal en esa casa donde convivían dos niños. Dejó la cuchara sobre un plato y se esforzó por volver al presente. El olor de la salsa que estaba cocinando la hizo olvidar por un momento el resentimiento hacia sí misma.

Se había pasado buena parte de la tarde limpiando y organizando. Había puesto varias lavadoras y llevado las prendas húmedas a la secadora. Luego había doblado la ropa y la había distribuido por las habitaciones. Y, por último, había arreglado el traje de patinaje de Elsie. Suspiró al recordar sus idas y venidas, mientras Matt esperaba pacientemente al médico. No se había separado de la niña ni un solo segundo y a esa hora de la tarde aún seguía a su lado, leyéndole cuentos e inventándose historias de reinos fantásticos.

A una hora de la tarde, en sus paseos entre estancias y con algunas prendas aún entre las manos, descubrió una de las imágenes más enternecedoras que había visto en su vida. A través de la puerta entreabierta de la habitación vio a Matt y Elsie plácidamente dormidos. Era evidente que el medicamento le estaba haciendo efecto a la pequeña. Se había sentido como una intrusa, pero ya era tarde para lamentaciones. Había tomado una decisión y debía ser consecuente con ella. No podía abandonarlos de nuevo a su suerte.

No, no lo iba a hacer.

A Elsie le había bajado la fiebre y eso era una buena noticia, pero seguía alicaída y apenas tenía apetito. El médico le había recetado antibióticos y había aconsejado a Matt que la niña bebiera agua en abundancia, se alimentara de una dieta blanda y descansara todo lo que pudiese.

Matt se había limitado a asentir con la cabeza. Al final del día seguía al pie de la letra las indicaciones que le había dado el pediatra.

Retiró la olla del fuego y la dejó enfriar sobre una tabla de madera, mientras revolvía y sazonaba la salsa para las albóndigas. Le gustaba cocinar, mantener las manos ocupadas, mientras los pensamientos se arremolinaban en su cabeza.

Había llamado a Harper y le había pedido que se hiciera cargo de la librería unos días. Se relajó cuando ella le dijo que no había problema alguno, que encantada tomaría el timón del negocio hasta que ella regresara.

Por enésima vez en las últimas semanas, se preguntó cuántos secretos guardaba Harper. Cuando le preguntaba por su vida personal se mostraba esquiva y cambiaba de tema. Le resultaba curioso y, al tiempo, un tanto extraño que una mujer tan atractiva y vivaracha quisiera

pasar inadvertida.

Sin embargo, a causa de los últimos acontecimientos, se había convertido en algo más que su empleada, ya la consideraba una amiga.

Y eso era un regalo de la vida.

—Huele de maravilla, ¿puedo ayudarte en algo?

Jules dio un pequeño respingo ante la irrupción de Matt. La cuchara que sostenía en ese momento en la mano cayó al suelo creando un estrepitoso ruido.

—Lo siento. No quería asustarte —se disculpó.

Al ver que él iba a hincar una rodilla en el suelo con la única intención de solventar aquel estropicio, ella le detuvo con la mano.

—No, no es necesario —dijo, antes de que él pudiera hacer algún movimiento que lo lastimase. Ella fue la que se agachó y recogió la cuchara. Con ayuda de un trozo de papel de cocina limpió la salsa que había salpicado las losetas de cerámica. Se incorporó y fue derecha al fregadero. Una vez allí, abrió el grifo.

—No soy un inválido, Jules.

—En eso estamos de acuerdo. —Se relajó un poco y dejó correr el agua sobre la cuchara hasta que quedó limpia. A continuación, la secó con ayuda de un paño.

Matt aún tenía los músculos de la pierna muy agarrotados y, en más ocasiones de las que le gustaría, sufría espasmos que lo paralizaban y le quitaban el aliento. Pero su rehabilitador era optimista y le aconsejaba paciencia y voluntad.

—Te agradezco todo lo que estás haciendo, Jules —dijo centrándose en el momento.

Ella, sintiéndose culpable, suspiró por encontrar allí la paz que tanto anhelaba. Se giró y volvió a los fogones.

—Ya sabes que los niños son importantes para mí.

Matt lo sabía. Estaba y estaría eternamente agradecido por ello. Lo que estuviera cocinando Jules empezaba a perfumar la cocina y el resto de la casa. La idea de degustar comida casera hizo que su estómago gruñera de puro placer.

—Lo sé, razón por la que estaré en deuda siempre contigo.

Jules hizo acopio de valentía y lo miró a los ojos.

—Hago todo esto de forma desinteresada, Matt. No me debes nada.

Pero él tuvo que admitir que eso no era cierto. Le debía a Jules mucho más que agradecimiento.

—Te debo una disculpa...

Jules se volvió para observar a Matt con una mirada interrogante.

—Por nuestra última conversación —aclaró.

Con un ligero suspiro, apagó el fuego, retiró la sartén donde hervía la salsa para las albóndigas y fue a destapar la olla.

—Me mudé a tu casa, sin tu permiso. Eso puede llevar a cualquiera a confusión.

—Que te mudases a mi casa me pareció bien. Lo que lamento es lo que ocurrió después, y no sabes hasta qué punto. Quiero que quede claro que eres bienvenida a nuestra casa cuando quieras; no necesitas invitación alguna.

Jules experimentó cierto asombro al escuchar esas palabras. Después de todo, tanto Matt como ella eran culpables de la situación actual. No debía achacarle a él toda la responsabilidad.

—Yo tampoco estuve muy acertada que digamos. Siento lo que dije sobre Sarah. —Se humedeció los labios y mantuvo las manos ocupadas con la tapa de la olla—. Estaba presionada

por el momento, y no medí mis palabras ni los daños colaterales.

Matt se sentó en una silla y la miró. Jules encajaba perfectamente en aquella cocina y en la casa en sí. Ese pensamiento le hizo removerse inquieto en su asiento.

Podía admitir lo que sentía por ella, pero solo ante sí mismo.

—Lo siento.

—Y yo. Debo reconocer que eres un gran padre.

Fue fácil advertir el destello de orgullo que desprendían los ojos de él.

—Gracias. —Sus labios se arquearon hacia arriba, pero en ningún momento asomó una sonrisa—. Aunque, si te soy sincero, me sigo preocupando por lo que Sarah pensaba sobre mí. No quiero imaginarme de lo que hablabais.

La mirada de alarma desapareció tal y como vino.

—Mejor que no lo sepas.

—Mejor... sí. —Torció la boca en una mueca agria—. Bueno, ¿arreglado?

Ella le miró fijamente a los ojos y ya no pudo apartar la mirada.

—Arreglado.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué tal una tregua?

Jules le mantuvo la mirada durante unos segundos. Se dijo que tenía que tranquilizar su propio corazón, al tiempo que se preguntaba qué diría Sarah al verla allí, en su hogar, cocinando para su familia.

Sarah ya no volvería, esa era la realidad.

—Una tregua estaría bien. —Se giró y abrió la puerta de un armario—. ¿Te apetece un poco de caldo de verduras y pollo?

—Sí, estaría bien. Gracias.

Durante los siguientes minutos Matt la observó: Jules se desenvolvía de maravilla en la cocina, adoraba a sus hijos y siempre estaba dispuesta a ayudar, eso le dio qué pensar. Respiró hondo y encogió un poco los hombros.

—¿Elsie sigue en la cama?

—Se ha quedado dormida, los antibióticos han surtido efecto —respondió Matt.

—¿Y Wes?

—Haciendo los deberes o, al menos, eso es lo que me ha dicho.

Jules ladeó la cabeza y sonrió.

—¿Le has creído?

—He decidido creerle, sí. Espero que cuando suba no tenga entre sus manos el mando de la PlayStation. —La vio sonreír y la cocina pareció iluminarse. Se ayudó de un cazo para servir el caldo en una taza—. Me ha comentado que has hablado con él.

—No quería ser entrometida...

—No lo has sido —atajó Matt—. Le he visto más tranquilo; lo cual te agradezco. Yo lo he intentado, pero solo he conseguido evasivas.

Jules se sintió un poco turbada, pero tampoco se dejó impresionar por las palabras de Matt.

—Ojalá logre encajar toda esa rabia y... — Se interrumpió, recordando de repente la conversación con Wes. Dejó la taza sobre la encimera y tomó otra para repetir la misma operación. No terminó la frase.

—Sí, ojalá...

Ella se sobresaltó porque sabía que Matt quería que terminase la frase.

«Ojalá pudiera dejar de pensar en su madre y ser feliz».

Nada más percatarse de ese pensamiento, se sintió aterida y culpable. Respiró hondo en un anhelo de crear un velo de olvido entre la realidad y el pasado.

—Es un buen chico.

Matt estuvo de acuerdo.

—Sí que lo es. Aunque, a veces, tengo la impresión de que le estoy perdiendo.

Jules dejó frente a Matt una taza humeante.

El aroma intenso de las verduras, las hierbas aromáticas y el pollo llegó hasta él.

—Huele de maravilla. Gracias.

—Pruébalo, y luego me das las gracias —dijo Jules, con una débil sonrisa—. Wes solo busca su propio camino, y para encontrarlo ya sabes lo que dicen, que hay que perderse varias veces.

—¿Hablas por experiencia propia?

—Pues sí.

Jules abrió el cajón de los cubiertos y agarró dos cucharillas. Dejó una al lado de la taza de Matt.

—Y ¿te has encontrado?

—Sigo dando algún tumbó que otro, pero creo que sí.

Él introdujo la cuchara en la taza y revolvió el caldo, sin prisa.

—Entiendo que eres feliz.

—Más que feliz, he aprendido a vivir conmigo misma y mis miedos; que no es poco.

Matt tomó un sorbo del líquido aromático y sabroso, sin dejar de observarla por el borde curvo de la taza.

—¿Miedos?

—Todos tenemos que luchar contra nuestros medos, Matt Killmer —aseveró ella.

Él dejó la taza sobre la mesa y sonrió.

—Es cierto.

—Pero no esperes que te los enumere.

—De acuerdo —claudicó él—, tenía que intentarlo.

Su coleta se balanceó en el aire cuando rio. Aquel sonido fue como una suave melodía que irrumpió en una casa abandonada por la alegría. La contempló durante un instante, tratando de comprender los caprichos y enredos del destino. Sintió una ligera punzada al pensar en ello, formada a partes iguales por el malestar y la culpa.

—Cuando he entrado, me dio la impresión de que estabas preocupada por algo...

Jules hundió la cuchara en el caldo. Se dijo que era una suerte tener un amigo con quien hablar y poder intercambiar confidencias. Decidió ser sincera. Serlo era la clave para que una relación de amistad funcionase:

—Pensaba en Harper.

Matt dejó la cuchara a medio camino de la boca.

—¿En Harper? —preguntó preocupado—, ¿qué ocurre con ella?

—Es reservada.

Matt se llevó la cuchara a la boca y saboreó el succulento caldo.

—Está delicioso.

—Me alegro —fue la respuesta de ella—, hay una olla repleta. Así que espero que tengáis mucho apetito.

—De acuerdo. Tengo que preguntarlo —dijo sonriéndole a Jules—, ¿por qué la contrataste?

Ella no tuvo que pensar demasiado la respuesta:

—Me inspiró confianza nada más verla y, he de reconocer que, hasta ahora, mi instinto no ha fallado. Es fantástica.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

Jules se giró un segundo, el tiempo suficiente para perderse en el frondoso bosque que se veía través de la ventana. El lago estaba allí, a escasos metros, y se prometió a sí misma que antes de irse metería los pies en el agua y dejaría que el viento se entretuviera con su pelo y su ropa.

—Jules...

Ella se dio la vuelta y se encontró con aquel amor prohibido que tantas horas de sueño le robaba. Se obligó a sonreír y, acto seguido, a responder:

—Que sea tan inexpresiva respecto a ella y sus sentimientos.

—Tú nunca has sido una cotilla, Jules.

«Tiene razón», pensó.

Y como si supiese que había dado en la diana, su sonrisa se amplió.

Matt sonrió también, y su corazón bombeó con más fuerza.

—Es cierto, no soy de las que meten las narices en la vida de nadie.

—La has contratado por instinto y eso está bien.

—Ah, ¿sí?

—Por supuesto, a mí el instinto me ha salvado muchas veces de una muerte segura.

La sonrisa de ella se esfumó como por arte de magia.

Matt apretó los dientes y maldijo en silencio.

—Lo siento, no debí decir eso.

—No importa. Al fin y al cabo, no vas a darme detalles.

—No, ya sabes que no puedo. Ni siquiera sé por qué lo he dicho. —Matt se levantó y fue hasta el lavavajillas. Metió la taza dentro y, seguidamente, se limpió las manos con un trozo de papel absorbente—. Déjame decirte algo: cuando Harper esté preparada hablará contigo. Mientras tanto solo tienes que estar ahí y ser su amiga.

Por alguna razón, Jules pensó que hablaba más de sí mismo que de Harper.

Una mirada al reloj de la pared de la cocina le indicó que eran más de las siete.

—Tengo que ir a ver a los niños. Es tarde y querrán cenar.

—Sí, por supuesto. Matt...

Él la miró interrogante.

—¿Sí?

—Si te parece bien, me gustaría dormir esta noche en la habitación de Elsie.

Matt la observó un segundo. Tenía los ojos muy abiertos y suplicantes. Lucía una expresión inocente y parecía tan perdida como él.

—Por mí no hay problema. Pero, Jules...

—Dime.

—No quiero que, por nuestra culpa, tu vida personal o la librería se resientan —dijo Matt sin apartar la mirada de ella.

Jules tragó saliva.

—Harper se ocupará de la librería.

A él le habría gustado preguntarle si salía con alguien, pero se abstuvo de hacerlo en el último segundo. La vida privada de Jules no era asunto suyo.

Matt se dirigió a la puerta, pero se detuvo antes de traspasarla.

—Me ha gustado tener esta conversación contigo, Jules.

No esperó respuesta alguna.

Ella miró el vacío que había dejado Matt. Apoyó las manos en la encimera y cerró los ojos. Pensó en la carta de Sarah y el corazón se le hizo un puño.

—Si crees que desde ahí arriba puedes manejar nuestras vidas es que estás muy equivocada —susurró.

CAPÍTULO 13

Era muy tarde, la casa estaba envuelta en un absoluto silencio, solo roto por los ruidos nocturnos del bosque. A su lado, Elsie yacía cómodamente dormida. Su respiración era acompasada y hacía pequeños ruiditos con la garganta, que de vez en cuando se volvían algo más intensos. Pero nada fuera de lo normal. Posó la mano en la frente de la niña y la sintió templada.

Jules se alegró de que la fiebre hubiera cedido. Se movió en la estrecha cama con cuidado de no destapar a Elsie. Y con la mirada perdida en la oscuridad de la habitación, su mente voló a la conversación que había mantenido con Matt en la cocina. Esbozó una sonrisa y se alegró de que hubiera sido pacífica y ninguno de los dos se hubiera echado nada en cara.

Algo era algo.

Eso ya era un comienzo.

Tal vez fuera por estar en aquella casa, quizá la oscuridad de la habitación o puede que la calma del momento. El caso fue Jules suspiró y cerró los ojos.

Dos horas más tarde se despertó sobresaltada. Elsie se movió inquieta sobre el colchón, sollozó, y seguidamente dio un grito grave y desesperado. Jules, nerviosa, se incorporó rápidamente y alargó el brazo, en busca del interruptor de la lámpara de mariposas que descansaba sobre la mesilla de noche.

La llamó, la zarandeo con cuidado, pero la niña no hizo ademán de despertarse. Tenía un gesto compungido y los dientes apretados, como si fuera presa de una pesadilla.

—Elsie, cielo. Vamos, despierta.

La niña ni siquiera abrió los ojos; Jules se levantó, puso los pies en el suelo y rodeó la cama. La tomó en brazos y Elsie se aferró con sus pequeñas piernas a su cintura. Le frotó con la palma de la mano la espalda, mientras le susurraba palabras de consuelo.

La pequeña comenzó a calmarse y sus músculos a ceder, amoldándose a su cuerpo.

—No pasa nada, estoy aquí. —Posó los labios en la frente de Elsie y se percató de que la fiebre había subido—. Vamos, princesa. Abre los ojos.

La niña emitió un pequeño gemido, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo, pero hizo lo que Jules le pidió. La despegó de su cuerpo lo suficiente para ver su rostro. Tenía las mejillas sonrosadas, los ojos empuñecidos y brillantes a causa de la fiebre.

—¿Estás bien?

—Me duele la garganta.

Se dirigió a la cama y, acto seguido, se la sentó en su regazo. Agradeció que la niña no ofreciera resistencia.

—Tienes que beber agua.

—No quiero. Me duele la garganta...

Jules resopló, aunque suavemente.

—Tienes que intentarlo, Elsie. La fiebre ha subido. —Suspiró y le sirvió un vaso de agua—. Por favor, bebe.

—Me duele la garganta —repitió la pequeña, sollozando.

Jules se limitó a abrazarla con fuerza.

—Cielo, tienes que beber agua. De no hacerlo, tendremos que llevarte al hospital.

La niña levantó rápidamente la cabeza y le dirigió una mirada de alarma.

—¿Me voy a morir?

—Oh, no, preciosa. Claro que no —respondió Jules.

—Entonces, ¿qué me pasa?

Jules le ofreció el vaso con agua.

—Lo que ocurre es que tu cuerpo está librando una batalla contra una bacteria mala.

La niña tomó el vaso con las dos manos y se lo llevó a los labios. Apenas dio dos sorbos, pero menos era nada.

—¿Cómo de mala?

—Lo bastante para que no deje de dolerte la garganta. Pero no debes preocuparte, tus glóbulos blancos están luchando hasta la extenuación para conseguir vencerla.

Los ojos de Elsie se abrieron de par en par y Jules no pudo evitar sonreír.

—Entonces, los glóbu... —se trabó con la palabra—, los glóbulos blancos son buenos.

—Son los mejores soldados del batallón.

—¡Como papá!

La sonrisa de Elsie, sin los paletos, resultó de lo más divertida.

—Sí, tan valientes como tu padre. —Jules alargó el brazo y alcanzó el frasco de cristal—. Es la hora de tomar el antibiótico.

—¿Para qué? Si ya tengo soldados en el cuerpo. —Se señaló la barriguita con el dedo índice y luego miró a Jules.

Jules contuvo la risa y añadió:

—Pero esos soldados necesitan ayuda.

—Porque la bacteria es muy mala —dedujo la niña.

—Eso es, preciosa. —Jules vertió una pequeña cantidad de jarabe en una cuchara—.

Abre la boca.

La niña arrugó el ceño y observó la cuchara sin demasiado aliciente.

—Sabe mal.

—Pero es necesario, Elsie.

—¿Ese jarabe tiene las armas que necesitan mis soldados?

Jules respiró hondo y se armó de paciencia.

—Algo así.

—No veo nada —dijo Elsie, estudiando con los ojos muy abiertos la cuchara con el jarabe.

—Eso no significa que no estén ahí —comentó Jules, dirigiendo a la niña una mirada de tranquilidad. Levantó la cuchara con la mano—. Vamos, Elsie. Tus soldados necesitan las armas ya mismo.

Elsie, poco convencida, abrió la boca. Tragó con dificultad y reprimió una náusea. Con gestos, exigió agua.

—No me gusta.

Jules no pudo más que sonreír al ver su carita de repulsión.

La niña bebió otro sorbo de agua y, luego, apoyó la cabeza en su hombro.

—Te quiero, Jules.

A ella le palpitó con fuerza el corazón. La sensación que experimentó fue tan dulce que,

emocionada, no pudo más que apretarla contra su cuerpo. Rozó su frente y la besó en el pelo.

—Yo también te quiero, princesa.

Elsie levantó la mirada y la observó unos segundos; se percató de que Jules sonreía de la misma forma que lo haría una madre. Y eso la entusiasmó, porque lo que más deseaba en la vida era tener una mamá.

Jules se preguntó qué iba a hacer con todo ese cariño que sentía por los hijos de Matt.

—Jules, prométeme que no te irás jamás.

Ella sintió como el pequeño corazón latía al mismo ritmo que el suyo.

—Cielo, yo...

Elsie no la dejó terminar la frase.

—Prométemelo, Jules.

Ella alzó la vista y se quedó mirando la extraña sombra de la lámpara que se proyectaba en el techo. Ese momento tan real y tan triste...

No podía prometer algo así.

No, no podía.

—Jules...

La niña la miró a los ojos y sintió que se le caía el alma a los pies.

—Es complicado, preciosa.

Elsie apretó su mano.

—¿A ti te gusta vivir con nosotros?

—Bueno...

La niña lo tomó como un sí.

—Pues ya está decidido.

—¿No crees que tu padre tendría que decir algo al respecto?

Una expresión de sorpresa cruzó la cara de la pequeña.

—Por eso no hay problema.

—¡Ah, ¿no?! —exclamó Jules, confundida.

—No, porque él te quiere mucho.

La revelación en sí la desconcertó e hizo que su corazón golpeará con fuerza dentro de su pecho.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó.

—Porque te mira con los mismos ojos que yo miro a Draco cuando vamos de visita a la perrera.

Jules no pudo reprimirse y soltó una carcajada. Apretujó a la niña contra su pecho y la abrazó.

—Eres un amor y de los grandes, ¿lo sabías?

—Sí, eso dice papá.

Jules la besó en el pelo y se quedó así hasta que sintió que el sueño vencía a Elsie. No la dejó en la cama; sino que se aferró más a ella.

Ninguna de las dos se percató de que la puerta de la habitación se cerraba en ese momento. Ni advirtieron al hombre que era engullido por las sombras.

Matt no sabía si sentía ganas de reír, de llorar o ambas cosas. Si alguna vez Jules los elegía como familia, él sería un hombre afortunado.

Respiró hondo y encajó la realidad. Era más que evidente que no había actuado en consecuencia y ahora lo lamentaba.

—De acuerdo. —Harper levantó las manos y, seguidamente, las dejó caer suavemente sobre la mesa—. ¿Cuánto hace que no sales con alguien?

Jules cerró los ojos y volvió a abrirlos. Miró a Harper y dejó escapar un suspiro.

—Demasiado tiempo.

—¿Recuerdas la cita?

—Sí. Fue con Ross Walker.

—¿Era guapo?

Jules dudó unos segundos.

—Se podría decir que sí.

—¿Sigue viviendo en Midway?

—Pues sí. ¿A qué viene este interrogatorio?

Harper ladeó la cabeza.

—Llámalo curiosidad femenina —respondió ella demasiado rápido—. ¿Vas a decirme a qué se dedica?

—Harper, Ross es pasado. Y, sí, es mecánico.

—¡Hmmm! Suena interesante.

El tono de voz hizo que Jules se pusiera en alerta.

—No vayas por ahí, por favor.

—De acuerdo. —Harper levantó las manos, a modo de rendición y luego las dejó caer—. Tengo otra pregunta para ti.

—No, ya está bien de preguntas —le advirtió con severidad.

Harper no se dio por vencida y sonrió maliciosamente.

—¿Fue un polvo de transición?

Jules abrió la boca y al segundo la cerró de golpe.

—No, claro que no. ¿Cómo puedes pensar algo así?

—Bueno, a veces necesitas enrollarte con un hombre para olvidar a otro.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza?

Harper soltó una risotada.

—No, claro que no. Pero como nunca me has hablado de él...

—Disculpa, tú y yo no hemos mantenido demasiadas conversaciones personales, ¿recuerdas?

—Eso es cierto —admitió Harper, pensativa.

Jules respiró profundamente, pero la tensión que tenía acumulada en los hombros no se disipó del todo.

—Ross es maravilloso, lo que ocurrió es que no congeniamos —se vio obligada a decir.

—Muy bien. Entonces, ¿qué pasó con él?

Los hombros de Jules volvieron a resentirse.

—Salimos a cenar, luego a tomar una copa y...

—Te acostaste con él —dijo Harper, interrumpiéndola.

Jules resopló.

—Algo así.

—¿Algo así?

—Sí. No voy a entrar en detalles, Harper. Ross es historia.

Harper estaba segura de que eso era cierto.

—Muy bien, dejaré el tema de Ross aparcado por el momento. —Hizo una pausa—. ¿Por qué no me hablas de Matt?

—No eres mi psicóloga, Harper.

—Eso es cierto, soy tu amiga. Y eso es mejor.

—¿Somos amigas?

—Ajá. Desde el instante que una le confiesa a otra que se ha acostado con un hombre se crea un vínculo muy especial y la amistad se afianza.

—¿En serio? ¿Desde cuándo ocurre eso?

—Las mujeres nos apoyamos desde los inicios de los tiempos —explicó resuelta—. Y si no, díselo a Teresa Cabarrús, amiga íntima de Josefina Bonaparte.

Jules sonrió. Harper era única, de eso no cabía duda alguna. Tenía siempre una energía desbordante que no sabía de dónde la sacaba. Con esa delgadez, casi extrema, y ese corte de pelo tan característico, parecía haber salido de alguna pasarela de moda.

Lo único que sabía de ella es que adoraba el café, la historia y leer biografías.

¿Cómo era posible conectar con una persona conociéndola tan poco?

«Intuición», pensó Jules.

Al menos eso había dicho Matt.

La cafetería de Angie estaba a rebosar a esa hora de la mañana. El aroma a beicon, tostadas y café recién hecho se propagaba por todo el establecimiento. Les rodeaba el murmullo de las conversaciones, el tintineo de las tazas contra los platos y alguna que otra carcajada.

—Háblame de él —dijo Harper.

Jules meneó la cabeza, tomó la taza humeante de café entre las manos y bebió un sorbo.

—No hay mucho que decir.

—Yo creo que sí.

Jules claudicó.

—De acuerdo. Hablé con él y estuvo bien. Por primera vez, en estos últimos tres años, no ha habido ningún malentendido. Y hemos mantenido una conversación civilizada, eso es todo.

—Por el amor de Dios, Jules. Tengo la impresión de que acabas de leerme un telegrama —se quejó Harper.

—Es que no hay mucho más que contar.

Harper dejó escapar un sonido estrangulado.

—Vale. Has decidido ser parca en palabras y eso lo respeto. Pero, dime, ¿a dónde os lleva todo eso?

Jules no supo qué responder, dejó la taza sobre la mesa y miró a su ya amiga.

—Pues a ninguna parte; solo digo que quizás sea un avance en nuestra relación.

—¿Relación? —preguntó Harper con los ojos muy abiertos.

—Relación de amistad —especificó Jules, sin llegar a perder la compostura.

—¿Ahora se llama así?

—Entre Matt y yo no hay ni puede haber nada. —Alzó una mano para subrayar sus palabras.

—Muy bien, Jules. Si quieres engañarte, tú misma...

—¡No quiero engañarme ni engañar a nadie! —siseó Jules, bajando la mano y a punto de perder la paciencia—. Lo que ocurre es que me siento responsable.

Harper tomó una profunda bocanada de aire y se inclinó hacia la mesa.

—De acuerdo, voy a arriesgarme a preguntar: ¿de qué o de quién te sientes responsable? Jules divagó unos segundos. Tragó saliva y miró fijamente a Harper.

—De los niños, supongo.

—¿Sabes lo disparatado que suena eso? Wesley y Elsie tienen a su padre y a su abuela.

Harper tenía razón.

—Y, déjame decirte, antes de que cometas un error, que no se puede tener una relación íntima y seguir siendo amigos.

—No he dicho en ningún momento que quiera acostarme con Matt. Nos conocemos de toda la vida—. Tuvo que tomar aire para aliviar la tensión que se le acumulaba en el pecho—. No voy a permitir que dejemos de ser amigos.

—¿Así que crees que todo esto no va a terminar en sexo? —preguntó Harper despacio, como si estuviera intentando entenderlo.

—Claro que no. Valoro la amistad con Matt, más de lo que crees. —Sus niveles de estrés se encontraban en el punto más alto; así que suspiró para aliviar la tensión acumulada—. No cometeré el estúpido error de acostarme con él.

Harper miró a la mujer que tenía sentada enfrente. Sus ojos negros reflejaban un sentimiento que ella conocía muy bien.

Amor no correspondido.

—No te das cuenta, ¿verdad? —preguntó Harper.

—¿De qué? —quiso saber Jules.

—De que estás locamente enamorada de Matt.

Jules parpadeó, sorprendida. Se dejó caer en el respaldo de su silla, sin una gota de aliento. La culpabilidad que sintió en ese momento fue tan enorme que podría haberla devorado por completo. Su ritmo cardíaco, en vez de calmarse, se estaba acelerando.

—No estoy enamorada de él —mintió.

—¿Ves?, sigues haciéndolo.

—¿El qué? —preguntó Jules, molesta. Levantando esta vez la voz por encima del murmullo de la gente.

Ignorar sus sentimientos no estaba dando resultado.

—Tienes que ser sincera contigo misma, Jules.

—Está bien —claudicó—. ¿Tan evidente es?

Harper sonrió, tal y como lo haría una campeona de boxeo peso pluma en el cuadrilátero, con el brazo en alto.

—Bueno, a mí no me ha pasado desapercibido. Así que, supongo que, para el resto del mundo, tampoco —dijo Harper por encima del sordo rumor de las voces de los presentes. Bebió de su café, sin dejar de mirar a Jules—. Ahora que has sido sincera contigo misma, deberías serlo con él.

—No es tan fácil como parece.

Jules bajó la mirada, con las manos sobre los muslos, y suspiró. La culpabilidad se fue disipando poco a poco, como si fuera una vieja herida que sana con el tiempo.

—Es el marido de mi mejor amiga.

—Era el marido de tu mejor amiga —recalcó Harper—, Sarah está muerta.

Lo sabía. Pero aún dolía saber que no volvería a ver a Sarah. Levantó la cabeza y miró a través de los grandes escaparates de la cafetería. Observó cómo un coche maniobraba sobre el

asfalto y daba marcha atrás. De repente, se sintió mareada.

—Esa es la razón por la que nunca te has ido de Midway.

Jules reprimió la necesidad de huir. Miró a Harper y suspiró.

—Probablemente, aunque tampoco estoy segura. Crecí aquí y siempre he supuesto que este era mi lugar —comentó.

—No te lo estoy preguntando porque ya conozco la respuesta, Jules.

Miró atentamente a Harper. Tenía esa mirada misteriosa que ya empezaba a conocer.

—Vamos a cambiar de tema. Vamos a hablar de otra cosa, de lo que sea.

—¿De la librería? —sugirió Harper sonriendo.

—No, ya hemos hablado bastante del negocio. —La observó intrigada y tragó saliva antes de preguntar—: ¿Por qué nunca hablas de ti?

Harper se quedó en silencio varios segundos, que a Jules se le hicieron eternos.

—Porque no hay mucho que decir al respecto —contestó Harper finalmente—. Hoy por hoy, te aseguro que tu vida es más entretenida que la mía.

Jules se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en el borde de la mesa.

—Voy a hacerte una pregunta que igual puede resultar extraña.

—Dispara.

La respuesta en sí le venía como anillo al dedo.

—¿Estás huyendo de la Policía?

—No —confesó Harper, demasiado deprisa.

Jules no pareció relajarse con la contestación.

—Soy una buena ciudadana, Jules. Si es eso lo que te preocupa.

—No me malinterpretes, pero solo sé que tienes una hermana y ni siquiera sé cómo se llama. ¿Por qué tengo la impresión de que hay algo que no encaja?

«Porque no encaja», pensó Harper.

—Créeme, le doy esa impresión a mucha gente. —Miró a Jules y su sonrisa desapareció—. No te sientas tan mal, tienes todo el derecho a preguntar. Después de todo, eres mi jefa.

Jules suspiró.

—Acabas de decir hace un momento que éramos amigas.

—Sí...

—Puedes confiar en mí. Venga, Harper. Una amistad es un camino con doble dirección. —Hizo el gesto con el dedo índice—. Yo me confieso y tú haces lo mismo. Tal y como hacían Teresa Cabarrús y Josefina Bonaparte, ¿recuerdas?

Harper se quedó pensativa. Jules tenía razón, era poco comunicativa.

—Está bien. No estoy huyendo de la Policía, pero puedo decirte que no estoy aquí por casualidad —confesó Harper suavemente.

A Jules le sorprendió la respuesta.

—Bien. Algo es algo, reconozco que es un comienzo. ¿Puedo ayudarte?

Harper apretó los labios y miró de forma directa a Jules.

—Probablemente sí.

—Bien, tú dirás, ¿qué necesitas?

—Un pase para ver uno de los entrenamientos de tu hermano.

Jules arqueó las cejas.

—¿Un pase? —preguntó extrañada.

—Sí, he intentado entrar, pero el acceso está restringido.

—Así es. Los entrenamientos son siempre a puerta cerrada. ¿Te interesa el *hockey*?

—No de la forma que crees.

Jules la observó.

—¿Tienes algún interés en mi hermano?

—Ninguno —respondió convencida.

—Me lo suponía —esbozó una sonrisa—, pero he de decirte que tu respuesta ha suscitado aún más mi curiosidad.

Harper alzó los ojos al techo y suspiró.

—Aún no puedo hablar de ello, pero te prometo que en cuanto esté segura serás la primera persona en saberlo.

—¿Segura de qué?

Por el gesto de Harper, Jules supuso que había dado por zanjada la conversación. Bajó la mirada a la taza de café y sopesó la petición de su amiga.

—Bien. Hablaré con él —dijo levantando la cabeza—, pero no te prometo nada.

—Te lo agradezco, Jules.

—No me lo agradezcas todavía. Convencer a Dave va a ser toda una odisea. —Alcanzó su bolso y se dispuso a sacar la cartera.

Harper se le adelantó.

—Déjame a mí.

—No creo que...

—Sí, después de todo, esto no ha sido una reunión de trabajo, ¿no? —Harper dejó en la mesa un billete de veinte dólares—. Ha sido una quedada de amigas.

Jules sonrió.

—No puedo estar más de acuerdo. —Devolvió su cartera al bolso y su sonrisa se volatilizó en el acto al preguntarse por enésima vez quién era realmente Harper Foster.

CAPÍTULO 14

Los siguientes días fueron algunos de los más difíciles para Jules. A la orilla del lago, se preguntó si estaba haciendo lo correcto. Le gustaba su vida sencilla y sin demasiadas complicaciones. Estaba concentrada en la librería, amigos y clientes fieles, tanto en Midway como en otros condados donde vendía a través de su página web. No ganaba demasiado, pero sí lo bastante para que le sobrase algo y darse algún capricho de vez en cuando.

Todo era casi perfecto.

Miró al frente, allí donde la línea del horizonte se unía con el lago. Metió las manos en los bolsillos del abrigo e inspiró profundamente. Respiró el aire frío y embalsado del lago, que parecía mezclarse con el murmullo constante de los peces boqueando en la superficie y el vuelo rasante de una bandada de patos que desapareció en ese momento, dejando las hermosas aguas vacías y rasas a la luz del atardecer.

Dave había regresado y a ella ya no le quedaba nada más que hacer allí. A partir de ese momento, su hermano y Matt se encargarían de todo. Y eso debía alegrarla.

Aunque tuviera que romper una promesa.

Agarró con fuerza el móvil, que estaba en el bolsillo derecho del abrigo. No había podido borrar los mensajes de voz de Sarah, ni sus wasaps. Había leído tantas veces el último que sintió una opresión en el pecho al recordarlo:

*«No olvides nuestra conversación.
Te quiero».*

Se recordó a sí misma que esa tarde el tema a colación había sido sobre Matt y los niños. Sarah le dijo que tanto Wesley como Elsie la adoraban. Y que Matt y Vilma la tenían en gran estima, que era una Killmer más.

En aquel instante, Jules se sintió complacida por los cumplidos y también algo más aliviada porque Sarah parecía encontrarse mejor.

Pero nada más lejos de la realidad.

Jules le había creído porque estaba deseando hacerlo. Se habían abrazado y reído hasta la extenuación. En un momento de la tarde sintió deseos de ir al aseo. Sarah se quedó sola y Jules casi podía jurar sobre una Biblia que fue en ese mismo instante cuando su amiga escondió la carta en el cajón de su mesilla de noche.

A partir de ahí, todo fue una hilera de desencadenantes pésimos, aprehensión y dolor, que aún estaba superando.

Porque era imposible perder a alguien y no sentir dolor. Ahora solo le quedaba aprender a vivir con ese agujero vacío, que parecía no llenarse con nada ni con nadie.

Debía aceptar la pérdida, permitir que Sarah se fuera para siempre y afrontar que nunca más volvería, que no habría más abrazos ni risas ni confidencias.

Enderezó los hombros y soltó el móvil como si quemara.

¿A qué le temía? ¿Qué necesitaba realmente para continuar? Esas eran preguntas que Jules iba respondiendo a medida que iba construyendo su vida sin Sarah.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos, pero no se permitió derramar una sola.

Tragó saliva y dirigió la vista al cielo.

—Adiós, Sarah. Allí donde estés, espero que seas más feliz que aquí.

La invadió un escalofrío que le recorrió la espalda.

Llorando no se conseguía nada.

La vida seguía, sin detenerse por nada o por nadie.

Rechazó los malos recuerdos y miró en dirección al lago. Escuchó en la cercanía los remos de una barca chapotear en el agua y luego su nombre.

Sacó la mano del bolsillo y la colocó, a modo de visera, entrecerrando los ojos.

Al ver a Ross, el corazón le golpeó contra las costillas. Levantó la mano en alto y lo saludó. Recordó que él tenía también una casa cerca del lago, aunque no sabía exactamente dónde.

Hacía unos días que había mencionado su nombre, en compañía de Harper. No creía en las casualidades. Así que apartó el absurdo pensamiento que empezó a arraigarse en su mente.

Ross remó en su dirección con esa bonita sonrisa tan característica en él.

—¡Jules Suvári, eres cara de ver! —exclamó desde la barca, al tiempo que alargaba la mano y se agarraba a la pasarela de madera.

Ella se acercó, sintiéndose culpable por no haber vuelto a contactar después de aquella noche. Él lo había hecho, pero Jules siempre le había dado evasivas.

Las aguas profundas y oscuras del lago se agitaron bajo el movimiento de la barca, dejando a su paso pequeñas ondas que lamieron la vieja y desgastada madera.

—Hola, Ross. Me alegro de verte.

—Me ha sorprendido encontrarte por aquí. ¿Sueles venir a pasear por el lago?

Jules decidió ser sincera:

—La verdad es que no.

Jules pudo ver cómo el entrecejo de Ross se arrugaba.

—He venido a ayudar a Matt con los niños. —Señaló la casa.

Él le lanzó una mirada que Jules no supo descifrar.

Ross era de piel morena y seguía manteniendo su atractivo de antaño; tenía esa expresión amigable que a ella le llamó la atención en el pasado. Estaba vestido con pantalones de montaña largos, camisa y anorak resistentes al frío. Llevaba una gorra con el nombre del equipo de *hockey* que entrenaba Dave.

—Resultó herido en su última misión —sintió la necesidad de aclarar.

—Sí, algo he oído. —Ross se quitó la gorra y se la volvió a poner—. ¿Qué tal está la señora Killmer?

Jules supo que se estaba refiriendo a Vilma, la madre de Matt.

—Recuperándose con su hermana en Savannah.

Ross asintió, como si esto tuviera algún sentido para él. El viento formó pequeñas olas que hicieron moverse la barca en un vaivén continuo.

—He querido llamarte muchas veces.

El corazón comenzó a latirle más deprisa al pensar que había obviado sus llamadas.

—Siento no haber respondido a tus mensajes.

—No importa, Jules. Los dos sabíamos que lo nuestro no tenía futuro.

—Ross...

Él chasqueó la lengua, más disgustado de lo que pretendía.

—Tu corazón siempre ha estado ocupado.

Jules no supo cómo interpretar eso. La tensión del momento tampoco ayudaba.

—Lo siento. Pero después de lo de Sarah ha sido todo muy complicado.

—Bueno, eso no lo voy a negar. Fue una desgracia —dijo él con tono lastimero—, pero nuestra cita fue antes de su muerte.

Al pensar en sus palabras se le hizo un nudo en el estómago y se le secó la garganta. Desvió la mirada al lago donde el sol se preparaba para ocultarse por el horizonte, pero todavía no se había puesto.

—Tienes razón. Discúlpame, por favor.

Él vaciló un instante.

—Disculpas aceptadas.

—Gracias, Ross.

Le dedicó una sonrisa familiar y espontánea.

Jules era preciosa, en cuerpo y alma, pero ella parecía no percatarse de ello. Llevaba el pelo suelto y el viento se había encaprichado por él. Por absurdo que sonara, sintió celos de esas ráfagas de aire que jugaban con sus mechones. Estudió su rostro y comprendió que estar en el lago no era un simple capricho. Sus ojos denotaban tristeza, el brillo que había en ellos hablaba por sí solo.

Decir que se había disgustado cuando ella no respondió a sus llamadas, era decir poco. Sin embargo, el tiempo hizo lo que mejor sabía hacer: recolocar las cosas en su sitio.

—¿Te apetece dar un paseo en barca?

Sabiendo exactamente qué le estaba preguntando, Jules sonrió de forma tenue y respondió:

—Quizás en otro momento, Ross.

—Pues claro. Las decisiones importantes hay que tomarlas con calma —ironizó.

Jules bajó la mirada con gesto de culpabilidad.

En ese instante le sonó el móvil. Jules metió la mano en el bolsillo y lo sacó.

—Debo contestar, discúlpame.

—Por supuesto. —Ross empujó la pasarela de madera y la barca tomó distancia—. Me he alegrado de verte, Jules.

—Lo mismo digo, Ross.

Jules miró la pantalla y leyó el nombre de su hermano.

—Hola, Dave —dijo, respondiendo a la llamada.

—Jules, estoy en casa de Matt.

Ella se giró y observó la casa. Matt y Dave estaban allí, frente al lago.

—Enseguida voy.

—¿Quién es? —preguntó Matt.

Dave devolvió, con aire distraído, su móvil al bolsillo de su anorak.

—Creo que era Ross Walker.

—Ross Walker... —murmuró Matt.

—Según tengo entendido estuvieron saliendo, al menos eso me dijo Jules en una ocasión. Pero lo cierto es que no ha vuelto a comentar nada de él.

Las risas de los niños se propagaron dentro de la casa cuando Dave entró. Matt vio cómo Jules caminaba hacia él con las manos embutidas en los bolsillos y la mirada clavada en el suelo, sumida en sus pensamientos. Cuando levantó la cabeza, el viento agitó su cabellera y él dejó de respirar.

El cielo empezaba a oscurecerse y pasaba del naranja intenso del atardecer al negro azulado. Se quedó allí, de pie, sin poder despegar los ojos de la figura femenina. Fue en ese instante cuando su expresión cambió y apretó los labios.

Y, entonces, lo comprendió.

No podía dejarla marchar.

—¡Jules!

Los niños exclamaron al unísono.

Jules se detuvo mientras caminaba hacia la puerta. Les sonrió y abrió los brazos para acogerlos.

Dave se fijó en cómo los ojos de Matt adquirieron un brillo peligroso. Sintió el impulso repentino de soltar una carcajada, pero se contuvo. Al parecer su amigo tenía serios problemas sentimentales. Y no tenía ni idea de cómo encajarlos.

La posibilidad de que su mejor amigo y su hermana terminasen juntos no era del todo descabellada. Todo quedaría en la familia y eso era maravilloso.

Palmeó con fuerza.

—Muy bien, ¿Quién quiere *pizza*?

Tanto Wesley como Elsie giraron la cabeza a la vez y abrieron la boca, sorprendidos. Gritaron entusiasmados ante la idea de cenar una cantidad extra de carbohidratos y calorías.

—Yo quiero —exclamó Wesley exaltado.

—¿Podemos, papá? —preguntó Elsie más precavida.

Matt poco podía hacer al respecto.

—Si Dave invita, no podemos negarnos.

—Muy gracioso —respondió con sorna el aludido.

Jules observó la escena. Se la había imaginado tantas veces siendo algo más que la amiga de Matt, que ya había perdido la cuenta. Pero lo que era imposible, no podía ser. No se movió del sitio e intentó no caer en el dramatismo.

—Yo no puedo quedarme, debo ir a hacer las maletas —comentó.

Las sonrisas y la alegría del momento se desvanecieron, como por arte de magia.

—¿Te vas? —preguntó Elsie compungida.

A Jules el corazón le dio un vuelco en el pecho.

—Dave ha vuelto y yo tengo que hacerme cargo de la librería. De lo contrario, Harper pensará que soy la peor jefa del año —contestó.

—Pero... me lo prometiste —dijo la pequeña, afligida.

Matt se frotó la nuca con gesto fatigado.

—Cielo, Jules tiene que trabajar. Debemos darle las gracias y estar felices de que nos haya estado ayudando estos días.

A la niña no le gustó en absoluto el comentario de su padre. Ella deseaba que Jules se quedase. Deseaba una madre más que cualquier cosa en la vida.

—No hay nada que agradecer, lo he hecho encantada.

No podía cambiar los hechos ni la despedida. Solo afrontarlos y afrontarse a sí misma. Por mucho que lo deseara, aquella no era su familia. No podía desear algo que nunca le pertenecería.

Las propuestas por parte de Elsie y Wesley llegaron casi a la vez.

—Puedes vivir aquí e ir a la librería todos los días —sugirió Wesley—, tu apartamento es muy pequeño y huele raro.

—¡Wesley! —le regañó Matt.

—Wes tiene razón —dijo Dave, mirándole—. El edificio es antiguo y huele a humedad.

Elsie asintió enérgicamente ante la propuesta de su hermano. Y sonrió a Dave.

—Pues ya está. Tío Dave siempre está muy ocupado y tu apartamento huele raro. Así que, te quedas aquí.

—Ey, un momento. Soy un hombre de palabra y casi nunca llego tarde —se defendió Dave.

—Siempre llegas tarde —dijo Elsie con un bonito y simpático mohín en los labios.

—Eso ha dolido, pequeñaja.

Todos los presentes rieron ante el desparpajo de Elsie.

Jules se acercó y tomó la cara de la pequeña entre las manos. Un sinfín de emociones se cruzaron en su mente y corazón.

—Vendré a menudo, te lo prometo. Y podrás llamarme todas las veces que quieras.

—¿De verdad, tienes que irte? —preguntó la niña, compungida.

—Sí, preciosa.

Elsie no se dio por vencida.

—Y, si vuelvo a tener fiebre, ¿quién me cuidará?

—Lo hará papá —Jules no se atrevió a mirar a Matt— y lo hará genial.

Wesley se adelantó y se detuvo delante de ella.

—Por favor, no te vayas.

Ella trató de sacar fuerzas de flaqueza.

—Wes...

—Podrías quedarte solo unos días más. Dave y yo podríamos echar un vistazo a la humedad que hay en tu apartamento.

Jules miró con extrañeza a Matt, él era quien había pronunciado esas palabras.

—¿Acabas de nombrarme tu ayudante? —preguntó Dave, arqueando ambas cejas.

—Algo así.

Matt tragó saliva, a sabiendas de que acababa de complicar la situación y no tenía ni idea de cómo salir de ella.

Dave comprendió de inmediato lo que pasaba y decidió echarle un cable a su amigo:

—Lo que intenta decir Matt es que me tiene que ayudar con el entrenamiento del equipo —dijo de repente, a medida que la historia iba tomando forma en su cabeza.

Jules los miró, sin entender nada.

Dave carraspeó.

—La pierna... —Hizo una pausa y mantuvo la mirada puesta sobre Matt, esperando que él le siguiera.

Matt se percató del propósito de Dave, así que cogió la idea inicial y decidió improvisar:
—El médico me ha indicado que sería bueno para la pierna comenzar a patinar y habíamos pensado...

Miró a Dave, carraspeó y se cruzó de brazos a la espera de que su amigo continuara.

La mente de Dave ejecutó la jugada, tal y como lo haría en la pista de hielo con el *stick* aferrado a sus dedos.

—Habíamos pensado que Matt sería de gran ayuda como segundo entrenador cuando yo tenga que ausentarme, al menos hasta que tenga que reincorporarse a su trabajo.

Jules miró primero a Dave y luego a Matt, sin comprender ni una sola palabra.

—¿Cuándo habéis tomado esa decisión?

Matt vaciló.

Pero Dave no.

—Esta misma tarde. Lo hemos estado hablando y creemos que es lo mejor para todos. —
Lanzó una mirada de reproche a su amigo.

Matt se maravilló de la habilidad de Dave para mentir.

—¿Lo mejor para todos? —preguntó Jules, sin comprender.

—Sí, Elsie y Wes pueden pasar más tiempo contigo, que es lo que más ansían. Tú disfrutarías de este bonito paisaje y de los niños después de cerrar la librería, y Matt me ayudará y ejercitará la pierna al mismo tiempo.

—¡Es un plan perfecto! —exclamó Elsie, levantando los brazos en señal de victoria.

—Yo voto que sí —dijo Wesley sonriendo.

Jules soltó el aire y se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento. Miró a Matt y le observó con atención. Al parecer, él estaba esperando su respuesta.

—¿Es buena idea? —preguntó.

—La mejor que hemos tenido en años —contestó Matt rápidamente.

CAPÍTULO 15

—Y ¿dices que te vas a quedar en casa de Matt?

—Solo un par de semanas, el tiempo necesario para que él se recupere del todo y pueda ayudar como segundo entrenador a Dave.

Harper dejó el libro que tenía entre las manos sobre el mostrador y miró a Jules, perpleja.

—¿Puedo saber cómo habéis llegado a ese tipo de acuerdo?

Jules llevó un montón de libros de una estantería a otra.

—Pues una cosa llevó a la otra y surgió.

—Y ¿surgió? —preguntó Harper, con ironía.

—Sí, no sé cómo explicarlo.

Se abrió paso entre la escalera y varias cajas que había en el suelo.

—Quizás es que no haya mucho que explicar —dijo Harper, mirándola con curiosidad.

Jules, ajena a los pensamientos de Harper, comenzó a clasificar los libros y a colocarlos en sus respectivas baldas.

—Además, van a echarme una mano con la humedad del apartamento.

—Una oferta de lo más interesante —dijo Harper con humor.

Jules dejó los libros que tenía entre manos para mirarla.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué? —preguntó Harper, haciéndose la inocente.

—¿Por qué has empleado ese tono?

Harper se hizo la desentendida.

—No he utilizado ningún tono en particular.

—Claro que sí —adujo Jules.

Harper iba a replicar, pero el carillón de viento que colgaba del techo de la librería le salvó de hacerlo. Miró hacia la puerta y observó al recién llegado. Era un hombre que tenía un atractivo muy particular. Alto, corpulento y con una expresión de lo más amigable. Al fin y al cabo, un tipo bonachón.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—La verdad es que vengo a ver a Jules.

Jules dejó lo que estaba haciendo y giró la cabeza.

—¡Ross!

Harper se sorprendió al escuchar el nombre.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Lo cierto es que podría decir que venía a comprar un libro, pero de hacerlo mentiría.

Jules sorteó la escalera y las cajas que estaban entre las estanterías.

—Bueno, lo importante es que estás aquí. ¿En qué puedo ayudarte?

Harper se giró sobre sus talones y sonrió para sí misma. Cualquier mujer, en su lugar, lo habría hecho. Después de haber escuchado a Jules hablar de Ross, se había imaginado al recién llegado algo más peligroso y menos atractivo. No un manojo de nervios.

—Te puedo asegurar que lo que estoy a punto de decirte sonaba mejor en mi cabeza hace unos minutos. Espero no hacer el ridículo.

Jules abrió la boca, intentando recordar la conversación en el lago.

—Tú dirás, Ross.

—¿Querrías cenar conmigo? —preguntó él suavemente.

Jules se asió las manos, algo insegura.

Ross carraspeó incómodo.

—Puedes negarte, por supuesto —empezó a decir—, lo que ocurre es que, el verte el otro día en el lago, me trajo buenos recuerdos.

—Pues verás, Ross...

El carillón de viento volvió a sonar sobre sus cabezas.

Jules levantó las cejas, sorprendida al ver aparecer a su hermano.

—Hola, Ross.

—Dave, ¿qué tal?

—Bastante bien, la verdad. ¿Cómo va el taller mecánico?

—No me puedo quejar. Los coches siguen averiándose.

A Dave se le escapó la risa.

—Eso es bueno, o al menos eso creo —dijo y, seguidamente, miró a su hermana—. ¿Podría hablar contigo un momento?

Jules observó a Ross y, acto seguido, a su hermano.

—Sí, claro. Dame un segundo.

—No quiero molestar. —Ross hizo un amago de sonrisa—. Puedo volver otro día...

—¡No! —Jules se reprendió por la fuerza de su respuesta. Le hubiera gustado sopesar los pros y los contras. Pensar detenidamente, pero tampoco deseaba hacerle un desaire a Ross—. Acepto.

La sonrisa de Ross se ensanchó hasta extremos insospechados.

—Estupendo, ¿mañana a las siete?

—Sí, está bien. —A Jules le tembló un poco la voz.

—Pasaré a buscarte. —Desanduvo un par de pasos antes de mirar a Dave y a la mujer que estaba a su lado—. ¡Hasta pronto!

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Dave a Harper.

Ella hizo una mueca con los labios.

—Una manera muy torpe de pedir una cita —explicó, esforzándose en no mostrarse insegura.

Dave no pudo estar más de acuerdo. Giró la cabeza y le gustó lo que vio.

Había algo en Harper que le atraía y le desagradaba al mismo tiempo.

—Tú y yo no hemos empezado con buen pie, ¿verdad?

—Eso parece.

Aquella respuesta le hizo sonreír. Normalmente las mujeres se abalanzaban sobre él, pero Harper parecía estar hecha de otra pasta.

Dave fue a decir algo, pero Jules le interrumpió:

—¿A qué debemos tu visita?

—Necesito hablar contigo —contestó—, pero he de confesar que esta escena tan...

—¿Tan...? —preguntó su hermana, interrumpiéndole, con los ojos muy abiertos.

Dave dejó caer los hombros.

—Déjalo estar. —Chasqueó la lengua y con el índice señaló el techo—. Matt me ha pedido que venga a ver las manchas de humedad del apartamento.

—Muy considerado de su parte.

—Yo también lo pienso.

—No tienes aspecto de pintor —dijo Harper, con socarronería.

Dave reconoció la pulla.

—No te imaginas lo que pueden hacer estas manos...

Jules intervino de inmediato, antes de que su hermano dijera algo que podría lamentar.

—Está bien, Dave, Vamos. —Le empujó suavemente—. Harper, ahora vuelvo. ¿Podrías hacerte cargo?

—Ya sabes que no hay problema —dijo, sin apartar la mirada de Dave.

Jules estaba a punto de seguir a su hermano, cuando Harper la tomó del brazo.

—¿Has hablado con él?

—Aún no.

—¡Jules! —le amonestó Harper.

—La verdad es que, dada la situación, prefiero pedírselo a Matt. Él es más... —buscó la palabra adecuada—, más permisivo.

Harper la miró con cautela.

—Hablaré con Matt esta noche, te lo prometo.

Harper le soltó el brazo y Jules siguió su camino. Dave esperaba con gesto impaciente. Pero no miraba a su hermana, tenía los ojos clavados en ella.

Lo único que pudo hacer Harper fue agarrarse al mostrador y tragar saliva.

Estaba claro que Dave Suvari desconfiaba.

No le culpaba por ello.

Empezaba a darse cuenta de que la lucha que se estaba librando en su interior no le daba tregua alguna. El tiempo y el dinero se esfumaban con una rapidez asombrosa.

Podría aguantar un par de semanas, poco más.

—No me falles, Jules —murmuró.

A Matt le gustaba aquel momento del día, cuando el sol se ocultaba en la línea del horizonte y la luz del atardecer y las finas capas de nubes, que iban pasando de un amarillo suave a un rojo encendido, se reflejaban perezosamente en el lago.

Se quedó allí sentado en silencio, con una copa de vino en la mano, tratando de lidiar con el sentimiento de impotencia que le crecía por dentro. Dave lo había llamado para comentarle que el problema de humedad del apartamento de Jules era más grave de lo que ambos habían sospechado en un principio. Y, a colación, le habló de Ross Walker.

Según Dave, Ross había invitado a Jules a cenar.

Una cita en toda regla.

—Vas con prisa, amigo —murmuró con amargura.

Escuchó las voces de Wesley y Elsie. Los niños estaban en la pasarela de madera, admirando las libélulas que sobrevolaban los juncos de la orilla del lago. Bebió un trago de vino y, a continuación, sonrió cuando Elsie lo saludó con la mano.

Ella sonrió y él repitió el gesto.

Le resultó curioso darse cuenta de que habían tenido que herirlo para que su vida se detuviese en el momento apropiado. En el momento exacto en el que sus hijos le necesitaban más que nunca.

No tenía todo lo que quería, pero sí todo lo que necesitaba.

Esa era la verdad.

Se escucharon más risas y ese sonido alimentó su alma. Wes estaba más centrado que nunca en el *hockey*, gracias a Dave, y daba la impresión de que había dejado de meterse en peleas. O al menos eso esperaba. Y Elsie, su princesa, soñaba despierta y era feliz junto a Jules.

«Jules».

Pensó que la vida, en más ocasiones de las que se creía, era dura, y en otras, demasiado intolerante.

El ruido de un motor rompió la paz del momento. Conocía bien el coche que se aproximaba, así que bebió otro trago de vino y esperó pacientemente a que Jules se uniera a él.

Llegó a la conclusión de que no tenía ningún derecho a reprocharle ni a exigirle nada.

Ella era libre de elegir.

Jules aparcó frente a la casa, salió y cerró la puerta del coche. Se arrebujó en su abrigo y, seguidamente, colocó el asa de su bolso sobre su hombro. Sonrió al ver a Wesley y Elsie tumbados en la pasarela de madera, con la mirada fija en los juncos. Sacó el móvil del bolsillo del abrigo e inmortalizó la escena.

Sería un bonito recuerdo en un futuro.

Advirtió que la luz estaba cambiando, a medida que un cúmulo de nubes se aproximaba. Sin embargo, había el sol suficiente para que su luz se derramase en el agua. Los tonos del ocaso y el lago, como un espejo de aquel inmenso cielo, eran el escenario ideal para una vida no tan perfecta. Por alguna extraña razón, que no llegaba a comprender, se sintió aliviada de estar allí. Caminó para ir al encuentro de los niños, pero la presencia de Matt en la parte posterior de la casa llamó su atención.

—Vaya, estás aquí.

Él levantó la copa a modo de saludo.

—¿Te apetece?

—Ya lo creo.

Echó un último vistazo a los niños y luego se dirigió hacia donde Matt estaba.

La casa tenía la fachada pintada de azul, desentonando con el blanco de los marcos de las ventanas y puertas, que a su vez contrastaban con el lago y su entorno. En la parte posterior descansaba un banco acolchado y una mesa.

Matt se echó a un lado y le dejó sitio en el banco. A continuación, llenó una copa vacía que estaba al lado de la suya.

Jules dejó el bolso a un lado y se sentó junto a Matt.

Era maravilloso formar parte de un ritual tan bonito y extraordinario.

Podría acostumbrarse a eso.

—¿Qué tal el día?

—Mejor de lo esperado.

A él, por alguna extraña razón, le dolió la respuesta en sí.

Jules bebió un sorbo, saboreando el vino.

—¡Está muy bueno!

—Eso espero, lo guardaba para una ocasión especial.

Ella se llevó la copa al pecho y sonrió.

—¿Qué ocasión es esa?

—El médico me ha dado el alta y ha sido optimista con respecto a mi pierna —dijo conteniendo su entusiasmo—. Sé que aún queda mucho por hacer, pero por algo se empieza.

—¡Madre mía, Matt! ¡Cuánto me alegro!

Se miraron fijamente, estudiándose. Jules había estado siempre ahí; en más ocasiones de las que él recordaba había pasado de puntillas por su vida. Pero, ahora, algo había cambiado y él esperaba que para mejor.

Dejó que su mirada vagase por su semblante. Era una absoluta belleza. Su pelo castaño, que le rozaba los hombros, enmarcaba su rostro de suaves curvas y piel aceitunada. Sus grandes ojos negros lo miraban con curiosidad entre sus largas pestañas, como si quisieran ver a través de él. En ese preciso momento, su bonita y respingona nariz, esa que le daba una personalidad única y exclusiva, se arrugó suavemente.

—Me alegro tanto por ti, Matt. Es una gran noticia.

Él no podía estar más de acuerdo.

—No podría haberlo conseguido sin ti. Hacemos un buen equipo.

Jules sintió un escalofrío como respuesta. Enderezó los hombros y cerró los dedos alrededor de la copa antes de llevársela a los labios.

—Tengo que pedirte un favor.

Matt la miró con curiosidad.

—Tú dirás.

—Bueno, lo que te voy a decir, puede que resulte un poco extraño, pero...

—Jules, no te andes por las ramas, di lo que tengas que decir.

—De acuerdo... —sopesó, pasándose la lengua por los dientes—, me preguntaba, ahora que vas a ser el segundo entrenador del equipo, si dejarías que Harper entrara a ver uno de los entrenamientos.

Matt la observó y guardó silencio. La vio removerse inquieta en el banco, bajo su intenso escrutinio.

—¿Se lo has preguntado a Dave?

—Ahhh... —Ella dudó unos segundos—. No.

Matt arqueó ambas cejas, sorprendido.

—Vaya...

Ella dejó caer los hombros, sintiéndose culpable por su petición.

—Oye, mira. Sé que es complicado y, seguramente, te estoy poniendo en un aprieto. Olvida lo que te he dicho. Harper lo entenderá, no creo que sea tan importante...

—Aún no lo entiendes, ¿verdad, Jules? —La sorpresa de su pregunta hizo que ella volviera la cabeza para mirarlo—. Haría cualquier cosa por ti.

Jules no supo qué responder. Lo miró con los ojos muy abiertos mientras los latidos de su corazón comenzaron a palpar con fuerza contra su pecho, como si se tratase de la canción más primitiva del principio de los tiempos.

Fue entonces, cuando él se percató del ligero rubor que estaba aflorando en su piel, del momento tenso que había provocado. Se llamó a sí mismo idiota y reprimió un bufido de desesperación.

Se aclaró la garganta antes de preguntar:

—¿Por qué quiere Harper ver los entrenamientos?

La oyó contener la respiración y expulsar el aire en un suspiro.

Jules abrió la boca con intención de decir algo, pero aún estaba aturdida por lo que acababa de escuchar.

—Jules... —insistió él.

Ella pareció salir de su estupor y se dijo que la verdad siempre era la opción correcta.

—Bueno, lo cierto es que solo me ha pedido ver uno, no todos. —Se lamió los labios, pensativa—. Pero la verdad es que no se lo he preguntado. Así que, no lo sé.

Aquel gesto sensual excitó sobremanera a Matt. Quería tenerla completamente desnuda, ver y acariciar cada rincón de su cuerpo. Quería oírla gritar su nombre y ver el brillo y la expresión de sus ojos cuando entrase en ella y estuviera consumida por el placer.

Lo quería todo de ella, sin excepción.

Un chapoteo en el lago le hizo volver bruscamente a la realidad. Se obligó a mirar al frente, donde estaban sus hijos.

—Hablaré con Dave —dijo sin más.

Ella sintió que su cuerpo se relajaba. Dejó escapar todo el aire de los pulmones, con un susurro entrecortado.

—A ti te hará caso.

—No esperes que acepte, ya le conoces. —Tomó un sorbo de vino y después dejó la copa sobre la mesa—. Pero lo intentaré.

—Te lo agradezco.

Él asintió con la cabeza. Su mirada se enredó con la de ella. Sabía que era un error ahondar en el tema que lo tenía tan preocupado, pero, aun así, lo hizo:

—El otro día te vi hablar con Ross Walker, aquí en el lago.

Era extraño, y al mismo tiempo una locura, mantener esa conversación con Matt. Se esforzó por conservar sus nervios a raya y no entrar en detalles.

—Sí, hacía tiempo que no nos veíamos y... —Jules se interrumpió cuando notó el interés en los ojos de él. Su mirada era silenciosa y cautelosa al mismo tiempo. No supo cómo interpretar aquello. Aun así, decidió continuar—: Esta mañana ha estado en la librería.

A Matt le resultó difícil no indagar más en el tema.

—No sabía que fuera un ávido lector —observó con ironía.

—No lo es —se apresuró a responder Jules. Incómoda, giró la cabeza y miró al frente, en dirección al lago. Cada vez le gustaba más aquel idílico lugar y la sensación en sí la sobrepasó—. Me ha invitado a cenar.

—Te ha invitado a cenar —repitió Matt.

—Sí.

—Entonces, ¿es una cita? —Matt se quedó mirándola, en silencio.

—No estoy del todo segura de que lo sea. Ni siquiera sé por qué he aceptado, pero lo he hecho —confesó nerviosa.

—Comprendo.

—¿En serio?

—Por supuesto. Eres preciosa, intuitiva y siempre estás pensando más en los demás que en ti misma. ¿Por qué no ibas a aceptar?

—Yo... —Ni siquiera supo qué responder.

—¿Saliste con él? —preguntó Matt.

Ella se frotó los brazos con las manos, ligeras ráfagas de aire se colaban entre las

columnas del porche trasero de la casa.

—Bueno, eso fue hace mucho tiempo. Fuimos a tomar algo juntos varias veces. Creí que lo sabías. —Nerviosa, agarró la copa y bebió otro largo trago.

—No, no estaba al tanto. ¿Qué entiendes tú por salir con alguien?

La mirada de Jules se cruzó con la de Matt y se percató de que estaba tenso. Se imaginaba lo que estaba sucediendo.

—¿Me estás preguntando si me acosté con él?

Matt, inquieto, se pasó la mano por el pelo.

—No, lo siento. Tu vida privada solo te pertenece a ti.

Ella no estaba muy segura de que eso fuera así.

—Sí, Matt. Me acosté con él. Y... solo fue una vez.

Aquella información no debía importarle, ni mucho menos hacerle daño. Pero no fue así. Sacudió la cabeza y se dijo a sí mismo que era un idiota redomado.

—No me debes ningún tipo de explicación, Jules.

Ella creía lo contrario. Así que continuó:

—No significó nada para ninguno de los dos.

Él sabía, mejor que nadie, que una mujer como Jules no se olvidaba de la noche a la mañana.

—Para él parece que significó algo más. Te ha vuelto a invitar a salir.

Jules sonrió.

—Si no te conociera tan bien... diría que estás celoso.

Él se levantó con cierta brusquedad y ella lo miró con los ojos abiertos de par en par. Era la conversación más extraña que había mantenido con Matt en todos estos últimos años.

—Lo estoy, Jules. ¡Y no te imaginas cuánto! —dijo secamente.

Ella abrió la boca para decir algo, pero no pudo pronunciar ni una sola palabra.

—¡¡Mierda!! —se dijo Matt a sí mismo.

Jules vio cómo Matt se alejaba con paso inseguro; aún cojeaba algo. Pero ella no pudo apartar los ojos de su espalda.

Movió la cabeza de un lado a otro.

¿Matt Killmer acababa de confesarle que estaba celoso?

No, no podía ser. Debía haber oído mal.

CAPÍTULO 16

Jules había perdido la cuenta del número de horas que había estado sola en esa cocina soñando con ser parte de la familia Killmer. Los recuerdos de la tarde anterior se le precipitaron encima, como lo haría una balda de libros mal apilados.

Se había levantado de la cama y bajado a la cocina para despejarse la cabeza. Al cabo de un rato se dijo a sí misma que no podía llenársela con más problemas. Encendió la cafetera y, acto seguido, abrió un armario y alcanzó una taza. La dejó sobre la encimera y se acercó a la ventana. Se quedó allí de pie y se limitó a contemplar el lago durante un minuto. Después su mirada recayó en los arbustos, las florecillas silvestres y los árboles que enfilaban el camino. Dejó que su mirada vagase a través de la ventana hacia aquel maravilloso paraje. Apenas había amanecido y los tenues rayos de sol intentaban abrirse paso entre un ejército de nubes que cubrían buena parte del cielo. Sin duda, no podía haber mejor lugar para aliviar el corazón, pero en esa ocasión no fue así.

A su mente regresaron una vez más las palabras y gestos de Matt. Se había pasado toda la noche dándole vueltas y, a cada minuto que pasaba, estaba más confundida. Despegó los ojos del cristal de la ventana y dio un respingo cuando escuchó pasos a su espalda.

Matt se sorprendió al verla en la cocina. Miró el reloj de pared y comprobó que apenas eran las cinco y media de la madrugada. Se preguntó si despertaría en Jules las mismas sensaciones que ella despertaba en él.

—Lo siento, no quería asustarte.

Se produjo un prolongado silencio.

Jules tuvo que tragar saliva, Matt solo llevaba puesto el pantalón del pijama. Escondió su inquietud tras una sonrisa melancólica.

—No pasa nada. ¿Te apetece un café?

—No, gracias.

—¿Estás seguro?

Los ojos de él se clavaron en los de Jules.

—Estoy seguro, sí.

Vio su propio deseo reflejado en sus ojos y eso la asustó. Exhaló un largo suspiro y presionó la mano contra el estómago, justo en el punto donde el recuerdo de la tarde anterior la hacía sentir un tirón de anhelo. Se giró y tuvo la necesidad de tener las manos ocupadas. Quizás esa fuese la razón por la que decidió buscar el azucarero de una forma desesperada.

—Jules, tenemos que hablar...

Ella cerró los ojos y exhaló un suspiro con las manos aún en el tirador del armario.

—¿Sobre qué?

Matt deseaba que ella se girara y le mirase a la cara. Pero siguió dándole la espalda. No había pegado ojo en toda la noche pensando en Jules.

No tenía ni idea de cuándo o cómo había ocurrido eso.

Pero esa sensación devastadora estaba ahí, haciéndose cada vez más grande, hasta el

punto de querer consumirlo. Reunió las fuerzas suficientes para continuar con la conversación:

—Ya sabes sobre qué.

Ella lo sabía, claro que sí. Abrió los ojos y pensó que en aquella cocina no estaban solo ellos. De alguna manera, que no podía explicar, también se encontraba Sarah.

—Mírame, por favor.

Ella bajó los brazos, se dio la vuelta y lo lamentó en el acto. Se encontró a Matt mirándola con una expresión fija e inquietante. Se dijo que no podía estar enamorada de un hombre como Matt Killmer. Él era teniente, trabajaba para el Ejército y a ella esa vida no le gustaba. ¡Más bien la odiaba!

No, no podía arriesgarse.

Luchó contra sus sentimientos, levantó la barbilla y esperó pacientemente a que él tomara la palabra:

—Tenemos que hablar —repitió Matt.

—Yo creo que no —respondió ella demasiado rápido.

—¿Estás segura?

Matt tenía el pelo revuelto, como si se hubiera pasado la mano muchas veces por él, y su gesto cansado daba a entender que tampoco había logrado conciliar el sueño esa noche. Se fijó en su boca, tenía unos labios carnosos, sensuales y... de lo más apetecibles. Sintió deseos de cruzar la cocina y echarse a los brazos de él. Pero, en lugar de eso, se quedó allí, de pie. Sin saber muy bien qué hacer.

Matt la miró fijamente, como si esperase algo más de ella.

—Dime que no son imaginaciones mías.

Ella profirió un ruido lastimero. Tenía que hacerle comprender que lo que estuviera ocurriendo entre ellos, fuese lo que fuese, tenía que parar.

—No puede ser, Matt.

Él soltó una maldición y dio una amenazante zancada hacia ella.

—¿Por qué?

Ella, como respuesta, dio un paso atrás, pero la encimera se interpuso en su camino. Tragó saliva durante unos momentos antes de poder hablar:

—Supongo que es porque no quiero complicar las cosas —dijo ella un instante después de encogerse de hombros—. Si algo saliese mal entre nosotros... yo tendría mucho que perder.

Sus palabras parecieron quedarse congeladas en el aire.

Él le lanzó una mirada cautelosa y preguntó:

—¿Te refieres a los niños?

Se hizo otro pequeño silencio mientras intentaba calmar sus nervios. Tomó aire y se dijo a sí misma que la sinceridad siempre era el camino correcto.

—Sí, por los niños, pero también por Dave, por mis padres... y por ti, Matt. —Se frotó la cara mientras inspiraba profundamente. Dejó caer las manos y lo miró—. Si algo saliese mal, todos perderíamos. ¿Es que no te das cuenta?

Se la quedó mirando con una expresión desconcertante.

—O sea, según tu criterio, debemos pensar primero en los demás... más que en nosotros mismos —se apresuró a aclarar.

Ella sintió de golpe una especie de calambre en la boca del estómago.

—Eso es.

Matt bajó la cabeza y se frotó la nuca con gesto fatigado; no haber pegado ojo en toda la

noche le estaba pasando factura. Comenzó a dolerle la pierna, razón por la cual decidió apoyar las manos sobre la isla para contrarrestar el peso de un pie al otro.

—Y ¿si sale bien? —Levantó la mirada—. ¿Te has preguntado lo que ambos ganaríamos?

La dureza del tono de su voz hizo que lo mirara furiosa.

—Estás dando demasiadas cosas por sentadas en una sola conversación.

Él le lanzó una mirada larga y fría.

—Y ¿ya está? ¿Aquí acaba todo? —preguntó con brusquedad. Al no recibir ningún tipo de respuesta agachó la cabeza—. Ayúdame a entenderlo, Jules.

Era fácil advertir la incomodidad en el semblante de él, pero necesitaba convencerlo de que su razonamiento entraba dentro de la lógica. Si algo salía mal, ella sería la perdedora absoluta. Era doloroso sentirse así y no poder hacer nada al respecto. Pero no podría encajar una vida sin Dave y sin sus padres.

Adoraba a su hermano y no deseaba complicar las cosas. No quería ponerlo en la tesitura de elegir, si la situación se complicaba.

Era legítima su forma de pensar.

—No voy a arriesgarme, Matt.

—Ya veo —comentó dolido—. Da la impresión de que sigues encontrando una excusa tras otra porque tienes miedo de lo que pueda surgir entre nosotros.

—Matt, no es por ti...

La tensión del momento le recorrió los hombros.

—Esa frase ya está muy desgastada, Jules. No tiene credibilidad alguna. Eres una mujer inteligente, no deberías hacer uso de ella. —Se quedó en silencio un par de segundos y luego gruñó—: Mira, sé que hay muchos tipos de relaciones ahí fuera, incluso yo viví una que me llevó a un punto sin retorno. No funcionó, pero no significa que las relaciones no funcionen. He llegado a la conclusión de que una única experiencia no es representativa para el resto.

Ella se hizo cargo de la situación. Le quería, no podía negarlo. Sin embargo, debía pensar en los daños colaterales. Había demasiado en juego.

En los niños.

En Dave.

En sus padres...

—Si algo sale mal entre nosotros, no me perdonaría nunca que Dave y mis padres tuvieran que elegir.

—Tus padres y Dave siempre te elegirían a ti. ¿Es que no lo entiendes?

—Exacto. Entonces, ¿qué pasaría contigo y los niños?

La pregunta de ella sonaba a acusación.

—Jules, presuponer es un error.

Ella lo sabía, pero también sabía que aceptar sus sentimientos sería otro gran error.

Ella puso los ojos en blanco.

—Además, está Sarah...

Él la miró directamente.

—¿A qué te refieres?

—Sarah era mi amiga. Si entre nosotros ocurriese algo... —se quedó quieta, ladeó la cabeza y lo miró pasados unos segundos—, daría la impresión de que la estoy traicionando.

Le ofuscó que ella pensara así.

—Esa no es excusa, Jules. Cada vez que pienso en ella me fustigo por no haber podido ayudarla. No obstante, si algo he aprendido a lo largo de estos últimos años, es que no puedo cambiar el pasado. Debo aceptarlo con sus consecuencias y hacerle frente. Pero nunca ser su esclavo, ¿entiendes?

—Matt, por favor...

—Comprendo que tengas dudas, Jules —continuó él, sin aceptar su ruego—; sin embargo, ni tú ni yo podemos cambiar lo que pasó. Ni podemos ponernos en el lugar de nuestros padres o de Dave. Ellos tienen su vida y la viven a su manera, no a través de nosotros.

Le vio acercarse y se le aceleró el corazón. No quería rememorar las sensaciones que él le producía cuando estaba cerca, no podía controlar los recuerdos ni esa emoción devastadora que la arrastraba a un deseo al que no debía ni podía sucumbir.

Matt sintió la necesidad de abrazarla y de hundir sus dedos en su pelo y enterrar la cabeza en su aroma, pero no lo hizo. Aún podía sentir la barrera que ella había construido a su alrededor. Sin pensarlo puso su mano sobre su brazo. Fue un gesto puramente instintivo, un vestigio de su amistad.

Jules se estremeció ante el contacto. Levantó la vista y se fijó en sus ojos, conocía bien esa mirada, ¡como para no reconocerla!

—Matt, no lo entiendes. Lo que le ocurrió a Sarah... —sollozó.

Él alzó la otra mano y le apartó un mechón de pelo.

—Nadie lo vio venir, Jules. Principalmente porque Sarah no quería que nadie lo viera. Ella cerró los ojos unos segundos, tiempo suficiente para intentar calmar su corazón.

—No debí decirte lo de la carta en su velatorio.

—Eso ya es agua pasada, Jules. No podemos cambiar el pasado.

Miles de pensamientos se agolparon en su cabeza.

—Ni siquiera pensé en las consecuencias de mis actos.

—Actuaste tal y como lo haría una amiga. —Matt suavizó el tono de voz a propósito—. Necesito dejar de pensar en los daños colaterales, porque mis hijos me necesitan.

Ella sabía que eso era cierto.

—Te necesitan también a ti —murmuró él.

Sintió cómo él le tocaba el pelo y no pudo reprimir otro estremecimiento.

—Matt, yo...

Él le hundió la mano en la cabellera. Los ojos de ella se agrandaron, entre sorprendidos y asustadizos.

—Nadie quiere que le juzguen por su peor momento, Jules. Lo que pasó, se quedó atrás. En el pasado.

Jules le miró apenas sin aliento. Cuando puso las manos a los lados de su cara con delicadeza emitió un jadeo entrecortado. Pasó los pulgares por sus mejillas, siguiendo la forma de su rostro. Algo dentro de ella, que parecía haber estado dormitando durante mucho tiempo, se despertó.

—Entre nosotros está pasando algo, lo admitas o no.

—No podemos complicarnos la vida, Matt.

—No lo vamos a hacer —dijo él en tono suave.

Ella lo miró fijamente, deseaba creerle con toda su alma.

El borboteo de la cafetera se convirtió en un murmullo que ambos ignoraron de forma deliberada.

Un torrente de emociones invadió a Jules cuando Matt la acarició. Trató de no temblar cuando él se inclinó y se apoderó de su boca. Al principio fue una delicada y tierna caricia, como si Matt necesitase asegurarse de que lo aceptaba. Los labios de ella se abrieron, al tiempo que sus manos se deslizaron por el cálido y musculoso pecho. Dejó escapar un gemido gutural cuando la besó otra vez, fue con un interés renovado y creciente. La hizo retroceder lentamente hasta que chocó con la encimera mientras sus lenguas se encontraron en una danza sensual, exigente y apremiante.

Aquel beso disipó cualquier duda, eso fue lo que pensó Matt cuando la sintió estremecerse entre sus brazos y se hundió en su boca, en busca una vez más de su lengua, de aquel sabor que acababa de descubrir y que ya lo volvía loco. Jules levantó los brazos y enroscó los dedos alrededor del cuello de Matt. Tenía que tratarse de un sueño, un sueño del que no quería despertar. Empapada de la emoción del momento, jadeó y permitió que volviera a explorar su boca, esta vez despacio y con dulzura.

Sus pechos y su sexo se tensaron como si él los hubiera rozado con los dedos o sus labios. Se había quedado sin defensas, sin argumentos, mientras sus corazones latían con fuerza al unísono.

—Jules.

Ella abrió los ojos y se encontró con los brillantes ojos grises de Matt. Escuchar su nombre la hizo volver a la realidad, al momento con el que había soñado tantas veces las últimas semanas. Se apartó, bajando los brazos, colocando una mano sobre su pecho para lograr mantener la distancia.

Le vio fruncir el ceño.

—¿Qué ocurre?

Jules luchó por contener las lágrimas.

—No puedo.

La vio luchar contra sí misma; así que rodeó su cintura con los brazos. Hizo que ella apoyara la cara en su pecho.

—¿He hecho algo mal?

La sintió negar con la cabeza; él no pudo más que exhalar un suspiro.

Joder, estaba tan excitado que le dolían los genitales.

Respiró profundamente y dejó caer la cabeza entre los hombros hundidos, con la única intención de tranquilizarse y no destruir las esperanzas que parecían haber aflorado.

—De acuerdo. —La besó en el pelo y la abrazó como si su vida dependiera de ello—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, pero estoy demasiado confundida.

—Eso ocurre cuando hay sentimientos de por medio —aclaró él.

Ella intentó asimilar lo ocurrido, pero Matt rompió el hilo de sus pensamientos.

—Te diré lo que pienso —suspiró y apoyó la barbilla en la coronilla de Jules—: no sabemos cómo nos afectará, pero no intentarlo tampoco nos ayudará a pasar página. No quiero presionarte ni que tomes una decisión apresurada; solo quiero que lo pienses. ¿De acuerdo?

—No hay nada que pensar, Matt.

Él asimiló las palabras de Jules. Había sido lo bastante estúpido como para creer que ella iba a darle una oportunidad.

—Entonces, te pido disculpas. —A regañadientes, se separó de ella y caminó hasta la ventana. El día había cambiado, las nubes espesas y plomizas amenazaban tormenta.

Jules se quedó paralizada, mientras observaba las alas del águila extendidas, adheridas a su piel. El tatuaje le impresionó una vez más. Él estaba sumido en sus pensamientos, seguramente lejos de aquella cocina y de ella. Se consideró una estúpida. Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas, se sintió derrotada y al mismo tiempo amada.

Dos sentimientos contradictorios.

Se armó de valor y pronunció su nombre.

—¿Matt?

Él giró la cabeza y ella se encontró con los ojos grises de Matt, llenos de angustia. Devastado, se pasó la mano por la frente.

—Lo último que quiero es hacerte llorar, Jules.

—Soy un desastre, lo reconozco.

—Eres la mujer más especial y la más maravillosa que he conocido jamás.

Ella se sintió abrumada y culpable al mismo tiempo.

Se había quedado sin defensas, sin argumentos.

—Sé que estoy huyendo de algo, pero aún no sé de qué —intentó explicarle, sin éxito alguno. Se limpió las lágrimas y tragó saliva.

Le vio asentir despacio y eso le dio cierto consuelo.

Matt lo comprendía, era una lógica sencilla y aplastante. Sarah y Jules seguían unidas de algún modo.

—Vamos a hacer como que esto no ha pasado, ¿de acuerdo?

—Matt, yo...

—Siento lo que ha sucedido. Ojalá pudiera deshacerlo, pero no puedo.

—Por favor, no te enfades conmigo.

—Eso nunca. Pero no volveré a tocarte, Jules. A no ser que me lo pidas. No quiero que huyas de mí, que vuelvas a sentirte incómoda. —Se alejó de la ventana, con la única intención de salir de la cocina. Se detuvo y se volvió hacia ella—. Quiero que entiendas algo: estamos viviendo una vida que no hemos elegido.

Jules se tomó un momento para entender sus palabras.

Comprendía lo que Matt intentaba decirle. Estaban viviendo sin Sarah, porque ella lo había decidido así.

Fue a decirle algo, pero se encontró con un vacío que la hizo sentir aún peor.

Matt ya se había ido.

Miró al techo y lloró desconsoladamente, sin poder borrar de su cabeza sus últimas palabras.

CAPÍTULO 17

Jules se miró al espejo y le gustó lo que vio reflejado en él. Para la cena con Ross había elegido un vestido corto de gasa en color azul eléctrico. Debía reconocer que ese tono le sentaba bien y no era demasiado atrevido, a pesar de llevar escote en pico delantero y trasero. Se llevó las manos a la cintura y acarició el cinturón con flores y cierre dorado que le daba ese toque distinguido al vestido.

Se colocó de perfil y asintió con una sonrisa. Los zapatos de tacón en color oro, que se había comprado en las rebajas, le venían como anillo al dedo.

—Recuerda, no es una cita. Tan solo una cena entre amigos.

Y esa cena le daba la oportunidad de lucir ese bonito vestido.

El espejo le devolvió su sonrisa.

Se dirigió a la cama, donde descansaban su abrigo y su bolso de mano. Paseó la mirada por su apartamento y suspiró; no se había dado cuenta de lo pequeño que era hasta que se había ido a vivir con Matt y los niños.

«Matt».

La conversación del día anterior seguía dando vueltas en su cabeza. Analizaba cada palabra, cada gesto y siempre llegaba a la misma conclusión: Matt y ella no podían tener un futuro.

Se sintió herida por sus propios pensamientos. Además, ella odiaba todo lo referente a la vida militar. Era algo de lo que había estado huyendo desde que era niña.

No, no soportaría las largas esperas ni preguntarse en todo momento si Matt estaría o no bien.

Fue consciente de ese último pensamiento y comprendió que no tenía sentido.

Sin ser su esposa se preocupaba.

Era imposible no hacerlo. Se llevó la mano al pecho con la única intención de tranquilizar a su corazón enloquecido. Rememorar el momento del beso y de cómo se sintió al estar entre sus brazos le hizo caer en un pensamiento caótico y confuso.

Necesitó recordarse que podía perder mucho si las cosas con Matt salían mal. No volver a ver a Wesley y Elsie era un precio muy alto que se vería obligada a pagar.

Mejor dejar las cosas como estaban.

Se apresuró a recoger el abrigo y colgárselo del brazo, sin olvidar el bolso. Fue hasta el espejo y se aseguró de que la imagen que le ofrecía era la que esperaba. Su pelo suelto y bien alisado, gracias a las planchas, caía sobre sus hombros. Su sencillo maquillaje y el *gloss* de labios eran el acabado perfecto.

Se dirigió a la puerta y, antes de salir, se echó unas gotitas de su perfume favorito en el cuello.

No quería impresionar a Ross, solo deseaba pasar una noche diferente. Cenar en un bonito restaurante y beber un par de copas de vino para ahuyentar a sus pensamientos.

Se negó a pensar en Matt.

Abrió la puerta y la cerró tras de sí.

—Me alegro de que hayas aceptado mi invitación.

Jules sonrió, levantó su copa y bebió un pequeño sorbo de vino.

—Yo también —dijo, dejando de nuevo la copa sobre la mesa.

La cena había resultado tranquila y, en definitiva, agradable.

—Pidamos postre.

Sentada frente a Ross, Jules negó con la cabeza.

—Gracias, pero no puedo comer nada más. De hacerlo creo que no podría quitarme el vestido.

Los ojos de Ross brillaron con malicia.

—Bueno, yo...

—Por favor, Ross, no termines la frase.

—Tenía que intentarlo. —Él rio de una forma inequívoca.

Jules detectó un aire de ironía en su voz, pero lo dejó pasar.

—Si la memoria no me falla, recuerdo que te encantaba la tarta de cerezas.

A ella le divirtió que se acordara de la última cita, en la que el broche final de la cena había sido un generoso trozo de tarta de cerezas.

—Buena memoria. Te lo agradezco, de veras. Pero con la ensalada y el bistec ha sido más que suficiente.

Él vaciló unos segundos.

—De acuerdo, entonces. Nada de postres. —Ross se recostó contra el respaldo de su silla y sonrió complacido—. ¿Champán?

—Creo que no. Ya he bebido suficiente por esta noche. —Levantó en alto la copa de vino.

La mirada de Ross se ensombreció y frunció el ceño.

—No parece una noche perfecta.

Jules sonrió como disculpándose.

—¿Por qué no iba a serlo? Eres un buen amigo. Y el vino es maravilloso.

—Un amigo con el que no vas a tener sexo —sentenció él.

Jules le observó unos segundos, dándole la oportunidad de que añadiese algo más, pero no lo hizo. Debería haberle molestado la sola mención del sexo, pero no fue así.

—No voy a acostarme contigo.

Ross se inclinó hacia delante, alargó la mano por encima de la mesa y la puso sobre la de Jules.

—De acuerdo, aunque no lo creas me gustan las mujeres seguras de sí mismas, que saben lo que quieren. No hay prisa, podemos ir despacio.

Jules había sido bastante precavida durante la cena, como para no darle esperanzas.

—Ross, solo somos amigos, ¿de acuerdo?

Él se encogió de hombros, sin dar la causa por perdida.

—¿Crees que podré algún día llegar a ser algo más que un buen amigo?

Jules tomó aire y apartó la mano para tomar su copa de vino. Decidió ser sincera y no andarse por las ramas:

—No lo creo, Ross.

—Ese vestido parece decir lo contrario.

Jules hizo una pausa y suspiró.

—Es un vestido como otro cualquiera —contestó.

—Yo creo que no, Jules. Es un vestido provocador. —Señaló el escote con el índice.

—No hay vestidos provocadores, Ross. Solo hombres estúpidos.

A él pareció no gustarle oír aquello.

—Bien, me lo tengo merecido. —Elevó las manos en señal de paz—. Ahora, dime, ¿hay alguien en tu vida?

Por un momento, Jules sopesó la idea de levantarse y marcharse. Pero, por algún motivo, no lo hizo. Le miró y le contestó con toda la calma que pudo reunir:

—Hay alguien —confirmó sin más.

Ross chasqueó la lengua, disgustado.

—¿Hay un hombre en tu vida y aceptas cenar conmigo?

—Cenar contigo, Ross. Tú mismo lo has dicho. Un encuentro entre amigos, nada más.

A él no le gustó que Jules le tomara por un idiota.

—Déjame adivinar, ¿ese alguien es el teniente Matt Killmer?

La pregunta la desconcertó. Miró a Ross y se fijó en que hizo una mueca que pretendía ser encantadora, pero que la dejó helada.

Recuperó el poco control que pudo reunir.

—¿Por qué supones que es Matt?

—Bueno, no es complicado adivinarlo. Todo Midway habla de vosotros.

Ella contuvo el aliento y se preguntó qué quería decir realmente Ross con aquello. Apuró su copa de vino y, acto seguido, la dejó sobre la mesa.

—Todo el mundo son muchas personas, ¿no crees?

La mirada de diversión desapareció de los ojos de Ross.

—Disculpa. Me he pasado de la raya, ¿verdad? Es solo que la gente habla...

—Supongo que exageran —atajó Jules.

Ross se la quedó mirando un largo rato y luego sacudió la cabeza.

—Sí, desde luego. Lo que ocurre es lo de siempre, que los secretos tienen una vida muy corta en Midway —contraatacó.

Ella entrecerró los ojos. Sabía que sería un error preguntar; aun así, lo hizo:

—¿Qué tipo de secretos?

—Si te soy sincero, me sorprendió que aceptaras mi invitación para cenar esta noche.

—¿Por qué? —quiso saber ella, fingiendo no estar molesta.

—Vives bajo su mismo techo.

«Así que es eso».

—Ayudo a Matt con los niños, eso es algo muy diferente a vivir con él —dijo demasiado nerviosa por el juicio al que estaba siendo sometida. Luchó amargamente por controlar su voz y añadió—: La gente habla cuando tiene una vida vacía. ¿No te parece?

—Bueno, nadie va diciendo que te estés acostando con el marido de tu mejor amiga.

Aquellas palabras la dejaron atarida. No podía respirar, no podía soportar un minuto más allí; sin embargo, necesitaba dejar el tema zanjado de una vez por todas. Si esos rumores llegaban a oídos de sus padres, no podría mirarlos nunca más a los ojos.

—Vete a la mierda, Ross —replicó, lanzándole una mirada fría como el hielo.

Él se removió inquieto en su silla.

—Siento si te ha molestado; solo me hago eco de lo que dicen algunas de las clientas que van al taller.

A Jules le costó tragarse las lágrimas. El corazón latía contra su pecho a una velocidad vertiginosa. No intentaba eludir su responsabilidad ni echarle toda la culpa a Matt, eso sería demasiado sencillo y cruel.

—No te consideraba un chismoso.

Él volvió a levantar las manos de la mesa, en señal de paz.

—Y no lo soy. Me considero tu amigo y, como tal, deseaba advertirte de que estás dando de qué hablar.

Ella fingió que el comentario en sí no le afectaba.

—Agradezco tu preocupación por mí, pero sé cuidarme sola de los falsos amigos y de las calumnias —apuntó Jules con sorna. Ross tomó la botella y llenó de nuevo su copa, sin alterarse—. Si me disculpas, tengo que irme ya.

—Supongo que el hecho de que estés aquí, conmigo, significa que tus posibilidades con Killmer son escasas.

Ella se quedó muy quieta, muda por lo que acababa de oír.

—Eres una mujer lista, siempre me lo has parecido, y reconozco que el hecho de no volver a coincidir no fue solo culpa tuya.

Jules permaneció sentada en silencio. Lo miró, desconcertada, y le llevó a preguntarse si Ross estaba en sus cabales.

—Supongo que no me he esforzado lo suficiente —susurró Ross por encima de su copa.

Jules permaneció muy quieta. Era lo bastante precavida para no montar una escena en el restaurante. Y también era consciente de que no quería estar de boca en boca en la pequeña población de Midway.

—¡Estás loco, Ross! —exclamó a media voz.

—Lo cierto es que sí, loco por ti.

Jules intentó recordar la vez anterior que había quedado con Ross y le dio la impresión de que no había sido tan mala, aunque tampoco buena.

—No voy a montar una escena, Ross. Pero quiero que te quede claro algo, y es que tú y yo no nos volveremos a ver nunca más.

—Nunca es mucho tiempo, ¿no te parece?

—No lo suficiente.

Ross fue a añadir algo más, pero el sentido común le hizo volver en sí.

—Lo reconozco, estoy celoso.

La respuesta pareció agotar el tema de conversación. Jules se quedó allí sentada, mirándolo. Era evidente que Ross estaba enfermo.

—Entre tú y yo no hay nada, ni lo habrá jamás. ¿Te ha quedado claro?

Ross la observó, incrédulo.

—No quería ser maleducado. Solo que...

—¿Qué, Ross? —se apresuró a preguntar.

Los ojos de ella brillaron a causa de las lágrimas contenidas.

Él le lanzó una mirada asombrada y poco amistosa.

Al ver que él no respondía, Jules se levantó a toda prisa. Confiando en que se diera cuenta de que quería o, más bien, necesitaba irse.

—Siéntate, por favor, y terminemos esta conversación de forma civilizada.

—Esto no es una conversación, Ross; es más bien un juicio. Me tengo que ir. Creo que todo esto ha sido un error —dijo, al tiempo que alcanzaba su bolso y abrigo.

—¡Jules!

Ella estuvo a punto de no girarse, pero paseó la mirada por el restaurante y se dio cuenta de que estaban todas las mesas ocupadas. Era evidente que de no responder a Ross sería el centro de atención y eso es lo último que deseaba.

—Solo quería...

Jules no lograba entender la actitud de Ross. ¿No le había hecho ya demasiado daño?

—¿Qué querías, Ross? —preguntó ella con la esperanza de que él no notara que su voz temblaba.

—Ayudarte —dijo convencido.

Jules le lanzó una mirada cautelosa.

—No te entiendo.

Ross carraspeó.

—Al parecer algunos van diciendo por ahí que eres la puta de Matt Killmer.

Jules dio un respingo, sin poder articular palabra alguna. Varios comensales que se habían quedado en silencio la miraban fijamente y parecían esperar algún tipo de respuesta por parte de ella.

Estaba claro que muchos de los allí presentes habían escuchado el poco acertado apelativo.

«La puta de Matt».

Respiró profundamente, pero el aire no llegó a sus pulmones.

No contestó. Ni siquiera podía articular palabra.

Necesitaba aire y huir a partes iguales.

Odió cada instante de aquella cena, odió a Ross con todas sus fuerzas. Hizo todo lo posible para no salir corriendo del restaurante. Llegó a la salida con pasos apresurados y temblando. Al sentir la frialdad del tirador de la puerta, supo que no era un sueño. Más bien una pesadilla.

Ross solo pudo oír los tacones de Jules impactando contra el suelo, luego el sonido de la puerta del restaurante al cerrarse.

De pronto se percató de que ni las luces, ni la música, ni los postres eran de su agrado.

Ni siquiera Jules lo era.

CAPÍTULO 18

Nadie la molestó en un par de días, nadie la llamó, y eso era de agradecer.

Había enviado un wasap a Dave pidiéndole que, por favor, ayudase a Matt con los niños, puesto que ella tenía mucho trabajo entre manos.

No era cierto, solo una mentira a medias.

Se quedó un momento allí, de pie, mirando a la nada. De pronto sintió ganas de llorar y escapar lejos de sus propios sentimientos, lejos de todo y todos. Pero en el fondo sabía que no era posible, porque sus miedos e inquietudes la acompañarían fuera donde fuese.

Suspiró y deseó no haber cenado con Ross, pero ya era demasiado tarde para lamentaciones. Caminó entre las estanterías, con aire ausente. Las palabras de Ross resonaban en su cabeza, una y otra vez, como si se tratase de una tortura.

Eres la puta de Matt.

Nunca le había importado que hablasen de ella a sus espaldas, pero había niños de por medio. Si algo de todo esto llegase a oídos de Wesley o Elsie... no se lo perdonaría nunca.

Wesley lo estaba pasando mal en el colegio y ella no deseaba ser la causa de más preocupaciones y peleas. Pero lo ocurrido le había hecho darse cuenta de que debía protegerlo de esa gente sin escrúpulos.

Dejaría pasar el tiempo y luego vería lo que hacía.

«La distancia es el olvido», se lamentó para sus adentros.

Harper observó a Jules. Era la tristeza personificada, y no era para menos. El cabrón de Ross había pateado su alma y luego tirado a la basura la poca autoestima que le quedaba.

—Ross es idiota... deberías pasar de él.

Quizás contárselo a Harper había sido otro error, pero necesitaba otra visión de los hechos y un hombro en el que llorar.

—No es tan fácil. Midway es un pueblo pequeño y demasiado intenso hasta para los que vivimos aquí.

—Bien, entonces deberías hablar con Matt y decirle lo que ocurre —le aconsejó Harper.

—No. —Fue la tajante respuesta de Jules.

Harper no se dio por vencida y añadió:

—Pero entre los dos podríais encontrar una solución.

—No quiero soluciones, solo evitar un mal mayor —objetó Jules colocando uno de los libros en su correspondiente estantería de guías de viaje—. Debería tomarme unas vacaciones.

Harper suspiró y salió de detrás del mostrador.

—¿A dónde irías? —preguntó, a sabiendas de que Jules deseaba cambiar de tema.

Jules repasó con la mirada los lomos de algunos de los títulos de las guías.

—París o Madrid.

—Europa, ¿eh? Ya veo que piensas a lo grande.

Jules esbozó una media sonrisa.

—Por soñar que no quede.

La puerta se abrió y el carillón de viento tintineó sobre la cabeza de un cliente, dándole la bienvenida.

«Salvada por la campana», pensó Jules.

—Tengo algo pendiente que hacer, ¿podrías hacerte cargo?

Harper asintió, a la vez que saludaba al recién llegado.

—Claro.

—Te debo una —dijo Jules con una sonrisa en los labios.

—Me debes muchas.

Jules tomó su abrigo y bolso.

—Eso es cierto. Gracias.

Toda aquella maraña de sentimientos contradictorios no podía acabar bien.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarle? —preguntó Harper, mientras vio cómo Jules cruzaba la calle y se dirigía a su coche.

Jules aparcó el vehículo enfrente de la casa de sus padres. Apartó las manos del volante y las dejó caer sobre el regazo. Miró a través de la ventanilla el hogar en el que había crecido y se sintió tan insegura como cuando era una adolescente.

Las gardenias, los geranios y las petunias que había plantado su madre en el jardín eran una explosión de color que se mecían a merced del viento, al igual que las ramas del solitario árbol que había plantado su padre cuando nació Dave. Seguía allí, tan alto y robusto como siempre; aunque le pareció más viejo que nunca a pesar de que sus hojas tenían ya el color verde de la primavera.

Respiró hondo y se dijo a sí misma que estaba haciendo lo correcto. Ross le había comentado que los rumores ya estaban yendo de boca en boca por todo Midway; la sola idea de que llegaran a oídos de sus padres era del todo desoladora.

Hizo acopio de valor y abrió la puerta del coche. Antes de salir agarró el bolso que descansaba en el asiento del copiloto. Cuando se dio la vuelta, su padre la esperaba en la puerta. Le hizo una seña con la mano a modo de saludo.

Jules sonrió, mientras se arrebujaba en su abrigo.

Su padre ya peinaba canas y lucía profundos surcos alrededor de la boca y de los ojos. La montura negra de sus gafas contrastaba con el azul de sus ojos.

—Hola, papá —saludó ella, acercándose a la casa.

—Jules.

Al llegar a su altura, su padre le pasó la mano por el hombro para recibirla.

—He oído el motor de un coche y supuse que sería tu madre.

—¿No está en casa?

—No, ha ido a hacer unas compras; no creo que tarde en volver. —Se hizo a un lado para permitir el paso a Jules—. No te esperábamos tan temprano. ¿Qué tal va el trabajo?

—Bien, muy bien —dijo Jules, que se quedó allí mirándolo durante un momento, antes de que su padre se dirigiera a la última habitación de la casa. Lo siguió y le costó dos segundos alcanzarlo—. Harper se está haciendo cargo de la librería.

—Parece buena chica.

—Lo es.

Su padre se detuvo y la observó.

—¿Querías hablar con tu madre?

—Hmmm... No precisamente.

A Wallace Suvári, después de una vida dedicada al Ejército, no se le escapaba nada, y menos la extraña actitud de su hija.

—Entonces, ¿conmigo?

—Tampoco, solo me apetecía venir a casa.

A un lugar neutral.

A un entorno seguro.

Wallace metió las manos en los bolsillos con aire pensativo.

—No suelo dar consejos, pero cuando lo hago son buenos —reconoció mirándola.

Jules sonrió, al tiempo que asentía con la cabeza.

—No me cabe la menor duda.

—Anda, pasa y ponte cómoda. —Wallace sacó las manos de los bolsillos e invitó a su hija a entrar a su *santuario*—. Tu madre quiere que esta habitación vuelva a ser la de los invitados, pero a mí me gusta como está.

—Ya veo —murmuró.

—¿Te apetece un café?

—No, papá. Gracias.

—La verdad es que no sé hacer chocolate, pero podría intentarlo.

—No voy a ponerte en un brete; así que no te preocupes. De querer un chocolate, me lo haría yo misma.

—Lo cierto es que es un alivio. ¿No te vas a quitar el abrigo?

—Solo tengo unos minutos, he de volver a la librería —comentó Jules, cambiando el bolso de una mano a otra.

Se fijó en el desorden allí reinante; no le extrañaba que su madre pusiera el grito en el cielo cada vez que entraba en esa habitación. Pero para su padre era el lugar perfecto, el lugar ideal donde pasaba las horas con la única compañía de sus barcos.

No era la primera vez que entraba allí, pero aun así todo el desbarajuste la sorprendió una vez más. En la mesa descansaba un plano, debía de tratarse de la maqueta de un barco. También había herramientas como gubias, formones y pequeños cepillitos de base curva y recta; además de diferentes tipos de pegamentos y pinturas. Tampoco faltaban piezas de madera cortadas en diferentes tamaños. Al lado del plano, sobre un paño negro, se encontraba la estructura de un casco que comenzaba a tomar forma.

—Es una manera de matar el tiempo.

Solo su padre podía utilizar esa expresión tan a la ligera.

—Yo más bien creo que es una afición. —Se apartó un mechón de pelo de la frente, sin dejar de observar el casco del barco, y sonrió—. ¿Es un galeón?

—No, es un navío. Para ser más preciso es el navío Santísima Trinidad, el buque insignia de la Armada Española en la batalla de Trafalgar —explicó Wallace—. El almirante Nelson tuvo piedad con esta preciosidad y antes de hundirlo lo capturó con el único empeño de salvarlo y llevarlo al puerto de Gibraltar, pero finalmente se hundió llevándose muchas vidas con él.

Jules recordó que la batalla en sí fue la derrota más dolorosa de España ante Inglaterra.

—Supongo que aún sigue en el fondo del mar.

—Sí, solo pudieron salvarse sus piezas de artillería, pero poco más.

Jules se preguntó cómo tanta belleza y poderío descansaba en el fondo del mar.

—No creo que hayas venido a escuchar una lección de historia —comentó Wallace, paseando la mirada por la maqueta de madera. Levantó la cabeza y se percató de que la confundida mirada de su hija se fue aclarando—. ¿Qué ocurre, Jules?

Ella se tragó las lágrimas.

—Estoy bien.

Esas palabras en sí hicieron que Wallace moviera la cabeza de un lado a otro.

—No, no lo estás.

La respuesta le robó una sonrisa, lo que le llevó a abrazarlo con fuerza.

—Es cierto, no lo estoy. La verdad es que nunca he podido ocultarte mi estado de ánimo.

—No soy tan perspicaz como tu madre, pero te conozco bien, Jules. —La atrajo hacia él y la besó en el pelo—. Ella sabe escuchar mejor que yo, te lo aseguro. Pero puedo decirte que ahora soy todo oídos. Así que, dime, ¿qué pasa?

—Papá, no sé qué estoy haciendo. —Dejó caer el bolso sobre una silla y lo miró a los ojos—. La gente habla y...

Wallace, que veía por dónde iban los pensamientos de su hija, inspiró el aire para dejarlo escapar casi al tiempo.

—Hay muchas personas que hablan por hablar, Jules. Solo quieren huir de sus problemas. No te debería preocupar lo que piensen.

—Sí, lo sé —se aclaró la garganta—, pero me importa lo que penséis vosotros.

—¿Sobre qué?

—Pues el hecho de que me esté quedando en casa de Matt.

Wallace sopesó la situación y supo que estaba pisando arenas movedizas; estaba seguro de que Agnes, su esposa, lo haría mucho mejor. En ese mismo instante, deseó más estar en una misión peligrosa que estar hablando con su hija de ese tema.

—No creo que nos debas ninguna explicación, Jules. Ya eres una mujer adulta —comentó en un tono neutro—. A no ser que sea algo más lo que te preocupe.

Algo dentro de ella se removió. Algo que le oprimió el esternón y la dejó sin aliento.

—Según Ross, estoy en boca de todos. Creen que me estoy acostando con Matt.

La voz de su hija sonó a rabia, a la vez que a desesperación.

Wallace gruñó para sus adentros; el tema era demasiado delicado para su gusto.

—Si quieres saber mi opinión: Ross es idiota.

—Harper dijo lo mismo —reveló, y recordarlo le hizo sonreír.

—Sé que mis ausencias te han marcado.

—Papá...

—No. Déjame terminar —le pidió—. Y que, en más ocasiones de las que puedo recordar, no he estado cuando debía. No estoy orgulloso de ello, pero ahora estoy aquí, Jules. No me voy a ir a ninguna parte. Y si alguien viene a decirme algo sobre ti o tu hermano... se las verá conmigo.

Jules se acercó y lo abrazó de nuevo.

—Gracias, papá.

Wallace rodeó con los brazos a su hija, a su *pequeña*. Nadie en su sano juicio podía hablar mal de ella. Jules era comprensiva, cariñosa y siempre se daba a los más necesitados.

Matt Killmer era un vivo ejemplo de ello.

—Estamos orgullosos de ti, no lo olvides.

Jules se separó lo suficiente para mirarlo a los ojos.

—Dave es tu orgullo.

—Por supuesto —respondió rápidamente su padre—. Al igual que tú. Sois diferentes, pero no tanto como creéis. Tu madre ha hecho un gran trabajo con vosotros mientras yo estaba fuera.

Aquellas palabras la emocionaron, nunca había tenido una conversación tan íntima con su padre.

—Tú también pusiste de tu parte.

—No tanto como debería, lo reconozco. —Miró a su hija directamente a los ojos—. Soy muy consciente de que soy el responsable de que no te guste la vida militar.

Jules se encogió de hombros.

—Como todo, tiene sus más y sus menos.

La expresión del rostro de Wallace se relajó.

—A mí Matt me parece un buen hombre.

El cambio de tema de conversación sorprendió a Jules. Apretó las manos, que tenía entrelazadas, y decidió ser sincera:

—Es demasiado complicado, papá.

—¿Haces referencia a Sarah? —Wallace se quitó las gafas y limpió los cristales con un pañuelo de tela que sacó de uno de sus bolsillos.

—Era mi mejor amiga.

—Hablas en pasado, Jules. Esa es la clave. —Volvió a colocarse las gafas en su sitio y miró a su hija. Todo parecía indicar que Jules sufría en silencio una crisis emocional. Lo había visto en demasiados hombres a lo largo de su vida como para no reconocerlo—. Déjame decirte algo, no deberías cuestionarte, solo tienes que tomar tus decisiones sin pensar demasiado en los daños colaterales. No puedes vivir a través de Sarah, debes vivir tu propia vida.

—No estamos hablando de una de tus misiones, papá —le soltó Jules.

—La vida en sí es la misión más importante. Deja de castigarte, de preocuparte y olvida las advertencias de otros. —Lanzó un suspiro y miró a su hija—. Gasta tus energías en ser feliz, no en sofocar calumnias.

—Dime, ¿desde cuándo eres tan sabio? —preguntó Jules con una sonrisa.

—Desde el instante que os tuve en mis brazos y supe que tenía que hacer todo lo posible para que alcanzarais vuestros sueños. Dave ya consiguió el suyo, ¿cuál es el tuyo, Jules?

Matt.

—Es complicado.

—De acuerdo. Sea cual sea, no dejes de luchar por él.

Su padre tenía razón. Debía seguir avanzando, aunque fuera despacio. La cuestión era no detenerse.

—Pensaré en todo lo que me has comentado.

—Jules —la llamó su padre antes de que abandonara la habitación. —Comete errores y aprende de ellos, porque una vida fácil no te enseña nada.

—¿Lo dices por experiencia? —preguntó sonriendo.

—Así es.

Cuando Wallace Suvari se quedó solo, fue en busca de su móvil y llamó a Dave.

—Dime, papá.

La voz de su hijo a través de la línea sonó algo distorsionada. Se escuchaban ruidos y

gritos de fondo.

—Supongo que estás en el entrenamiento.

—Así es. ¿Qué ocurre?

—¿Estás con Matt? —preguntó Wallace.

—Sí.

—Bien, tenemos que hablar.

Sin dar más explicaciones, cortó la llamada.

Dave, antes de guardar el móvil, miró la pantalla.

—¿Qué sucede? —preguntó Matt.

—No lo sé. Era mi padre, estaba más misterioso de lo normal.

—Pues eso ya es extraño.

—Quiere hablar con nosotros —comentó Dave.

—¿De qué? —quiso saber Matt, intrigado.

—No lo sé, pero sigamos con el tema que teníamos entre manos: ¿qué es eso de que Harper quiere venir a ver un entrenamiento?

Matt observó el pétreo rostro de su amigo.

—Eso me comentó Jules.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé, eso tendrás que preguntárselo a Harper, ¿no crees?

Dave miró hacia la pista, donde sus jugadores estaban calentando antes de comenzar el duro entrenamiento. Como era costumbre se fijó en el capitán del equipo: Gray Donovan.

Ese chico valía su peso en oro, Dave sabía con certeza que llegaría lejos en el mundo del *hockey*.

—Gray, mueve tu bonito culo de una puñetera vez —gritó para que el joven pudiera oírlo.

El muchacho levantó el *stick* en alto hacia el entrenador y sobre los patines se movió con una rapidez pasmosa por la pista, esquivando a sus compañeros.

—Es bueno.

—Mejor que bueno, pero tiene que centrarse.

—Lo hará, dale tiempo.

Dave no estaba tan seguro.

Matt escrutó la cara de su amigo y no encontró ningún tipo de indulgencia.

—Es joven y tiene sus propias preocupaciones.

—Como cualquier hijo de vecino —aseveró Dave—. No doy segundas oportunidades, Matt. Ya lo sabes.

Matt lo sabía. Dave era el mejor jugador de *hockey* que había conocido nunca y nadie le había regalado nada.

—¿Quieres que hable con él?

—No, lo haré yo cuando llegue el momento —respondió Dave.

—No seas cruel con el muchacho.

—No lo seré. —Dave se alejó de Matt. Se movió rápido por la pista, patinando, y gritó algunos nombres—: Wilson, Miller, Harris y Anderson ¡¡Es para hoy, dejaros de cháchara!! Y

tú, Bovari, no abandones la portería. ¡Vamos!

Matt escuchó cómo el sonido del silbato se propagó por todo el pabellón. Siguió cada uno de los movimientos de los chicos cuando lanzaron a portería.

A excepción de Gray Donovan, todos marcaron.

El recio rostro de Dave no pasó desapercibido para nadie.

—¡Otra vez! —gritó al muchacho.

Matt observó como Dave se acercaba a él patinando con la destreza única de un campeón.

—Si supieras por qué Harper quiere ver un entrenamiento, ¿me lo dirías?

Matt cambió el peso de un patín a otro. La pierna se resentía más de la cuenta, pero no dijo nada. El fisioterapeuta había sido muy claro al respecto: no había cura sin dolor.

—Nunca te he ocultado nada, no lo voy a hacer ahora —respondió Matt muy serio.

Dave asintió y se preguntó por enésima vez por qué aquella petición tan extraña.

—¿Cómo va tu pierna? —cuestionó al ver el gesto de malestar reflejado en el rostro de Matt.

—Duele, pero nada que no se pueda aguantar.

Dave desvió la mirada hacia la pierna.

—Con los muchachos soy estricto y contigo no voy a ser menos.

Matt trató de no reírse; sabía bien que Dave hablaba muy en serio.

—No esperaba menos de ti.

En esta ocasión fue Dave quien rio. Le palmeó el hombro, solo como dos grandes e íntimos amigos podrían hacerlo.

—Vamos, échale huevos y patina hasta el centro de la pista. Enseña a esos chicos cómo se juega al *hockey*.

Matt miró fijamente a su amigo y asintió con una leve sonrisa en los labios.

—Tú mandas, entrenador.

CAPÍTULO 19

—Será hijo de puta —exclamó Matt, levantándose como un resorte del sillón donde estaba sentado. Su pierna protestó, pero ya había aprendido a ignorar la dolencia en sí—. Juro que le mato.

La cruenta batalla que libró consigo mismo le hizo soltar una retahíla de juramentos.

Ni Wallace ni Dave parecieron impresionados por el arranque de cólera de Matt.

Los tres estaban sentados en el salón bebiendo cerveza y comiendo cacahuètes, mientras al fondo se escuchaba la voz del locutor de un partido de baloncesto. Agnes y los niños estaban en la cocina horneando un bizcocho y preparando natillas.

—Matarlo solo te llevará a la cárcel —adujo Wallace. Lo que vio en los ojos de Matt fue incertidumbre y angustia, posiblemente por el daño causado a Jules—. Si te he comentado esto no es para que hagas ninguna locura; sino para que entiendas la reacción de mi hija. La quiero y no deseo que sufra.

Matt se mesó el pelo con desesperación y después soltó otro juramento a media voz:

—¿Cómo se atreve a hablar así de ella!

—Está claro que se ve con derecho a hacerlo —comentó Wallace, después de beber un trago de cerveza—. Está celoso.

Matt miró al viejo militar, sin poder creerse lo que acababa de oír.

—¿Celoso?

—Sí, celoso de ti —respondió Wallace, convencido de ello.

Aquel momento fue el más surrealista que había vivido Matt en su vida. Después de tres noches de sueños eróticos con Jules estaba de lo más irritado. Llevaba preocupado por ella desde la tarde en la que la besó. Tras su rechazo había considerado todas las opciones posibles y, todas ellas, le ponían frenético. Sin embargo, Jules no había regresado a casa tras su cita con Ross, por lo que sacó en conclusión que las cosas entre ellos habían ido bien.

Como hombre de ley se había resignado y se había retirado.

Había estado tan absorto en sí mismo que había olvidado lo más obvio: hablar con Jules. Y escuchar de sus labios que no le quería en su vida.

Era evidente que había dado muchas cosas por hecho y se había equivocado de lleno.

—¡Joder!

La ira y la rabia se adueñaron de su ser. El hecho de querer vengarse por ella, de querer protegerla, le resultaba de lo más satisfactorio.

—Iré a ver a ese cabrón y le haré tragar todas sus palabras, una por una.

—¿Crees que es lo más sensato en tu estado? —preguntó Wallace, dirigiendo la mirada a su pierna malherida.

Con gran esfuerzo, se controló lo suficiente para responder con educación:

—Wallace, ya he estado en el infierno y le aseguro que no me da miedo volver a él.

El condecorado militar bebió otro trago de cerveza, satisfecho por las palabras que acababa de oír.

No se había equivocado con Matt Killmer.

—Lo cierto es que me ahorras darle una paliza a ese idiota.

Matt decidió cortar aquella conversación de raíz para ir al encuentro de Ross. Estaba a punto de salir del salón, cuando se dio la vuelta.

—Wallace, cree...

—No te preocupes por los niños, Agnes y yo los cuidaremos.

—Gracias.

Wallace dejó el botellín de cerveza sobre la mesa y miró de reojo a Dave.

—Y, tú, ¿no vas a decir nada?

Dave siguió dando vueltas a lo que había dicho su padre. Detestaba que alguien como Ross le hablase así a su hermana, que la denigrara de esa manera. Jules no se merecía algo así y mucho menos venido de un patán de poca monta. Se removió inquieto en su asiento. Apoyó las manos en los respectivos reposabrazos del sofá en el que estaba sentado. Miró a su padre y lo vio asentir satisfecho.

—Si me disculpas, tengo que ir a hacer de escudero.

Ross se rio de la payasada que acababa de decir su amigo Brien. Bebió un trago de cerveza, satisfecho de que fuera un viernes tarde y la semana estuviera dando sus últimos coletazos. El bar estaba a rebosar, muchos de los clientes estaban absortos en el partido de baloncesto que retransmitía la televisión en ese momento. Otros andaban más centrados en sus jaras de cerveza, sumidos en sus pensamientos o en su maltrecha existencia.

Así era la vida, unos disfrutaban y otros se consumían en una rutina de mierda.

Él era de los primeros.

No había vuelto a saber nada de Jules, aunque tampoco le extrañaba. Lo cierto es que no había estado muy caballeroso, pero es que él no era segundo plato de nadie. Bebió otro trago de cerveza y su mal talante se desvaneció cuando escuchó otra chocarrería de Brien.

—No deberías malgastar saliva con esos chistes tan malos —comentó Ross.

—Ni tú con Jules Suvari.

Ross logró sonreír de algún modo.

—¿Te la tiraste? —preguntó Brien, besuqueando al aire.

—Vete a la mierda, Brien. ¡Estás borracho!

—No más que tú —le espetó su amigo, llevándose de nuevo la jarra de cerveza a los labios—. Y ¿bien?

—Soy un caballero, ¿recuerdas?

—¿Tú, un caballero? —se burló su amigo—. La respuesta habla por sí misma. Doy por hecho que te dejó empalmado y no hizo nada para solucionarlo. Supongo que no habértela tirado es lo que te ha tenido cabreado toda la semana.

Algunos clientes del bar dejaron de mirar el partido para centrarse en la conversación de los dos amigos.

—Déjame en paz, Brien.

—Entonces, ¿no te la llevaste a la cama?

—Deberías mantener la boca cerrada —gruñó Ross, a sabiendas de que eran el centro de atención de algunos clientes del bar.

—¿Por qué? —preguntó Brien con sorna—. No quieres que nadie sepa que Jules Suvari te rechazó.

Ahora eran más los clientes que estaban pendientes de la conversación que de la televisión.

—Déjalo ya —le ordenó Ross, cada vez más cabreado.

Ser el hazmerreír del bar no entraba en sus planes. Maldijo a Jules en silencio.

—Vamos, Ross. Habla ahora o calla para siempre —le pidió.

Brien se fijó en que Ross parecía irritado, pero también a punto de soltar una carcajada. Por esa razón, insistió:

—Ya te la tiraste una vez, así que no veo dónde está el problema. —Brien hizo un gesto obsceno con la boca y, seguidamente, ensanchó su sonrisa antes de beber otro largo trago de cerveza—. A no ser que hayas perdido habilidad. Ya sabes de lo que te hablo.

Ross negó con la cabeza cuando Brien se llevó la mano a la entrepierna y la manoseó de forma grosera.

—No me la tiré porque no quise, ¿contento? —replicó Ross con todo lo que le dio la voz.

Un murmullo colectivo se escuchaba en el local.

En ese momento la puerta se abrió, de par en par, y Ross estuvo a punto de mearse en los pantalones cuando vio aparecer a Matt Killmer, que lo miraba como si quisiera arrancarle la cabeza de cuajo.

Un silencio tenso se adueñó del local, solo roto por la voz del locutor que retransmitía el partido de baloncesto.

—¡Ross Walker! —vociferó Matt nada más verlo.

Algunos de los clientes que estaban en la barra se levantaron de sus taburetes de inmediato, oliendo la pelea.

—¡Lo que tengáis que solucionar, hacedlo fuera! No quiero problemas en mi local —gritó el dueño del bar por encima de los murmullos—. Llamaré a la Policía, ¿os ha quedado claro?

Matt desoyó la orden y se acercó al lugar donde se encontraba el idiota de Ross.

—Muy bien, capullo engreído. Tengo entendido que vas hablando de mí a mis espaldas —aulló Matt.

Se alzó un griterío en el bar que Matt ignoró de forma deliberada. Un pensamiento difuso intentaba abrirse en su mente, pero había una especie de barrera que le impedía dar marcha atrás. Solo con pensar en Jules su rabia crecía y el militar que llevaba dentro se impacientaba.

Ross se levantó de su taburete a toda prisa. Le temblaron las piernas, tanto fue así que tropezó y el asiento estuvo a punto de precipitarse al suelo, pero en el último momento recuperó la estabilidad y se quedó en su sitio. La jarra de cerveza no corrió la misma suerte, en un torpe ademán por parte de Ross se estrelló contra las sucias y pegajosas baldosas.

Brien soltó un juramento cuando la bebida fermentada le empapó los pantalones.

—Por favor, Matt. Lo que le dije a Jules... lo dije sin pensar.

Matt lo observó un segundo. Tenía los ojos abiertos de par en par, suplicantes, y su cara redonda lucía una expresión apelante, como la de un niño. Se notaba a leguas que había bebido algo más de la cuenta.

Se le veía tan perdido que era inevitable sentir lástima por él.

—Quiero que te retractes.

—¡Lo haré! Te lo prometo.

—¡Ahora! —gritó Matt. La furia que le invadió el cuerpo no dejó espacio para el dolor de su pierna.

—Jules es una gran mujer —balbuceó Ross.

—Es una buena observación, pero no suficiente. Y ¿qué más? —preguntó Matt, insatisfecho con la respuesta.

—No es tu puta.

Una exclamación al unísono recorrió el local.

Matt apretó los dientes con fuerza, sintiendo un enorme asco por aquel idiota.

—Me disculparé con ella... —Ross comenzó a sollozar—, por favor, no me hagas daño.

—Eso deberías haberlo pensado antes, ¿no crees?

Matt se adelantó y convirtió las manos en puños.

—Juro por lo más sagrado que voy a hacer que te comas cada una de tus palabras.

Ross no pudo evitar el primer puñetazo que le lanzó Matt, como tampoco el segundo y, mucho menos, el tercero.

No hubo cuarto, porque Dave a su espalda lo detuvo.

—Ya está bien, ya tiene su merecido.

—Eso parece —adujo Matt, sin apartar la mirada de la ensangrentada cara de Ross—. No vuelvas a pronunciar el nombre de Jules en toda tu vida. ¿Lo has entendido?

Ross hizo un gesto de repulsión al probar el sabor metálico de la sangre. Se limpió la boca con el dorso de la mano y, muerto de miedo, miró a su contrincante.

—Sí, lo juro.

Hizo por incorporarse, pero Matt le impidió levantarse, obstruyéndole el movimiento con las piernas.

—Espero que cumplas tu palabra o si no...

—La cumpliré, lo prometo —interrumpió Ross con voz de espanto.

Matt sintió cómo Dave lo arrastraba fuera del local. Sin embargo, antes de marcharse, volvió sobre sus pasos.

Ross, al ver la amenaza en el rostro de Dave, levantó un brazo para cubrirse.

—Si Matt no logra cumplir su palabra, algo que dudo mucho, lo haré yo. ¿Te ha quedado claro?

Ross asintió enérgicamente con la cabeza, a pesar del dolor. Con ayuda de su amigo Brien comenzó a levantarse.

—Chico listo. —Sacó la cartera del bolsillo de su pantalón y extrajo algunos billetes de ella—. Esto por las molestias ocasionadas. Le agradezco que no haya llamado a la Policía.

El dueño del bar no lo dudó un segundo, alargó la mano y agarró el fajo de billetes.

Sin más dilación, Dave siguió a Matt fuera del establecimiento.

—¿Se puede saber por qué no me has esperado?

Matt no respondió; se dirigió hacia su coche doblando sus doloridos dedos. Ese capullo de Ross tenía la cara tan dura como una roca.

Dave fue tras él.

—Matt, estoy hablando contigo. Podrían haber llamado a la Policía y ¿sabes lo que habría ocurrido?

Matt no era tonto, el Ejército le habría abierto un expediente y su carrera se habría tambaleado, al igual que lo había hecho el imbécil de Ross cuando estrelló su puño en su bonita cara. La rabia bullía en su interior y las ganas de darle otra paliza seguían ahí. No obstante,

intentó calmarse un poco.

—No estoy sordo, Dave. —Se pasó la yema de los dedos por los nudillos doloridos.

—¿A dónde vas?

Por un momento Matt se sintió liberado, pero sabía que eso no era suficiente.

—Tengo que ver a Jules. Haz el favor de no seguirme —le pidió—, tu hermana y yo tenemos una conversación pendiente.

La idea hizo que Dave sonriera. Se quedó allí de pie viendo cómo se alejaba el coche de su mejor amigo.

—A tus órdenes, teniente —dijo, dirigiéndose a su vehículo.

CAPÍTULO 20

Cuando Jules escuchó los golpes en la puerta, encendió la lámpara de su mesilla de noche y se levantó de la cama de forma precipitada. Con las prisas olvidó ponerse la bata. El suelo frío no fue impedimento para que se diese prisa.

Otra sucesión de golpes hizo que la puerta estuviera a punto de ceder.

—¿Dave?

—Soy Matt. ¡Jules, abre!

Deslizó el cerrojo y luego abrió la puerta con el corazón en un puño. Al verlo, retrocedió. Estaba despeinado, sus ojos eran impenetrables y su semblante, frío y pétreo. La estudió con poca o nada amabilidad.

—¿Qué ocurre?

Matt no respondió. Entró como una exhalación.

—Matt, ¿qué pasa? —inquirió nerviosa.

Vio a Jules, estaba preciosa. Su pelo castaño le caía hasta los hombros y enmarcaba un rostro de suaves curvas y piel cremosa. Sus grandes ojos negros lo miraban con curiosidad entre sus largas y oscuras pestañas. Apartó la vista hacia la cama. Era evidente que, por las sábanas arrugadas y la colcha enroscada a un lado, acababa de salir de ella. Se acarició la dolorida pierna, como si así pudiese hacer remitir el dolor que la atravesaba. Era obvio que la trifulca le había pasado factura.

—¿Están bien los niños?

—Wesley y Elsie están en casa de tus padres —respondió él al fin.

Ella lo miró con curiosidad, cerrando la puerta tras de sí.

—¿En casa de mis padres?

—Sí, eso he dicho —soltó Matt, apretando los dientes. Hizo un esfuerzo sobrehumano para obviar la lujuria que se apoderó de él. Jules vestía un delicado camisón en tono azul que no dejaba nada a la imaginación. Carraspeó y desvió la mirada hacia otro punto del apartamento—. Tengo que hablar contigo.

—¿Ahora?

—Esta hora es tan buena como cualquier otra. ¿No te parece? —preguntó más irritado consigo mismo que con ella. Jules, malhumorada por la respuesta, se cruzó de brazos intentando mostrar indiferencia, pero no lo consiguió. En el movimiento, Matt pudo entrever una parte del tentador seno de piel pálida que sobresalía de la fina tela del camisón—. ¡Tengo que decirte algo y ha de ser ya!

Jules se puso pálida y el corazón se le desbocó.

Matt se tomó unos segundos para dar un rápido vistazo al apartamento; hacía años que no entraba allí y la última vez que lo hizo era poco más que un almacén para los libros. Jules había hecho un buen trabajo, había creado un espacio útil y sencillo, pero a la vez elegante. No había una gota de polvo, pero una de las paredes tenía una mancha de humedad y algunas baldosas de los suelos estaban agrietadas.

Jules respiró profundamente, con determinación, y cuadró los hombros. No estaba dispuesta a que Matt la avasallara de ese modo. Alzó el rostro y preguntó menos segura de lo que quería aparentar:

—Bien, ¿de qué se trata?

—Vengo de hablar con Ross. Bueno, eso de hablar es una manera de decirlo.

El extraño tono de Matt le alertó de que algo no iba bien.

—¿Tienes problemas con el coche?

—No se trata de mi coche —respondió con brusquedad.

Ella sintió una punzada de ira en su orgullo. Tenía el presentimiento de hacia dónde iba esa conversación y no le gustaba nada.

—Esta conversación es ridícula, ¿no crees?

Matt pensó que Jules podía ser de lo más exasperante cuando se lo proponía.

—Matt, estoy cansada...

—Se trata de ti.

—¿De mí? —Un vuelco rápido y fuerte sacudió su corazón—. ¿Has ido a casa de Ross?

—No. —Fue la taxativa respuesta de él.

—Bien, entonces, ¿cómo has sabido dónde encontrarle?

—Eso ha sido lo más sencillo, todo el mundo sabe que los viernes por la noche se emborracha en el bar de Ed hasta caer sin sentido —inquieto, se movió de un lado para otro del apartamento—, pero esa no es la pregunta.

—¿A qué te refieres?

—Maldita sea, Jules. ¿Cómo permites que ese infame te insulte de esa manera?

Se vio a sí misma horrorizada y sorprendida por las palabras de Ross, todavía podía visualizar la escena y el desconcierto en el restaurante. Había mantenido la compostura y había podido mirarlo a la cara, antes de dejarlo allí tirado como el patán que era.

La había tachado de puta.

—Eso es asunto mío, Matt. Y de nadie más.

—¿Disculpa?

—¡Ya lo has oído! —exclamó ella. Jules sabía muy bien que su pequeño apartamento no era un terreno neutral para entenderse, pero aun así continuó—: Matt, espero que no hayas hecho ninguna tontería.

Él negó con la cabeza y sonrió malévolamente, muestra evidente de lo que opinaba de sus palabras.

—Es asunto tuyo y mío que todo Midway piense que eres mi...

—No termines la frase, por favor —le rogó.

Matt se pasó la yema de los dedos por los doloridos y pelados nudillos. Le dolían horrores y solo esperaba no tener ningún hueso roto.

—De no haber estado allí Dave, creo que le habría matado a golpes.

—¿Que has hecho qué? —inquirió ella, enfadada por lo que acababa de oír.

—Decirle lo que pienso y dejarle bien claro que no puede hablar de ti de esa manera —respondió Matt, tenso—. Ni de ti ni de mí.

—Maldita sea, Matt. No debiste hacerlo, porque no soy ninguna damisela en apuros. Sé defenderme sola.

—¡Joder, Jules! Ese malnacido va por ahí diciendo mentiras, soltando calumnias sobre nosotros y me dices que no debo entrometerme.

—Sé defenderme sola —replicó.

—Perdona que lo dude. Cuando llegué al bar, Ross gritaba tu nombre todo lo que le daba la voz. No voy a permitir que te denigren de ese modo. ¿Lo entiendes?

Ella ahogó una exclamación, descruzó los brazos y los dejó caer a la altura de las caderas. Retrocedió algunos pasos, pegó la espalda a la pared, olvidándose de cómo respirar despacio.

La cabeza le daba vueltas y por un segundo deseó anestesiarse sus sentimientos y olvidarse de todo y de todos.

—Eso no es posible —murmuró—, Ross puede ser demasiado engreído, pero no es mala persona.

—Es más estúpido de lo que crees.

A Jules se le llenaron los ojos de lágrimas. Midway era un pueblo pequeño donde las calumnias tardaban en olvidarse, donde los rumores crecían a una velocidad imparable y se esparcían aún con más facilidad. No pensó en ella, ni en sus padres, ni siquiera en Matt, sino en los niños.

Siempre pensaba en ellos. Sarah ya les había hecho demasiado daño, ella no podía hacer lo mismo.

—Diga lo que diga, nadie le va a creer —dijo Jules, mintiéndose a sí misma.

—A mí no me lo pareció, todos los presentes estaban muy pendientes de sus palabras.

El aire era apenas respirable, pareció de pronto cargado de una tensión que conocía bien.

—Tenía la esperanza de que no hablara demasiado.

Matt se increpó a sí mismo por haber desatado su ira también contra Jules. Ella no se lo merecía, bien lo sabía Dios. Verla allí, cabizbaja y encogida, era el peor de los castigos.

Con cautela, se acercó a ella y le tomó la mano que tenía cerrada en un puño. La abrió y se la acarició con la yema de los dedos. Se alegró de que no le rechazase.

—No me enorgullezco de lo que he hecho, Jules. Pero de haber podido, lo habría matado con mis propias manos. ¿Por qué no acudiste a mí?

Ella se humedeció los resecos labios antes de contestar:

—Porque supuse que con el paso de los días se olvidaría de mí y de la estúpida cena.

Matt sintió una oleada de ira; de haber tenido allí a Ross lo volvería a golpear con todas sus fuerzas. Tomó consciencia de que no estaba en el bar de Ed, sino en el apartamento de Jules. Respiró profundamente y centró toda su atención en la mujer que tenía ante sí.

—Eso no es posible. Olvidarte es imposible —recalcó Matt.

La observó unos segundos, como si esperase que añadiese algo más. Pero no fue así; se produjo una pausa en la que ambos guardaron silencio.

Jules levantó la mirada y sus ojos brillantes se clavaron en los de Matt.

—No me acosté con él. —Negó con la cabeza y se limpió los ojos con el dorso de la mano—. Es cierto, lo dejé en el restaurante cuando me insultó.

Él guardó silencio nuevamente. Apretó los dientes hasta que le dolieron todos los músculos de la mandíbula, lamentó que Dave lo hubiera apartado de aquel malnacido. De haber sido por él, habría enviado a aquel gilipollas al hospital. Exhaló de manera audible y la miró de forma indulgente.

—No me tienes que dar explicaciones, Jules.

—Yo creo que sí.

—No, claro que no. Eres preciosa y con tu vida puedes hacer lo que quieras y con quien quieras —admitió más irritado de lo que estaba dispuesto a confesar. Llevó la mano de ella a sus

labios y la besó—. Te aseguro que no voy a dedicarme a darle otra paliza, creo que ya ha tenido su merecido. Solo he venido a hablar contigo y a asegurarme de que estás bien.

—No necesito un guardaespaldas, Matt. Puedo valerme por mí misma —comentó con voz apagada. Sintió que él vacilaba, su mirada seguía siendo inexpresiva—. No te voy a negar que está siendo duro, pero nada que no pueda soportar.

—No hay nada peor que un hombre despechado, Jules. —De repente los ojos de Matt brillaron con ira. Se apartó de ella y suspiró resignado.

—¿Lo dices por experiencia?

—Sabes que sí. He estado muy enfadado con Sarah, conmigo mismo y con las circunstancias demasiado tiempo como para no conocer sus sinsabores.

Ella estaba al tanto de lo que decía Matt, había sufrido en su propia carne toda la estela de dolor que dejaba la terrible muerte de una amiga.

—Pero supongo que la cuestión es que no quieres ni deseas que esté en tu vida.

Ella lamentó oír eso.

Jules lo veía como un hombre guapo, valiente, competente, masculino y para nada impulsivo. Antes de actuar estudiaba los daños colaterales al detalle.

—Pienso en los niños —dijo de repente.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó Matt, preocupado.

—No quiero que escuchen todas esas tonterías que dicen sobre nosotros.

—Son inteligentes, Jules. Sabrán ignorar o responder, llegado el caso.

Ella ahogó un suspiro. Conocía muy bien la emoción de tener lo que una quería al alcance de la mano y luego que se le escurriese entre los dedos.

—Estoy hecha un lío, Matt. Lo quiero todo y no puedo tener nada. —Alzó la mirada hacia él y después huyó rápidamente de su escrutinio.

—¿Qué intentas decirme? —preguntó, acercándose. Le limpió el rastro de lágrimas con el pulgar.

Ella se pegó más a la pared.

—Quiero a los niños.

—Bien, porque ellos te quieren a ti —dijo él, dejando caer la mano—. Puedes verlos cuando quieras, ya lo sabes. Te adoran y preguntan por ti a todas horas.

—Sí. Lo sé —susurró ella.

Trató de mantener las manos alejadas de Jules, pero le fue imposible.

—¿Qué más quieres, Jules?

—Algo que no puedo tener —contestó, deseando poder tranquilizarse.

—¿Qué es?

La ligera arruga de concentración entre las cejas la obligó a cerrar la boca.

—Jules, puedes hablar conmigo con total tranquilidad —le aseguró—. Todo lo que digas quedará aquí, entre nosotros.

—No es tan fácil —dijo ella mientras lo observaba. La ira había desaparecido de su mirada para dar lugar a la serenidad.

Él entrecerró los ojos, intentando descifrar los intrincados pensamientos de Jules.

Trató de reunir todo el valor para refrenar sus impulsos, pero no fue capaz.

—No puedo ser la mujer de un militar, Matt —confesó en apenas un susurro.

La realidad lo golpeó de lleno.

—No te comprendo.

Jules soltó un prolongado suspiro.

—No deseo pasarme las noches en vela, preguntándome dónde estarás o si estás en peligro. Todo eso lo he vivido a través de mi madre y sé que puede llegar a ser desesperante —confesó—. Lo siento.

—Ven aquí. —La atrajo hacia él y la besó en la frente. No podía obviar su respuesta, era bastante humana—. No tienes por qué disculparte. Lucho por ti cada día, aun sabiendo que no tengo las de ganar. Pero recuerda, Jules, solo soy un hombre. Un hombre que está loco por ti.

Con los ojos llenos de lágrimas, lo miró.

—Matt...

—No puedo abandonar el Ejército, Jules. Hace mucho tiempo me hice una promesa a mí mismo y no puedo incumplirla —dijo Matt con franqueza—. Defender mi país es un orgullo y te aseguro que no está por encima de ti ni de los niños. Sin embargo, no puedo dejar de ser quién soy.

Jules lo entendía, le estaba pidiendo que renunciase a algo que para él era de suma importancia. Servir y proteger a su país era para él un honor, una parte de su ser.

—Déjame demostrarte que puede funcionar.

Se estremeció ante aquel pensamiento, de ellos dos juntos formando una familia.

—Pensar en el futuro me da vértigo.

Él tragó saliva antes de hablar:

—Tendríamos que centrarnos en este momento, no desenterrando el pasado ni pensando en un futuro.

Ella no podía estar más de acuerdo. El pasado poco o nada tenía que decirle.

—Matt, quiero estar contigo. Pero...

—Entonces, quédate conmigo —la interrumpió él.

—Ya te lo he dicho, quiero estabilidad. No vivir en vilo, sin saber dónde estás o cuándo regresarás a casa.

Al ver que Matt no contestaba miró hacia otro lugar intentando que no le afectara la respuesta que ella le había dado.

—Supongo que no se puede tener todo en la vida. —Matt la observó unos segundos, sin pronunciar una sola palabra. Hizo un esfuerzo heroico para respetar su decisión. Finalmente, asintió apesadumbrado—. ¿Esa es tu última palabra?

Ella se estremeció, a sabiendas de que estaba a punto de perderlo. Su determinación flaqueó al descubrir su propia decepción. ¿Podría vivir sin Matt? Claro que sí, y la preocupación por él seguiría ahí. Pero en una cama más fría y sin una esperanza a la que aferrarse.

Sus excusas eran solo un pozo donde acurrucarse para lamerse las heridas.

Deseaba a Matt más que nada en el mundo. ¿Por qué dudaba? Estudió su semblante hermético y duro y, entonces, lo entendió. Si lo aceptaba debía hacerlo tal y como era, sin reservas. Tenía que arriesgarse, ser tolerante y amarlo sin condiciones.

Ese era el verdadero amor.

En ese instante comprendió a su madre, y el amor que le había profesado a su padre a lo largo de su matrimonio.

Lo había tenido todo ese tiempo delante de sus narices y solo se había fijado en lo negativo: en las largas ausencias, en la triste Navidad de una silla vacía y nunca se había percatado de cómo su padre llenaba esos vacíos cuando entraba por la puerta de casa vivo, con una enorme sonrisa en los labios y regalos para todos.

Entonces, recordó que la Navidad se celebraba cuando él llegaba, no un veinticinco de diciembre.

Eso les hacía únicos y especiales a los ojos del resto de los mortales.

—Tienes razón.

—¿En qué? —preguntó Matt.

—No puedes faltar a tu promesa ni dejar de ser quién eres.

—No, no puedo.

Ella asintió levemente con la cabeza.

—De hacerlo, no serías el hombre del que estoy enamorada.

Matt no dijo nada. Se limitó a mirarla con expresión de desconcierto.

—Quédate esta noche, por favor —le rogó. Por todos los santos, ¿cómo se podía querer algo con tanto anhelo y rechazarlo al mismo tiempo?

El corazón le latía con tanta fuerza que tenía la impresión de que se le iba a salir de un momento a otro del pecho.

Él tragó saliva.

—No creo que sea buena idea, Jules.

—No te vayas, quédate conmigo —insistió con el corazón en un puño.

Matt se dio cuenta de que en la mente de Jules había algo más que ella parecía no querer o poder expresar.

—Jules...

—Te quiero —balbuceó—. Esa es la verdad, pero tengo miedo y... eso es también real.

La sorpresa, duda y lujuria le asaltaron de repente, como si fueran tres balas dirigidas a él, a quemarropa.

—¿Me quieres? —Matt parpadeó, desconcertado. La confesión en sí le hizo apartarse de Jules un instante—. Creía que...

—Quédate —le interrumpió ella.

Los segundos pasaban lentamente. Matt la miraba muy serio, esperando que Jules cambiara de opinión.

—¿Estás segura?

—Sí.

CAPÍTULO 21

Sus manos se hundieron en el brillante cabello de Jules antes de que ella pudiera cambiar de opinión. Se limitó a perderse en su mirada, en aquellos ojos negros que lo observaban sin pestañear.

Todo aquello solo podía ser una broma del destino, eso al menos fue lo que pensó Matt cuando sus labios estaban a punto de tocarse.

Jules le lanzó una mirada nerviosa.

—Puedes cambiar de idea en cualquier momento y, entonces, me iré —admitió él. Sus manos la acariciaron suavemente, las deslizó hasta los hombros y, después, a las caderas, donde sus dedos se hundieron en la carne. Ella olía a flores silvestres y a jabón—. Tú decides.

Jules sonrió ligeramente. Sentir sus caricias era algo maravilloso, algo con lo que había soñado durante meses, y por nada del mundo iba a dar un paso atrás.

—No quiero que te vayas.

—Bien, porque quiero demostrarte todo lo que te deseo. —La agarró por las nalgas, la levantó y la atrapó entre su cuerpo y la fría pared del apartamento.

Ella dejó escapar un gemido al verse aprisionada entre Matt y la pared.

—¡Dios, eres perfecta!

Una dura carga de deseo se apoderó de ella cuando Matt dejó un reguero de besos por su mandíbula y cuello hasta llegar al fino hueso de la clavícula, sin prisa alguna, como si tuviera todo el tiempo del mundo solo para ellos.

—No tan perfecta —dijo ella con voz temblorosa por la excitación.

—No deberías llevarme la contraria —susurró contra su boca—. Sé mucho de ti; cosas que probablemente ni tú sabrías.

—Demasiado pretencioso por tu parte, ¿no crees? —dijo ella, sin aliento.

Él, de no haber estado tan jodidamente excitado, se habría reído.

Cuando Jules separó los labios temblando, Matt deslizó la lengua entre ellos, de forma provocativa, mientras agarraba sus caderas tan redondas, suaves y aterciopeladas al tacto.

—Llevas meses quitándome el sueño... —Le besó la mandíbula, subió hasta la sien y seguidamente volvió a las comisuras de sus labios—. Dime que me deseas, Jules.

Quería sentirlo, tocarlo y perderse entre sus brazos.

—Te deseo. —El aire se volvió denso y ardiente. Jules no podía pensar ni escuchar su propia voz, solo sentir la boca de él sobre la suya—. Matt...

Él la abrazó y la fundió contra su pecho. Jules se aferró al cuerpo de Matt de piernas y brazos mientras se dejaba llevar. Acabó tumbada de espaldas sobre la cama, donde las sábanas y la colcha seguían arrugadas. Matt mordisqueó su cuello y la sensación de la boca masculina sobre su piel le produjo un pequeño escalofrío que la hizo arquearse contra él.

Matt observó cómo el pelo de Jules se derramaba sobre la ropa de cama. Sus ojos estaban velados por la pasión, un detalle que a él le endureció más. Colocó la mano en su garganta y sintió que su pulso estaba desbocado, antes de seguir su camino hacia abajo. Bajó la mano por el

camisón hasta llegar al dobladillo. Tiró de la prenda por encima de la cabeza de ella. Jules se quedó en bragas y él salivó. Había fantaseado con su ropa interior desde el primer instante que entró en su casa, herido y exhausto.

Se las quitó y Jules se quedó totalmente expuesta.

Ella se ruborizó de deseo y vergüenza, pero no pudo articular palabra.

Matt se maravilló de sus pequeños y moldeables senos. Su piel era suave y sin defectos. Aprovechó ese momento para ponerse de pie y desvestirse lo más rápido posible, antes de que el mundo y la rutina los engulleran de nuevo. Lanzó la ropa al suelo, sin importar dónde o cómo cayera. Cuando ella abrió sus piernas en una clara invitación, su erección palpitante rezumó contra su vientre.

¡Joder! La escena en sí superaba con creces sus fantasías.

Jules admiró aquel cuerpo fornido y duro. No era la primera vez que lo veía desnudo, pero sí en aquel estado, excitado. Sus ojos se abrieron con fascinación, detalle que no pasó desapercibido para Matt.

—Eres perfecta y no te atrevas a llevarme la contraria —murmuró él aproximándose. Le abrió algo más las piernas con las manos y se colocó entre ellas.

Jules fue a decir algo, pero él acalló su protesta acercando su boca a la suya. Sus labios se unieron de nuevo en un profundo y desesperado beso, mientras friccionaba con suavidad las manos entre la deslizante humedad que rezumaba en sus muslos.

De la garganta de Jules brotó un gemido desgarrador cuando Matt profundizó en la caricia y la penetró delicadamente con dos dedos. Los suaves y rítmicos movimientos aumentaron la tensión en la zona, conduciéndola a un estado de pasión absoluta. Jules se estremeció entre sus brazos y ahogó un quejido al tambalearse al borde de un abismo profundo y desgarrador.

Matt sintió las uñas de Jules clavarse en su espalda. Sus cuerpos se agitaron y el placer de ella se intensificó cuando él arañó con sus dientes sus delicados e hinchados pechos. Los besó y succionó hasta que ella, clavando los talones en el colchón, se arqueó contra él y lanzó un grito ahogado de placer.

—¡Ahora, Matt!

—Primero tú —le urgió.

Jules apretó los músculos internos en un acto reflejo; sofocó un grito de satisfacción arqueando la espalda y enrollando las piernas en su cintura. La tensión y caliente presión entre sus muslos fue una especie de remolino indescriptible.

—¡Dios, Jules! —Succionó y lamió sus pechos, mientras sus dedos se abrieron paso una vez más entre los húmedos pliegues—. Definitivamente, eres perfecta.

Ella quiso contradecirlo, pero el ritmo de sus caderas no le permitió pronunciar palabra alguna. Sus embestidas eran precisas y rudas, y sus retiradas lentas y de un control absoluto. El corazón estuvo a punto de salirse del pecho, razón por la que cogió aire y lo retuvo en los pulmones, hasta que se vio en la necesidad de soltarlo y exhalar un suspiro silencioso.

—Así me gusta —susurró Matt con voz ronca contra su boca.

Las punzadas del orgasmo no llegaron a extinguirse del todo, ya que Matt la cogió firmemente de su trasero y deslizó la punta de su pene entre sus muslos. Cuando él comenzó a mover las caderas hacia dentro y hacia afuera, con una violencia inusitada, a Jules se le volvió a cortar la respiración. Se aferró a las sábanas, mientras la exquisita fricción se volvió insoportable, llevándola a un inminente orgasmo, aún más intenso que el primero.

Gritó, clavándole los dedos en la piel, mientras otro implacable avance de sus caderas hizo que sus talones se aferrasen al colchón. La arremetida fue dura y excitante, y la sensación más increíble que había vivido jamás.

—Mírame.

Ella desoyó la petición.

—¡Jules, mírame! —le exigió Matt.

Los párpados le pesaban una barbaridad, así que tuvo que hacer un esfuerzo titánico para llevar a cabo la petición de Matt.

—Eso es, quiero ver tus bonitos ojos cuando estoy dentro de ti. —Fue en ese instante cuando Matt se hundió profundamente en ella, mientras su mirada se perdía en su bello rostro. Notó sus ojos arder con los suyos, sentir sus almas entrelazarse al tiempo que él ejercía presión con una larga y profunda embestida.

—¡Jules! —exclamó a la vez que el orgasmo lo absorbía y se vaciaba dentro de ella.

Exhausto, jadeante y empapado de sudor, dejó caer la frente sobre la almohada, muy cerca del femenino cuello.

—Miénteme y dime que ha sido maravilloso.

A Jules le temblaba todo el cuerpo, y una densa y apacible neblina comenzó a envolverla, pero no por ello dejó de sonreír.

—Ha sido maravilloso.

—Gracias.

—Lo digo en serio —dijo Jules, con los ojos cerrados y una sensación extraordinaria recorriéndole el cuerpo.

Fue el turno de él de sonreír.

—Está bien saberlo, porque estoy desentrenado. —La voz de Matt sonó amortiguada contra la almohada.

Jules decidió abrir los ojos y mirar hacia el techo, como si allí estuvieran todas las respuestas que buscaba.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Matt?

Él levantó la cabeza y la besó en la frente, mientras su semierección salía de ella.

—Volver a repetirlo en cuanto me recupere —comentó con el corazón desbocado y la respiración todavía fatigosa. La besó—. Sin olvidar el puñetero condón.

Ella se sintió deseada, pero también vacía cuando Matt se retiró y se giró sobre el colchón, totalmente desinhibido. Se fijó en la herida de la pierna, tenía buen aspecto y parecía cicatrizar bien. Levantó la vista y la sonrisa que él le dedicó no ocultó el cansancio de su mirada.

—He perdido facultades —dijo, mientras su pecho subía y bajaba a un ritmo todavía acelerado. La observó y supo que estaba perdido. Se dijo a sí mismo que ni una, ni dos, ni tres veces serían suficientes.

Jules se cubrió con la sábana, algo cohibida por su desnudez.

¿Qué palabras podría decirle para no ahuyentarla? Era una mujer práctica, se lo había demostrado con creces. Una mujer que pensaba primero en los demás y luego en sí misma.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —respondió ella.

Matt, con el antebrazo, arrastró el sudor de la frente.

—Necesito que seas sincera conmigo, Jules.

—Lo soy —comentó ella, con el corazón expuesto.

Matt la conocía lo suficiente para saber qué es lo que rondaba por su mente. Pensaba en los niños, en cómo se tomarían su relación. Ella no daría un paso más, sin la aprobación de Wesley y Elsie.

Midió las palabras que estaba a punto de pronunciar. Si sus actos hacían peligrar a los suyos, Jules no dudaría en moverse rápido y huir lejos del conflicto.

—Debería de haber tenido más cuidado.

Ella dejó de mirar al techo, giró la cabeza y le besó en el cuello.

A él le gustó el gesto, denotaba intimidad y cariño.

Por algo se empezaba.

—¿A qué te refieres?

—Bueno... —comenzó a decir Matt.

Ella esbozó una enorme sonrisa radiante.

—Venga, Matt, no me vengas con esas. No soy de cristal y... te aseguro que he disfrutado muchísimo.

Sus ojos grises volaron a su cara antes de detenerse en su mirada.

—Jules...

Ella se sumó a sus pensamientos, pero los esquivó antes de que pudieran perpetuarse en su mente.

—Matt, lo digo en serio, ha sido maravilloso.

—Te agradezco el cumplido, pero me siento culpable. —Se incorporó, clavó el codo en el colchón, y la intensidad de su mirada pareció relajarse. Era preciosa—. Debí haberlo previsto, pero no fue así. He podido dejarte embarazada.

Jules le lanzó una sonrisa rápida.

A ella su reacción le pareció un poco exagerada. Era evidente que esa noche entre ellos todo había sucedido muy deprisa, y que se habían olvidado de tomar las precauciones oportunas.

Sin embargo, Jules le restó importancia.

—No estoy en mis días fértiles, no creo que debas lamentar nada.

—Jules, hablo en serio —dijo Matt, sin un ápice de entusiasmo.

—Y yo también —le aseguró ella—. Y si ocurriese, los dos seríamos responsables; no solo tú.

Matt frunció el ceño.

—Eso no es una excusa.

—Por ahora lo es —respondió ella—, no te sientas culpable.

—No lo hago, volvería a hacerlo una y otra vez. Pero...

—¿Pero? —inquirió ella, enfatizando la pregunta.

Matt la estudió en silencio.

—Necesito asegurarme de que todo está bien. Deberíamos hablar largo y tendido de lo ocurrido.

Jules se giró hasta que sus labios se posaron en el hombro de Matt. Le conocía demasiado bien para saber que era un hombre valiente, capaz de enfrentarse a un ejército de mercenarios, pero, a la par, era la responsabilidad personificada. Lo había demostrado con creces con sus hijos y... con Sarah.

Pensar en ella hizo que el corazón le diese un vuelco.

—No creo que debamos malgastar el tiempo con esta conversación —dijo seria.

—Yo creo que sí —declaró él impaciente.

Matt seguía sin cubrirse con la sábana y parecía estar a gusto con su desnudez. Ella suspiró y se relajó contra su hombro.

—Si llegase el caso, lo hablaríamos, ¿de acuerdo?

Él la miró con cautela.

—¿Y ya está?

—No soy de las que ponen la tirita antes de la herida —replicó, mirándole—. Si sucediera algo lo hablaríamos en su momento, no ahora.

Matt se dijo a sí mismo que no se rendía, que solo era una tregua.

Jules lo observó meditar su respuesta.

—De acuerdo, tú ganas —cedió él de mal talante.

—¿Ves?, esa es la actitud —comentó risueña, sacudiendo con suavidad el hombro de él.

—Me encantaría que me respondieras a una pregunta.

—Matt, por favor...

—Solo una.

—¿Solo una?, ¿en serio? —preguntó incrédula.

—Una, de momento. Prometido. —Los labios de Matt esbozaron una enorme sonrisa.

—Es difícil negarte algo. Así que, dispara.

Matt no pudo ocultar su entusiasmo.

—¿Te gustaría tener hijos?

—Matt... —se quejó Jules.

—¿Qué? —inquirió él impaciente—. Solo es una pregunta.

—Una pregunta trampa.

—No, solo es curiosidad —le corrigió en un intento de encauzar la conversación.

—¡Está bien! —claudicó Jules, relajando la postura—. Sí, me gustaría tener hijos. Al menos, dos. —Respiró hondo. Él le apartó el pelo de la cara, peinándoselo con los dedos. Ella se estremeció ante su contacto, pero continuó hablando—: No me importa el sexo, pero sería maravilloso que fuesen mellizos.

—¿Mellizos? —Matt retiró la mano de su pelo y la estudió con expresión dudosa.

—Bueno, o no, dado el caso de que se llevaran poco más de un año. Sería bonito que pudieran jugar juntos y compartir travesuras.

Él volvió a llevar la mano a su rostro y, en esta ocasión, le acarició la mejilla. Matt se imaginó a dos hijos más correteando por la casa y los alrededores del lago. La sola imagen hizo que evocaran en él recuerdos de una infancia feliz, en compañía de sus primos y amigos.

—Cuatro es un número bonito.

En cuanto aquellas palabras salieron de su boca se arrepintió. Jules arrugó la frente con confusión.

—No me estoy refiriendo a nosotros —aclaró, con el corazón en un puño.

Matt asintió inmediatamente.

—Lo sé, Jules.

Ella era muy consciente de que por ahora no había nada entre ellos. De esa noche solo le quedarían los recuerdos. En el peor de los casos, seguiría siendo dueña de la librería y acabaría encontrando algún remanso de paz. Tal vez fuera así. Pero solo tal vez, no iba a ser fácil salir ilesa de una noche como esa.

—No creo que debas hablar con Wesley y Elsie de nosotros.

—Ya podrás imaginarte que lo último que deseo es hablar con mis hijos de sexo.

Ella le observó con atención y en silencio. Hasta que por fin dijo:

—Ya sabes a lo que me refiero...

Matt lo sabía. Pero también era muy consciente de que debería dar un paso adelante si deseaba mantenerla a su lado.

En ese instante sonó el móvil, que vibró en el interior del bolsillo del pantalón de Matt.

—Disculpa, tengo que responder.

Jules volvió a tumbarse de espaldas y esperó pacientemente a que Matt descolgara.

«Cuatro niños».

Ella solo se había dejado llevar por una ilusión de su niñez, en ningún momento había insinuado nada. Pero Matt se había llevado sus palabras a su terreno.

El corazón se agitó en el interior del pecho y no deseó estar en ninguna otra parte.

Le escuchó hablar con Dave, ladeó la cabeza y lo observó de nuevo. Tenía que reconocer que poseía el culo más asombroso que hubiera visto nunca.

Musculado, bien proporcionado.

Poderoso y potente.

Se mordió el labio inferior con una idea en mente. Sonrió maliciosa. En ese momento Matt estaba de espaldas. Ella se colocó a cuatro patas sobre el colchón y, en esa pose, recorrió la distancia que les separaba.

—De acuerdo, Dave. En quince minutos estaré ahí. Gracias por todo. —Cuando Matt sintió las manos de Jules en su trasero, tuvo que hacer un esfuerzo para entender lo que decía su amigo a través de la línea. Las manos de ella se deslizaron hacia delante y le temblaron los músculos del estómago cuando le acarició con sus largos y bonitos dedos su miembro a media asta. Carraspeó y dejó de respirar cuando ella le besuqueó las nalgas—. Sí, Dave, te escucho, alto y claro —dijo con el último vestigio de control que le quedaba. Cortó la llamada, se dio la vuelta y, seguidamente, tiró el móvil sobre la cama.

—Tu hermano me romperá las piernas... —empezó a decir. Pero cuando vio la bonita y pícaro sonrisa en los labios de ella, se rindió.

—Creo que después de todo, la primera vez no ha sido suficiente.

—Te equivocas —dijo ella con una media sonrisa en los labios.

—Yo creo que no.

Jules reptó por la cama, riéndose al ver la intención en su mirada gris.

—Estoy pegajosa.

Para Matt, más que una disculpa, aquello pareció ser una insinuación. Se acercó a ella, sin poder quitarle los ojos de encima.

—Eso tendré que valorarlo yo, ¿no te parece?

Ella sofocó una carcajada cuando sintió las manos de Matt sobre su piel como una llamarada. Con su tacto, con su mirada, se encendió de nuevo. Tiró de ella, hasta tenerla en sus brazos, y pudo sentir su lado más salvaje apoderándose de él. La necesidad de poseerla rayaba la desesperación. Observó cómo la sonrisa de ella se desvanecía de sus labios y sus oscuros ojos. Estiró la mano y agarró su muñeca hasta tenerla donde quería, contra su duro pecho.

—Creo que Dave va a tener que esperar.

Ella fue a decir algo, pero la interrumpió besándola con una necesidad que él mismo desconocía poseer, que le nublaba el pensamiento.

Hacía poco más de una hora que había descubierto que Jules podía ser adictiva. La empujó suavemente hacia la cama y tiró de sus caderas, abriéndole las piernas. Fijó su mirada en

ella, tenía los ojos brillantes, velados por la excitación. Sin pronunciar palabra, se colocó entre sus muslos y la penetró con una arremetida dura y potente.

Sin ningún tipo de piedad.

Jules ahogó un gemido, se aferró a la almohada y se dejó llevar por las feroces embestidas y por el delirio que le provocaba su brusca y sensual fricción.

Matt le levantó más las piernas y se hundió en ella. Luego, una sensación de caída libre, de placer *in extremis*, se apoderó de Jules. Tomó una bocanada de aire y cuando Matt eyaculó, exhaló un gemido largo y extenuado.

Algún momento después, cuando se dio cuenta de que estaba otra vez en el mundo de los mortales, se encontró acurrucada en los brazos de Matt.

Segunda vez que no habían usado condón. Se maldijo por ello.

—¿Tienes que irte?

Él la besó en la sien.

—Dave me debe más de una, así que tendrá que aprender a ser paciente. No, no iré a ninguna parte.

Tiró de su cuerpo, y la masculina y ruda boca de Matt se hundió en la de ella hasta que el beso se transformó en uno voraz y lujurioso.

A partir de ese momento, solo se escucharon jadeos temblorosos y cargados de placer.

CAPÍTULO 22

—Llegas tarde.

Matt dejó caer las llaves y el móvil en un cesto que descansaba sobre un pequeño mueble del recibidor. Después cerró la puerta tras de sí.

—Lo sé y te pido disculpas.

Dave miró a su amigo y detectó la preocupación en su voz.

—¿Jules está bien?

—Sí, creo que sí —respondió Matt, con la mirada exasperada observando el techo. Tenía la pierna resentida, pero no dio muestras de ello—. ¿Dónde están?

—Afuera, en el lago. No han querido entrar. —Dave se levantó del sillón donde estaba sentado y se acercó a su amigo—. Que conste que he sido un buen anfitrión y les he ofrecido una cerveza y cobijo, pero ellos lo han rechazado.

Matt estaba seguro de que había sido así.

—De acuerdo, te agradezco que hayas estado aquí para recibirlos.

—¿Tú te encuentras bien?

Matt palmeó la espalda de Dave y mintió:

—Sí, no te inquietes.

—Aún no estás recuperado. —Señaló la pierna en cuestión.

—Soy consciente de ello, no te preocupes por mí.

La mirada de Dave se oscureció y profirió un ruido lastimero. Conocía demasiado bien a Matt y sabía que le estaba mintiendo, pero su amigo no era de los que dejaban a sus hombres en la estacada.

—De acuerdo, los niños han cenado en casa de mis padres y ahora duermen —le informó—. Tu madre ha llamado, preocupada, porque no respondías a sus mensajes ni llamadas. Me he inventado una excusa que no se ha tragado del todo.

—Te lo agradezco, la llamaré en cuanto pueda —dijo Matt, pasándose la mano por la nuca, con aire ausente.

—Matt...

Miró a Dave y antes de que pronunciara una sola palabra, supo lo que le iba a preguntar:

—¿Has mancillado el honor de mi hermana? —cuestionó, percatándose del pelo húmedo de Matt.

—Vete a la mierda, Dave. No quiero ni tengo por qué darte explicaciones.

Dave soltó una risotada.

—Ahora en serio, Matt. No hagas daño a Jules. Hayáis empezado lo que hayáis empezado, espero que no tengas que finiquitarlo. —Vio asentir a su amigo, pero eso no le tranquilizó en absoluto—. La quiero y... no deseo que sufra.

—No eres el único que la quiere. Ella me importa.

—Está bien saberlo —comentó Dave—. Supongo que el hecho de que seas mi amigo tiene sus ventajas.

Matt se detuvo frente a Dave.

—Espero que entiendas que no puedo elegir entre mi trabajo y ella.

—No te pido que elijas, Matt. Te exijo que seas consecuente y sincero con ella —le advirtió—. Si ella te acepta tiene que saber que tú nunca dejarás las fuerzas especiales, y que cuando vayas a una misión no hay fecha exacta de regreso.

—Creo que eso lo tiene claro.

Conocía a Dave y distinguía a la perfección cuáles eran sus puntos fuertes y débiles. Cuando veía uno de sus partidos, antes de que su amigo se pusiera en movimiento, él ya sabía, de antemano, cuál iba a ser su estrategia o en qué dirección iba a ir la pastilla.

En esta conversación ocurría lo mismo; quizás por eso no le extrañó la insistencia de Dave con respecto a su hermana.

—Ya me conoces, no quiero soltarte el «sermón». Pero ahí afuera hay dos hombres que no han venido solo a saludarte —concretó Dave.

Matt no pudo estar más de acuerdo con aquella conclusión. Asintió con la cabeza, intentando con todas sus fuerzas contener su propia frustración.

—De acuerdo, entonces. Debo irme, Gigi me espera.

Antes de que su amigo se marchara, Matt lo llamó:

—Dave, gracias por todo.

La respuesta de Dave no se hizo esperar:

—Ya sabes que siempre te he apoyado, fuera lo que fuera. Pero Jules no puede ser un daño colateral más. No creo que esta familia pueda soportar más dolor del que ha soportado ya.

Matt asintió de nuevo, Dave tenía razón.

No más dolor emocional.

Más que amigos eran hermanos, y lo cierto es que tenía razón: ya habían sufrido demasiado.

—Tienes mi palabra.

A Dave le gustó escuchar aquello, ya que Matt era un hombre de honor y jamás había faltado a una promesa.

—Suerte, Matt.

Después de asegurarse de que Wesley y Elsie seguían dormidos, salió de la casa. Cerró la puerta con cuidado de no hacer ruido y se acercó cautelosamente al lindero del lago.

Por primera vez se tomó en serio lo de adoptar un perro. A los niños les encantaría y él podría irse más tranquilo. Mientras caminaba, en silencio, pensó también en Jules. Era evidente que era una mujer precavida, segura de sí misma y de sus elecciones. Solo estaba comprometida con su trabajo y parecía feliz.

Recordó su bonito rostro, sus enormes ojos oscuros velados por la pasión y su delicada boca emitiendo pequeños grititos de placer cuando la penetraba, una y otra vez, con embestidas precisas y feroces.

Evocó la mezcla embriagadora de sexo y sudor, y sintió su entrepierna endurecerse. La atracción sexual que había entre ellos era ya un hecho más que demostrado. Esa noche habían traspasado los límites de la amistad y no se arrepentía de ello, todavía. Resolló con fuerza; aún seguía jodidamente excitado solo de pensar en ella.

Era divertida e independiente. Tenía un carácter arrollador, siempre tomaba el mando de las situaciones en las que otros huían, lo había demostrado con creces cuando su madre sufrió el infarto. Se dijo a sí mismo que era tan valiente como cualquiera de los hombres que tenía a su mando.

Por su experiencia, las relaciones amorosas eran poco fiables y generaban más inconvenientes que satisfacciones. Pensó en el fracaso de su matrimonio, pensó en Sarah, en por qué no funcionó.

Pero ninguna respuesta le convenció.

No había fracasado solo su matrimonio, ambos lo habían hecho.

Creía haber aprendido la lección: estaba mejor solo y dependiendo de él mismo.

«Céntrate, Matt», se dijo.

Él estaba acostumbrado a la acción, a liderar a su equipo de las fuerzas especiales. A hacer lo que fuera necesario para defender a su país de traidores o enemigos de su bandera. Pero en ese momento se sentía como un inútil. Si sucediera algo no estaba seguro de poder salvarse a sí mismo, mucho menos a otra persona.

Había logrado caminar apenas cien metros y ya estaba agotado, aunque no dejaba de ser un avance, hacía solo unas semanas no podía posar el pie en suelo.

Estaba agotado, pero no derrotado.

Se detuvo unos segundos para admirar el cielo oscuro, la luna estaba encerrada entre nubes y casi no alumbraba el lago. Escuchó los ruidos que traía la noche: grillos, cigarras, alguna que otra rana, el ulular de las aves nocturnas o el chapoteo del agua cuando los peces subían a la superficie.

Era la calma perfecta antes de la tormenta.

Inspiró el frío aire que provenía del lago y se entremezclaba con las sombras de los árboles. Luego lo dejó escapar por la boca, poco a poco.

—Matt...

La voz de Phil interrumpió la paz del momento.

—Estoy aquí.

—No te imaginas cuánto me alegro de verte.

Matt suspiró y apenas pudo ver el rostro del sargento, pero distinguió las profundas arrugas de preocupación en su frente.

Se abrazaron, como solo lo podían hacer dos hombres que se guardaban las espaldas el uno al otro.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor de lo esperado. —Fue la escueta respuesta de Matt. Se separó del sargento y miró a su alrededor—. ¿Seagull está contigo?

—Aquí estoy, teniente —dijo el senegalés, saliendo de detrás de unos arbustos. La piel de Seagull era tan oscura que apenas se distinguía en la penumbra—. Buen lugar para pescar.

Matt sonrió, recordando que la pesca era el recreo preferido de Seagull.

Lo abrazó del mismo modo que a Phil.

—Puedes venir cuando quieras, estás invitado —dijo Matt, palmeando su espalda.

—No hará falta que me lo repita dos veces, teniente.

—Dave nos ha invitado a tu casa, pero hemos declinado la invitación —informó el sargento.

Matt suspiró y se limitó a asentir con la cabeza.

—Me lo ha comentado.

—Phil quiso pedirle un autógrafo, pero en el último momento se arrepintió —se burló Seagull—. Deberías haberle visto la cara cuando Dave Suvari abrió la puerta de tu casa.

—Cállate, idiota.

Seagull, sin poder contenerse, se dobló en dos y se retorció de la risa.

—Supuse que el teniente querría conocer los detalles.

Matt sonrió ante la escena. Cuando estaban juntos en una misión las bromas y las pullas eran importantes para los hombres, hacían disminuir la adrenalina y crear camaradería.

—Te conseguiré ese autógrafo. Pero ahora, dime, ¿qué ocurre?

Las risas desaparecieron como por arte de magia.

—Han intentado ponerse en contacto contigo en las últimas horas, pero no ha sido posible —le informó Phil.

—He estado ocupado —comentó Matt, sin dar más explicaciones.

Ambos hombres asintieron, sin dudar en ningún momento de la palabra de su teniente.

—Teseo ha llamado.

Era más que evidente que si Teseo se ponía en contacto con ellos era porque había una misión en marcha.

—¿Se sabe el destino? —preguntó a Phil.

—Colombia.

Matt, tras escuchar las órdenes, soltó una imprecación.

—Le dije que no estabas preparado físicamente, que necesitabas recuperarte; pero él insistió en que te unieras a nosotros, aunque sea solo de apoyo —concretó el sargento.

Phil fue vagamente consciente de la fugaz mirada de sorpresa de la cara de Matt. Todos sabían qué significaban aquellas órdenes, el teniente no estaría con ellos en primera línea de fuego. Pero, aun así, recibirían sus órdenes.

—Somos un equipo, teniente —señaló Seagull.

Matt sabía que, tarde o temprano, llegaría una nueva orden. Solo era cuestión de tiempo. Pero la información en sí lo sobrepasaba. Pensó en sus hijos, en Jules, en su madre... Su mundo estaba desordenado y aún demasiado confuso. A punto de estallar, consiguió controlarse, su instinto le aconsejó que no lo hiciera si no quería echar por tierra su carrera.

—De acuerdo —aceptó a regañadientes—. ¿Sabéis los detalles?

—Sí —se apresuró a responder Phil.

Dos horas más tarde, Matt regresó a su casa. En otro momento habría disfrutado del aire libre y de la tranquilidad que ofrecía la noche, pero ahora no. Tenía mucho en qué pensar.

Cuando llegó a la casa apenas podía mantenerse en pie. Se acercó al porche, se agarró a uno de los postes y se masajeó la dolorida pierna. Le gustaba su vida, vivir rodeado de naturaleza, en una casa sólida con sus hijos y Jules.

No quería marcharse. Al menos, aún no. Deseaba un par de meses más de baja; sin embargo, serían solo dos semanas. Después, su equipo y él pondrían rumbo a Colombia.

Si se lo tomaba en serio durante ese tiempo podría recuperarse, mejorar su estado físico jugando al *hockey* y levantándose cada mañana, de madrugada, a correr por la orilla del lago.

No pensaría en el futuro. Hoy por hoy resultaba agradable estar en casa, en compañía de los suyos.

Pero eso, aunque no quisiera, estaba a punto de cambiar.

CAPÍTULO 23

—Harper, Matt me ha llamado. Regreso en una hora.

Harper levantó la cabeza cuando Jules tenía ya la mano en el tirador de la puerta.

—Un segundo...

Jules dejó caer la mano y la miró.

—Dime.

—Viniendo hacia aquí escuché decir a alguien que Matt le había dado su merecido a Ross. ¿Es eso cierto?

Jules respiró profundamente para después dejar escapar el aire.

Naturalmente Midway era un pueblo pequeño y el rumor de la pelea en el bar había corrido como la pólvora.

—Sí, es cierto.

Harper ensanchó su sonrisa.

—Me gusta Matt.

—Pero lo que hizo fue una estupidez.

—¿Por qué dices eso?

Jules se encogió de hombros.

—Un agente de las fuerzas especiales no puede ir por ahí con los puños en alto buscando camorra.

—Lo hizo por ti.

—No estuvo bien, Harper —comentó Jules, acercándose al mostrador—. Si llegaran a denunciarlo, le expulsarían del Ejército.

Harper pareció pensativa.

—Tiene su lógica. —Se encogió de hombros—. ¿Has hablado con él de todo esto?

Fue el turno de Jules de sonreír.

—Mejor que eso.

Harper, intuyendo la respuesta, abrió los ojos de par en par y ahogó un grito de alegría, llevándose las manos a la boca.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Harper con expresión perpleja.

—Muy en serio —respondió Jules.

—Y se puede saber cuándo me lo ibas a contar.

—A mi vuelta, ahora tengo prisa.

—Es lógico, yo también la tendría.

Jules hizo un ademán con la mano, restándole importancia, y luego sonrió.

—Tengo que irme, Harper.

—Por supuesto. ¡Diviértete!

Jules se acercó a la puerta y la abrió para dejar paso a dos clientes. Después cerró tras de sí y corrió hacia su coche. Volver a ver a Matt era una exigencia de su cuerpo, más que una visita de cortesía.

Solo de pensarlo sintió una tensión en la zona baja del vientre.
Llegó a la conclusión de que era cierto lo que decían: el sexo podía ser adictivo.

Dave aparcó en la puerta de la librería y salió de su coche con los ojos puestos en el escaparate. A través de él observó a Harper. Tenía un par de libros entre las manos y gesticulaba al tiempo que hablaba con un cliente. Cerró la puerta de su Tesla y soltó el aliento de golpe con un gesto de impaciencia.

Había llegado el momento de hacer las preguntas inoportunas para encontrar las respuestas correctas. Se dirigió al local, mirando de un lado a otro de la vía. La suave brisa primaveral lo envolvió, acompañado del dulce olor que desprendía la pastelería de Rosalind, calle abajo. Se alegró de que no hubiera ningún periodista por los alrededores que le avinagrara el día. En dos zancadas alcanzó la puerta de la librería, la abrió y, como era de esperar, el carillón de viento le dio la bienvenida. Seguidamente, los ojos de Harper se encontraron con los suyos. Ella no mostró ningún tipo de amabilidad por su parte, despegó la mirada de la suya, se giró hacia el cliente y le sonrió, mostrándole el otro libro que sostenía entre las manos.

Dave decidió obviar a Harper por el momento. Buscó a Jules y no la encontró. Era una lástima, porque le habría gustado hablar con ella. Así que optó por pasearse entre las estanterías y ojear las novedades. No era un ávido lector, pero le gustaban los libros. Fue directamente a la zona de deportes, allí encontró varias biografías suyas, no autorizadas. Ni se molestó en echarles un ojo, todo lo que decían era falso.

Aún no entendía cómo había personas que se llenaban los bolsillos a su costa. Dio un par de pasos más y se detuvo ante un par de guías de *hockey*. Las ojeó, mientras escuchaba de fondo la voz de Harper hablando con el cliente. Resolvió echar un vistazo a algunos de los libros.

Si tenía que matar el tiempo, mejor leyendo sobre el *hockey*.

Harper despidió al cliente y suspiró.

Dave estaba en alguna parte de la librería. Podía sentir su energía y también su mal talante. Comenzaba a conocerle y tenía muy claro que no era una visita de cortesía.

Cerró los ojos e inspiró con fuerza. Cuando enfocó de nuevo la mirada y su respiración fue algo más acompasada, fue a su encuentro.

No le sorprendió encontrarlo en la zona de deportes.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Creo que sí.

—Jules no está, pero no creo que tarde en volver —dijo ella, con toda la confianza en sí misma que pudo reunir.

Dave cerró el libro de golpe y lo devolvió a la estantería.

—Prefiero hablar contigo.

Ella dio un pequeño respingo. El tono de Dave no era muy amable.

Dave se fijó en Harper. Los vaqueros le sentaban bien, lo bastante ajustados para pegarse a su redondeado trasero. La camisa, a cuadros y de franela, no era para nada elegante, pero tenía que reconocer que le quedaba bien. Como tampoco era muy de su agrado el cabello corto, con ese llamativo flequillo, que hacía que sus ojos parecieran más grandes.

Llegó a la conclusión de que a Harper no debía gustarle tomar el sol, porque su piel era pálida y de apariencia delicada. ¿Qué le pasaba? Nunca se había sentido atraído por una mujer

como ella: esbelta, sin apenas curvas marcadas y pechos pequeños.

A él le gustaban las mujeres rubias, exuberantes y altas.

Nada que ver con Harper Foster.

—De acuerdo —claudicó Harper—, tú dirás.

La voz de ella le hizo alejarse de sus pensamientos y aterrizar de nuevo en el presente.

No vaciló, fue directo al grano:

—¿Por qué quieres ver uno de los entrenamientos?

Harper sabía que esa pregunta llegaría en algún momento; sin embargo, si creía estar preparada para responderla estaba del todo equivocada.

Aun así, decidió ser sincera:

—Supongo que por curiosidad.

Le vio entrecerrar los ojos.

Estaba claro que su respuesta había sido poco convincente.

—Mis entrenamientos son a puerta cerrada y no me gusta que haya gente husmeando mientras los chicos están en la pista.

Ella lo entendía. Al fin y al cabo, había participado en numerosos torneos importantes de patinaje artístico, en una vida pasada.

—Lo comprendo, pero...

—No hay peros, Harper —la interrumpió—. Lo siento, pero esta conversación acaba aquí.

Él hizo ademán de irse, pero ella le agarró del brazo y le retuvo.

Dave volvió la cabeza y la observó con el ceño fruncido.

—¿No he sido lo bastante claro al respecto? No deseo mirones en mis entrenamientos —insistió él—. No te conozco, no confío en ti. Además, no deberías quejarte, he tenido la amabilidad de venir a decírtelo en persona.

—Por favor, Dave.

Él la miró ceñudo, confundido por su ruego. Tras dejar pasar unos segundos, habló:

—Necesito saber el motivo.

Harper suspiró profundamente y comenzó a frustrarse. El motivo solo le pertenecía a ella, a nadie más.

Dave bajó la vista a la mano que tenía en su antebrazo.

Ella la dejó caer de inmediato. Era evidente que no le había gustado la respuesta.

—Entonces, ya está todo hablado...

—Por favor, Dave —suplicó.

Dave la miró con recelo, antes de ponerse furioso. Enarcó una ceja ante su insistencia.

—No.

La frustración se apoderó de nuevo de ella.

—No te arrepentirás.

Lo miró a los ojos. Calculó mentalmente cuántos férreos argumentos iba a necesitar. Esperaba que no fueran muchos.

—Parece importante para ti.

—Lo es —contestó ella sin dudar.

Dave parecía incómodo.

—Verás, Harper. Podrías grabar con el móvil o...

—Antes de entrar te daré el móvil y no me lo devolverás hasta que esté fuera del pabellón

—le interrumpió, levantando la mano derecha—. Y juro que no hablaré con nadie de los entrenamientos.

La expresión de Dave fue de completa expectación. Negó con la cabeza.

—No lo entiendo.

Se percató de que su mano seguía en alto, tras el juramento. No tuvo que meditar su respuesta.

—Lo siento, pero no puedo, Harper.

Ella dejó caer la mano, desilusionada. Al menos lo había intentado.

Dave pensó que era una estupidez negarse, Harper parecía inofensiva. Pero en el mundo del deporte uno debía andar con pies de plomo. Era algo que él había aprendido tras cometer muchos errores a lo largo de su carrera; los cuales no estaba dispuesto a repetir.

Desde luego, Harper entendía la reticencia y la reacción de Dave. No le culpaba, pero, aun así, decidió insistir:

—No soy una espía, Dave. No hablaré con nadie del entrenamiento, te lo prometo —dijo solícita—, ni siquiera sabrás que estoy allí.

Dave se quedó allí quieto, perplejo por su insistencia.

—Sigo sin comprenderlo.

—A veces no es cuestión de comprender, sino de aceptar —comentó ella, esperanzada.

Dave se debatió consigo mismo, cabía la posibilidad de que Harper le estuviera mintiendo y tenía que enfrentarse al hecho de que si le permitía la entrada podría arrepentirse o, peor aún, desilusionar a los muchachos. Las estrategias de juego se guardaban siempre con el mayor de los celos y no se compartían con nadie fuera del equipo.

Él puso los ojos en blanco, pero claudicó. Además, Matt le había dado su beneplácito.

—Espero no arrepentirme.

La esperanza se abrió paso y Harper no pudo más que sonreír.

—No te arrepentirás, te lo prometo.

—De acuerdo, mañana, a las seis de la madrugada. Espero que no tengas problemas para levantarte de la cama.

Ella sofocó una sonrisa de victoria.

—Ningún problema, te lo aseguro. Allí estaré, puntual.

Dave asintió en silencio. Solo esperaba no haber cedido a ninguna estupidez.

Sin más demora, se marchó sin despedirse. Enfadado consigo mismo por haber sido tan permisivo.

Harper esperó a que él se alejara para tomar una bocanada de aire. Controló su entusiasmo e impidió que sus pies bailotearan y sus manos palmearan.

No era un triunfo, pero cada vez estaba más cerca.

Con eso tenía que bastar, al menos por ahora.

Cuando Jules llegó a la casa de Matt se dijo que era una casa normal, que no había en ella nada que destacara sobre las demás. Pero no era cierto, la casa en sí se estaba convirtiendo en su hogar y eso le alegraba y asustaba a partes iguales. Cerró el coche con el mando a distancia, dejó caer las llaves de nuevo en su bolso y se dirigió al porche, que estaba conectado con la cocina.

Como supuso, la puerta estaba abierta.

No había vuelto a saber nada de Matt. Él no la había llamado y ella tampoco había hecho nada para contactar. Respiró hondo un par de veces y entró en la cocina, con el corazón en un puño.

Si su encuentro había quedado como una noche de sexo desenfrenado, debería aceptarlo sin más.

En ese preciso momento, Matt apareció. Tenía el pelo húmedo y solamente llevaba una toalla que se enrollaba en sus caderas. Ambos se quedaron mirándose, sin saber muy bien qué decir. A la luz del día las cosas se podían interpretar de otra manera muy diferente a la noche anterior.

—Siento haberme presentado sin avisar —dijo Jules cuando recuperó la capacidad de hablar.

—Siempre eres bienvenida, Jules. Ya lo sabes —confirmó Matt, sin moverse del sitio.

Jules intentó pensar en algo que la calmase, en algo que pudiera controlar. Pero no se le ocurrió nada que decir.

—Tenemos que hablar.

Ella levantó la mirada rápidamente.

—Ah, ¿sí? —La experiencia le había enseñado que las conversaciones que comenzaban con esas tres palabras nunca acababan bien—. ¿Qué ocurre?

—Lo que tengo que decirte puede esperar —comentó él, acercándose—. Pero antes, déjame verte. Déjame olerte.

La respiración de ella se agitó; sintió la necesidad de sonreír. Sin embargo, no lo hizo.

Verla allí, en su cocina, tras una maratónica velada de sexo y sentimientos contenidos, era más de lo que podía soportar.

Las malas noticias podían esperar.

—¿Dónde están los niños? —preguntó ella casi en un jadeo.

—Dave los ha llevado al colegio.

Lo miró desde el otro lado de la cocina.

—Dave siempre tan solícito.

—Ya le conoces, es un buen amigo.

—Sí, sí que lo es —farfulló ella.

—Jules...

—No sabía si venir o llamarte —comentó ella, deseando librarse desesperadamente de toda esa frustración que la consumía.

Él se hizo cargo de la situación.

—Iba a llamarte yo, pero has hecho bien en venir.

Era una forma singular de disculparse, pero Jules la aceptó.

—No he dejado de pensar en ti... en ningún momento —dijo él.

A ella le gustó oír aquello.

Su tono, su expresión, hizo que se sintiera más tranquila.

Acortó la distancia que los separaba y cuando llegó hasta ella la levantó y la llevó hasta la pared. Por el camino, Jules perdió el bolso, la chaqueta y todo el sentido común.

Le arrancó la ropa, mientras sus lenguas no les dieron tregua y quejidos sensuales salían de sus gargantas.

Tiró de ella por la cadera hasta alcanzar el borde de la mesa y la levantó con las manos. Fijó la mirada en ella, previendo la batalla.

—No voy a tomármelo con calma. Bien sabe Dios que no puedo —le susurró recorriendo con la lengua el borde de la oreja.

Jules ahogó un jadeo cuando las punzadas de deseo atravesaron su entrepierna y tensaron sus muslos.

Sin miramientos, Matt se deshizo de las bragas, levantó sus piernas y la penetró profundamente. Jules gimió cuando él salió y volvió a entrar con una arremetida aún más feroz. Le temblaron las piernas y se quedó sin aliento cuando él se clavó en ella sin piedad y se hundió muy adentro, moviendo las caderas sin cesar.

Jules notó como un arrebato de placer, sin fin, se apoderó de ella. El orgasmo la pilló desprevenida y pudo jurar que a Matt también.

Luego, un momento después, cuando se dio cuenta de que podía hablar, preguntó:

—Le he dicho a Harper que tardaría una hora en volver.

Él salió de ella y sonrió, con el pecho agitado.

—Me parece bien. Aún hay tiempo —dijo sin aliento.

Jules rio, mientras se afianzaba a él.

—No creo que sea posible, Matt Killmer —se mofó.

Él la miró con incredulidad.

—¿Qué no? Déjame demostrártelo.

Sin más miramientos, cargó con ella escaleras arriba, sin preocuparse demasiado por su pierna.

CAPÍTULO 24

Harper estaba muerta de frío. Se arrebujó en su abrigo, mientras esperaba fuera del pabellón. Aún no había amanecido y de no ser por un par de farolas que iluminaban la zona, la oscuridad se habría adueñado de todo. Se frotó las manos con la única intención de brindarse un poco de calor.

Pero no dio el resultado esperado.

Así que, se cruzó los brazos metiendo las manos debajo de las axilas. Al menos la tela del abrigo era algo más acogedora para una madrugada del mes de abril. Giró sobre los talones de sus botas cuando escuchó voces, un grupo de chicos se aproximaba a ella. Iban cargados con sus bolsas de deporte, mientras se gastaban bromas y reían sin ningún tipo de prejuicio.

Aspiró con fuerza para soltar el aire muy despacio, una nube de vaho salió de su boca. Descruzó los brazos y, finalmente, se metió las manos en los bolsillos.

Cuando le vio, se le cortó la respiración.

Había ido varias veces al instituto con la única intención de entablar una conversación con él, pero en el último momento se había arrepentido y se había alejado. No sabía qué decirle ni cómo presentarse. Todas esas veces la frustración y la rabia se habían adueñado de ella, sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

¿Cómo entrar en una vida?

¿Cómo revelar un secreto? Sin daños, sin protestas y sin culpa.

Imposible.

Tres meses viviendo en Midway y aún no había tenido valor suficiente para un *hola* o un *¿qué tal estás? Soy Harper Foster y necesito hablar contigo*.

Le vinieron a la cabeza las últimas palabras de su hermana, como si fueran una sentencia de muerte:

«No te pertenece. Déjalo marchar para siempre».

Pero la idea de recompensar los abrazos perdidos era más fuerte que cualquier otro deseo.

Harper dio un pequeño salto cuando vio al grupo acercarse. Su cerebro se puso en marcha y se prometió a sí misma no aferrarse al pasado. Cuando lo vio pasar por su lado, se olvidó de respirar. Era la primera vez que lo veía tan de cerca y le pareció hermoso, incluso agradable. Lo evaluó en silencio, mientras le recorría con la mirada. Era alto, tenía el pelo oscuro, su cara era ovalada y cuando sonreía le salía un hoyuelo en la comisura de los labios. Su nariz era delgada, pero algo prominente. Eso le hizo sonreír, porque ese rasgo lo había heredado de su familia. Los ojos de Gray brillaron de pura malicia cuando uno de sus compañeros se acercó a él y le susurró algo al oído.

Las risas no se hicieron esperar y ella sonrió también, como una tonta, al verlo feliz e integrado en su equipo.

Dave se quedó un poco rezagado, allí de pie, observando la escena. No le pasó por alto la reacción de Harper al ver a Gray salir con el resto de sus compañeros. Intrigado, esperó hasta que los chicos entraron al pabellón de deportes.

Harper no se movió, tenía la mirada perdida en alguna parte. Se giró y el viento aprovechó ese instante para agitar los faldones de su abrigo. Cuando ella lo vio, lo miró fijamente, sin apartar la mirada.

Dave apretó la mandíbula y arrugó la frente, mientras reflexionaba detenidamente sobre lo que acababa de contemplar. Sin vacilación, comenzó a caminar. Cuando llegó a la altura de Harper, esperó pacientemente a que ella dijera algo.

—Gracias por dejarme ver el entrenamiento.

Él asintió, en silencio.

Supuso que detrás de su perseverancia había una explicación. Pero Harper parecía no querer entrar en detalles. Estiró el brazo, colocando la palma hacia arriba.

Ella metió la mano en el bolso y sacó su móvil. Se lo entregó, sin reservas.

—He decidido confiar en ti, no me defraudes —le advirtió llevando el teléfono de Harper al bolsillo de su pantalón—. Te lo devolveré cuando hayamos acabado.

Ella asintió levemente, pero evitando mirarle a los ojos.

—Será mejor que entremos antes de que los chicos lleen alguna. Aunque no lo creas, a estas horas de la mañana tienen demasiada energía. —Dio un paso adelante y esperó a que ella lo siguiera. Giró la cabeza sobre su hombro y la miró—. ¿Algún día me contarás de qué va todo esto?

A ella no le pasó desapercibido el ceño fruncido de Dave.

—Es posible, pero, al igual que tú, aún no tengo claro si puedo confiar en ti.

La respuesta en sí hizo que Dave sonriera.

La prepotencia de aquella mujer lo sacaba de sus casillas, pero también le agradaba. Lo cierto es que estaba intrigado, quizás más de lo que le gustaría.

Dos horas más tarde, y a punto de morir congelada, Harper seguía en las gradas. El equipo era bueno, aunque les faltaba algo de técnica y coordinación. Pero nada que Dave y los chicos no pudieran solventar con tiempo y más horas de entrenamiento.

Hacía meses que no se ponía unos patines y se deslizaba por el hielo. Y por un segundo, deseó estar en la pista con ellos y enseñarles cómo escabullirse elegantemente del contrincante.

El patinaje artístico era algo más que una puesta en escena, maquillaje y un traje bonito. Se requería fuerza, precisión, coordinación y seguridad en una misma. Los giros, las figuras o las piruetas necesitaban una correcta técnica, más el agregado de la música elegida.

Sabía muy bien lo que sentían los chicos en ese momento en la pista. La adrenalina estaría corriendo por sus venas a una velocidad de vértigo, sus corazones estarían bombeando sangre sin parar. Y sus músculos estarían tensos y en alerta, mientras el aire frío abofeteaba sus rostros. La concentración no les permitiría darse cuenta de nada de eso. Solo cuando dejaran de patinar, cuando el sudor enfriase sus espaldas o hubieran recuperado la capacidad de respirar, solo ahí, sentirían la necesidad de regresar a la pista.

—¿Te apetece un chocolate caliente?

Harper dio un respingo ante la intromisión de sus pensamientos.

Matt le sonreía. Llevaba dos vasos, uno en cada mano.

—Bueno, decir que es chocolate, es mucho decir —comentó él, ofreciéndole uno de los vasos de plástico—. Es leche vegetal con chocolate puro.

Ella conocía bien el sabor de aquel brebaje. Lo había bebido en más ocasiones de las que podía recordar.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Puedo? —Matt señaló el asiento contiguo al suyo.

—Sí, claro. —El chocolate estaba caliente y eso era de agradecer.

—¿Qué te parecen? —preguntó Matt, haciendo referencia a los chicos.

—Son buenos, necesitan pulir algunos detalles. Pero terminarán haciéndolo.

Matt la miró con expresión de sorpresa.

—¿Te gusta el *hockey*?

Ella no tuvo que meditar mucho la respuesta.

—El *hockey* es interesante. Está bueno —mintió, mientras levantaba el vaso en alto.

—No es nada del otro mundo.

Harper no estuvo de acuerdo. Estaba caliente y eso era más que suficiente a esa hora de la mañana.

En ese instante, Dave gritó a uno de los chicos y ella lamentó que fuera a Gray.

—¿Por qué le grita tanto?

—Porque es un jugador excepcional y Dave quiere sacar lo mejor de él.

Ella asintió, como si eso tuviera todo el sentido del mundo. Se llevó el vaso a los labios y bebió un sorbo. Estaba tan agrio como recordaba, pero no comentó nada al respecto.

—Si te soy sincero, estoy sorprendido de que Dave te haya dejado entrar.

—Ah, ¿sí?

—Sí, no lo hace nunca con nadie, ni siquiera con su padre. Y mira que ha insistido veces. Eres la excepción a la regla.

Harper dedicó una sonrisa a Matt. Ahora comprendía lo que veía Jules en él. Dave y él eran muy diferentes. Mientras el teniente era empático y socialmente correcto, el entrenador, que en ese momento se llevaba el silbato a los labios, era frío y bastante desconsiderado.

No entendía cómo podían ser tan buenos amigos.

—Le he debido de dar pena.

Matt sabía que no era eso, Dave no se dejaba llevar por la aflicción.

Chasqueó la lengua y la miró, curioso.

—Déjame adivinar —dedujo Harper—, te ha enviado de avanzadilla para sonsacarme información.

Matt se carcajeó de tal manera que hasta el mismo Dave miró hacia las gradas con gesto huraño.

—No te voy a mentir, por ahí van los tiros.

—Me lo suponía. —Bebió otro pequeño sorbo de chocolate—. No hay mucho que decir, Matt. Solo que estoy agradecida de estar aquí.

—De acuerdo.

Debería insistir, porque Dave le sometería más tarde a un interrogatorio. Pero por algún motivo, que no llegó a comprender, dejó de hacerlo.

—¿Cómo va tu pierna? —preguntó ella, intentando cambiar de tema.

Matt se masajeó el muslo.

—Mejor de lo esperado.

Ella giró la cabeza y lo miró con seriedad.

—¿En serio?

—Sí —respondió Matt—. ¿Por qué iba a mentir?

Harper se encogió de hombros.

—¿Jules sabe que te irás pronto?

Matt arqueó las cejas, sorprendido.

—Ya veo que no —murmuró Harper, sin dejar de mirar la pista.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la forma en que te has tocado la pierna, es como si quisieras incitarla a que curase más rápido. —Rodeó el vaso con las manos y lo hizo girar entre los dedos—. He padecido más lesiones de las que puedo recordar, y sé muy bien lo que es desear volver al campo de batalla y enfrentarte a ti misma.

Matt se fijó en Harper. No le extrañaba que a Dave le reconcomiera la curiosidad. A simple vista, la mujer que tenía a su lado parecía endeble, incluso indefensa. Pero nada más lejos de la realidad.

—¿Vas a contarme tu historia?

—No. —Fue su taxativa respuesta.

—Concisa y sincera.

—Más bien, precavida.

—Eso también —adujo Matt.

—Deberías hablar con Jules lo antes posible. Cuanto antes sepa a lo que debe enfrentarse, mejor para ella —le aconsejó Harper.

Él bajó la cabeza con expresión seria.

—No es fácil.

—Nunca lo es, Matt. Créeme. Lo sé por experiencia.

—Quiero un perro.

—Elsie, cariño, ya lo hemos hablado —dijo Matt, retirando la sartén del fuego—. Una mascota es una responsabilidad enorme.

—Yo soy responsable —comentó la niña muy seria.

—Tú eres de todo, menos responsable —contrató Wesley, con la boca llena de cereales y leche.

—¡Papá! —se quejó la niña.

—Wesley, por favor. Deja a tu hermana en paz y no hables con la boca llena. Es de mala educación —le regañó Matt, al tiempo que servía el revuelto de huevos.

A pesar de los contrataques de sus hijos, para Matt era el mejor momento del día: desayunar con su familia. Además, le encantaba su cocina: un espacio abierto con mucha luz que delimitaba con el porche y que tenía vistas al lago.

Debería asimilar la idea de adoptar un perro. Elsie estaría encantada y Wesley también, aunque no lo diera a demostrar. No había vuelto a meterse en problemas, y eso se merecía un premio.

Controlar la ira y la rabia era difícil de conseguir, y más a los nueve años.

Era muy consciente de que los rumores sobre Sarah no se habían extinguido del todo; sin embargo, las cosas en casa iban mejorando.

Los ojos de Elsie se agrandaron cuando se percató de que Jules entraba en la cocina.

—¡Jules! —exclamó corriendo a sus brazos, esperanzada—. Igual puedes convencer a papá.

—¿De qué? —preguntó ella, ruborizándose por el guiño de Matt.

—Elsie quiere un perro —respondió Wesley por su hermana.

—¿Tú también lo quieres? —preguntó Jules.

Wesley se encogió de hombros, como si tal cosa.

—Puede...

—Eso no es una respuesta —aclaró Jules, adoptando una expresión tierna—. Si queréis que alguien entre en la familia debería haber un consenso.

—¿Qué es un con... consenso? —preguntó Elsie, ladeando la cabeza.

—Pues que deberíais estar todos de acuerdo. —Miró a Matt y sonrió maliciosamente.

Él le devolvió la sonrisa, recordando su precioso cuerpo desnudo sobre él hacía escasamente media hora. Se había despertado con un tremendo deseo por ella y la posibilidad de saciarlo solo la tenía Jules. Así que, había deslizado sus manos sobre su adorable trasero cuando ella se puso a horcajadas y encajó una fuerte e impetuosa embestida que los dejó a los dos sin aliento. Así habían alcanzado su éxtasis.

Pero ella era adictiva, quería más. Le daba la impresión de que nunca tenía suficiente.

«Cuidado, tío. Te estás enamorando».

Llegar a esa conclusión le hizo más feliz todavía. Deseaba más mañanas como la de ahora, más pequeños conflictos por resolver y más complicidad con la mujer que amaba.

Lo quería todo de ella, hasta sus defectos.

—¿Jules, tú quieres adoptar un perro?

La pregunta la pilló totalmente desprevenida.

—Bueno, yo no soy parte de la familia.

Elsie sopesó la respuesta y no le agradó del todo.

—De alguna manera, lo eres —comentó Wesley con aire distraído—. Duermes todas las noches con papá, en su cama.

Elsie ahogó una exclamación y una deliciosa sonrisa se dibujó en sus bonitos labios.

—¿En serio? —preguntó la niña emocionada—. ¿Vas a ser nuestra mamá?

—Bueno, yo... —Miró a Matt, sin saber muy bien qué decir.

Él se encogió de hombros, divertido con la conversación.

—Podrías ayudar —le sugirió en voz baja.

—Tú eres la que has hablado de consenso. —Soltó una risotada cuando ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—¡Me las pagarás, Matt Killmer! —le amenazó con un mohín en los labios.

En ese mismo instante, a él le habría gustado despejar la mesa y hacerle el amor allí mismo. Pero tendría que esperar. Lo bueno siempre tenía que esperar.

—A mí me gustaría que vivieras con nosotros —sugirió Wesley.

—¡A mí también! —exclamó Elsie encantada y dando pequeños saltitos.

—Esto sí que es entusiasmo... —murmuró Jules, mientras abrazaba a Elsie.

Se acercó a Wesley y le besó en el pelo.

—Gracias por tu voto de confianza, campeón.

Él niño asintió, complacido.

—Así cuando papá no esté, podrías ayudarme con mi proyecto de ciencias.

Una leve sensación de temor se apoderó de ella.

—Aún falta mucho para eso, tu padre se está todavía recuperando.

—No lo creo, le escuché hablar con el tío Dave. Se va a marchar pronto.

Un silencio tenso se apoderó de la cocina.

La mirada de Jules voló hacia Matt. Y supo, por su expresión, que Wesley estaba en lo cierto.

—¿Te vas a ir papá? —preguntó Elsie compungida.

—Ya sabes en qué consiste mi trabajo, cariño. —Él la miró con expresión consternada.

Jules sabía que no tenía ningún derecho a sentirse herida, pero no pudo remediarlo. Fijó los ojos en Matt. El hecho de que él no lo desmintiera hizo que el corazón se le encogiera.

Matt se percató de cómo la mirada de diversión desapareció de los ojos de ella.

—¿Es cierto?

—Jules, pensaba decírtelo un poco más adelante, cuando la misión estuviera más consolidada.

—¿Cuando estuviera más consolidada? ¿En serio?

—Faltan detalles por concretar. —Matt exhaló de manera audible.

—Detalles que no vas a compartir conmigo.

Él detectó la rabia en su voz.

—Ya sabes cómo va esto, Jules. No puedo hablarte de la misión.

—Claro. Así es el Ejército: exigente y riguroso.

Él bajó la cabeza con expresión seria.

Wesley y Elsie movían la suya de un lado para otro, como si se tratara de un partido de tenis.

Jules se dijo que los niños no deberían ser testigos de una discusión; así que, apartó la vista de la expresión melancólica de su rostro y suspiró.

—Necesito tomar el aire.

Y sin dar más explicaciones, salió de la cocina.

CAPÍTULO 25

Matt la siguió.

Cuando la vio, se le encogió el corazón. Jules tenía los brazos cruzados alrededor de la cintura, con la vista fija en el lago.

Él infló las mejillas y soltó después la respiración. El sentido común le dijo que lo mejor era darle tiempo y espacio; sin embargo, no se movió de allí.

—Jules...

Ella no hizo movimiento alguno, se quedó allí, de pie, con la mirada perdida en el horizonte.

Pasaron algunos segundos, y cuando Matt creyó que no iba a dirigirle la palabra, Jules le preguntó con voz rota:

—¿Cuándo ibas a decírmelo? —Se aclaró la garganta, sin esperar respuesta alguna por parte de él—. ¿El día antes de tu marcha?

Él murmuró algo inaudible. Se pasó la mano por la nuca, con gesto cansado. Cuando levantó la mirada se dijo a sí mismo que allí era feliz, en aquel rincón del condado de Liberty. Rodeado de montañas y con vistas al enorme lago Trophy. Pero Jules hacía que aquel paraíso fuera más increíble aún.

Pensar que podía perderla le consumía las entrañas. Era el responsable, por supuesto. El causante de no haber tenido un solo momento de paz desde su regreso. De haberse enamorado de ella y de creer que podría mantener una relación y conservar su objetividad, dejando atrás el pasado.

Si le hubiera demostrado un poco de confianza, si no se hubiera empeñado en echarle la culpa a Jules, en hacer las cosas siempre a su modo y en salirse siempre con la suya; quizás, solo quizás, la situación fuese diferente.

Intentó apartar aquellos pensamientos de su cabeza. No tenía sentido alguno pensar en cambiar algo que ya no podía ser cambiado.

—No me iba a ir sin decírtelo —aclaró Matt, a la vez que enganchaba sus pulgares en las aberturas de los bolsillos y oscilaba para cambiar el peso de la pierna.

—Por supuesto. Si hicieras eso sería de lo más ruin, ¿no crees?

Él no respondió, siendo muy consciente de que había cometido un error. Se contemplaron el uno al otro, desde una aceptable distancia de seguridad.

Al ver que Matt no contestaba, ella profirió un ruido lastimero.

—Hace un rato hemos hecho el amor. Me has besado por todo el cuerpo y en lugares... —Ella se detuvo—. Hay confianza, Matt. ¿No te parece?

Él abrió la boca para hablar, pero no dijo nada. No era necesario que pronunciara una sola palabra. La respuesta estaba en el aire.

Debería haber imaginado que él no le diría toda la verdad. Durante un segundo ella sintió una punzada de culpabilidad, no era su esposa. Solo eran amantes y, al parecer, sin compromiso alguno. El sentido común le decía que no debía enfadarse, pero Matt le había hecho daño con su

silencio.

Levantó la mirada al cielo y observó cómo una bandada de patos cambiaba de dirección en aquel preciso instante. Deseó poder volar como ellos, lejos de los conflictos emocionales y las decisiones difíciles.

Se dio la vuelta como si estuviera dispuesta a marcharse. Inmediatamente comprendió que no podía dejarlo allí solo y se detuvo.

Sintió que se debilitaba esperando algo que igual nunca llegaría.

—Y ¿tu pierna? —se interesó ella.

Matt se frotó la cara con las manos.

—No está al cien por cien, por lo que me quedaré en la base dirigiendo la operación y dando órdenes desde la distancia.

—Entiendo —dijo ella, aunque no fuera cierto.

—No puedo darte más detalles.

Jules sabía que eso era verdad, que con aquella información Matt había cruzado la línea.

—Sé lo que estás pensando.

—No puedes saber lo que estoy pensando, Matt.

—Te conozco bien.

—¿En serio? —preguntó ella, sorprendida.

—Crees que elijo mi profesión por encima de mi familia, pero no es cierto.

Ella aspiró con fuerza para soltar el aire muy despacio.

—Yo no he insinuado en ningún momento algo así, Matt.

Él soltó un improperio en voz baja.

—Adoro a mis hijos, me siento orgulloso de mi país y te quiero a ti.

A Jules se le congeló la respiración.

—Estoy loco por ti, Jules. Seguramente no era la declaración de amor que esperabas, pero lo que digo es cierto. —Bajó la voz, añadiendo así gravedad a sus palabras—. Dame una oportunidad, démonos una oportunidad.

Ella tragó saliva e impidió que las lágrimas salieran a la luz.

—No sabré dónde estarás, ni si estás en peligro o herido.

—Tienes razón —admitió a regañadientes—, pero, en cuanto tenga ocasión, contactaré contigo.

Ella sabía que Matt no mentía al respecto.

—Escucha, Jules, no quiero que te sientas obligada conmigo o con los niños. —Se metió las manos en los bolsillos, donde estarían a salvo. Se moría por tocarla, por acariciarla, por llevarla a la cama y hacerle el amor hasta que saliese el sol de nuevo. Sin embargo, no haría nada de eso, ni siquiera sintió fuerzas para enfadarse consigo mismo—. Piensa en nosotros, ¿de acuerdo? Y cuando regrese, me das una respuesta.

—Matt...

Él se volvió y la miró.

—¿Por qué nunca me has pedido la carta de Sarah?

Matt tomó una respiración profunda.

—Nunca te la he pedido... —cerró los ojos fuertemente y volvió a abrirlos —... porque ya conozco su contenido.

Ella lo miró, sin comprender.

—¿Qué quieres decir?

—La Policía me la dejó leer antes de entregártela.
Jules se agarró los codos, cruzando los brazos por la cintura, y no dejó de mirarlo.
—Nunca me lo dijiste.
—No había mucho que decir, ¿no te parece?
Ella dejó escapar un largo y profundo suspiro. Asintió en silencio.
—Supongo que tienes razón.
—Contra todo pronóstico hemos sobrevivido a uno de los peores momentos de nuestras vidas. Pero debemos dejar a Sarah atrás. En el pasado.
—No es tan fácil.
—No, no lo es. Todos nos levantamos cada mañana, pero no en el mismo mundo, Jules. Y el mundo de Sarah era demasiado complejo, hasta para ella misma.
Jules se fijó en que su mirada seguía siendo inexpresiva.
—Intenté ayudarla, bien sabe Dios que hice todo lo que pude. Pero no fue suficiente — confesó en voz baja—. Dejé que la culpa me corroiera durante tanto tiempo que entré en un círculo vicioso. Pero llegado a un punto, decidí perdonarme a mí mismo y eso fue lo mejor que pude hacer. Tú deberías hacer lo mismo.
Sintió que él vacilaba.
—Sarah te pidió que cuidaras de nosotros cuando ella no estuviera. Yo te pido algo bien distinto. Te pido que nos quieras, que nos aceptes en tu vida.
—Matt, yo...
—Mi madre ya se encuentra mejor —la interrumpió, a sabiendas de que no quería saber la respuesta. Tenía miedo de su negativa—. Me ha llamado y me ha comentado que vendrá en un par de días. Así que, durante mi ausencia, no tendrás que preocuparte por los niños.
Antes de que Jules pudiera darle réplica, Matt se retiró y entró en la casa, derrotado.
Ella se quedó allí, sola. Sin más compañía que un fantasma y una culpabilidad que no deseaba, pero que tampoco podía o sabía cómo ignorar.

Dave entró en la librería, tal y como lo haría un huracán de categoría cinco, altamente destructivo; ni siquiera le importó que hubiera clientes. Escuchó el tintineo del carillón de viento dándole la bienvenida. De haber podido, lo habría arrancado del techo y pateado hasta hacerlo añicos. Sin embargo, no iba a perder el tiempo con nimiedades. Se acercó al mostrador con pasos decididos y seguros.

Harper levantó la mirada y estudió su expresión de irritación durante unos segundos antes de darle la bienvenida.

—Hola, Dave.

—Harper... —saludó él, rudo.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó ella en un tono suave.

—Pues ahora que lo dices, puede que sí.

Ella siguió mirándole con interés. Negándose a admitir que era una visita de cortesía.

—Tú dirás.

Dave no se anduvo con rodeos y fue directo al grano:

—¿Hay algo de Gray Donovan que deba saber?

A ella el corazón le dio un vuelco en el pecho al escuchar la pregunta. Notó que Dave la

miraba con ciertos tintes de preocupación; así que intentó adoptar una expresión que no revelara la aprensión que sentía en ese momento.

Una clienta se acercó al mostrador y dejó un libro sobre él, interrumpiéndoles.

—Quiero este.

—Por supuesto —se apresuró a decir Harper. Lo abrió. Comprobó el precio en la primera página y, seguidamente, lo metió en una bolsa—. Dieciocho con noventa, por favor.

Dave se armó de paciencia. Los artríticos dedos de la mujer se movieron demasiado despacio para su gusto.

La clienta finalmente pagó y se despidió con una sonrisa.

—Muchas gracias.

—Le agradecemos su compra, pase cuando quiera.

—Lo haré. Me encanta esta librería.

Antes de que la clienta saliera y escuchase el estridente sonido de esas dichas campanas colgadas del techo, Dave volvió a su posición inicial.

—¿Y bien?

—No —respondió Harper, saliendo de detrás del mostrador.

—¿No? —preguntó Dave, siguiéndola—. Entonces, puedo saber ¿por qué ese interés por él?

—No tengo ningún interés especial por él, sino por el equipo.

Dave se rio en su cara.

—¡Ja! Esa es buena, Harper. Pero no te creo ni una sola palabra. Eso no es cierto, tú lo sabes y yo también.

Harper se limitó a encogerse de hombros y respirar profundamente de manera instintiva.

Ella conocía los riesgos de ser sincera; así que tragó saliva e intentó tranquilizarse.

—No tengo nada que decir al respecto, Dave.

—No te creo.

Harper tuvo mucho cuidado de controlarse.

—Ese es tu problema, no el mío.

Él fracasó en un intento por sonreír y a Harper no le pasó desapercibida su mueca. Dave, además de un guerrero en la pista de hielo, era inteligente. Creía haber sido discreta, pero la realidad era bien distinta.

Durante el entrenamiento del día anterior un jugador derribó a Gray. A Dave no le pasó inadvertido el gesto de preocupación de ella, ni tampoco su mirada intranquila.

—Así que, ¿no vas a aclararme nada?

—No hay nada que aclarar —contestó ella con brusquedad.

Dave asintió, en silencio.

—De acuerdo, tú lo has querido.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella demasiado deprisa. Olvidándose hasta de respirar.

Cuando Harper escuchó esas palabras comprendió el alcance de la advertencia.

—Si quieres volver a los entrenamientos, tú y yo tendremos que aclarar esta situación.

Harper se quedó helada, intentando controlar su reacción a algo tan simple como una mirada.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó con los ojos llenos de necesidad.

A Dave no le pasó por alto que su voz estaba teñida de desesperación. Sin embargo, no le importó. Era su pista, eran sus reglas.

—Claro que sí, soy el entrenador. Yo pongo las normas.

Durante un breve e inquietante tiempo, Harper no supo qué decir. Las manos aún le temblaban un poco, pero hizo todo lo posible por recobrarse de la impresión.

—A eso se le llama juego sucio, Dave —dijo ella con una sensación de incomodidad.

—Llámalo como quieras, Harper. Pero necesito saber todo lo que pasa en mi equipo. Sea bueno o malo —aclaró con cautela—. Esos chicos me importan más de lo que crees, y algunos, entre ellos Gray, pueden llegar muy lejos y no voy a permitir que nada ni nadie les desvíe de su camino. ¿Te ha quedado claro?

—Sí —respondió ella con un nudo en el estómago.

Harper comprendió que la última palabra la tenía Dave. Tenía razón, él era el entrenador. Él decidía quién sí y quién no.

—Estupendo —dijo Dave, dirigiéndose a la puerta—. Si quieres hablar, ya sabes dónde encontrarme.

Lo vio dirigirse a su Tesla, donde le esperaba una despampanante rubia en el asiento del copiloto, y lo maldijo en silencio.

Se estremeció, agarrándose las manos. Intentó convencerse de que aquello era lo mejor, tanto para Gray como para ella, mientras el coche se dirigía calle abajo a más velocidad de la permitida.

—Disculpe, ¿puede ayudarme?

Harper se obligó a separar los ojos del escaparate y forzó una sonrisa. Se tragó las lágrimas y la única esperanza que le quedaba.

—Claro, dígame —dijo al cliente—. ¿En qué puedo ayudarlo?

CAPÍTULO 26

Un mes más tarde.

Jules se percató de que Wesley estaba nervioso. Había trabajado muy duro en su proyecto de ciencias y, como el resto de los niños allí presentes, se merecía ganar.

Habían pasado las últimas semanas diseñando un aerogenerador que convertía la energía del viento en energía eléctrica. Era un proyecto ambicioso, pero finalmente, con mucho esfuerzo, lo habían logrado.

Juntos habían consultado libros, buscado en Google varios diseños sencillos y por fin se habían decantado por uno. Se trataba de un minigenerador eólico que iluminaba una casita de cartón. Debía reconocer que Dave también había puesto de su parte y echado una mano con la tecnología: los cables y el compresor que generaba el viento.

Todo lo demás había sido producto de la imaginación de Wesley.

Jules no podía estar más orgullosa.

Durante esas cuatro semanas no había tenido noticias de Matt, y eso la consolaba y la preocupaba a la vez.

Como se solía decir:

No news, good news.

(Cuando no hay noticias son buenas noticias).

—¿Crees que aguantará?

El hilo de sus pensamientos fue roto por Wes.

—Claro que sí. Lo hemos diseñado a prueba de huracanes.

El comentario hizo sonreír al niño. Apartó la mirada y la dirigió a la casa. Jules tenía razón, aguantaría.

Estaba a punto de cumplir diez años y ya había experimentado una de las pruebas más difíciles de la vida. Era muy consciente de que su comportamiento en la escuela no había sido el mejor, pero Lucas Farrell se merecía aquella paliza. Nadie tenía derecho a pronunciar el nombre de su madre como él lo hizo, con desprecio. Evitó mirar al compañero en cuestión. Instintivamente se acercó a Jules y ella colocó las manos en sus hombros. Wesley agradeció el contacto; se sintió seguro a su lado.

Y eso era algo que hacía mucho tiempo que no pasaba.

Su padre estaba fuera, en una misión. Pero Jules llenaba, de algún modo, ese vacío.

Se preguntó una vez más si a ella le gustaría ser su madre y la de Elsie.

Pero como niño que era, eso era algo que no podía solucionar. Cerró los ojos una fracción de segundo y deseó que su padre estuviera enamorado de Jules.

Prefería una madre a ganar el concurso.

—¿Va todo bien?

Wes levantó la cabeza y cruzó una mirada con Jules.

—Espero que sí.

Jules arqueó las cejas, a modo de respuesta.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—Sí, eso espero.

A Jules no le terminó de convencer la contestación. Apretó suavemente los hombros del niño.

—No importa ganar, Wes. Lo más importante es estar aquí, rodeado de tu gente y de tus compañeros.

Wes intentó no mirar a Lucas Farrell.

—No te irás, ¿verdad? —preguntó de repente, sintiéndose inseguro.

Jules al ver que el niño se ponía rígido, se apresuró a responder:

—No podría irme, Wes. Por nada del mundo podría dejaros.

En cuanto aquellas palabras salieron de la boca de Jules, Wes comenzó a relajarse. Pensó que ya había ganado; dejó de importarle el concurso de ciencias. Si Jules se quedaba con ellos, volverían a ser una familia.

Lo deseó con toda su alma.

Hacía tiempo que había dejado de preguntarse por qué su madre había decidido irse para siempre.

Dolía demasiado pensar en las razones.

Sintió cómo Jules lo besaba en la coronilla y lo abrazaba.

Ahí estaba su premio.

¡Ojalá su padre fuera inteligente y no dejara marchar a Jules!

Preocupado de lo que pensarán sus compañeros por aquellas muestras de afecto, se alejó de Jules. No sin antes dedicarle una sonrisa.

Jules le sonrió también. Wes habría jurado que había orgullo en sus ojos, pero no podía estar seguro del todo.

—Es muy bonito —dijo Elsie.

Jules se puso de cuclillas y abrazó a la niña.

—Creo que ha quedado genial.

—¿Crees que Wesley me la dejará después para jugar con mis muñecas?

Jules lo dudaba; Wesley estaba demasiado orgulloso de su proyecto, y lo cierto es que no le haría mucha gracia que su casa de cartón se usara como vivienda para las muñecas de su hermana.

—No lo creo, cariño. Wesley querrá tenerlo en su habitación.

—Él no tiene muñecas.

Jules sonrió ante la conclusión de la pequeña.

—Eso es verdad.

—A papá le gustaría mucho.

Jules inspiró profundamente.

—Sí, yo también lo creo. A papá le gustaría mucho. —Hizo un esfuerzo porque no le temblara la voz—. Sacaremos muchas fotos y luego se las enseñaremos, ¿te parece?

—No tengo móvil. —La niña se miró las manos vacías.

Jules se incorporó y sacó su móvil del bolso.

—Aquí tienes, haz fotos, ¿de acuerdo?

Los ojos de Elsie brillaron con luz propia al tener un móvil entre las manos.

Jules la besó en el pelo. Adoraba a Elsie de una manera inexplicable.

—Quiero agradecerlos, a ti y a tu hermano, todo el tiempo que habéis empleado en este proyecto —dijo Vilma a su lado—. De no ser por vosotros, Wesley no sonreiría de esa manera.

Jules se fijó en el niño. Estaba pletórico. Enseñaba con orgullo a sus compañeros el pequeño aerogenerador que cuando movía las aspas encendía una diminuta bombilla dentro de la casa de cartón.

No había vuelto a pelearse en el colegio y tampoco hablaba de Lucas Farrell. Jules tuvo la impresión de que toda su frustración la había focalizado en el proyecto.

Eso era bueno.

—Dave jamás dejaría de lado a Wesley.

—Tú tampoco lo has hecho —comentó Vilma.

Jules miró a la mujer que tenía frente a ella. Ya había recuperado las fuerzas, y la palidez y las ojeras habían desaparecido de su rostro. Su corazón latía con fuerza y según el cardiólogo el tratamiento que le había recetado estaba funcionando de maravilla.

—¿Sabe algo de Matt?

A Vilma no le extrañó la pregunta. Incluso detectó un aire de preocupación en la voz de Jules.

—No. Pero sé que está bien.

Jules la miró, sin comprender.

—Instinto de madre, ya sabes.

—Sí, claro —se obligó a responder.

El gimnasio estaba repleto de padres, alumnos, profesores y proyectos. Cada cual más ingenioso. El murmullo de los presentes iba y venía quedando patente la emoción de los alumnos. Jules se alegró de estar allí apoyando a Wesley. Miró su reloj y se preguntó dónde narices estaría Dave.

Como de costumbre, llegaba tarde.

Vio a sus padres al otro extremo del gimnasio, levantó la mano y los saludó.

Tuvieran o no la misma sangre: eran familia. Y estaban allí para apoyar a Wesley.

—Sé que le quieres, Jules.

La voz de Vilma rompió el hilo de sus pensamientos.

No iba a mentir, ni iba a mentirse a sí misma.

—Así es.

A Vilma le gustó escuchar aquellas palabras.

—Y él te quiere a ti.

—Es complicado —confesó Jules con los ojos fijos en Wesley, como si quisiera asegurarse de que estaba bien.

Durante estas últimas semanas, después de la marcha de Matt, el niño se había mostrado ausente y triste, pero no se había metido en problemas en el colegio.

Y eso era algo que Jules agradecía.

Un poco de paz siempre era bien acogida.

No podía culparle por estar preocupado por su padre. Ella misma lo estaba. Se obligó a buscar un poco de serenidad donde sabía que no la encontraría. Pero, aun así, lo intentó.

Junio había empezado y el sol apretaba con más fuerza. Agradecía a Harper cada segundo de su tiempo, gracias a ella había podido dedicarse casi en exclusiva a los niños junto a Dave y Vilma.

Había intentado por todos los medios que no echasen demasiado en falta a su padre. En el

fondo sabía que era una misión imposible, pero al menos lo había intentado.

No tener noticias de Matt, ni una sola palabra, estaba siendo duro.

Suspiró, a sabiendas de que él necesitaba aquella vida para sentirse vivo.

Y lo lamentó.

—Podría decirte que te acostumbrarías a sus ausencias, pero no es cierto. Eres hija de militar... así que ya sabes de lo que hablo.

Vilma lo sabía bien, jamás se acostumbraría.

La madre de Matt le acarició el brazo.

—Ojalá encontréis una solución.

«Sí, ojalá», pensó Jules.

Matt cerró la puerta del taxi tras de sí. Se colgó el macuto a la espalda y se dirigió al colegio. En el último momento, decidió no pasar por casa para cambiarse. No quería perderse ni un solo segundo más sin estar con su familia. A través de una nota de voz Wesley le había explicado el proyecto de ciencias.

No cabía duda de que su hijo estaba emocionado, porque durante tres minutos le había explicado en qué consistía su aerogenerador y la ayuda que había obtenido por parte de Jules y Dave.

Cuando escuchó el nombre de ella en boca de Wesley sintió un alivio tremendo. Jules seguía allí.

Cruzó la calle, a sabiendas de que el hecho de que Jules tuviera presencia en su vida no significaba que quisiera comprometerse con él. Sintió que comenzaba a sudar y que el corazón le latía con violencia contra el pecho.

Si ella decidía no ser su esposa, él se haría a un lado y aprendería a vivir con ese dolor que produciría su ausencia. Pero por el bien de sus hijos, y el suyo propio, debía hacer de tripas corazón.

—Quiero agua.

Jules se fijó en que Elsie estaba acalorada.

Vilma buscó en su bolso y sacó una botella de plástico vacía.

—Cielo, se ha terminado.

—Tengo sed —insistió la niña.

—Yo iré a comprar otra botella.

—¿Segura? —preguntó Vilma—. Podría ir yo...

—No, descanse, Vilma. Iré al puesto que hay fuera.

—Gracias, Jules —dijo la mujer, agradecida.

Jules sonrió y salió del gimnasio con la mirada puesta en el interior de su bolso, en busca de su cartera. Cuando levantó los ojos observó que la puerta se abría.

Entonces, le vio. Y el corazón le dio un vuelco.

Jules permaneció en silencio. Se mordió el labio inferior en un gesto de indecisión.

Había soñado tantas veces con ese momento, que dudaba que fuera realidad. Comenzó a

temblar, sin saber muy bien qué hacer a continuación. Había pasado un mes, treinta largos días sin tener una sola noticia de él.

Y ahora... estaba allí.

Sin un solo rasguño, al menos en apariencia.

Matt cerró la puerta a su espalda. Jules estaba ante él, estaba más delgada y parecía más frágil que la última vez que la vio. Llevaba unos pantalones ajustados y un jersey holgado. Tenía el pelo retirado de la cara con ayuda de un pasador, lo que le permitió estudiar su expresión incrédula durante unos segundos. Estaba más pálida de lo habitual y parecía cansada.

—Hola, Jules.

Ella lo miró de nuevo. Matt había perdido peso y tenía una mirada cautelosa.

—Matt, has vuelto —musitó con voz baja y calmada, tras un momento de confusión.

Él acortó la distancia que les separaba, con miedo a ser rechazado. Su madre le había enviado mensajes, diciéndole que Jules estaba pendiente de los niños y que era una mujer extraordinaria.

Eso era algo que él ya sabía.

Jules se fijó en que él ya no cojeaba. Se quedó un momento sorprendida y luego sonrió.

—¿Los niños están bien? —preguntó él.

—Sí. —Jules sintió ganas de reír, pero no lo hizo—. Wes está encantado con su proyecto y yo creo que tiene muchas posibilidades de ganar.

Él sonrió.

—Me alegro. Es un buen chico y se lo merece.

Jules no podía estar más de acuerdo.

—Y Elsie está encaprichada con Draco. —Notó que Matt la miraba con curiosidad—. Vamos dos veces por semana a la perrera. Debo reconocer que el perro es un torbellino, pero nos tiene encandiladas.

Al ver que él sonreía, Jules se relajó.

—Le he prometido que iba a convencerte de que adoptar a Draco era un acto altruista y de lo más loable. Ha prometido que cuidará de él.

Matt dudaba de que eso fuera a ser así, pero decidió no opinar.

Sus miradas se cruzaron y Jules contuvo la respiración.

—Parece que hay poco que decir al respecto. Si a ti te parece bien, por mí, perfecto.

Él quería abrazarla, decirle todo lo que la había echado de menos y cuánto la quería, pero le preocupaba su reacción. Su despedida había sido fría y demasiado intensa. A lo largo de estas cuatro semanas no habían intercambiado un solo mensaje. Ella no le había escrito y él había respetado su espacio.

Jules inhaló profundamente y dejó salir el aire.

—Te he echado de menos.

Lo amaba. Había tenido tiempo suficiente para comprobar cómo sería la vida sin Matt, y lo cierto es que no le había gustado ese vacío. Estar sin él era insoportable.

Matt soltó el macuto y esperó unos segundos. La miró con ojos penetrantes desde el otro lado del pasillo. Él sabía que, en cuanto volviera a ver a Jules, no podría vivir sin ella.

—Yo también a ti —le confesó con el corazón bombeando con fuerza.

Se quedó allí, de pie. Sin saber qué esperar.

—No más barreras entre nosotros —dijo ella.

Matt asintió.

—Está bien. Lo que venga, lo solucionaremos juntos.

Jules no podía estar más de acuerdo.

Juntos eran imparables, fuertes y podían con todo el peso del mundo, lo habían demostrado con creces.

Ella apenas podía respirar.

—Tengo miedo a quererte —confesó. Las lágrimas llenaron sus ojos—. Es una situación extraña.

—Más extraño es no verte cada día, no poder acariciarte o no poder reír contigo. Doy fe de ello.

El corazón de Jules latió con fuerza entre sus costillas. Estaba perdiendo un tiempo maravilloso, Matt estaba allí y eso es lo que importaba ahora. Había que pensar en el presente, en nada más. En el aquí y el ahora. Deseaba estar con él, ser la madre de sus hijos y compartir una vida plena. Necesitaba aferrarse a lo que tenían y no soltarlo nunca. No iba a ser fácil, estaba segura. Pero vivir sin él iba a ser aún peor. No lo pensó ni un segundo más, no había nada que pensar. Ya había perdido demasiado tiempo y, sin más, corrió a sus brazos.

Lo necesitaba en su vida.

Matt agradeció a una divinidad, fuera cual fuese la que anduviese en ese momento por ahí, ese regalo de la vida. Abrió sus brazos y Jules se estrelló contra su pecho.

—¡Vivir sin ti ha sido un calvario! —exclamó con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Ya estoy aquí. —Él le besó el pelo y la apretó más contra sí, como si fuera posible.

—Prefiero vivir con miedo, que vivir sin ti —dijo ella, abrazándolo y besándolo.

Hundió su rostro en su pelo. Jules olía a flores, a primavera. A hogar.

A ella se le formó un nudo en la garganta.

—Te quiero, Matt —balbuceó mientras cerraba los ojos y se apretaba contra él.

—Yo también te quiero. Lo único que me ha hecho no perder la cordura durante estas interminables semanas ha sido pensar en ti y los niños.

Jules entendía lo que él quería decirle. La realidad le sacudió con todas sus fuerzas. Lo amaba y no iba a dejar escapar la oportunidad de ser feliz.

—Jules...

Ella levantó la mirada y a él le dio un vuelco el corazón. Había perdido toda esperanza de volver a ver esa expresión en sus ojos.

—¿De veras puedes aceptar mi trabajo, aceptar que correré riesgos y que tendré que irme sin saber dónde estoy o cuándo volveré?

—Ya lo he hecho, ¿no?

—De acuerdo. Porque he decidido que no puedo vivir un día más sin ti. He vivido un puñetero infierno pensando que a mi vuelta no estarías. Y te aseguro que ha sido la peor experiencia de mi vida —confesó Matt, apartándola lo suficiente para ver sus ojos brillantes y penetrantes.

—Ya estás en casa.

«En casa».

Matt no había comprado una alianza de compromiso. El miedo a ser rechazado le había hecho ser prudente y no crearse expectativas. Y, ahora, lo lamentaba.

—Jules Suvári, no tengo anillo. Pero no deseo perder ni un segundo más sin preguntarte: ¿quieres casarte conmigo?

Ella sonrió de oreja a oreja. No tenía sentido alguno demorar la espera.

—Sí quiero, Matt Killmer.

Él la acercó y la besó en los labios, perdiéndose en ese sabor que lo había consumido cada noche antes de dormirse, volviéndolo loco de deseo.

Matt la miró con preocupación.

—Siento no tener una alianza —le susurró contra los labios.

Ella le miró lentamente.

—No la necesito, Matt. De verdad que no. Solo necesito que estés aquí, con nosotros. Para mí no hay mayor compromiso que ese. —Lo rodeó por el cuello y lo besó.

Una ligera sonrisa asomó en los labios de él.

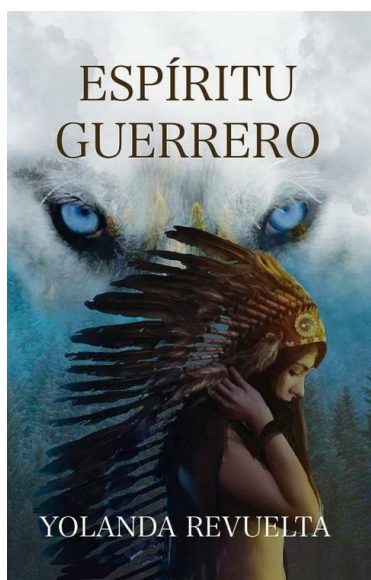
Maldita sea, estaba excitado.

Matt volvió a besarla hasta que se convenció a sí mismo de que Jules no iría a ningún otro lugar. Que sería parte de su presente y de su futuro hasta el fin de sus días.

—No dejes nunca de quererme, Jules.

—Jamás —respondió ella.

FIN



ESPÍRITU GUERRERO

Darcy Griffin es una de las mejores abogadas de Denver y trabaja en uno de los bufetes más importantes de la ciudad. Y todo es perfecto, hasta que un día llega a su haber un nuevo caso: un joven nativo americano, de una de las muchas reservas que existen en EEUU, es acusado de asesinato.

Antes de que entienda la verdadera situación de los hechos, se ve arrastrada a un mundo muy diferente al que ella está acostumbrada a vivir.

Mientras tanto, la cercanía de un veterano guerrero enciende un deseo que amenaza su presente y futuro.

Lonan Skah (Nube Blanca) necesitaba combatir sus propios demonios. Es un hombre fuerte, de piel atezada y ojos oscuros que protege, con recelo y ahínco, a su pueblo del abuso del hombre blanco. Cuando su primo River es acusado de asesinato, todo parece desmoronarse a su alrededor. Y aún más, cuando aparece en la reserva una hermosa y elegante abogada, de ojos verdes y larga melena cobriza, que dice que ha llegado para descubrir la verdad.

[SI LO QUIERES PINCHA AQUÍ](#)



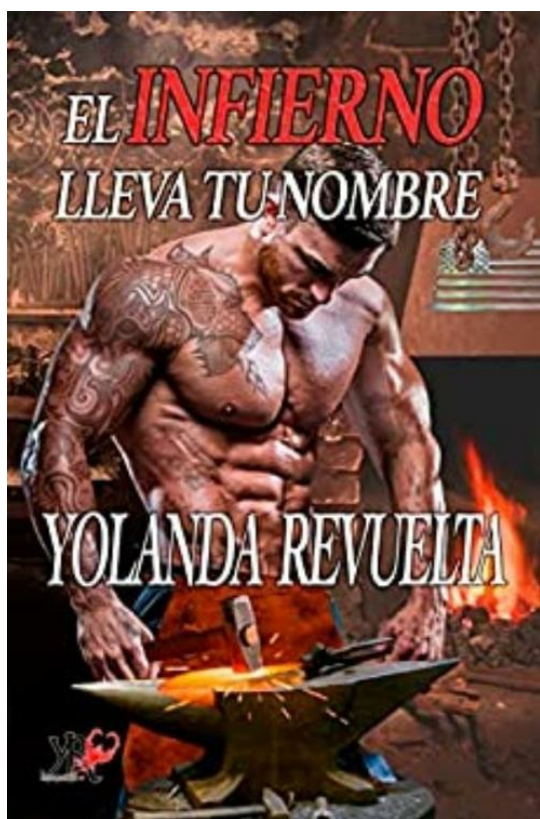
VIENTOS DE OTOÑO

Los secretos y las mentiras siempre habían formado parte de la vida de **Selena Cooper**. Era hija ilegítima de un guerrero comanche y una mujer blanca, hecho que le impedía elegir en cuál de los dos mundos deseaba vivir. Pero tras un terrible suceso, su supervivencia comenzó a depender de Tyler Sullivan, un hombre bondadoso, pero marcado por la muerte de su esposa a manos de los comanches.

Tyler Sullivan odiaba todo lo relacionado con aquellos salvajes que habían destruido su vida y asesinado a su esposa. Pero el destino, al parecer, aún tenía una sorpresa más para él. Selena Cooper buscaba desesperadamente un lugar donde echar raíces y él no estaba dispuesto a ofrecérselo.

Por nada del mundo entraría en su hogar la hija de su acérrimo enemigo.

[SI LO QUIERES PINCHA AQUÍ](#)



EL INFIERNO LLEVA TU NOMBRE

Brooke Stolte se siente a gusto en Nueva York. Trabaja en una de las mejores empresas de diseño de la ciudad y su fama va creciendo a pasos agigantados. Un buen día recibe una llamada de su hermano. Isabelle, la mujer que los acogió cuando quedaron huérfanos, ha fallecido.

Volver a Williamsburg no entra en sus planes, como tampoco el hecho de enfrentarse a su pasado, ni a Preston, el hijo de Isabelle.

Preston es un hombre tranquilo, poco dado a hablar de sus sentimientos o de su pasado. Le encanta estar en familia y su trabajo en la fragua, pero la muerte de su madre va a dar un giro inesperado a su vida. Hacerse cargo de Britt, su hermana menor, es una prueba complicada que no tiene muy claro si podrá superar sin ocasionar excesivos daños colaterales.

[SI LO QUIERES PINCHA AQUÍ](#)



YOLANDA REVUELTA

Nació un 17 de enero de 1973 en Cantabria.

Cuando la lectura infantil pasó a formar parte de su baúl de recuerdos de pequeña, otro tipo de obras llegaron a sus manos, más acordes con la adolescencia por la que estaba pasando. Así conoció a los protagonistas de *Tempestad Salvaje*, de la autora Johanna Lindsay, donde se perdió entre los rincones del Oeste. Desde ese momento se convirtió en una voraz lectora del tan maravilloso género de la romántica, viajando y compartiendo adorables momentos, sintiendo mayor afinidad por las historias ambientadas donde los ranchos y el sol llenan el campo con sus características.

Y así continuó escribiendo también en la adolescencia, plasmando sus ideas en sus ratos libres, volcando sus pequeñas historias de amor producto, a veces, de sus propias experiencias y sus hormonas revolucionadas por la etapa por la que estaba pasando. Y ya nunca dejó de hacerlo.

Cree fervientemente en el proverbio “un amigo es un tesoro”, por lo que disfruta de hablar, reír y divertirse enormemente con los suyos.

Hoy vive su propia historia de amor junto a su esposo, con quien ha tenido a su mayor inspiración, su hija Carla.

La mente de esta autora seguirá deleitándonos con bellas historias, pues en ella el bullicio que los cientos de personajes crean con sus diálogos nunca dejará de sonar.

Actualmente cuenta con veinticuatro novelas publicadas y sigue buscando historias que contar.

Su lema: «*Los sueños se cumplen si no los abandonas*» es el que la acompaña incansablemente, y es el que le da fuerzas en este camino del mundo de las letras.

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

Contemporánea:

Donde me lleven tus sueños.
Y de repente, un extraño.
El país de los vientos fríos.
Un instante eterno.
El silencio antes del invierno.
Silencio letal.
Despertar en tu mirada.
Perdido en la tormenta (Esencia Irlandesa).
El infierno lleva tu nombre.
Espíritu Guerrero.

Histórica:

Preludios del pasado.
Vientos de otoño.

Trilogía Clan MacKinlay:

- Caricias del destino.
- Caricias del poder.
- Caricias del ayer.

Bilogía Skye:

- La sombra de una mentira.
- La promesa de no olvidarte.

Colección Delicatessen:

- Noches en la niebla.
- Alma entre brumas.
- El vuelo de las mariposas.
- Mentiras legales.

Colección Delicatessen:

- El espíritu del Alce.
- Regreso a Wolcott.
- Un refugio en Lake House.
- Nuevos tiempos.
- Promesas rotas.

Serie Lake House:

El espíritu del Alce.

Regreso a Wolcott.
Un refugio en Lake House.
Nuevos tiempos.
Promesas rotas.

Me puedes encontrar en:



Me puedes encontrar en;

